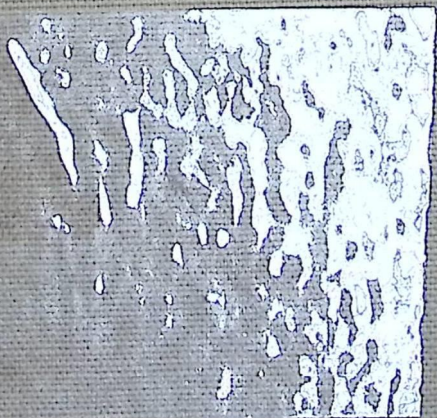


Encina - Castro
HISTORIA
DE CHILE



De esta primera edición del
Resumen de la Historia de Chile
se han tirado 10.000 ejemplares
en papel "Special Vacuum Dried",
importado de Canadá, empastados
en tela, y 1.000 ejemplares de lu-
jo, en papel biblia, encuadernados
los tres tomos en un volumen, en
cuero flexible. Diseñó la
edición Mauricio
Amster.

Es propiedad. Derechos reservados
para todos los países de habla espa-
ñola. Inscripción N.º 15734. Co-
pyright by Empresa Editora
Zig-Zag, S. A.

Santiago de Chile, 1954.

Chile - His

Francisco A. Encina

RESUMEN
DE LA
HISTORIA
DE CHILE



*Redacción,
iconografía y apéndices
de*

LEOPOLDO CASTEDO



Tomo I

CENTRAL DE
PUBLICACIONES
MONJITAS 691
- SANTIAGO -

Z I G - Z A G

Am. 11512.

R-3096





Presentación

Sr. D. Leopoldo Castedo,

Presente.

Mi estimado amigo:

*Acabo de releer los pliegos del primer tomo de su Resumen. Me parecen muy bien tanto la redacción como el criterio para condensar los tomos relativos a la Colonia y a la Guerra de la Independencia. En el capítulo sobre la génesis de la emancipación, debe, sin embargo, destacarse más el factor psicológico de la antipatía entre peninsulares y criollos, añadiendo algunas citas que he encontrado después de redactar la parte correspondiente de mi Historia. **

El resto del Resumen, que leímos el año pasado, responde a las ideas generales que debe reflejar una obra de esta índole. Me parece igualmente plausible que haya logrado mantener la continuidad del devenir en sus páginas, sin abarcar las síntesis de cada período, fundamentales en la historia genética, pero innecesarias en un resumen.

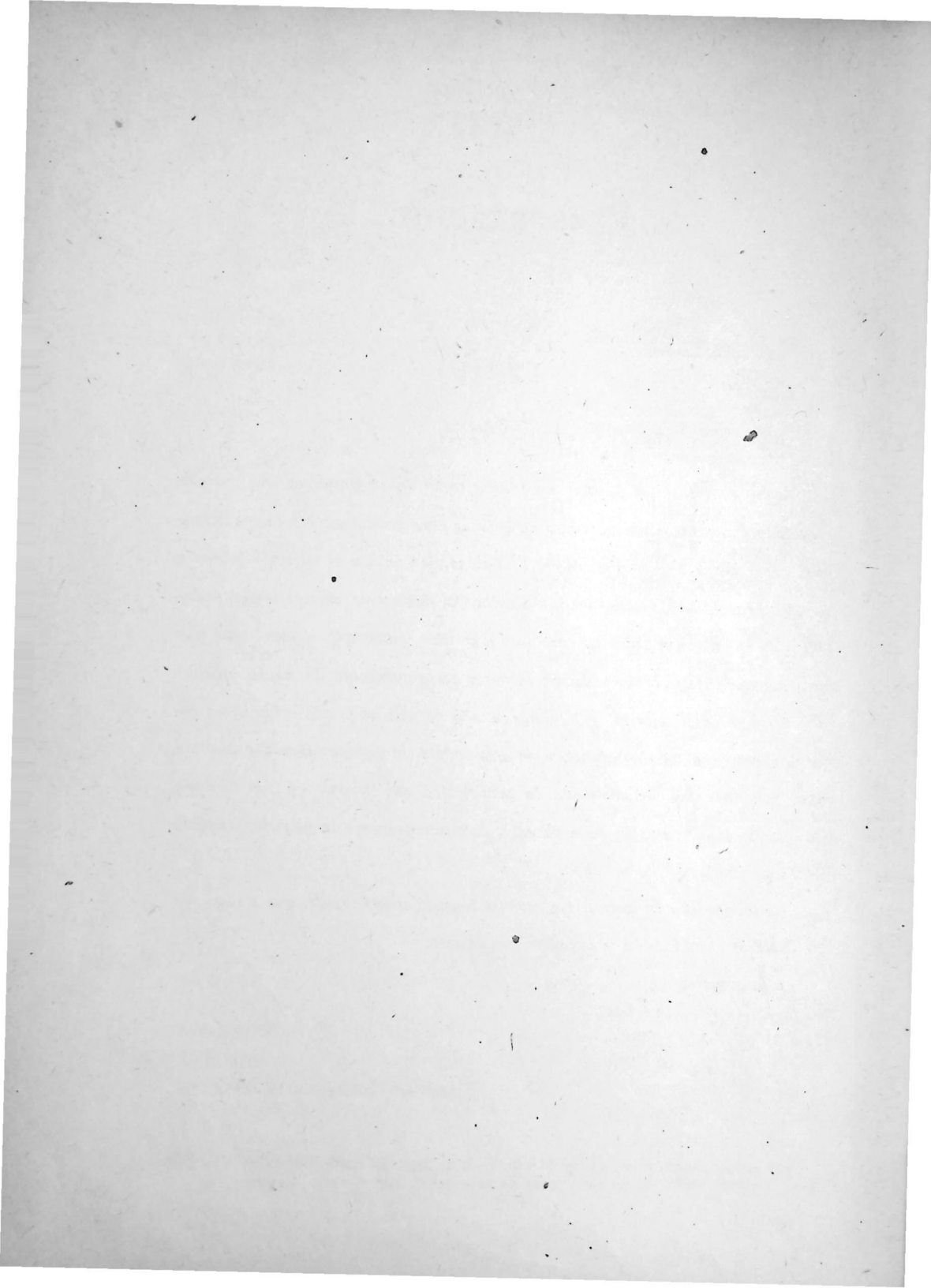
Lo felicito por la iconografía que ha logrado usted reunir, que da un valor especial a su trabajo y complementa el mío.

Afectuosamente,

F. A. ENCINA.

Santiago, noviembre de 1953.

* Cf. las rectificaciones y citas en el cap. I de la Segunda Parte, pp. 477 y sigs. Los textos en bastardilla fueron redactados personalmente por el señor Encina.



Prólogo

AL finalizar el año 1939, cuando apenas habían transcurrido unos meses desde mi llegada a Chile, tuve la fortuna de iniciar una colaboración asidua con don Francisco Antonio Encina.

Pronto pude percatarme de la magnitud y proyecciones de su "Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 1891", que después la crítica juzgaría como el máximo esfuerzo individual realizado en el género por la historiografía americana.

El éxito de librería, que sorprendió por su volumen al autor antes que a nadie, no tiene precedente en los anales literarios chilenos. * En contrapartida, los más distinguidos representantes de la escuela tradicional lo combatieron sin desmayo. ¿Las causas? Ante todo, el espíritu de cuerpo; después, la lógica reacción de los descendientes de próceres ilustres, que en muy humana y lógica postura se resisten a admitirlos como hombres de carne y hueso, capaces tanto de acertar como de errar. En cuanto a las razones del éxito, cuentan, en primer lugar, el sistema historiográfico mismo, de que nos ocuparemos más adelante, y la extraordinaria habilidad de su autor para representar el pasado.

Durante los largos años de mi trabajo cotidiano con el señor Encina, ya en la enorme casa de la Alameda, ya en los corredores de su fundo "El Durazno", con frecuencia hemos hecho un alto, él con su palabra siempre fogosa, yo con el oído tenso, para rememorar noticias y episodios de su infancia y juventud, de sus inquietudes de adolescente, del proceso que culminó con su inclinación hacia las ciencias históricas. Más de una vez he tomado notas, pensando escribir algún día un breve ensayo biográfico. Creo que es éste el lugar más apropiado para hilvanar algunas de ellas, siguiendo deliberadamente la escuela inconfundible que él utiliza para presentar a sus personajes.

Don Francisco Antonio Encina y Armanet nació en Talca el 10 de septiembre de 1874. Su padre, don Pacífico Encina y Romero (1846-1900), vástago de una de las familias españolas de la antigua Isla del Maule más influyentes en la zona desde el siglo XVIII, apuntó en juventud manifiesta inclinación para las ciencias exactas, en particular para lo que después había de llamarse filosofía matemática. Pero al frisár los 20 años les volvió de súbito

* El editor, don Carlos G. Nascimento, ha lanzado a la venta, hasta diciembre de 1953, más de doscientas mil unidades.

las espaldas y se volcó con deleite en la lectura de las obras cumbres de la historiografía universal, al margen, por cierto, de sus actividades profesionales y sin justificar ante nadie tan extraño viraje.

Una memoria prodigiosa, a lo Menéndez Pelayo, que durante lustros le permitía guardar nombres, fechas y aún páginas y notas, apoyada en un juicio ecuánime, hicieron de don Pacífico Encina un conocedor profundo de la historiografía europea. Poseía también fácil elocución y estilo conciso, a pesar de lo cual sus cualidades de escritor no fueron más allá del informe parlamentario o del consejo al periodista amigo. Con el tiempo habían de proyectarse en el hijo como ejemplo y escuela.

La familia materna de don Francisco Antonio Encina mantiene asimismo una continuidad intelectual inaugurada por su fundador en Chile, el portugués Juan Albano Pereira. A la cuarta generación contaba, entre no más de 120 varones, 41 políticos, escritores y hombres de empresa de nombradía.

La infancia

Los recuerdos de la infancia de don Francisco Antonio harían un libro exquisito. La idea obsesiva es la curiosidad por los múltiples y más trascendentes problemas de la vida que, en mayor o menor grado, todos nos hemos planteado en plena juventud: las costumbres de los animales, en especial de los insectos; el desarrollo de las plantas; los fenómenos generales de la naturaleza; atisbos e inquietudes que los padres procuraban en vano adormecer, temerosos de un desequilibrio funcional en un niño aparentemente endeble. Cuál hubiera sido su asombro al verlo trabajar, casi octogenario, doce a catorce horas al día, varias de ellas con notable esfuerzo físico.

A los 11 años inició sus estudios humanísticos en el Liceo de Talca, bajo la tutela directa de su tío materno, don Adolfo Armanet, rector y profesor de Filosofía del establecimiento. Fué un alumno difícil para la mayor parte de sus maestros, por cuanto abominaba de los textos de enseñanza hasta el punto de prescindir de ellos para preparar sus lecciones. Durante algún tiempo creyó ver en esta actitud un espíritu de rebeldía contra lo gregario. Más tarde cayó en la cuenta de que esa repulsión, tal vez instintiva en sus orígenes, tuvo como causa principal la influencia de la "loca Varas".

La "loca Varas"

Esta dama singularísima, de la que habla Encina con justa exaltación, era hermana del célebre estadista don Antonio, anciana entonces de enorme agudeza y espíritu satírico, descargado de continuo y sin contemplaciones, precisamente, sobre los atribulados profesores del Liceo. Entre infinitas y a cual más estupendas excentricidades, la señora Varas consideraba que, desde Tales de Mileto, la humanidad sólo había producido cincuenta genios de cuatrocientos que lo fueron en potencia. Ciento cincuenta se perdieron por errores en la vocación y los doscientos restantes se "pasmaron" por culpa de la enseñanza, que "al aplastar sus dotes naturales, les había tronchado las alas...".

El niño llevaba a la inquieta señora, con la mesada, voluminosas obras de la biblioteca de su tío, que ella le leía comentándolas. Desfilaban así por su mente precoz: Herodoto, Plinio, Homero, Plutarco, Shakespeare, Racine y Pascal. Cuando el auditor no podía concentrarse, por lógico cansancio, se recuperaba elevando volantines en el patio. Primeras lecturas

Entre los profesores particulares del joven alumno, el de inglés era espiritista y el de italiano vivía obseso por ciertas reformas muy particulares del mapa de Europa.

Otro personaje delicioso, Rosita la de Nirivilo, condicionó también sus primeras lecturas. Hija única de un hacendado rico de las inmediaciones de Constitución, esta romántica militante vivía de la memoria de Lamartine, al que llamaba en confianza "el paliducho", hasta que iniciara amores tempestuosos con Alberto Blest Gana. La pintura física que de ella nos hizo don Francisco es digna del gran retratista literario: "baja, morena, feísima, ventruda y ligeramente gibada, sus ojos enormes, penetrantes, no se podían sostener"... Muerto el padre, Rosita, siempre rebelde, fué arruinada por un profesional, perdió la fe y "quedó varada en Nirivilo". Una tía piadosa la recogió y se la llevó a Talca, para que sirviera de institutriz a Francisco Antonio. Sólo le enseñó, como era lógico, a recitar a sus grandes ídolos, especialmente a Byron. Gracias a ella conoció entonces la poesía romántica francesa e inglesa.

De manera mucho más sólida había de repercutir en la infancia de Francisco Antonio la personalidad de su abuela materna, doña Pilar Vergara Albano, casada con don Francisco Armanet, caballero galo que viniera en el primer tercio del siglo XIX como subgerente de la firma naviera "Desbordes". Caracterizaba a esta dama una voluntad de acero que se imponía sin dar órdenes y dilucidaba sin apelación posible las discusiones más enrevesadas en las tertulias talquinas. "El único que no la obedecía era yo —nos decía don Francisco, añadiendo—: Cuando ordenaba a alguien que me atrapase, me iba al entablado carcomido de un pozo, capaz de soportar apenas mi peso de cinco años. Una vez en el refugio, mi abuela ordenaba: "Dejen a ese barrabás, no sea que se quiebren las tablas y se caiga al pozo *no estando aquí su madre*"." En cuanto a voluntad, no es fácil hallar parangón con la de don Francisco Encina. La voluntad

En la señalada cadena de influencias, ocupa, por último, lugar muy destacado la de su tío José Francisco Vergara, uno de los personajes más brillantes que ha producido este país.

Nos cuenta nuestro héroe que un día el profesor de Historia Sagrada, presbítero Julio Víctor de la Cruz, puso en conocimiento de la madre que Francisco Antonio, en vez de estudiar el texto de enseñanza, leía la parte correspondiente de la Biblia. En efecto, al dar la lección, añadía datos que no

figuraban en el Manual. El bueno del sacerdote consideraba peligrosas semejantes libertades en un niño de 11 o 12 años. Quiso la casualidad que se hallara presente su tío Vergara, ya ex ministro de guerra en la campaña de 1880-1881, que había ido a Talca "para dejar en mi casa la cola de su fallida candidatura presidencial". Intervino en el conflicto y logró un *modus vivendi*: el niño quedaba en completa libertad para leer lo que le viniera en gana, pero se comprometía a dar la lección siguiendo el texto de enseñanza.

Todavía en plena infancia, otro episodio producido por su insaciable curiosidad habría de preocuparle durante mucho tiempo. En cierta ocasión fué arrancado en el huerto, antiguo emplazamiento de un cementerio indígena, un naranjo chino, al que era muy aficionado por la dulzura de su fruta. Las raíces se habían enroscado en el cráneo de un indio, que salió a la superficie con ellas. Al quedarse solo, el chiquillo se precipitó en el hoyo para desentrañar el misterio y, naturalmente, no pudo salir de él. Cuando, al cabo de varias horas, lo encontraron, sentado y silencioso, explicó la revelación del secreto: "Las raíces se han comido al indio y yo me he comido las naranjas; por lo tanto, también me he comido al indio". Estaba muy impresionado, pues aducía, con la misma lógica, que cuando él se muriera, las raíces, a su turno, lo devorarían. Para liberarlo de la obsesión, la madre le aseguró que sería enterrado en un lugar sin árboles, a lo que el niño replicó: "Bueno, entonces me comerán las raíces de las yerbas, y los bueyes se comerán a éstas. Es lo mismo". Era una manera, muy gráfica aunque algo macabra, de analizar el fenómeno cíclico de la materia. Nada se crea, nada se destruye...

La adolescencia

Sea por éstas u otras causas, entre los 16 y 17 años las ideas del adolescente se canalizaron en el pensamiento abstracto. Asedió de tal modo a su profesor, que el tío tomó la determinación de entregarle cuanta literatura filosófica fuera capaz de leer, desde Platón hasta Schopenhauer, para que buscara en ella la claridad que no hallaba en los principios cartesianos del programa. Leyó con ansia y acabó por "volver las espaldas a la filosofía trascendental" y afirmarse en su concepto de la relatividad del conocimiento "como consecuencia de la evolución del cerebro humano". De esta época data su interés por la psicología "genética".

Es interesante notar que el joven Encina no manifestaba entonces curiosidad alguna por la Historia, a pesar de las disposiciones paternas y de los desvelos de su profesor, don Eleodoro Vergara Ruiz, que le hacía leer, al margen de la clase, trozos selectos de la historiografía universal: los capítulos que Mommsen consagra a César; Juana de Arco y la toma de la Bastilla en Michelet; los mejores retratos de Ranke; la descripción de los normandos en César Cantú.

Ufano el maestro después del último y brillante examen, y empeñado en

vencer la resistencia no sólo de su alumno, sino del padre de éste, decía al último: "Lo que el niño odia no es la Historia, sino la mala Historia". Veinte años después, Omer Emeth, que ignoraba la anécdota, hacía la misma observación a Matta Vial.

En 1892, alumno de Leyes en la Universidad de Chile, establecía Encina La juventud contacto afectuoso con los hermanos Juan Enrique y Luis Lagarrigue, apóstoles fervientes del positivismo. A quien ya no interesaba la filosofía trascendental, menos había de inquietarle la positiva. Juzgaba a la religión de la humanidad entre cándida y divertida. En cambio, la lectura de Comte, al introducirlo en la Sociología, pesó de manera decisiva en su porvenir intelectual. Claro que el intento de encerrar la evolución de la sociedad en leyes valederas para el futuro le parecía (naturalmente) una utopía, contraria al poder creador del hombre. En cambio, despertó su interés por las características del desarrollo en los diversos pueblos. "Entre aquella negativa —nos decía no ha mucho— y este interés, y la concepción de la historia genética hay un solo paso... , y lo di sin proponérmelo, pues hasta ese momento no me había preocupado la Teoría de la Historia."

Entre 1892 y 1904 leyó a los clásicos de la Sociología y a los teóricos de la Historia alemanes, franceses, ingleses e italianos, y escudriñó una vez más con criterio renovado las obras maestras de la historiografía universal. De tan intenso trabajo surgió su concepto de la Historia que realizó en los treinta y seis años corridos entre 1912 y 1948. Al principio sólo pensó en escribir un tratado teórico, * pues, aunque en sus fugaces contactos con Medina se había interesado por la lectura de los materiales, no sospechaba siquiera que a poco iniciaría su colosal esfuerzo...

Las instancias del propio Medina, de Alberto Edwards, su condiscípulo, La dedicación
a la Historia de Omer Emeth, Luis Galdames y Matta Vial, vencieron sus titubeos y resistencias. ¿Qué lo decidió a emprender, doblada ya la curva de la vida, una tarea descomunal que había esquivado en juventud? Posiblemente, ¿juzgaba que la faena de rehacer la historia de un pueblo, por breve que sea su paso por la civilización, comparado con los del viejo mundo, requería la serena conciencia de la madurez? Utilizando de nuevo una frase muy suya: el demonio del mediodía, ¿ronca también en torno de la vida intelectual? Son éstas preguntas que he formulado en diversas oportunidades al historiador. Y son también las únicas que no me ha respondido. Hace algunos días me reiteraba: "No lo sé, no lo he sabido nunca..."

En numerosas ocasiones ha expresado Encina su criterio sobre lo que para Teoría de la
Historia él es "indisoluble amalgama de la erudición y de la historia, estrictamente li-

* Cf./ "La literatura histórica chilena y el concepto actual de la Historia". Santiago, 1936.

mitada a la superficie del pensamiento, casi con absoluta abstracción de las fuerzas espirituales que lo tejieron". Pero donde lo refleja con mayor claridad y concisión es, sin duda, en el discurso que pronunció el 14 de agosto de 1952, agradeciendo el homenaje y honores que le dispensara la Universidad de Concepción. Dicen así los párrafos principales:

Eruditos e
historiadores

Entre los factores que han contribuido al retraso de la historia con respecto a las demás ramas de la actividad intelectual, después del vigoroso desarrollo que tomó en el siglo XIX, quizás el que más ha pesado sea la confusión de la erudición y de la historia. No ha sido posible hacer entender a eruditos e historiadores que sus actividades son a la vez complementarias y excluyentes; que sin erudición no hay historia y que, sin historia, la erudición desaparecería por falta de objeto; pero que hoy día no pueden reunirse en un mismo individuo, sin detrimento de ambas.

En la erudición, o sea, la bibliografía, las publicaciones de textos, las colecciones de documentos y las monografías y en la crítica de los materiales, hay campo para muchas generaciones de intelectuales. Ofrece también, al que le cupieron en lote las dotes cerebrales que ella exige y domina la técnica del género en que se especializa, la posibilidad de alcanzar una figuración tan alta y más duradera que la de un historiador genial. Medina ocupa en el firmamento intelectual americano un lugar que no ha alcanzado hasta hoy día ningún historiador, y continuará ocupándolo cuando los máximos historiadores de su generación sólo sean un nombre en la historia literaria. Pero, desde que el investigador invade los dominios de la historia, tiene noventa y nueve probabilidades en ciento de fracasar, y aun de convertirse en el ente ridículo que esculpió la ironía de Anatole France. Fatalmente derivará hacia un género híbrido, que no es investigación, porque los materiales están estropeados por el autor, ni historia, porque el simple montón de hechos y datos indigeridos es cualquier cosa, menos historia.

Las condiciones del
historiador

Como ya lo advirtió Mommsen, el historiador, lo mismo que el poeta, el novelista, el dramaturgo, el músico y el pintor, nace y no se hace. La intuición histórica, o sea, la sensibilidad para captar el contenido espiritual de los documentos, la imaginación combinadora que los relaciona entre sí; la poderosa imaginación evocativa que, mediante la simbolización, los transfigura en una imagen fiel y viva de las formas externas del pasado; el poder cerebral que permite internarse en las entrañas de la vida que pasó y captar la génesis y el desarrollo de los sentimientos, los deseos y los impulsos y sus reacciones, condicionadas por los factores eventuales; y la amplitud y la serenidad intelectuales, que el erudito confunde con la inercia cerebral, nacen con el ser, y ninguna gimnasia puede suplir su ausencia.

En seguida se alza el problema del tiempo. La especialización es incom-

patible con la historia de un pueblo. La escrita por un magistrado, un economista, un político, un maestro, un esteta, un matemático, etc., será siempre una historia desequilibrada. La cooperación de diez o veinte especialistas sólo transformará los desequilibrios en nido de avutarda: la historia, como la vida, es una y sus diversos aspectos están tan íntimamente trabados que no admiten la intromisión de cerebros divergentes. Entretanto, las exigencias de saber en el historiador, desde los días de Ranke y Mommsen, de Macaulay y Carlyle, de Sybel y Treistchkle, de Taine, Sorel y Vandal, han aumentado en tal medida que la vida más larga y laboriosa resulta insuficiente. Si el historiador no recibe del erudito el material listo y vaciado en monografías escritas para ser utilizadas en una historia, cualesquiera que sean sus dotes naturales y su laboriosidad, la obra resultará débil por defectos del material, por estudio insuficiente de él o por falta de conocimientos.

La historia no subirá un peldaño en la escala ascensional que recorren las demás ramas de la actividad intelectual, mientras el símbolo del alfarero y su arcilla siga cumpliéndose en el erudito; mientras no se convenza de que su labor, tan necesaria y tan digna como la del historiador, no tiene finalidad propia, y cese de inutilizar el material con las magulladuras que le infiere al intentar transformarlo por sí mismo en historia.

No menos adversamente que la confusión de los oficios de erudito e historiador, han pesado sobre el progreso de la historiografía los postulados políticos, sociales y económicos; los credos religiosos; los sentimientos nacionales; los espíritus de gremio y de clase; y más adelante, las generalizaciones sociológicas. En vez de objetos de la historia, se los ha convertido en hilos fijos dispuestos de antemano en el telar, entre los cuales la naveta entrecruza las representaciones surgidas de las fuentes. Mientras no se sustituya esta urdimbre por el propio encadenamiento o devenir histórico, la historia no pasará de ser una rama inútil de la actividad intelectual. Repitiendo una vez más la frase lapidaria de Letourneur: "Las teorías pasan y los hechos quedan".

Desde los tiempos ya lejanos de Scherer, vienen clamando algunos teóricos contra otro extravío que ha culminado en la historiografía hispanoamericana: el reemplazo de la verdad de los actores por nuestra propia verdad. Todo el que ha vivido conscientemente medio siglo, aunque sea un simple hombre de sentido común, sabe que el tiempo borra la fisonomía de los sucesos. Del pasado sólo queda el esqueleto, las fechas, la materialidad de los hechos. La revolución de 1891 estalló el 7 de enero; el Congreso delegó sus poderes en don Waldo Silva, Vicepresidente de la Cámara de Senadores, y en don Ramón Barros Luco, Presidente de la de Diputados. El ejército del Presidente Balmeceña fué vencido en las batallas de Concón y La Placilla y el ex mandatario se suicidó en la Legación argentina, en la mañana del 19 de septiembre. La

El juicio
preformado

Nuestra verdad
y la verdad
histórica

carne que lo vistió y el espíritu, o sea, las creencias, los sentimientos, los deseos, las pasiones y los ideales que lo animaron, desaparecen sustituidos por las elaboraciones míticas invisibles del subconsciente colectivo y por las rachas ideológicas sentimentales que, emergiendo del fondo del alma humana, interponen una lente de refracción entre el presente y el pasado, que impide ver nada con la fisonomía que realmente tuvo. Un distinguido erudito americano —y cito el caso como muestra de los extravíos a que conducen las incursiones del erudito en los dominios de la historia— acaba de atribuir la revolución de 1891, el trastorno de génesis más netamente ideológica que registra la historia de América, al oro de Mr. North, el rey del salitre. Entretanto lo que nosotros pensamos, cualquiera que sea la amplitud y la profundidad de nuestra visión, no pesó absolutamente en la génesis, el desarrollo y desenlace de los sucesos que enfocamos. Sólo es una lámpara que los ilumina y nos ayuda a comprenderlos. Desde que lo transportamos al pasado que se historia, se convierte en elemento espurio que lo vicia y quita todo valor a la obra, cualquiera que sea la exactitud material de los hechos.

La Historia
es arte o
ciencia?

Desde que el núcleo de la historia se desplazó de las espumas brillantes que flotan en la superficie del pasado —los sucesos y los actores— como tramas y los postulados fijos como urdimbre, a las corrientes y torbellinos que se gestan en sus entrañas —los sentimientos, los deseos, las creencias y los impulsos que emergen del subconsciente colectivo por las grietas abiertas por los sacudones del suceder— se definió la vieja disputa sobre si la historia es rama de la ciencia o del arte. Las fuerzas que tejen la historia son rebeldes a la aprehensión racional y a las leyes de la lógica. Sólo la intuición artística puede cogerlas intactas y representarlas al lector. La historia está, pues, abocada al dilema de transformarse, como quería Goethe, en una creación artística con las alas atadas a la realidad, o, como dijo Huizinga en uno de sus últimos escritos, a resignarse a ser una rama esotérica del pensamiento, reducida a un corto número de cultores y situada al margen del torrente de la vida.

Pasando a la forma, nunca se llevará demasiado lejos el estudio del material; debemos agotar las fuentes, aunque sólo utilicemos el uno o el medio por ciento de su contenido. Pero las huellas del esfuerzo no deben asomar a la superficie de la historia. Las citas de las fuentes y la crítica del material, esenciales en la investigación, asesinan la historia.

La pretendida
imparcialidad

No hay error mayor que el de simular imparcialidad, o, como solemos decir, objetivismo, mediante la falsificación gris de la historia. En primer lugar, sacrificamos la realidad —porque la vida pasada, como la actual, fué todo menos gris— a una quimera. Para que la imparcialidad o el objetivismo fueran posibles, sería necesario que pudiéramos pensar sin la intervención del cerebro humano. En seguida, al añadir el desvanecimiento espontáneo del pasado por

el correr del tiempo, la penumbra emanada del cerebro del historiador, dejamos al margen de la historia al noventa por ciento de los lectores. El norte del arduo problema de la forma es precisamente el opuesto; resucitar lo más fielmente posible la vida que animó al pasado y destacarla con fuerza y colorido para que el lector pueda percibirla. Ni la amplitud y serenidad intelectuales se excluyen con la fuerza y el hervor de la vida, ni la estrechez mental y los fanatismos con la frialdad y la pesadez de la forma. "El que ve claro y hondo no teme a la luz del mediodía; el que sólo vislumbra entre brumas espesas los contornos indecisos de los hombres, de las cosas y de los sucesos, lo mismo que el mochuelo, instintivamente se refugia en la penumbra del atardecer". El que ama la verdad no teme a la antipatía que los pueblos y los hombres sienten por la exhibición desnuda de su pasado, ni se rebaja a exaltar artificialmente sus grandezas ni a tender un velo sobre sus miserias.

Hasta aquí, algunas noticias sobre don Francisco Antonio Encina y su historia monumental. Séanos permitido ahora añadir otras acerca de este Resumen, del sistema seguido para redactarlo y, sobre todo, de la larga lista de profesores, bibliotecarios, coleccionistas y amigos que me han ayudado sin regateos para reunir la iconografía que lo ilustra. Este Resúmen

Luego de trabajar cotidianamente durante más de cinco años con el autor de la "Historia de Chile", y cuando mis tareas secretariales llegaban a su término, me permití sugerirle que, habida cuenta su extraordinaria capacidad de trabajo, se tomara el de hacer un Resumen de la extensa obra, complementándola con abundante iconografía, sin que ello significara en absoluto rendir pleitesía a la costumbre de pergeñar "digestos" tan en boga (palabreja que utilizo aquí no en su valor histórico-jurídico, sino como horrible barbarismo, de manera premeditada, haciendo hincapié en el contrasentido de su gástrica etimología).

Mi estupefacción debió ser muy grande al escucharle que, aunque consideraba muy necesaria tal labor, no le atraía en absoluto y que le gustaría verme a mí empeñado en ella. Y no contento con darme esta nueva muestra de estimación, me dejó amplia libertad para llevarla a cabo.

El primer problema que se me planteaba era el del sistema. Constituye el estilo literario, por cierto, prenda unipersonal e intransferible. Vano hubiera sido el intento de remedar el ameno y dicharachero fluir del señor Encina, engarzando frases suyas con mayor o menor gracia. Sólo cabía escribir otro libro, siguiendo con la mayor lealtad posible los hechos y las ideas, pero redactándolos según mi saber y entender en cuanto al idioma. El sistema

Resuelto en principio el asunto del léxico, presentábanse dos caminos: el relato sucinto de los hechos históricos (la *res gesta* tradicional), prescindiendo de las génesis y conclusiones, o el ensayo de interpretación, omitiendo los más de aquéllos. Me pareció cuerdo el empeño de aunar ambas posibilidades.

He procurado, por tanto, encadenar los sucesos sin solución de continuidad, sacando las conclusiones y los juicios del señor Encina del mismo relato histórico-descriptivo. Soslayé la mayor parte de los resúmenes que el autor redacta al finalizar cada período, porque para escribirlos se basa, como es de suyo, en lo que inmediatamente precede, destacando, con notable habilidad por cierto, su entraña. Como tales resúmenes o síntesis, por otra parte, constituyen verdaderas recapitulaciones, no me fué difícil, sin embargo, entresacar de ellos las ideas directrices cuando con la interpretación de los fenómenos históricos se relacionan.

Una curiosidad profesional, además, me ha impelido a anotar algunos pasajes con referencias bibliográficas, de que el señor Encina no tenía por qué hacer caudal, y llevar otros a los apéndices finales, como la importancia del tema chileno en la literatura española del Siglo de Oro, la historia gráfica de la Canción Nacional, las fuentes documentales para la iconografía, diversos decretos, discursos y manifiestos, amén de los numerosos apéndices estadísticos que resumen en gráficos logarítmicos la historia económica de Chile desde la Conquista hasta 1900.

* * *

La iconografía

Merced al espíritu de colaboración que he encontrado en todas partes y a las facilidades reiteradas de la Empresa Editora Zig-Zag, me ha sido posible reunir en esta obra un verdadero catálogo de la iconografía chilena. Catálogo vivo, a la vista, que ha de servir sin duda para situar el llamado fenómeno de contemporaneidad, no sólo con el producto de la imaginación literaria, sino con la prueba gráfica misma, con la evidencia llamativa que "se mete por los ojos".

Una serie de felices circunstancias lo han hecho posible. Además de la ya indicada, y como factor fundamental, la ayuda, el estímulo y las franquicias de todo orden que me han sido otorgadas por amigos, funcionarios, historiadores y coleccionistas. La bella tradición de la generosidad chilena presenta aquí la más palpable muestra, de suerte que la lista de las personas a las cuales debo y testimonio mis agradecimientos tal vez sea dable reunirlos pocas veces en obras y casos similares de otras latitudes.

os colaboradores

Lejos de mi ánimo establecer jerarquías, debo agradecer, sin embargo, en primerísimo término a mi querido amigo Eugenio Pereira, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, las indicaciones iniciales para la búsqueda de la documentación iconográfica, así como el préstamo de algunas piezas excelentes, tales los dibujos de Bry sobre los ataques de los piratas holandeses a las costas chilenas o los planos de los fuertes en la Frontera.

Don Ricardo Donoso, Director del Archivo Nacional, no sólo ha puesto a

mi disposición los dibujos originales de Pérez Rosales sobre California y los que ilustran el manuscrito de Núñez de Pineda y Bascuñán, sino que me ha abierto nuevos derroteros, como el de los dibujos inéditos de Dampier.

El Prof. señor Manuel Abascal Brunet y los señores Carlos Hagen Busquet y Reinaldo Börgel Olivares, del Instituto Pedagógico, me han facilitado valiosísimos ejemplares de la biblioteca de viajeros que enriquecen esa colección única.

El personal de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, encabezado por su ilustre conservador don Guillermo Feliú Cruz, me ha favorecido también con incansable espíritu de colaboración, tanto la señora Julia Parga de Cavada como los funcionarios señores Mery, Cifuentes y Peralta. Mi estimado amigo señor Costagliola y su distinguida esposa, señora Teresa Baeza de Costagliola, asimismo me han ayudado durante largos meses en la búsqueda de las fuentes de la Sección Americana, y de igual manera han colaborado en este empeño los bibliotecarios de la Sala Chilena, especialmente su jefe, don Raúl Silva Castro, que a sus gentilezas profesionales añadió las de numerosas identificaciones de personajes, fruto de su erudición.

Especial homenaje merecen los funcionarios del Museo Histórico Nacional. Mi querido tocayo, señor Pizarro, me brindó las innumerables riquezas que en él se custodian; mi estimado amigo don Walterio Millar puso con desprendimiento admirable a mi disposición el fruto de sus propias investigaciones; el esforzado y gentil señor Vera, ayudado por todo el personal del Museo, no escatimó el más arriesgado esfuerzo para descolgar cuadros, habilitar vitrinas e instalar verdaderos andamiajes que hicieron posibles los largos trabajos fotográficos.

De igual modo agradezco a las bibliotecarias del Museo de Historia Natural sus desvelos por proporcionarme algunas obras excelentes, y a la doctora Grete Mostny el valioso préstamo de sus negativos sobre Tierra del Fuego.

Notados estímulos y ayudas he recibido asimismo de don Jorge Ugarte Vial, eminente Director de la Biblioteca del Congreso, así como de don Luis Altamirano, don José Zamudio y don Alvaro de la Fuente, doctos profesionales de dicha Biblioteca.

También las preciosas colecciones del Museo de Bellas Artes, entre ellas la reunida por don Luis Alvarez Urquieta, gracias al espíritu de colaboración y a la eficiencia de su Director, el artista Luis Vargas Rosas, pudieron ser fotografiadas en excelentes condiciones, y la gentileza del señor Julio Luna me abrió las puertas del Club Naval de Valparaíso y de la Escuela de Artillería Naval de Viña del Mar. El señor Squella, Director del Museo Naval de dicho puerto, me facilitó la toma de valiosos ejemplares, como el Diario de Bitácora de Moraleda.

Angel Ciutat, con admirable criterio selectivo, acumuló las papeletas que componen la Cronología final; los señores Francisco y Andrés Benítez realizaron el trabajo cartográfico que enriquece esta iconografía, trazando los mapas que llevan su sello inconfundible con maestría de primera línea. Don Antonio de Lezama realizó, en suma, el utilísimo trabajo del índice onomástico.

Varios historiadores de la mayor alcurnia nacional me han facilitado cuantiosos originales: don Carlos Peña Otaegui, el escritor Enrique Bunster, el Prof. Jaime Eyzaguirre, que puso a mi disposición un crecido número de ellos, entre otros los valiosos retratos de la Galería de los Virreyes de Lima. Mi querido colega en aficiones histórico-fotográficas Roberto Montandón, asesor técnico del Consejo de Monumentos Nacionales, me ha entregado numerosas fotografías, entre otras muchas las de los fuertes de Valdivia, excelentes por su doble calidad de documentos y de piezas artísticas. Jorge Inostrosa, por último, me ha ayudado en la búsqueda y consecución de varias muestras de gran interés para la historia militar del siglo XIX.

La gentileza de las familias Fernández e Icaza-Hederra, de Talca, me ha permitido enriquecer el archivo de negativos con varias primicias bellísimas de Rugendas, y el Director del Museo de Bellas Artes de dicha ciudad me ha facilitado los elementos para reproducir los Monvoisin y otras joyas que enriquecen sus colecciones. El Servicio de Foto-Cinematografía de la Universidad de Chile, que dirige Raúl Barrientos, me ha proporcionado algunas reproducciones de gran valor.

Ayudas tan eficaces, por fortuna, se ven realizadas por la fina confección tipográfica, en la que se ha esmerado con cariño Mauricio Amster, arquitecto de libros y artista de las proporciones.

A tantos y tan buenos amigos agradezco su generosa ayuda y dedico espiritualmente el esfuerzo que representa la reunión del millar y medio de piezas que ilustran este Resumen.

Testimonio, por último, mi gratitud más efusiva al espíritu siempre abierto y cordial de los técnicos y empleados de la Empresa Editora Zig-Zag, que no han escatimado esfuerzos desde la entrega de los primeros originales. Valga este reconocimiento tanto para el Gerente y jefes del Departamento Editorial como para el equipo de linotipistas, correctores, retocadores, fotograbadores, cajistas, prensistas y encuadernadores que han intervenido en nuestro trabajo.

Y, a modo de colofón en esta cadena por demás justificada de agradecimientos, sea el postrero, como el inicial, para el hombre sabio y generoso que me distinguió con su confianza y al que jamás pagaré en modo suficiente sus incontables beneficios.

LEOPOLDO CASTEDO

Noviembre de 1953.

PRIMERA PARTE

Chile Hispano

(1535-1810)

I

El territorio.
Historia de las fronteras.
Configuración y relieve.
La flora y la fauna.
Los medios físicos de expansión.

LA nación chilena ha mantenido cierta unidad en sus demarcaciones fronterizas. Sin embargo, los límites jurisdiccionales rebasaron la cordillera de los Andes durante largos períodos y sufrieron las mudanzas que la Corona juzgó adecuadas para el mejor desarrollo de las provincias ultramarinas.

La emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, había firmado, en Toledo, la célebre capitulación con Francisco Pizarro, que le autorizaba para descubrir, conquistar y poblar el Perú, hasta 200 leguas de norte a sur, a partir de Tenumpuela, pueblo indígena que los españoles denominaron Santiago, sobre el río del mismo nombre (1°20' N. de la línea equinoccial). En la misma fecha (26 de julio de 1529) se concedía merced a Simón de Alcazaba para conquistar otras 200 leguas al sur del límite anotado.

Las capitulaciones
de la emperatriz
Isabel

Las noticias del fabuloso Perú atrajeron las peticiones cortesanas sobre aquellos inciertos parajes. En 1534, Carlos V fijaba la estructura de la América austral al sur del río Santiago y el mismo año concedía al adelantado Diego de Almagro una gobernación, que debería llamarse Nueva Toledo, de doscientas leguas más desde el límite sur de Nueva Castilla. Pedro de Mendoza, el ya citado Simón de Alcazaba, Francisco de Camargo y Pero Sancho de Hoz fueron favorecidos con otras tantas concesiones, de tal modo que el futuro territorio chileno quedó dividido en cuatro gobernaciones. El norte, hasta Taltal, correspondía a Almagro; de este punto a la isla Santa María, a don Pedro de Mendoza, en calidad de gobernador del Río de la Plata; desde la isla hasta el Estrecho de Magallanes, a Francisco de Camargo, y del Estrecho al sur, a Pero Sancho de Hoz. Esta situación legal se complicó con la entrada en el escenario del conquistador de Chile, Pedro de Valdivia, y fué solventada por Lagasca, presidente de la Real Audiencia de Lima, que, con facultades para ello, asignó a Valdivia "por gobernación y conquista desde Copiapó, que está en 27 grados de altura de la línea equinoccial a la parte del sur, hasta 41 de la dicha parte, procediendo norte sur derecho por meridiano, e de ancho entrando en la mar a la tierra hueste leste cien leguas". Al confirmar el rey este nombramiento (1552), los límites de la Nueva Ex-

Las gobernaciones
otorgadas por
Carlos V

Los límites de la
gobernación de
Valdivia

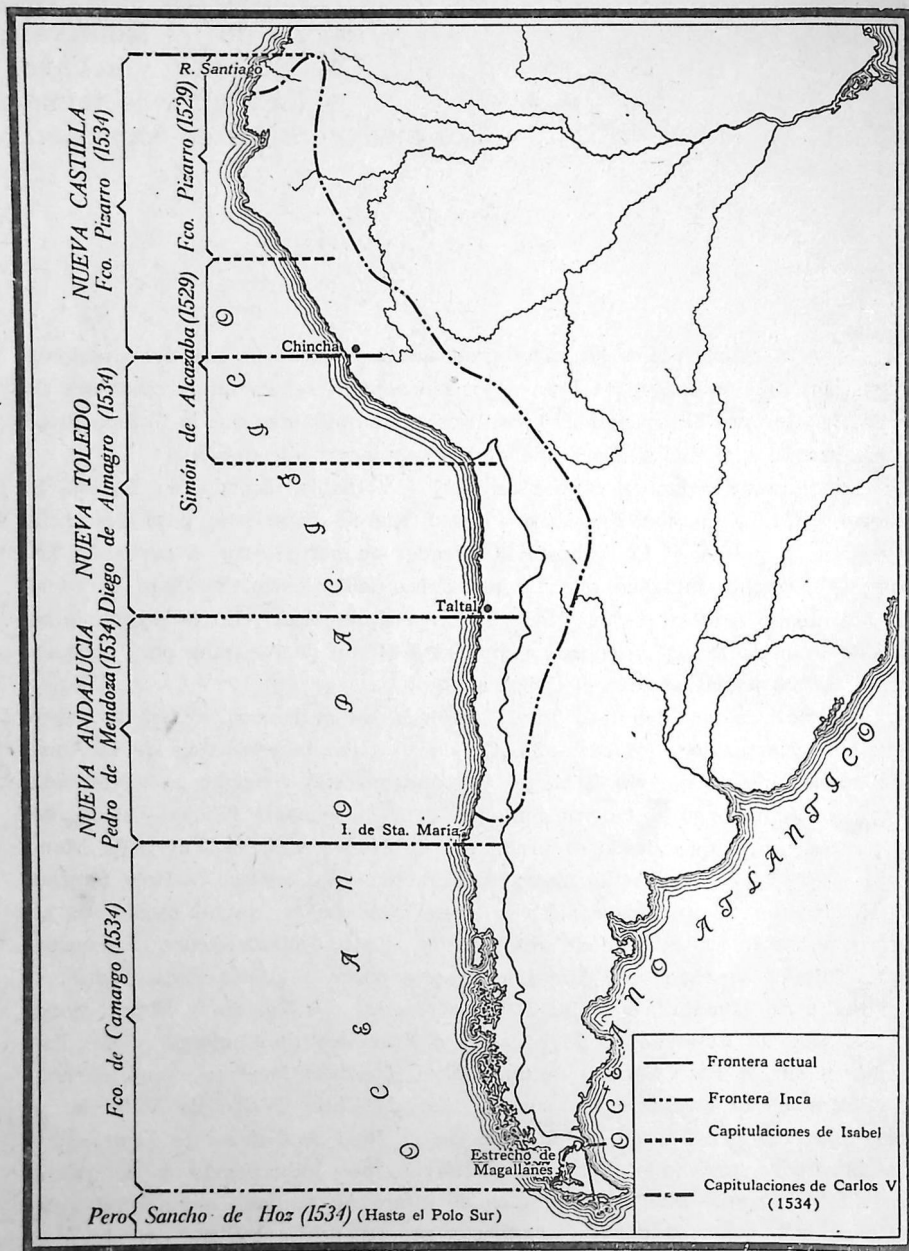


FIG. 1.—LAS CAPITULACIONES DE LA EMPERATRIZ ISABEL Y CARLOS V. *

tremadura, o provincia de Chile, fueron: por el norte, Copiapó; por el sur, Osorno; por el poniente, el Pacífico, y por levante, una línea sinuosa que seguía el caprichoso recorte de la costa en un ancho paralelo de 100 leguas, es decir, unos 600 Km. Este trazado, similar en su técnica rudimentaria al que utiliza el carpintero para tirar paralelas, poniendo el lápiz en el extremo de su metro de madera, dejaba dentro del casi cuadrilátero chileno las provincias de Tucumán, Juríes y Diaguitas; la provincia de Cuyo hasta el valle fértil y Punta de San Luis, por el oriente, y por el sur, el río Diamante. Los esfuerzos de Pedro de Valdivia por legalizar el complemento de la gobernación hasta el Estrecho fueron sancionados en 1554, cuando ya el conquistador había muerto, y con la real cédula que nombraba a Francisco de Villagra quedaban provisionalmente incluídas en el territorio chileno todas las tierras situadas al sur del Estrecho, mientras el rey mandaba "proveer en lo que toca a su población". Como nunca se proveyó, quedaron de derecho incorporadas al territorio de Chile, que alcanzó, como hemos visto, su máxima amplitud durante la Colonia.

La primera segregación del territorio se produjo cuando la naciente colonia era aún disforme. Fué en tiempo de Felipe II (1563): Tucumán, Juríes y Diaguitas pasaron al distrito de la Audiencia de Charcas. La segunda, mucho más importante, porque Chile era ya una unidad nacional, lo fué al crearse el virreinato de Buenos Aires, en 1778, y fijarse sus límites, que abrazaron Charcas y Cuyo. Mendoza, San Juan y San Luis dejaron de ser chilenas.

Historia de las
fronteras

La pérdida de Tucumán y Cuyo durante la Colonia y la renuncia de la zona chilena transandina al sur del Diamante y a la Patagonia, para evitar la guerra con Argentina, durante la República, estimularon una mayor cohesión en cuanto a la naciente unidad nacional y constriñeron, al mismo tiempo, sus posibilidades de futuro crecimiento.

Si bien el cuadrilátero original de Valdivia se estrechaba con la segregación de Cuyo, Chile se alargaba durante la República hacia el norte al descubrirse los grandes depósitos de guano en el Perú. La disputa con Bolivia comenzó a tomar forma en 1842. Hacia 1879, en el litoral boliviano, excepto la soberanía, todo lo demás era chileno: población, industria y capitales. La victoria sobre Bolivia y Perú permitió a Chile dictar los nuevos tratados fronterizos, el último de los cuales sólo vino a firmarse en 1929. El límite norte de Chile subió hasta el paralelo 18, quedando bajo su soberanía el departamento peruano de Tarapacá y el extremo sur del de Tacna.

Incorporación
del Norte

Su postrera expresión cartográfica dió a Chile la forma de una extensa

* Sobre las ilustraciones, ver Apéndice: Las fuentes documentales para la iconografía.

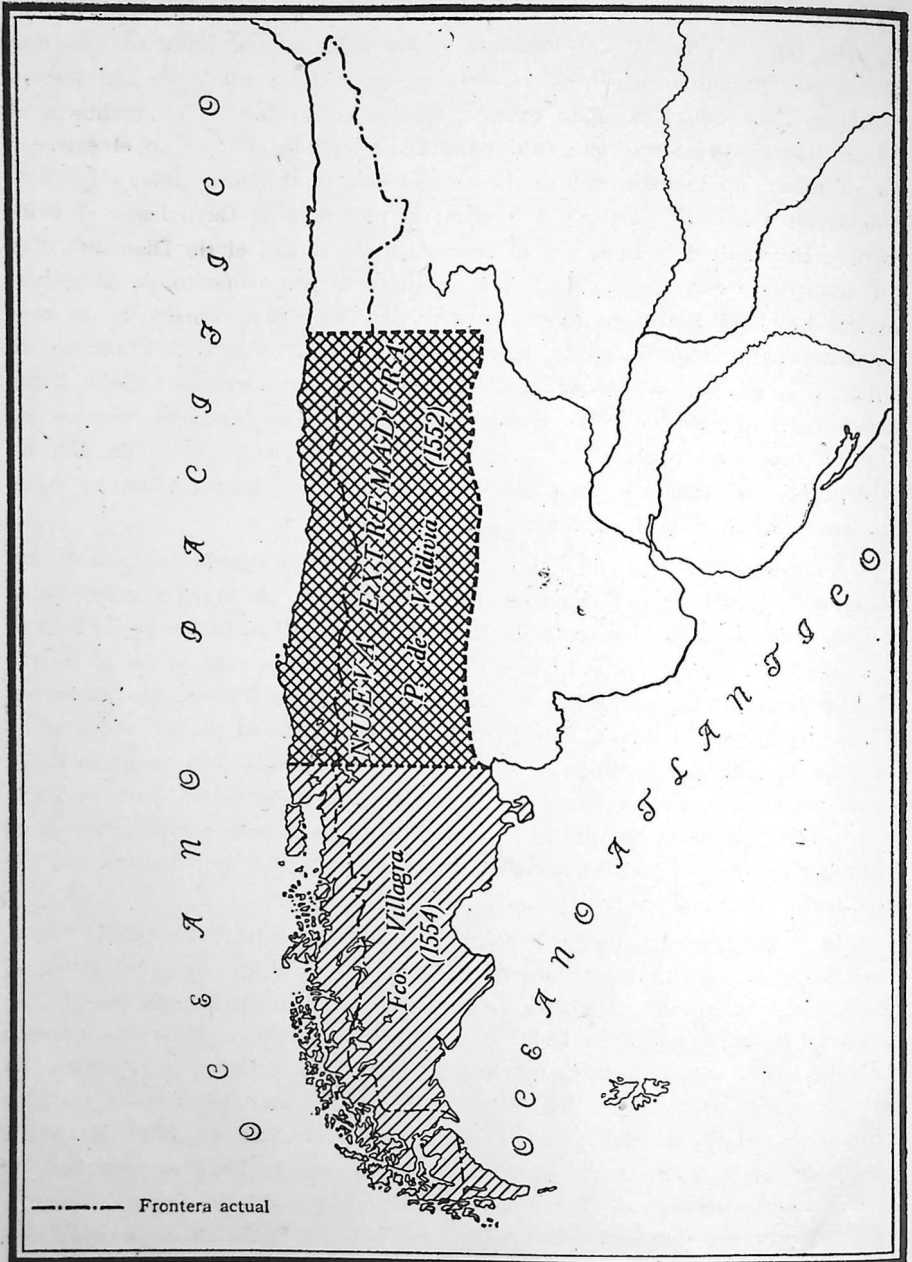


FIG. 2.—LAS GOBERNACIONES DE PEDRO DE VALDIVIA Y FRANCISCO DE VILLAGRA.

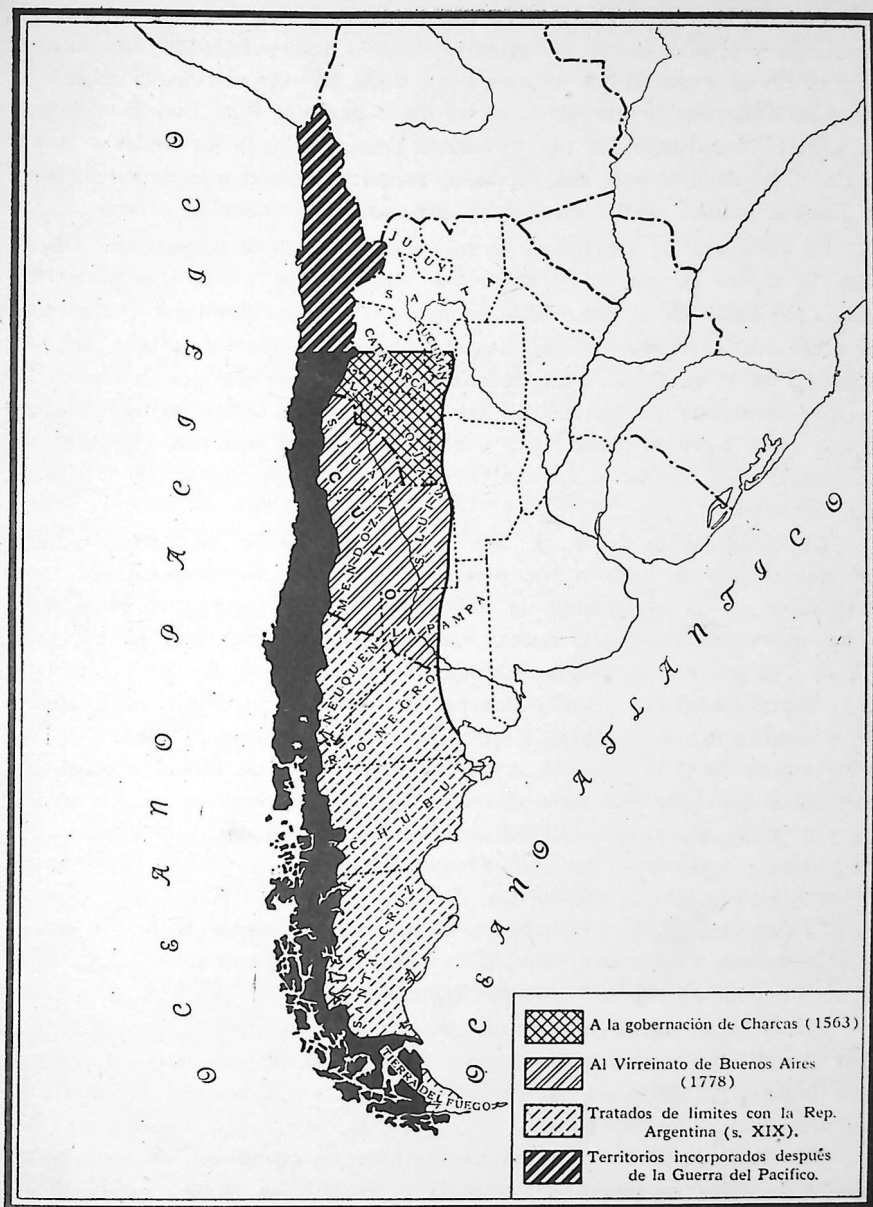


FIG. 3.—HISTORIA DE LAS FRONTERAS.

Configuración
y relieve

faja de 4.300 Km. de largo, con un ancho medio de apenas 180, que corre entre los Andes y el mar, desde el paralelo 17°38' hasta el 56°32' de latitud austral. En el curso de los últimos años, Chile ha reivindicado su soberanía sobre la Antártida, lo que lleva su territorio hasta el Polo Sur. Esta forma sui géneris, encarrilada por dos cordilleras paralelas, la de los Andes y la de la Costa, ha dado al país una expresión geográfica que, a más de condicionar su historia política, le ha señalado una personalidad única en el mundo.

La cordillera de
los Andes

La cordillera de los Andes, la más alta del planeta después del Himalaya, lo separa de Bolivia y Argentina. Sus enormes picachos exceden con mucho los 6.000 m., y, entre ellos, numerosos volcanes mantienen ininterrumpida actividad. La línea de las nieves eternas desciende de norte a sur con la altura de la cordillera y la variación de la temperatura, que determina la mayor abundancia de lluvias. De las tres secciones de los Andes chilenos, la que corre entre el límite norte y el río Maipo ha sido teatro de grandes acontecimientos históricos. Es casi impenetrable, con pocos pasos que exceden los 4.000 m.

La cordillera de
la Costa

La cordillera de la Costa, más antigua que la de los Andes, recorre también el país de norte a sur, pero se hunde en el canal de Chacao, para reaparecer en la isla grande de Chiloé. Los suaves lomajes, a veces alterados por algún picacho o cadena abruptos, forman una serie de cordones cortados de oriente a poniente por los ríos que nacen en los Andes.

Ambas cordilleras están unidas por una serie de contrafuertes, desde la árida meseta del norte hasta el Aconcagua, que forman hondonadas fértiles transversales de gran desnivel. A partir de la cuesta de Chacabuco, las dos cordilleras defienden una serie de valles que se prolongan en una extensión de 930 Km. hasta el seno de Reloncaví, donde se hunden en el océano para reaparecer solamente en los archipiélagos australes.

La costa

Chile tiene más de 10.000 Km. de costas, es decir, casi uno de costa por cada 74 de superficie. Sin embargo, el número de puertos naturales es pequeño: Corral, Talcahuano, Coquimbo y Caldera, utilizados desde la Colonia, y Mejillones, Iquique, Arica, en la República.

Salvo los archipiélagos del sur, las islas chilenas son escasas y estériles. Los ríos del norte apenas llevan agua. En el valle central, desde el Aconcagua hasta el Bío-Bío, son aprovechables para el riego. Los del sur son caudalosos, pero poco navegables.

El clima

El clima de Chile es marítimo en toda su extensión. La temperatura media de Arica, en plena zona tropical, es de 19°. La de Valparaíso, 15°, y la de Punta Arenas, la ciudad más austral del mundo, 6°5'. Climatológicamente, Chile se divide en tres zonas definidas: la costa, el valle central y

los faldeos de los Andes. A pesar del desnivel, la temperatura varía poco en la misma latitud. La bondad del clima, en un país que sobrepasa en 6 grados el trópico, por un extremo, y llega a los hielos eternos, por otro, no se debe exclusivamente a la proximidad reguladora del mar. Es la corriente de Humboldt el factor de equilibrio que modera la temperatura del norte. A esta bonanza contribuye también el régimen de vientos y su influencia en el de lluvias. Desde el extremo norte hasta Copiapó no llueve casi nunca. En la costa de esta zona, una neblina húmeda, la camanchaca, se adhiere en invierno a los cerros, manteniendo el cielo nublado aunque sin lluvias. En los Andes nortinos nieva en invierno, pero los deshielos no bastan para disponer de riego artificial.

A pesar de la benignidad del clima, el agua caída en una misma región varía considerablemente de un año a otro, y, a causa de la enorme longitud del país, el clima ofrece muchas variantes. Su influencia sobre los cultivos establece regiones agrícolas bien delimitadas: en el sur dominan las praderas y los bosques; en el centro, los cultivos mediterráneos, y en los esquemáticos valles del norte prospera la flora semitropical.

Su aislamiento ha dado a la flora chilena caracteres peculiares y la variedad del clima permite el desarrollo de muchas especies. En Chiloé, Cautín y Valdivia, los bosques cubrieron otrora el territorio. Más al norte, la selva se repliega a las cordilleras. Es la región de la bellísima *Araucaria imbricata*. Los árboles industriales del sur: el roble, el coihué, la luma, el lingue, el laurel, el raulí, el alerce, el ciprés de Guaitecas, son desplazados, a medida que nos acercamos al valle central, por el peumo, el litre, el quillay, el boldo, la patagua, el canelo. Aquí la vegetación arbórea es aún apreciable. En primavera crecen pastos naturales que se secan en el verano. Hacia el grado 37 aparece el espino. El suave paisaje, a diferencia de la hermosa plasticidad de la región de los lagos, lo definen dos árboles importados: el sauce y el álamo. Desde el Maule, el bosque degenera en matorral y aparecen árboles determinantes de otra región. El más airoso es la palmera chilena. Más al norte prosperan el algarrobo, el belloto y el molle. La flora

Al norte de las serranías de Choapa comienza la estepa. Arbustos miserables de raíces profundas y tallos rastreros cubren irregularmente las faldas desoladas de los cerros. Sólo algún quisco columnario o un chagual con su alta inflorescencia animan el paisaje. El extremo norte es un desierto inhóspito, donde apenas apuntan rudimentos de vida. El clima es tan seco, que los cadáveres de los animales, en vez de corromperse, se deshidratan. Los oasis fértiles, Pica, Tarapacá, Azapa, moldean el contraste con la aridez ambiente.

La fauna La fauna chilena, menos variada que la flora, es pobre en mamíferos y más rica en aves y peces. Desde el punto de vista económico, el guanaco ocupa el primer lugar entre los rumiantes. El puma no es temible para el hombre, y las aves, numerosas y algunas exclusivas, no han influido en el desarrollo histórico. Una característica simbólica de la fauna chilena es que en el país no hay reptiles venenosos.

La fauna marina es rica en especies y de gran valor económico, tanto en peces comestibles como en crustáceos y moluscos. Unos y otros sirvieron de alimento principal a las tribus costeras del Chile prehispánico.

Los medios físicos de expansión

Desde el punto de vista económico-social, Chile es un ejemplo de inadecuación natural al bienestar humano. Salvo el clima, la naturaleza, lejos de ayudar al hombre, es un permanente y enhiesto enemigo que es forzoso vencer. En el desarrollo económico de este país lo fundamental son las aptitudes de sus habitantes, su energía y su laboriosidad. Un pueblo luchador, voluntarioso y austero sería capaz de crear una civilización superior. Un pueblo ordenado, sensato y de medianas aptitudes sólo podrá llevar en él una existencia lánguida y necesitará ceñirse a un desarrollo lento. Un pueblo perezoso y desprovisto de virtudes cívicas perdería, a corto plazo, lo mejor del progreso ya realizado. En Chile, la naturaleza no suple al esfuerzo hu-

El esfuerzo chileno

El contraste de estas latitudes con las del trópico es, en este sentido, violento. Allá la corriente vital arrolla, anonada al hombre y le brinda sus riquezas económicas casi sin esfuerzo. Aquí los campos de cultivo, las vías de comunicación, las minas, son creaciones del ímpetu social. El aserto está violentamente confirmado por la Historia. Las civilizaciones prehispánicas del norte tuvieron que regar artificialmente los pequeños valles perdidos en el desierto. Los mismos araucanos hubieron de trabajar la tierra para no perecer. Los colonizadores españoles gastaron sin descanso sus energías en Chile, en proporción muy superior a los del resto de América. Y los factores que, durante la República, permitieron a este país aventajar a los más favorecidos vecinos no fueron ciertamente físicos, sino nacidos del orden institucional y de la laboriosidad de sus habitantes.

El área cultivable

De los 741.767 kilómetros cuadrados que mide Chile, sólo se considera actualmente útil una superficie de 200.000 kilómetros cuadrados. De ellos están incorporados al cultivo 56.000. La proporción arable de los 144.000 restantes se puede estimar en 44.000; pero sólo se podrán incorporar al cultivo después de costosísimas y largas inversiones. Los otros 100.000 únicamente son útiles para el pastoreo de ovejas, vacunos y cabras.

Chile es rico en cobre y contiene bastante azufre, plomo, plata, oro, bórax, etc. El salitre y el yodo representan una riqueza transitoria que ha contribuido, en parte, a la prosperidad del país. Durante la Colonia, sólo se explotaron el oro, la plata y el cobre de alta ley. El carbón es escaso y de baja calidad. La energía hidroeléctrica en potencia puede satisfacer las necesidades de un avanzado industrialismo. Los minerales

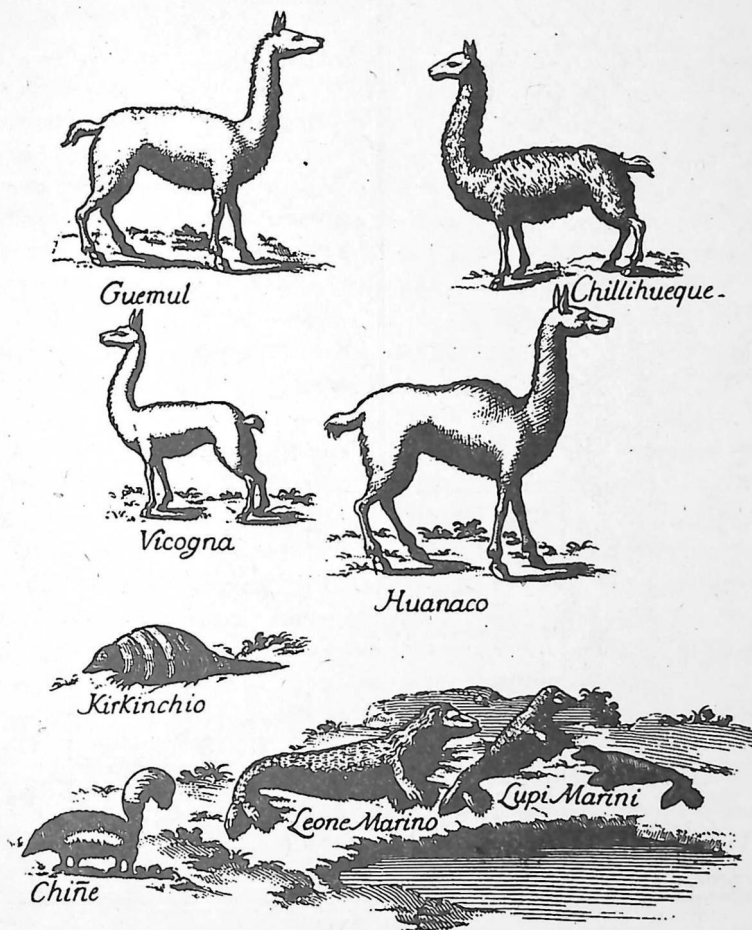


FIG. 4.—FAUNA CHILENA, SEGÚN EL ABATE MOLINA.

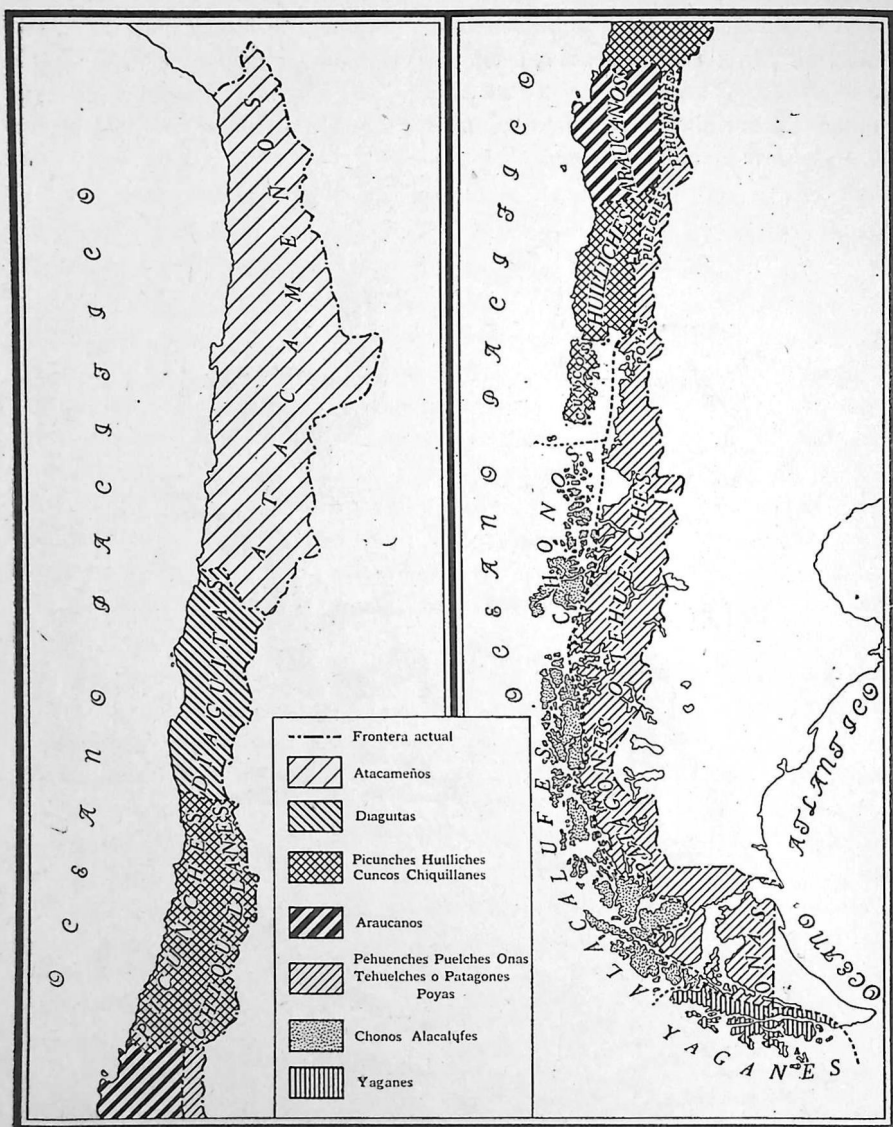


FIG. 5.—MAPA ETNOGRÁFICO, SEGÚN G. MOSTNY.

II

La prehistoria.
Panorama racial y cultural de
Chile prehispano.
Atacameños y diaguitas.
Pehuenches, tehuelches y razas australes.
Los araucanos.

EL Abate Molina había intuido en el siglo XVIII los rasgos esenciales determinantes de la antropología chilena: la existencia de culturas relativamente avanzadas anteriores a la invasión incásica y la extraordinaria variedad de razas humanas que poblaron otrora el territorio. Los antropólogos, arqueólogos y filólogos modernos, especialmente los sabios Max Uhle y Latcham, han completado y afirmado científicamente muchas de aquellas teorías, que permiten trazar un panorama antropológico general chileno, hechas las salvedades que sugieren las limitaciones propias de esta ciencia.

Las distintas razas que habitaron en tierra chilena, sometidas a la clasificación antropométrica, presentan diferencias notables, incluso en la conformación craneana, que oscila desde la braquicefalia hasta la dolicocefalia, aquélla mucho más abundante que ésta. Las inmigraciones se produjeron, al parecer, de norte a sur y de oriente a poniente. Paul Rivet pretende demostrar que hubo también una corriente inmigratoria por el mar.

Lavaysse encontró en Concepción (1822) esqueletos humanos correspondientes a un tipo subdolicocefalo, con el cráneo de paredes muy gruesas y de aspecto general arcaico. Se alimentaban de la caza y de la pesca por medio de redes. Parece que intuyeron algunas ideas religiosas. Enterraban sus muertos en hileras, con el cuerpo extendido, separando a los hombres de las mujeres. Uhle y Latcham opinaron que estos hombres pertenecían a la gran familia que Deniker y Keane denominaron paleo-americana, extendida por todo el continente hace unos 3.000 años.

Los cráneos de
paredes gruesas,
los hombres de
los conchales

En los conchales de las caletas abrigadas de la costa chilena se han encontrado esqueletos muy distintos de los correspondientes a los cráneos de paredes gruesas. Son estos conchales (Kjoekkenmoendynger) depósitos de restos de conchas, acumulados durante siglos por tribus que se alimentaban principalmente de mariscos. Los hombres de los conchales eran braquicefalos. Las armas y los utensilios eran de piedra labrada y construían sus tiendas con pieles de lobos y aves marinas. Sus balsas de cueros de lobo inflados se extendieron hasta el Maule. La alfarería era fina y variada y en ella se esbozan algunos elementos ornamentales. Los utensilios principales,



FIG. 6.—CHANGOS, SEGÚN D'ORBIGNY.

encontrados junto a los restos de estos hombres neolíticos, eran raspadores de pieles, perforadores, buriles, y sus armas, mazas de diversas formas: puntas de flechas, cuchillos y manoplas.

Los changos En la costa norte, desde Aconcagua hasta el Loa, prosperó otra raza de pescadores más reciente: la de los changos. Latham creyó que esta raza pudo ser el resultado del cruzamiento de las dos ya descritas, pues la mesaticefalia de sus cráneos los acerca a los hombres de los conchales y ciertos rasgos de la cara presentan reminiscencias de la raza paleolítica. Los changos eran anchos de espaldas. Su estatura media oscilaba alrededor de 1,60 m. en los hombres y 1,45 m. en las mujeres. El color oscuro no tendía al rojo, como en el araucano, y su pelo era negro, lacio y sin lustre. Dormían en toldos de cuero de lobo, sostenidos por troncos de quiscos o costillas de ballenas, y, como sus predecesores, fabricaban embarcaciones con cueros de lobo marino inflados. Estos pueblos debieron vivir en la zona en los comienzos de la era cristiana. (Figs. 6 y 7)

Los atacameños Entre los pueblos prehispánicos que prosperaron en Chile se destacan por el brillo de su cultura los atacameños. Habitaron los valles de las cordilleras de Tarapacá y Antofagasta, la Puna de Atacama y las actuales provincias argentinas limítrofes. Su cultura alcanzó el apogeo hacia los siglos

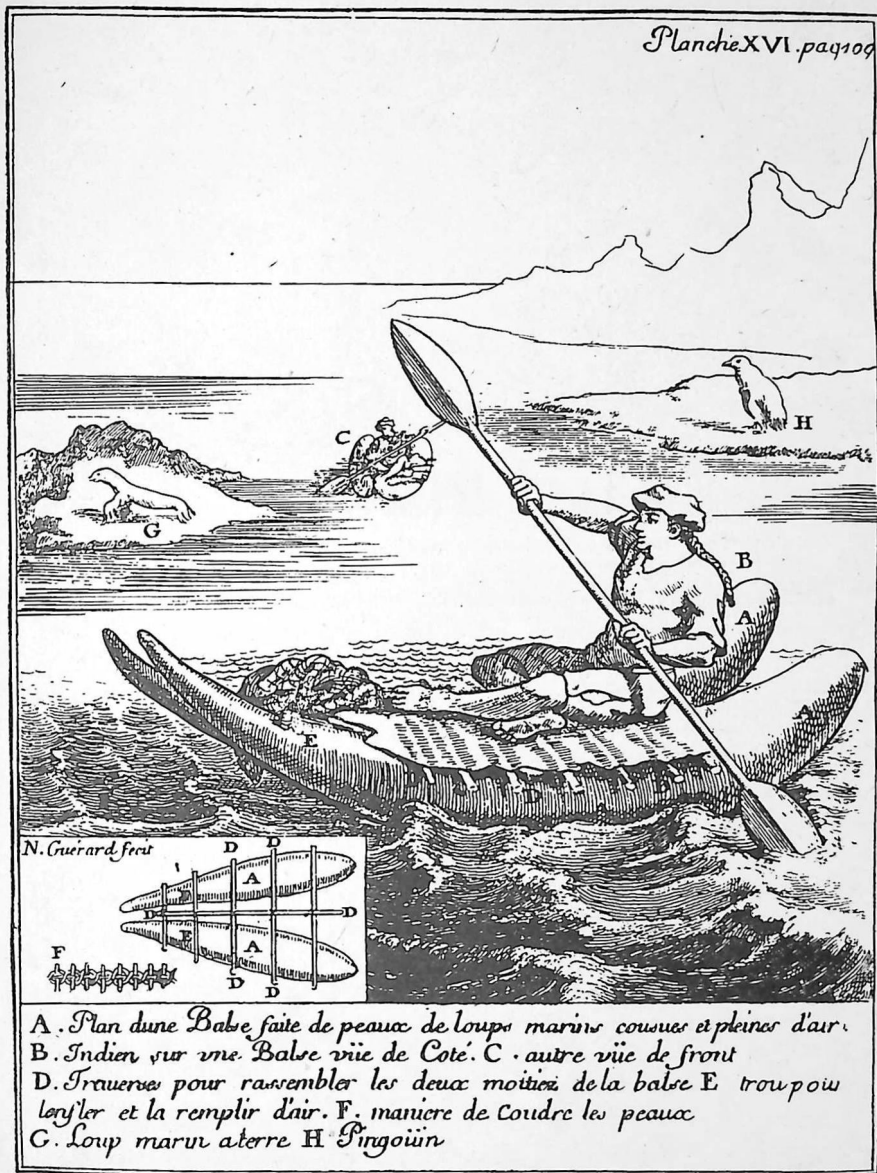


FIG. 7.—BALSAS DE CUERO DE LOBO, SEGÚN FREZIER.



FIG. 8.—BALSAS DE CUERO DE LOBO, SEGÚN D'ORBIGNY.

IX y XI de nuestra Era entre la aparición de la cultura de Tiahuanaco y el imperio incásico. Los atacameños vivían de la agricultura, la ganadería (crianza de llamas) y la pesca. Hilaban y tejían la lana de sus ganados, trabajaban las minas, y su metalurgia producía un bronce casi tan duro como el acero. En sus adornos utilizaban la plata y, a veces, el oro. La alfarería, de mediana calidad, contrastaba con una cestería primorosa. Grandes marchadores y buenos comerciantes, recorrían enormes distancias con rebaños de llamas para canjear sus productos. Hablaban un idioma propio: el "kunza", que hasta ahora no ha sido posible concordar con ningún otro. (Fig. 9)

El paulatino cambio del clima, al cubrirse regiones fértiles con una gruesa capa de arena, los desplazó hacia el valle del Loa y de Tarapacá.

La cultura atacameña tenía ya caracteres propios hace más de dos mil años. En el curso de su evolución se advierten las influencias de las culturas Proto-Nazca y de Chavín de Huantar. Parece que su esplendor máximo está cerca del de la civilización de Tiahuanaco. Después de este período, aun se advierte la influencia chincha y diaguita.

Separados por ochenta leguas de desierto, en las provincias de Atacama y Coquimbo, se había asentado, en época imprecisa, una rama de los diaguitas o calchaquíes, que después se ha llamado diaguita chilena. Los diaguitas, mesaticéfalos, habían progresado mucho en la agricultura, pues empleaban el riego en cultivos de terrazas escalonadas. Conocían la metalurgia del bron-

Diaguitas
chilenos

ce y fabricaban azadones, cinceles, campanillas, agujas, aros, etc. Su alfarería estaba bellamente adornada con dibujos zoomorfos, como avestruces y serpientes, y sus tejidos eran magníficos. Cultivaban el maíz, las papas y las calabazas, y fabricaban chicha de molle y de algarrobo. Su idioma, el "kakan", ha enriquecido el vocabulario chileno con numerosas palabras. (Figs. 10 y 11).

Todavía constituye una incógnita, para antropólogos y arqueólogos, el pueblo conocido como el de la "gente de los túmulos". Se sabe de ellos que colocaban sus muertos tendidos en pequeñas cámaras formadas por lajas o por simples pircas, cubiertas a su vez por montones de piedra de dos metros de largo, uno de ancho y ochenta centímetros de alto. Junto al cadáver se dejaban los utensilios que habían sido personales en vida. La alfarería era negra y lisa y admirablemente pulimentada. Estas gentes de los túmulos habitaron la región central y sur hasta el canal de Chacao, y su cultura, al parecer apreciable, se mantenía aún en la época de la invasión chincha-diaguíta.

La gente de los túmulos

En el mapa etnográfico chileno que estamos describiendo aparece una de las pocas razas altas que lo determinan: los pehuenches, que, por sus cru-

Pehuenches y puelches



FIG. 9.—RUINAS DE LA CIUDAD Y PUKARÁ DE LASANA.
(Prov. de Antofagasta. Foto R. Montandón.)

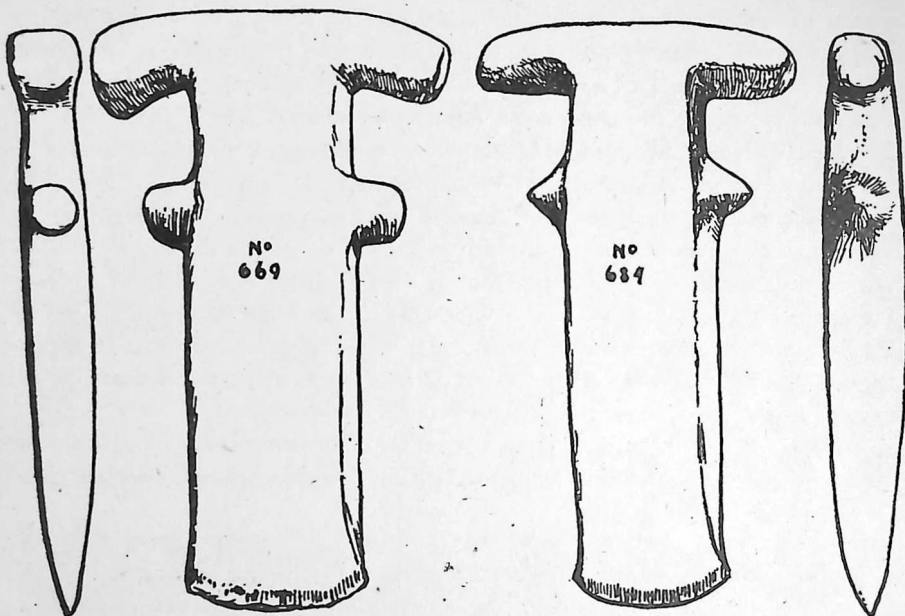


FIG. 10.—HACHAS DE COBRE DIAGUITAS.

zamientos con picunches y mapuches y sus buenas relaciones con éstos y los españoles, aportaron alguna sangre al manto aborigen. Se extendieron desde Chillán hasta Valdivia por los faldeos occidentales de los Andes y recibieron este nombre, según el P. Rosales, por los piñones que les servían de alimento ("pehuenche", hombre de los pinos). Su cuerpo era musculoso y fuerte; el cráneo, subdolicocefalo; la cara, ancha, cuadrada, con la mandíbula inferior dura y enérgica y los ojos hundidos, rasgo que les daba un aspecto de impresionante fiereza. Los pehuenches formaban tribus nómades, tejían cestas y se adornaban con plumas. Su arma predilecta era la boleadora: piedras forradas con cuero, con tirantes del mismo material, que enredaban con gran habilidad en las piernas de la víctima. Tenían idioma propio, que fué desplazado después por el mapuche. Latcham sitúa su origen en las tribus que poblaron la pampa argentina entre los ríos Colorado y Negro, aceptando la posibilidad de su arranque de una rama de los huarpes, que poblaban las actuales provincias de San Juan y Mendoza.

Los mapuches denominaron puelches a algunas tribus que se habían establecido en las cordilleras de Valdivia, pues nombraban de este modo a

todos los aborígenes que vivían al oriente de su territorio. Los puelches, de cráneo braquicéfalo, eran más pequeños que los pehuenches, pero más altos que los mapuches. Tanto por el idioma como por las costumbres se identifican con los tehuelches.

Empujadas probablemente por los invasores del norte, se establecieron en la Patagonia razas muy diversas, que han llamado la atención de los antropólogos modernos y suscitado la curiosidad de cronistas y viajeros desde el Descubrimiento.

Tehuelches y razas australes

Los tehuelches habitaban la cordillera. Conocidos con los nombres de patagones o poyas, de gran estatura (1,80 m. de media), su principal ocupación era la caza del guanaco y su idioma no presenta concomitancias con el araucano. (Fig. 13.)

Los chonos, reclusos en la isla grande de Chiloé y, después, en los archipiélagos de las Guaitecas y de los Chonos, recorrían los canales en canoas dedicándose a la pesca. Fueron numerosos y su presencia en estas regiones es sin duda muy antigua. Poseían idioma propio, distinto del de sus vecinos. Hoy sobreviven apenas algunos centenares, al sur y al oeste del estrecho de Magallanes, con el nombre de alacalufes.

Los caichues, entre la cordillera patagónica y la playa de los Evangelistas, eran también de elevada estatura. Los payos o peyes vivían en las islas situadas al sur del grado 48. Los keyes, los calenches, los tayatafes y los lecheyeles no han dejado restos vivos.

Los onas habitaron hasta hace poco en el norte y noroeste de la Patagonia. Al dividirse, las tribus que se radicaron en el sudeste de la isla grande se extinguieron. El resto sobrevive en las orillas del lago Fagnano, en Argentina. Los onas (hombre del norte, en idioma yamana) son corpulentos, de anchas espaldas, miembros robustos y elevada estatura (1,81 m. los hombres, 1,67 m. las mujeres). La cara es alargada; angulosa, de pómulos salientes, nariz larga y delgada y boca grande. (Fig. 14.)

En las dos orillas del canal de Beagle viven los yahanes, agrupados al calor de las misiones, en número aproximado de 300 individuos. Son bajos (1,58 m. los hombres), de cabeza voluminosa, cráneo subdolicéfalo, frente estrecha, huída, y pómulos altos. Hay una ma-

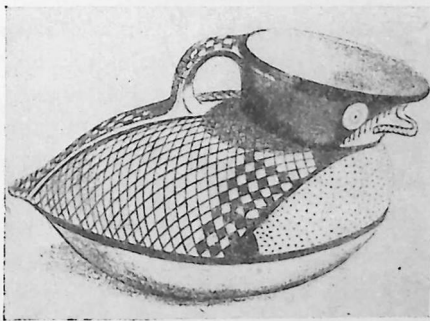
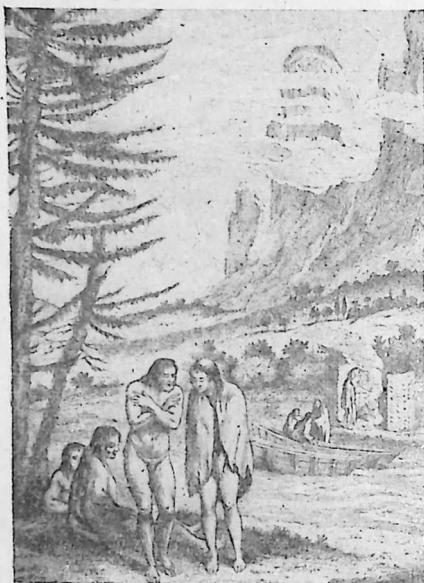


FIG. 11.—ALFARERÍA DIAGUITA.



SEGÚN BRY.



SEGÚN P. P. KING.

FIG. 12.—PATAGONES.

nifiesta desproporción entre el tronco y los miembros de los yahanes. El busto, de hombros cuadrados y altos, sostiene un cuello corto y sólido, que contrasta con los brazos largos casi carentes de musculatura y las piernas cortísimas, sin pantorrilla visible, atrofiadas por la vida sedentaria alrededor del fuego o en el fondo de las canoas. Es interesante la semejanza que los exploradores han advertido entre los yahanes, los botocudos del Brasil y otras tribus que parecen ser vestigios del hombre paleo-americano.

Los alacalufes son algo más altos que los yahanes y mucho más vigorosos y activos. La faz tiene mejor aspecto, pues es más redonda y regular, con la frente estrecha y huída, y la nariz, angosta a la altura de los ojos, se ensancha en su extremidad. De boca grande, los dientes, muy regulares, les duran hasta la vejez. La pigmentación es algo más clara que la de sus vecinos. (Figs. 15, 16 y 17.)

La composición etnográfica que encontraron a su llegada a Chile los españoles presentaba caracteres muy definidos. De norte a sur se extendía una civilización preincásica que había sido cortada violentamente en dos por la penetración de un pueblo extraño a ella, el mapuche, que, una vez instalado, ensanchó su cuña hasta abarcar el territorio comprendido entre los ríos Bío-Bío

y Toltén. La fracción norte fué sometida por los incas. Mas, como mapuches y promuacae los rechazaron hasta el Maule, la fracción sur de la antigua civilización asentada en el territorio permaneció ajena a todo contacto con la cultura incásica.

Estos tres conglomerados comprendían más del 85 por ciento de la población total. Los picunches (hombres del norte), entre el Aconcagua y el Bío-Bío, contaban 290.000; los mapuches, entre el Bío-Bío y el Toltén, 350.000, y los huilliches (hombres del sur), entre el Toltén y la región de Chiloé, 430.000.

La cultura chincha-atacameña-diaguíta, que unía a los pueblos llamados picunches por los araucanos, había alcanzado gran desarrollo al enfrentarse con la invasión incásica. Estos aborígenes conocían el riego artificial y sembraban maíz, el poroto pallar, papas, zapallos, calabazas, la quina, el mango, el madi y el ají. Las llamas y las alpacas les proveían de lana y carne. Se agrupaban en pueblecitos, cerca de las corrientes de agua, y construían sus ranchos, de forma cuadrada, con quinchas revocadas y techos de tótora o paja. No tenían muebles. Dormían, comían y trabajaban en el suelo y sus utensilios domésticos se reducían a unos cuantos cacharros de greda, un mortero de piedra y algunos objetos de madera labrada.

Tejían grandes paños cuadrados de lana, con los que se envolvían las

Pueblos
preincásicos



FIG. 13.—AUCAS Y SUS TOLDOS, SEGÚN D'ORBIGNY.



FIG. 14.—ONA.

Las invasiones
incásicas

mujeres, a modo de saña recogida en la cintura con fajas teñidas, y los hombres, doblándolos entre las piernas, como bragas. Se abrigan con ponchos, también de lana.

Sus armas principales eran las flechas y los arcos de grandes dimensiones, mazas con la cabeza de piedra sujeta con correas, porras de madera de tres o cuatro metros, lanzas de hasta cuatro metros y estólicas para lanzar dardos. La alfarería muestra la influencia chincha-diaguita en los dibujos geométricos inseguros y sin curvas.

La primera invasión incásica tuvo lugar bajo el reinado de Túpac Yupanqui, hacia el año 1460, y sólo alcanzó hasta el valle de Coquimbo. Su hijo, Huaina Cápac, envió 25 años después un ejército que atravesó el Maule, sufriendo una grave derrota al sur de este río, que determinó la estabilización de la

frontera del poderío inca en la orilla derecha. Con espíritu proselitista y colonizador, los incas fundaron numerosas colonias de mitimaes, esto es, agricultores e industriales pacíficos traídos de diversas partes del imperio, que bautizaron el nuevo asiento con el nombre de su lugar de origen. Así, Lima-che (gente de Lima), Lliu-Lliu, Cuz-Cuz, etc. La dominación incásica fué efímera, pues sólo duró 50 años en la región Aconcagua-Maule y 73 en la de Aconcagua al norte, razón por la cual no modificó a fondo la civilización existente, ni siquiera en el idioma. (Figs. 18 y 30.)

Los huilliches

Los huilliches como los picunches mantuvieron en lo esencial los caracteres chincha-chilenos. Sus habitaciones eran grandes, con tabiques de puros bien revocados, que separaban numerosos departamentos. A veces, el grupo familiar que las ocupaba excedía de ochenta personas. Su edificación era un verdadero rito en que competían dos bandos, tanto en la calidad como en la rapidez de la obra. La cultura alcanzada por los huilliches llamó mucho la atención de los conquistadores. Pedro de Valdivia dice que su tierra era "próspera de ganado como la del Perú, y abundosa de todos los mantenimientos que siembran los indios, así como maíz y papas, quínoa, madi,

ají, frisoles"... "La gente es crecida, doméstica y amigable..., y blanca"... , "vestida toda de lana a su moda..., y tienen muchas y muy pulidas vasijas de barro y madera; son grandísimos labradores y tan grandes bebedores".

Al llegar los españoles, los araucanos ocupaban la región comprendida entre el Bío-Bío y el Cautín; pero mantenían relaciones y probables cruzamientos con los primitivos aborígenes hasta el Itata, por el norte, y el Toltén, por el sur. Confrontando la moderna antropometría con las noticias de los cronistas, es fácil establecer la caracterización física del araucano. Bajo de estatura (1,61 m. el hombre, y 1,43 m. la mujer); el tronco, muy bien desarrollado, alto y abombado, es más largo que el del europeo en relación con la estatura. Los pechos de la mujer son cónicos, bastante apartados y se proyectan hacia afuera más que en la europea. El vientre, largo y abultado. Las espaldas, anchas; en ambos sexos, el cuello corto y grueso y el dorso recto. Los brazos, relativamente cortos y menos musculosos que los del europeo; los muslos, gruesos y redondos, y la pantorrilla no se percibe por lo macizo de los tobillos. La cabeza es chica y la frente proporcionada y no huída. La cara presenta los pómulos salientes de frente, pero de perfil se ve aplastada. La nariz, ancha y carnosa, generalmente recta, y los ojos, pequeños y oscuros, son ho-

Los mapuches



FIG. 15.—MUJER YÁMANA. NIÑO MESTIZO DE YÁMANA Y ONA.

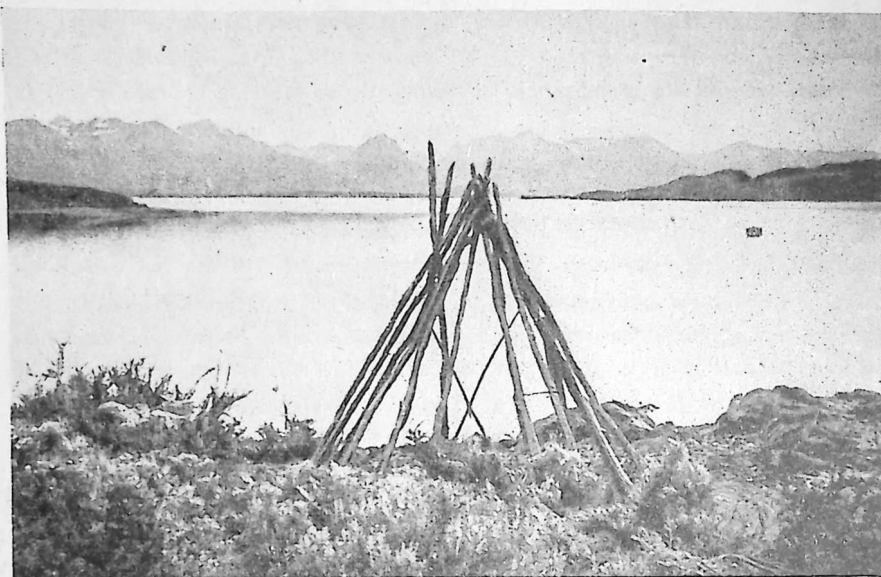


FIG. 16.—RUCA FUEGUINA EN CONSTRUCCIÓN.

rizontales, sin apariencia, por tanto, mogólica. La boca es grande y los labios gruesos. La barba, cuadrada y algo prominente, le da a la cara rasgos de determinación y virilidad. El pelo, es obscuro, grueso y liso, y el cutis, moreno, mas sin el tono cobrizo característico del indio americano septentrional.

El aspecto general del araucano está determinado por la robustez y la fuerza de carácter, cualidades que amalgaman la psicología más viril y de mayor energía vital entre las razas del continente americano. (Fig. 19.)

Los mapuches, al mismo tiempo que asimilaban la cultura chincha-chilena, por intermedio de las mujeres capturadas al enemigo, se hicieron agricultores y ganaderos. Imitaron los cultivos autóctonos y formaron la base de su ganado con la alpaca y la llama. No lograron trabajar los metales ni asimilaron los procedimientos de los alfareros derrotados.

La lengua
mapuche

El fenómeno de más transcendencia originado por la invasión mapuche fué la pérdida del idioma del pueblo vencedor y la adquisición de la lengua del vencido, lo que mantuvo la unidad idiomática de todo Chile. Esta, conocida después con el nombre de mapuche, es, como todas las americanas, aglutinante, es decir, que la simple yuxtaposición de elementos distintos en una misma palabra modifica el valor gramatical y expresa matices de las ideas. El mapuche se caracteriza por su notable estabilidad fonética y por su es-

estructura sencilla y de fácil análisis. Como es natural, hay pocos sustantivos y casi carece de vocabulario que no exprese ideas concretas. Las vocales, claras y hasta cierto punto numerosas, están bien distribuídas entre las consonantes, lo que hace de él un idioma armonioso y sonoro.

En la evolución de sus ideas religiosas, los araucanos no habían llegado a las concepciones abstractas. Para el mapuche, la prolongación de la vida se encarnaba en un doble exacto, como la sombra, real e intangible. El otro yo podía hacerse invisible, pero estaba sujeto a las mismas necesidades y apetitos que los vivos. Por eso enterraban sus muertos con los objetos que les habían servido en vida. Los espíritus conservaban la forma y caracteres antiguos y en el más allá se reanudaba la vida familiar y social.

Religión

El doble o espíritu, que había nacido con el cuerpo, podía abandonarlo a voluntad (sueño, éxtasis, visiones), y, con la muerte, se desprendía definitivamente, pasando por dos fases sucesivas: la del "am" y la del "pulki". El am es el espíritu de los que acaban de morir, que merodea los mismos lugares frecuentados en vida. A veces se aparece, en forma humana o de animal, a los parientes y amigos, visita los cementerios para fiscalizar los ritos funerarios y le agradan mucho las ofrendas y sacrificios de sus deudos.

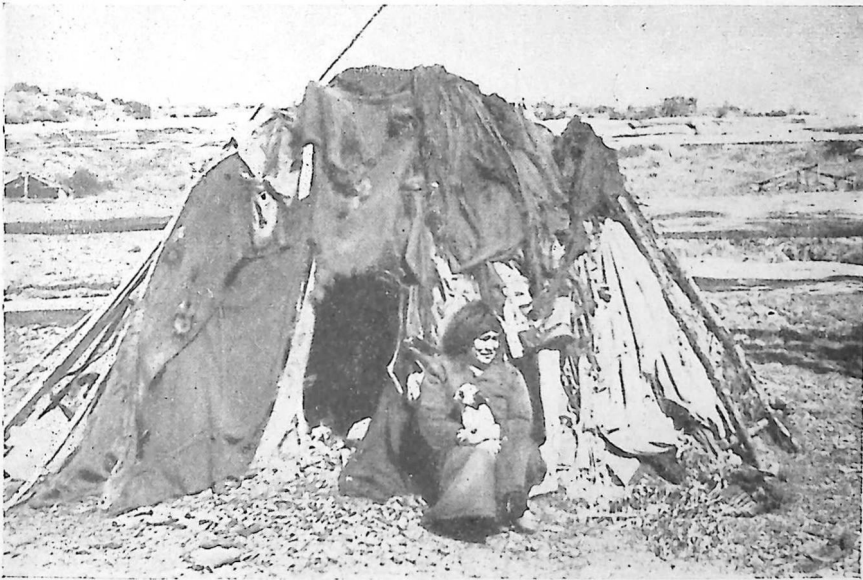


FIG. 17.—RUCA FUEGUINA CUBIERTA CON PIELES.

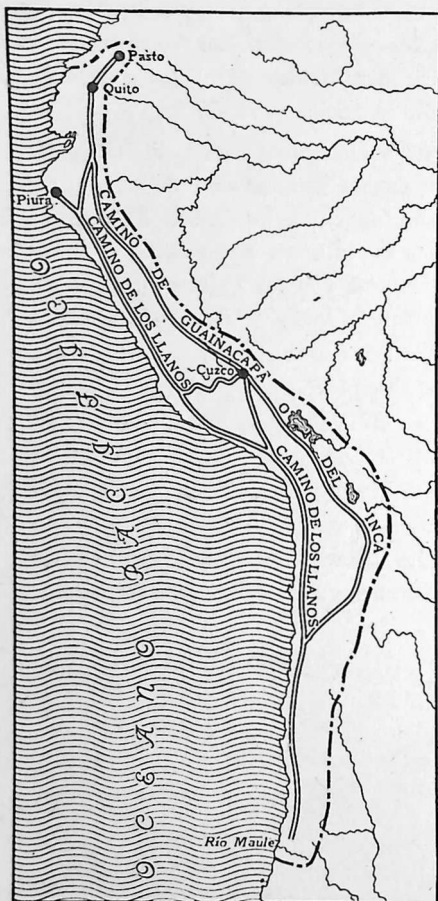


FIG. 18.—EL IMPERIO INCA.

ción de algún tabú o la ofensa al totem, manifestándose por medio de las pestes, las inundaciones, las sequías o los terremotos.

La habilidad para atraerse la benevolencia del Pillán dió lugar a una suerte de profesional del rito, el "voiguevoe" (señor del canelo), conocedor de la práctica individual para convencer al Pillán y luchar contra las maquinaciones de brujos y hechiceros. Suponían los araucanos que aunando esfuerzos harían más eficaz la magia colectiva que la individual, por lo que crearon sociedades esotéricas secretas con el objeto de precaver contratiempos y procurar beneficios. La cofradía del totem "huenu" o "co" tenía como finalidad la regulación de las lluvias; la del totem Pillán contrarrestaba tem-

Cuando el recuerdo del am se esfuma, generalmente al año, es porque se va a la región de los espíritus, donde se transforma en pulli. Para los costeños, la residencia de los pullis estaba allende el mar; para los cordilleranos, al oriente de los Andes. Había, además, otro espíritu, una especie de doble transitorio, el "ahué", que nacía del cadáver con la muerte; permanecía a su lado custodiándolo y se aparecía a los parientes de mil maneras, por medio de golpes, aullar de perros, puertas que se cierran, etc. El ahué se refundió después con la superstición española de las ánimas.

Estos espíritus dominaban a las fuerzas ocultas, entre ellas todas las de la naturaleza, y podían hacer el bien o el mal a los vivos. La religión araucana se basa en el culto a los antepasados, encarnado en el Pillán, entidad que no tiene categoría de dios o de demonio, sino de progenitor. Cada clan y cada tribu tenían su propio Pillán, que, según el espíritu patriarcal o matriarcal predominante, era masculino o femenino. Del Pillán provienen tanto el bien como el mal, en toda su extensión, y su enojo podía ser originado por la infracción

El Pillán



FIG. 19.—ARAUCANOS, SEGÚN GAY.

pestades, rayos y terremotos. Los voiguevoes fueron evolucionando hacia los "ngenpin" y "machis", que ya son propiamente médicos y adivinos.

Los araucanos mantenían, además del culto a los antepasados, el de otros espíritus, malévolos en su mayor parte: el "huecuve", instrumento en las hechicerías de los brujos; el "colo-colo", suerte de basilisco; el "chiquehuecube", cuero con uñas que vive en el agua y se ensaña con los bañistas, etc.

El pueblo araucano fué profundamente religioso; la religión presidía casi todos sus actos e influyó en su estructura familiar y política de manera absoluta, a pesar de ser, todavía, animista, y su concepción del cosmos, mágica. (Figs. 20 y 21.)

El totem

El totem tuvo entre los araucanos las mismas características que en otros pueblos de similar evolución cultural. Al aliado o protector de la familia daban el nombre de "cuga". Los más generalizados eran huenu (el cielo) y antu (el sol), y, de menos importancia, Pillán (el espíritu de los antepasados), que, además de su sentido religioso, tenía el de totem; cura (la piedra), lican (piedrecilla), lemu (el bosque), lavquén (mar o lago), milla (oro), taru (ave de rapiña), ñancu (el águila), leufo (río), co (el agua).

La leyenda del diluvio

Entre estas denominaciones totémicas y la leyenda mapuche del diluvio hay ciertas concordancias que permiten suponer una interdependencia. El espíritu de las aguas, Coi-Coi, encarnado en una gran serpiente, luchó con el espíritu de la tierra, Ten-Ten, asimismo encarnado en otra serpiente, intentando su destrucción con todos los seres vivos que la habitaban. Ten-Ten avisó oportunamente a sus pobladores sobre las intenciones perversas de Coi-Coi y sobre el procedimiento que pensaba llevar a cabo para destruirlo, es decir, el desborde de todas las aguas y la salida del mar; pero la mayor parte despreció el refugio ofrecido en las altas montañas, confiando en que Ten-Ten los convertiría en seres u objetos indestructibles por las aguas, como peces o rocas. El ataque de Coi-Coi fué tan violento, que amagó hasta la mismas cumbres inaccesibles, obligando a Ten-Ten a elevarlas hasta cerca del sol, con lo que muchos refugiados sufrieron quemaduras. Mas Coi-Coi, agotadas sus reservas de agua, tuvo que desistir, rabiosa, de su intento. Los hombres que habían quedado en la llanura vieron satisfechos sus deseos, pues Ten-Ten los convirtió en animales marinos o en rocas, pero no pudieron recobrar la forma humana. Siguieron cohabitando con las mujeres que se habían salvado en las cumbres y que se aventuraban a bañarse o a mariscar. Los totemes de origen marino o acuático parecen partir de esta tradición.

Desde el punto de vista social, es interesante señalar que el totem se heredaba entre los araucanos por la línea materna, con lo cual el matriarcado, en vías de desaparición, propendía, sin embargo, a anular la autoridad del

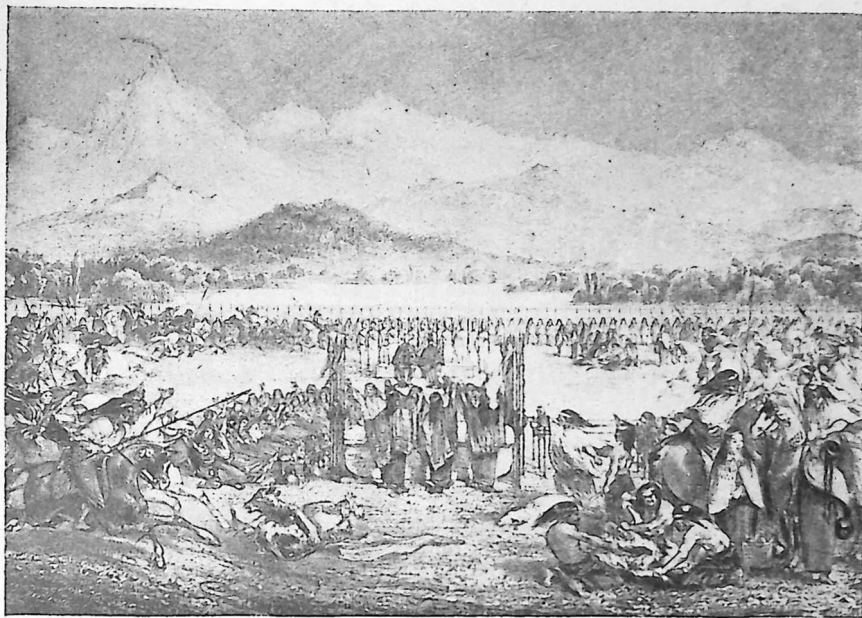


FIG. 20.—EL ENTIERRO DEL CACIQUE, SEGÚN GAY.

padre, fenómeno que tuvo clara repercusión en el desarrollo de las instituciones políticas de los araucanos.

La familia habitaba en un aposento pequeño, la ruca, de madera y paja. Los consanguíneos se agrupaban formando un "lov". El hombre podía casarse con cuantas mujeres le permitieran sus recursos. Los más ricos (ulmenes) poseían seis o más; pero la mayor parte se conformaban con dos o tres. La desproporción entre los sexos se producía por las guerras con los vecinos y entre sí y por la presa de las mujeres del vencido. Como todos los pueblos en su etapa ascendente de la evolución social, los araucanos sentían la necesidad de engendrar muchos hijos. Además, la mujer, lejos de ser una carga, constituía la fuente fundamental de producción. Cultivaban la tierra, tejían, algunas eran expertas alfareras y preparaban con gran destreza pieles y cueros. También elaboraban bebidas fermentadas, justificación de todas las reuniones y orgullo de los jefes del hogar.

La familia

La poligamia araucana, por tanto, era animada por móviles económicos y vitales. A diferencia de la mahometana, el atractivo sexual tenía relativa importancia. Muchas viudas casaban en edad madura, pues, con los años, se

Las bodas

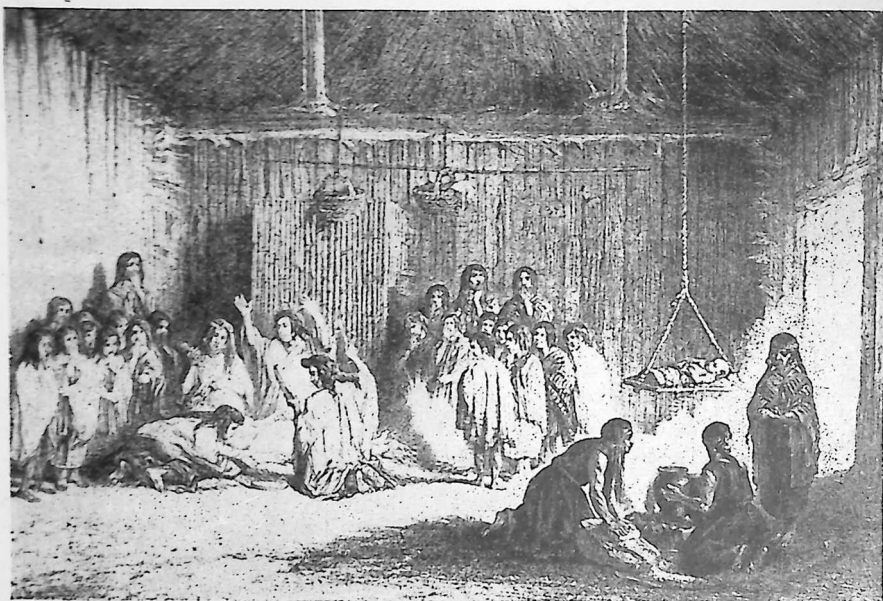


FIG. 21.—UN MACHITÚN, SEGÚN GAY.

consideraban más expertas en los oficios. El matrimonio era tabú entre los miembros del mismo totem; por consiguiente no se permitía entre los consanguíneos directos. La ceremonia, de carácter religioso, era precedida por un contrato entre el novio y el padre de la novia, que consistía, generalmente, en la compra de la mujer y un simulacro de raptó de la novia. El novio, acompañado de otros mozos, llegaba de sorpresa a casa de la novia, que estaba protegida por varias mujeres. Se trababa una ruda pelea, a la que asistían como espectadores el padre y los demás varones de la casa y que terminaba generalmente con la consumación del raptó. Cuando los mozos asaltantes resultaban derrotados, las mofas duraban mucho tiempo. El rito religioso consistía en el sacrificio de un cordero, las aspersiones con sangre, libaciones a los espíritus de los antepasados y la comunión de los asistentes con la carne del animal sacrificado.

La dueña del hogar Era la primera mujer, la "unendomo", la real dueña del hogar, pues las siguientes le reconocían tal carácter, y su hijo mayor era el primogénito, aunque naciera después que los hijos varones de las otras. La unendomo quedaba libre en la viudedad, mientras que las demás mujeres formaban parte de la herencia del primogénito, o, si éste no existía, del hermano mayor del

difunto. El adulterio de la mujer era excepcional y estaba penado con la muerte, castigo que se hacía extensivo al cómplice. Tan rigurosa represalia no era originada por consideraciones morales, sino por la privación de un derecho que se consideraba exclusivo. La conducta de las hijas y hermanas les tenía completamente sin cuidado.

Durante el parto se consideraba impura a la mujer y se la recluía en un ranchito ad hoc, que era quemado después del alumbramiento. La mujer araucana era fecunda. Ovalle calculaba, en 1642, cuatro hijos por mujer casada, como media.

Cada mujer casada cocinaba por turno para el marido y diariamente para sus hijos. Su condición era muy semejante a la de la campesina actual. Cuando las mujeres cumplían doce y los hombres catorce años, se les iniciaba en el "admapu", es decir, el conjunto de normas tradicionales que regulan la conducta, y se les instruía en la historia de sus antepasados, las interdicciones totémicas y religiosas, y, por último, los ritos esotéricos. Simultáneamente, comenzaba la enseñanza de la gimnasia destinada al robustecimiento físico y la práctica de las armas. Los ancianos enseñaban el arte de la oratoria y se les hacían prácticas mnemotécnicas para transmitir mensajes oídos una sola vez. Después de rendir satisfactoriamente las pruebas de valor y destreza, transcurridos tres años de aprendizaje, el joven era admitido en la casta militar de los "conas".

La instrucción

La enérgica individualidad del araucano se mantuvo en estado de dispersión, y su aparente inferioridad mental es consecuencia de la supeditación del individuo, por un lado, al totem de origen materno, y, por otro, a la autoridad del padre.

Las instituciones sociales y políticas partían del "lov", reunión de parientes inmediatos. Los asuntos internos de la comunidad se discutían en los cahuines, reuniones de caciquillos, indios principales y todos los que estaban unidos por el totem. Pérez García señala el "lovcahui", junta para sembrar; el "malarcahuín", para cercar; el "nuincahuín", trilla en la era; el "ilercahuín", boda o convite; el "tuncahuín", entierro; el "hueyelpuruncahuín", "baile deshonesto que se sigue a la embriaguez, o el revolverse las mujeres de los unos con los otros"...

Sociabilidad

El "levo", institución que juntaba de 1.600 a 4.000 almas, comprendía varios grupos totémicos o cahuines que tenían un antepasado común. Acataban la autoridad de tres jerarquías: el "ngentoqui", jefe militar; el "ngenvoigue", jefe civil para la paz, y el "voiguenvoe", jefe religioso. Los tres empleaban un hacha como emblema de mando, diferenciada en los colores. El ngenvoigue, toqui de paz, era generalmente el jefe hereditario descendiente del fundador. En el levo se tomaban

Los jefes

medidas colectivas no sólo sobre problemas de carácter local, sino también sobre el acuerdo o discrepancia con otros levos, la paz y la guerra y la resolución de numerosos problemas que le daban un carácter marcadamente político. Los acontecimientos sensacionales y las grandes calamidades naturales provocaban la reunión de varios "rehues", los "aillarehues", que formaban entre sí una tribu. La guerra con los españoles dió a los aillarehues gran importancia y creó, a la vez, otra institución, el "vutalmapu", o junta de aillarehues, que al principio de ella era una reunión de carácter estrictamente militar.

A pesar del desarrollo adquirido por estas organizaciones, el pueblo araucano carecía prácticamente de cohesión política y social. Los grupos que había unido el peligro común, luego de transcurrido, se desbandaban.

La organización económica era totalmente individualista. Cada mapuche era dueño exclusivo de ganados, cosechas y todos los bienes que lograba reunir, y se negaba rotundamente a pagar tributos a propios y extraños. La contribución a la guerra era voluntaria.

Algunos cronistas asentaron el juicio de que en el pueblo mapuche cada individuo hacía lo que le parecía; error craso, pues sus costumbres y conducta es-



FIG. 22.—JUEGOS ARAUCANOS, SEGÚN OVALLE.

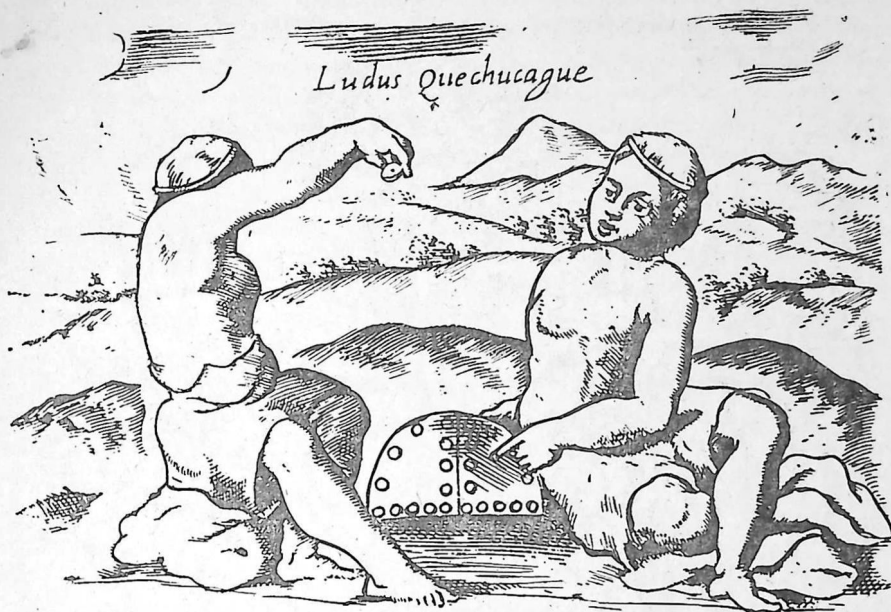


FIG. 23.—JUEGOS ARAUCANOS, SEGÚN OVALLE.

taban regulados por normas religiosas y las prohibiciones totémicas entrañaban sanciones inflexibles. El admapu, es decir, el mandato de los muertos, al ser ciegamente obedecido, hacía innecesaria la legislación positiva.

La organización militar de los mapuches se había desarrollado, hasta la llegada de los españoles, en paralelo incremento a su evolución social. Reunidos en los aillarehues, si los augurios eran favorables, se elegía el toqui, que, a su vez, escogía subjeses y oficiales. Tanto las reuniones como la iniciación de las hostilidades se computaban por medio del "pron", manojos de cordones de lana de diferentes colores y tamaños, trenzados con nudos que se desataban a razón de uno por día. Después de la victoria, se ofrecía al Pillán y al totem un sacrificio expiatorio, durante el cual se despedazaba a parte de los prisioneros con crueldad propia de los pueblos bárbaros, de acuerdo con prácticas ancestrales.

Las armas mapuches evolucionaron con gran rapidez desde los primeros contactos con los españoles. En Reinogüelén (1536) usaron el arco y parece que también la lanza. Hacia 1550 empleaban picas cortas de 4 a 5 metros en la primera fila, y lanzas de 6 a 8 en la segunda. Las astas eran de coligüe y la punta de madera endurecida. Con las espadas arrebatadas a los conquistadores trabajaron después puntas de acero para sus lanzas. Al lado de los pique-

Espíritu militar

Las armas



FIG. 24.—LA CHUECA, SEGÚN OVALLE.

ros peleaban otros soldados con mazas y macanas. Ambas armas eran de tres metros de largo. La maza llevaba en la punta una bola grande, y la macana, mucho más temible, era un palo de luma o temo del grueso de una muñeca, con la punta ensanchada, por arriba, para darle más peso, y, abajo, un tablón de cinco centímetros, para hacer más contundente el golpe. González de Nájera decía de ellas que: “no hay celada que no abolle, ni hombre que no aturda y derribe, y aun es tan poderosa esta arma que se ha visto algunas veces arrodillar a un caballo y aun tenderlo en el suelo de un solo golpe”.

Detrás de esta barrera de soldados se situaban los honderos y los arqueros, que lanzaban nubes de flechas y piedras. Las armas defensivas eran más rudimentarias. Los coseletes consistían en pecheras de cueros de lobo marino, en los que pintaban sus totemes o insignias. También fabricaban del mismo material cascos forrados o acolchados por dentro.

El tesón
guerrero

Desde el punto de vista de la psicología social, es interesante señalar el indomable tesón guerrero sostenido por los araucanos durante tres siglos, que sólo

cedió, a modo de nuevo espíritu numantino, con la extinción práctica de la raza. El "Guardaos, que os enviarán a Chile" y la denominación común en España de "Flandes Indiano" demuestran hasta qué punto la guerra de Arauco tenía carácter de exterminio y de encono sin posible componenda. Y no se trataba, por cierto, de un ciego y estéril espíritu de sacrificio. No fué heroísmo suicida lo que permitió al mapuche hacer frente al español, sino una poderosa imaginación creadora latente y una increíble capacidad de improvisación. En pocos años, a la fuerza ofensiva española opuso una táctica y una estrategia nuevas. La guerra produjo un desequilibrio entre su capacidad militar y los demás aspectos de su desarrollo social. Abandonó la flecha y la honda, ya ineficaces, y perfeccionó la lanza. Inventó un garrote o bastón corto para encabritar y aturdir al caballo y, más tarde, el garrote arrojadizo. Estas nuevas armas les permitieron derrotar a los españoles en la batalla de Concepción (1555). En Marigüeñu los sorprendieron con el lazo, invención diabólica al decir de Góngora Marmolejo, que consistía en un asta de 4 metros con una cuerda terminada en lazo en la punta. Atrapado el jinete, se reunían varios mapuches para derribarlo. Por esa época idearon los parapetos, verdaderos blindajes móviles de madera.

Pronto las armas arrebatadas al enemigo les sirvieron para esgrimirlas en su contra. Multiplicaron el caballo, obteniendo en seguida gran rendimiento de este animal. Los mapuches crearon la infantería montada medio siglo antes que los ejércitos europeos. Aprendieron a usar cañones y arcabuces y su espionaje era formidable. Con todo, donde el genio militar de los mapuches brilló con más fuerza fué en la táctica y en la estrategia y alcanzó la cúspide de su esplendor con Lautaro.

Entre las muchas teorías que pretenden explicar el fenómeno de la adecuación bélica de los araucanos se ha intentado establecer una canalización secular de su psiquis hacia las aptitudes guerreras. Indudablemente, se trata no de un fenómeno de autodeterminación sugerida por la aptitud, sino, simplemente, de la necesidad de prevalecer en la contienda, que en Arauco era verdadera lucha por la supervivencia.

Para el ulterior estudio de la psicología del pueblo chileno, es interesante analizar algunas de las costumbres del araucano que han contribuído a su formación.

Las costumbres

El mapuche se alimentaba irregularmente. Estaba habituado a las estrecheces de la guerra y soportaba el hambre con entereza; mas cuando se le presentaba ocasión de comer sin trabas, dejaba estupefactos a los españoles. Eran su base los sembrados de maíz, fréjoles pallares, papas, quínoa, mango, etc., y los ganados de llamas y alpacas domésticas. También pescaban en pequeñas cañas. Pedro de Valdivia se asombró de la afición de los mapuches a la bebida,

Comidas y
bebidas

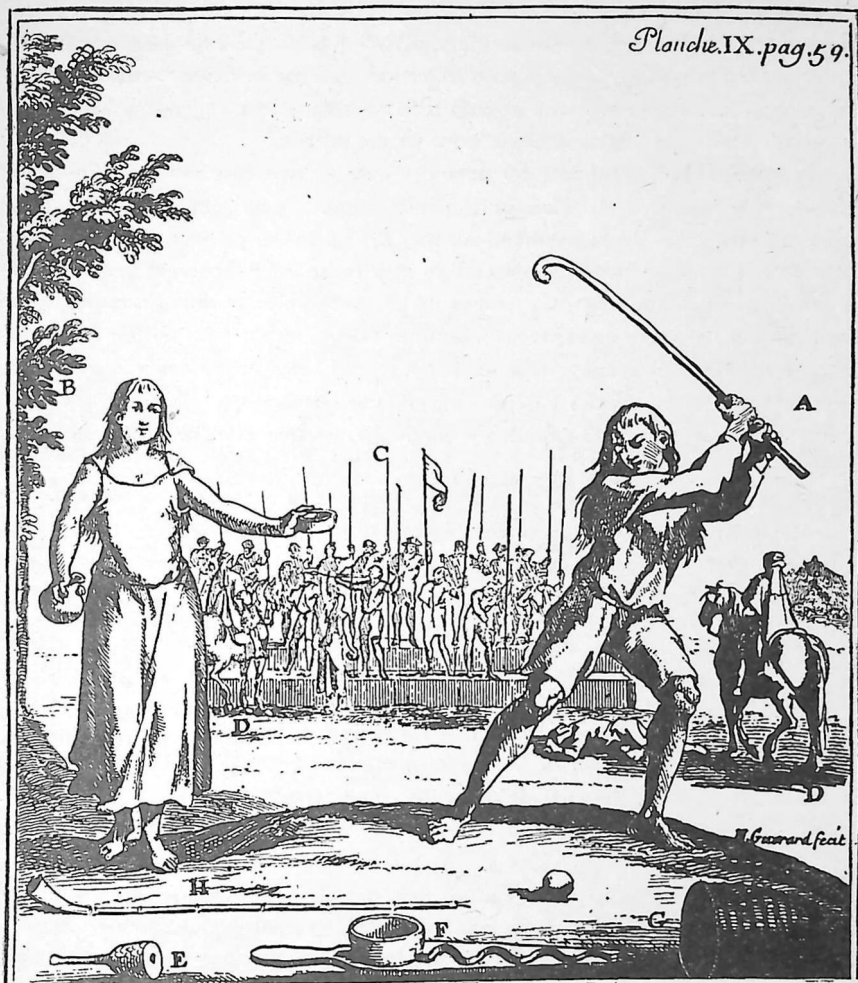
vicio que señalan todos los cronistas. Bebida, canto y baile eran fundamento de sus cahuines, faenas agrícolas, bodas y entierros. Por lo demás, la moral mapuche no consideraba la embriaguez como un vicio, ya que formaba parte de sus costumbres y ritos; con el tiempo se incorporó de tal modo a su metabolismo, que se convirtió en necesidad fisiológica. Las borracheras colectivas, como es lógico, degeneraban en riñas y muertes. Por contraste, los delitos eran muy escasos cuando estaban en su sano juicio.

Los juegos La chueca y la pelota fueron los principales juegos de habilidad practicados por los mapuches antes de la llegada de los españoles. La chueca era una competencia en que dos bandos de hasta veinte individuos por lado se disputaban la conducción de una pelota de madera al campo contrario, impulsándola con un palo arqueado de coigüe, en forma similar al hockey de hindúes y griegos. La cancha tenía cinco metros de ancho por dos cuerdas de largo. El juego de pelota consistía en el lanzamiento de una bola de madera esponjosa, como el corcho, procurando herir a los del bando contrario. La habilidad principal estribaba en esquivar el golpe sin perder el puesto. (Figs. 22, 23 y 24.)

Los entierros Enterraban los araucanos a sus muertos colocando los primitivos ataúdes (dos canoas superpuestas) entre los árboles y, a veces, entre horcones. El fallecimiento no provocado por heridas de guerra o riñas era consecuencia de hechicería, que el machi impugnaba, después del examen del cadáver y complicadas ceremonias, a algún infeliz. Si éste era conocido, los parientes del muerto lo asesinaban impunemente. Otras veces, el machi inculpaba a algún "huecubu" o brujo que había ganado forma de animal y la venganza se cumplía en el que se identificaba más con el señalado.

La magia Los "chamanes" o sacerdotes dirigían los ritos mágicos de las sociedades esotéricas. Gracias a los relatos de Rosales sabemos que tanto los chamanes como sus sucesores, los machis, expertos prestidigitadores y ventrílocuos, dominaban la sugestión hipnótica en estado de vigilia. Algunos se sacaban los ojos y se cortaban la lengua para ofrecérselos a sus discípulos. La influencia española evolucionó la técnica de los hechiceros chamanes, que se transformaron en los machis, curanderos más en contacto con la farmacopea moderna, que remediaban los males corrientes, como fiebres, indigestiones, reuma, neuralgias, resfríos, tífus, etc., con medicamentos vegetales, incorporados algunos de ellos después a la técnica occidental.

Por contraste con la obra benéfica de chamanes y machis, los "calcu" o brujos empleaban su poder en el daño del prójimo, y por medio de su magia negra utilizaban a los huecubus, espíritus o fuerzas, para hacer el mal. Los brujos se reunían de noche en lugares ocultos y misteriosos para esquivar la saña de los vecinos y tramar sus fechorías. Se aliaban con ciertos animales, el zorro, la lechuza,



A Indien du Chili en Macuï jouant à la Sueca, jeu de croce
 B Indienne en Chuni : C. Caliouin touhan ou fête des Indiens
 D Gardes Espagnoles pour empêcher le désordre. E Pivillea ou sifflet
 F Paquecha ou tasse à bec G. Coullhan ou tambour. H. Thouhouca ou trompette

el sapo, que utilizaban como espías, a los que llamaban "nahual". Mas los ayudantes preferidos de los brujos eran los "invunche", que, después de sucesivas transformaciones, simbolizaron en un niño hinchado, con los orificios nasales obturados, la cara vuelta y una pierna pegada a la espalda. Estos engendros habitaban las cuevas donde los brujos acudían para su consulta.

Vitalidad de
leyenda

La insospechada vitalidad del pueblo araucano, que casi estrelló a los conquistadores y mantuvo el "Flandes Indiano" durante tres siglos, reveló en este pueblo un contenido y una personalidad que Ercilla fué el primero en señalar. El poeta intuyó ese algo cósmico, inaccesible a la razón, que separa al mapuche de los demás pueblos americanos, a través de su canto épico al duelo a muerte. La psicología del mapuche es consecuencia de la fusión, en un todo definido y estable, de los elementos constitutivos analizados y un ejemplo de exuberancia vital que, mientras alienta, arrolla y demuele cualquier obstáculo, y, al chocar con otro pueblo de mayor contenido psíquico y energía, antes que diluirse en el vencedor, perece.

En su estructura psíquica y en su idiosincrasia, la característica primaria es la virilidad. El mapuche es un pueblo agresivo, que admira por instinto el coraje, la lucha y el esfuerzo. La epopeya de Galvarino en "La Araucana" es el mejor símbolo de la anterior afirmación. Relata Ercilla el suplicio:

*Mandándole cortar
ambas las manos.*

.....
*Donde sobre una rama destroncada
Puso la diestra mano (yo presente),
La cual de un golpe con rigor cortada,
Sacó luego la izquierda alegremente.*

Este rasgo psicológico del orgullo viril completa el símbolo en la actitud misma de Ercilla. Apresado de nuevo Galvarino, se aparta el soldado-poeta de la escena para no presenciar la muerte del héroe. El orgullo araucano, parejo al sentido de la honra del español, brinda el más violento contraste con la resignada pasividad ante lo fatal de los indios que poblaban el centro norte y el sur de Chile. El araucano sentía un manifiesto desprecio por todos los pueblos que juzgaba inferiores. Siempre habló de tú a tú al español, y lo consideró como un adversario digno de su propia altura, no obstante la superioridad en armas, fuerzas y cultura. Caupolicán desafió personalmente a don García Hurtado de Mendoza, y ya en plena República, el vencedor de Yungay, al felicitar al padre del cacique Colipí, recibió de él esta respuesta: "¿Que no sabías, entonces, que era hijo mío?..."

III

El descubrimiento.
Magallanes y
Jofré de Loayza.
La expedición de Almagro.
Gómez de Alvarado.
El fracaso.
El nombre de Chile.

LA Historia de Chile inicia sus anales con un episodio dramático, enmarcado por la imponencia de la Tierra del Fuego. Magallanes había salido de Sevilla el 10 de agosto de 1519, con intenciones de cumplir el fallido intento de Colón de topar con las Molucas navegando hacia el Occidente. Buscando un paso que le permitiera salvar el continente indiano, descubrió el 21 de octubre de 1520 el estrecho que la posteridad señaló con su nombre, y siguió la ruta trazada sin detenerse a reconocer las tierras comarcanas. Los expedicionarios encontraron, en sus cortos desembarcos, huellas enormes producidas por las envolturas de pieles con que los indios se protegían los pies del frío, razón por la cual fueron bautizados con el nombre de patones o patagones. Al sur del Estrecho les sorprendió el número de fogatas encendidas, por lo que denominaron esta región Tierra del Fuego. El tormentoso mar, providencialmente tranquilo el día en que desembarcaron en él, recibió el nombre de Pacífico. Los últimos sobrevivientes de la expedición, al mando de Juan Sebastián Elcano, completaron la primera vuelta al mundo el 8 de septiembre de 1522.

Magallanes

Las noticias de Elcano movieron a Carlos V a organizar otra flotilla, al mando de fray García Jofré de Loayza, que penetró en el Estrecho el 8 de abril de 1526, sin reconocer tampoco sus alrededores. Una de sus naves, la "San Lesmes", arrastrada por el temporal, alcanzó hasta el grado 55 y regresó con la noticia de haber llegado hasta el acabamiento de tierras. Habían descubierto el Cabo de Hornos.

La participación, pues, de Magallanes y Jofré de Loayza en el descubrimiento de Chile es accidental e inoperante. Su verdadero descubridor, en cuanto a la conexión con el mundo

Jofré de Loayza



FIG. 26.



FIG. 28.—MAPA DEL ESTRECHO, PROBABLEMENTE TRAZADO POR FIGAFETTA.

Además, la nueva hazaña lo erigiría en la más alta gloria de la Conquista y le permitiría ofrecerla en herencia al hijo, a quien amaba entrañablemente, habido de la india Ana Martínez.

Tomada la gran resolución, Almagro dedicó los primeros preparativos a completar los informes que para él había reunido el inca Manco, que tendía así a su enemigo un puente de plata, y a reclutar gente en el Cuzco, mientras Ruy Díaz y Juan de Herrada levantaban otro ejército en Lima y adquirían los buques necesarios para unirse a la expedición por mar, ya en las costas chilenas, con todos los elementos que permitieran llevar a cabo la conquista. Las leyendas transmitidas de boca en boca sobre las riquezas imaginarias del paraíso prometido facilitaron el enganche. En el heterogéneo grupo de 132 conquistadores que se unieron a Almagro en la empresa, había, ciertamente, un número considerable de aventureros; pero la gran mayoría estaba compuesta por la más escogida selección de españoles llegados al continente por esas fechas.

La enorme carestía de productos en el Cuzco hizo costosísima la expedición

européo, fué Diego de Almagro, analfabeto inteligente, que, según el criterio de Cieza de León y de Oviedo, era el más franco, honrado y generoso de cuantos conquistadores pisaron el Nuevo Mundo.

Ningún motivo visible parecía inducir a Almagro, a los 56 años de edad, inmensamente rico, a la aventura de conquistar un país desconocido y protegido por tremendos obstáculos naturales. Mas el ambiente de guerra civil del Perú, las informaciones tendenciosas de los indios con el propósito de alejar fuerzas españolas del Cuzco y el acicate de la pobreza en que se encontraban los últimos soldados llegados a Lima, impacientes por crearse una situación, removieron los estímulos de su coraje y de su generosidad, pues la expedición a Chile habría de permitirle satisfacer su mayor anhelo: repartir oro y mercedes a manos llenas.

Almagro

Los preparativos

Oviedo calcula el monto total en más de un millón y medio de pesos castellanos (unos cinco millones de pesos chilenos de 45 peniques). Como dato curioso e ilustrativo, baste señalar que el adelantado adquirió un gato en 600 castellanos.

La expedición

Almagro inició lentamente su marcha, completando los preparativos, en julio de 1535. La primera etapa, después de bordear la orilla occidental del lago Titicaca, terminaba en Paria, donde Saavedra, que había partido delante con 100 hombres, le había reunido ropa, granos y animales y reclutado los indios para el transporte. Al salir de Paria, los expedicionarios comenzaron a percatarse de las dificultades que habían de vencer. Transmontadas las serranías de Chicha, a fines de octubre se reunió en Tupiza con el príncipe Paullo Túpac, hermano del inca, que, acompañado de tres españoles, se les había adelantado hacía varios meses, para facilitarles la marcha. Estos tres españoles, desobedeciendo las órdenes de Almagro, abandonaron a Paullo Túpac, lanzándose con unos cuantos yanacunas (indios afectos) a la aventura del descubrimiento por cuenta propia. Paullo Túpac juntó en su viaje preliminar algún oro que, con el tributado por Chile, ofreció a Almagro y sus compañeros. Tan buenos augurios excitaron la imaginación de los expedicionarios, que se prometían el reparto de un verdadero y positivo Dorado.

Al partir de Tupiza, la expedición definió los caracteres de despiadada dureza que inmortalizó en sus relatos presenciales Cristóbal de Molina. A la reciedumbre originaria del grupo español, cribado físicamente por la selección previa que habían impuesto las circunstancias, se añadía el desenfreno de los indios afectos, que saqueaban con aplauso de los amos el territorio ya considerado ene-

migo; y este juego de violencias, de agresiones y venganzas, se exacerbaba más y más cada vez por la influencia ambiente del escenario, la sordidez de un paisaje incobijable y también enemigo.

En permanente pelea con indios siempre hostiles, llegó Almagro, luego de haber salvado su propia vida de milagro, a Chicoana, al poniente de la actual ciudad de Salta, donde se detuvo para esperar los deshielos. Aquí se le unió Francisco Noguero de Ulloa, con lo que la expedición aumentó a 250 españoles.



FIG. 29.—DE LAS "DECADAS" DE HERRERA.



FIG. 30.—INMEDIACIONES DEL "PASO DE SAN FRANCISCO". (Foto R. Montandón.)

Al reanudar la marcha no había nieve, pero, en cambio, los deshielos y las lluvias torrenciales del verano habían desbordado los ríos. El vadeo del Guachipas les costó un día entero entre las aguas, la pérdida de numerosas llamas, arrastradas por la corriente, y la huida de una parte de los yanacunas, con lo que los guerreros hubieron de repartirse la carga y los pocos alimentos que pudieron salvar. Ya con la comida racionada, atravesaron en siete días el desierto llamado Campo del Arenal. En los últimos días de marzo de 1536 penetraban, al fin, en la cordillera, por el paso de San Francisco. (Fig. 30.)

La travesía de la cordillera por Almagro es uno de los episodios más impresionantes de la Historia. Llegaban a ella los expedicionarios exhaustos, casi sin víveres y sin ropa. El paso era un sendero de guijarros agudos e hirientes a 4.000 m. de altura, azotado por un viento que corta la piel y que en las noches hiela el cuerpo dentro de las vestiduras. Como corolario fatal estaba la puna. Los desgraciados indios, sólo protegidos por tejidos tenues, sin una yerba con

La travesía
de la cordillera

que mitigar el hambre ni un triste palo con que hacer fuego, lloraban como niños, maldiciendo el malhadado momento en que se embarcaron en una empresa que entrañaba la muerte segura. Sus cadáveres pronto jalonaron la ruta. Una macabra comitiva de cóndores hacía presa de los moribundos, apenas caían, clavándoles picos y garras en las carnes aun palpitantes.

La expedición parecía perdida sin remedio. Ya no les alcanzaban las fuerzas para llegar hasta el valle de Copiapó. Una noche, a 4.500 metros de altura, perecieron de frío 70 caballos; Jerónimo de Costilla, al sacarse las botas, se arrancó los dedos de los pies, que habían formado con ellas una masa helada. Y una vez más, el coraje y la presencia de ánimo de Almagro salvaron la situación. Se adelantó con veinte audaces, y después de tres días —dos de ellos sin comer— descendió, al fin, por la quebrada de Paipote, a la que ya era para ellos tierra de promisión. Con gran celeridad reunió víveres, gracias a los cuales pudo reanimar a sus desmoralizados compañeros. En total habían llegado a Copiapó 240 españoles, unos 1.500 indios, 150 negros y 112 caballos. Murieron en la expedición 8 españoles, 170 caballos y un elevado número de indios y de negros, imposible de precisar.

Almagro en
Chile

Las primeras actuaciones de Almagro en Chile revelaron a los indígenas tanto su sagacidad como su dureza. Primero repuso a un cacique del valle del Copiapó que había sido depuesto por un pariente, y ganó con él un fiel aliado que le suministró ropa y víveres. Poco después, al tener noticia del asesinato de los tres españoles que se le habían adelantado en Tupiza, apresó a varios indios principales de Huasco y Coquimbo y los quemó.

No eran éstos, por cierto, los únicos españoles que habían acudido individualmente a tentar fortuna en Chile. Gonzalo Calvo de Barrientos vivía en los dominios del curaca inca desde que Pizarro le había hecho cortar las orejas y era muy querido por los indios. Siguiendo su consejo, el curaca acudió a ofrecer sumisión y homenaje a Almagro en su calidad de gobernador del valle de Chile (Aconcagua). El avance del adelantado hasta los límites de su jurisdicción no ofreció, pues, dificultad. En mayo de 1536, Almagro se reunía, probablemente en las márgenes del Conchalí, con otro español que había seguido el ejemplo de Barrientos: Antón Cerrada. Frente al límite sur de Coquimbo, sólo uno de los tres navíos que Ruy Díaz había aparejado en el Perú se incorporó a la expedición con sus oportunos abastecimientos. La amistad con los indígenas, sin embargo, duró muy poco, pues el traidor Felipillo, indio que traía Almagro como intérprete, convenció al curaca de las malas intenciones del conquistador, y la actitud de los naturales se tornó hostil. Descubierta la intriga, Felipillo fué descuartizado y, con su castigo, recuperado el respeto a los españoles, que ahora no descansaba en la confianza, sino en el temor.

Deprimido por las noticias que los naturales le daban acerca de la carencia de riquezas del territorio y de la belicosidad de las tribus sureñas, Almagro despachó una expedición que, al mando de Gómez de Alvarado, debería recorrer el país hasta el estrecho de Magallanes, mientras él se proponía reconocer la región del Maipo.

Gómez de Alvarado penetró hacia el sur sin encontrar resistencia entre picones y promuacaes; mas al llegar a la confluencia del Ñuble con el Itata, se topó con un cuerpo numeroso y bien organizado de guerreros. Dispuestas sus fuerzas, los indios atacaron desplegándose en línea de batalla en campo descubierto. La pelea no se definía. Los indios se lanzaban al combate en grandes masas que los españoles clareaban. Por fin cedieron, desorientados por los caballos, las corazas y las armas de acero, dejando en el campo muchos muertos y un centenar de prisioneros. Se había trabado la batalla de Reinogüelén, en que se midieron por vez primera araucanos y españoles.

Exploraciones
de Gómez
de Alvarado

Reinogüelén

Intimidado por la fiera de sus nuevos enemigos y por las penalidades de una expedición emprendida en pleno invierno, Gómez de Alvarado volvió grupas, llevando a Almagro la pésima impresión de su jornada. Mientras tanto, se había reunido con el grueso de la partida Ruy Díaz, que, entre 110 nuevos soldados, traía a Almagro su hijo, don Diego de Almagro, el mozo. Tan valioso esfuerzo moral impulsaba a Almagro a continuar la conquista, pero sus acompañantes no le secundaban, por cierto, en la difícil empresa de fundar un pueblo con los recursos de la agricultura. Ellos buscaban, en realidad, un nuevo Perú, con ciudades organizadas, caminos, grandes zonas preparadas para el cultivo y abundantes riquezas en oro y plata. Como Chile no les ofrecía, desde luego, tan regaladas posibilidades, no tardaron en convencer a Almagro de la necesidad de volver cuanto antes. Y, en septiembre de 1536, la fracasada expedición iniciaba el regreso al Perú, luego de apoderarse de las provisiones y auxiliares necesarios para la penosa marcha. El espíritu de derrota y la desmoralización sellaron su retorno con mayores violencias, que la "Coquista y Pacificación del Perú" refiere en toda su crudeza. "Español hubo en este viaje que metió doce indios en una cadena, y se alababa que todos murieron en ella, y cuando ya el indio había expirado, por espantar a los otros, y por no desaherrosarlos, le cortaba la cabeza, por no abrir el candado de la cadena que llevaba con llave."

El regreso

Ruy Díaz había abierto la ruta del desierto, que Almagro aprovechó con inteligencia para salvar la expedición. Organizados en pequeños grupos, en los primeros días de noviembre comenzaron a salir de Copiapó, provistos de grandes odres de cueros de guanacos y llamas y toda clase de recipientes para transportar agua. Habían ensanchado los escasos pozos del camino, con lo que el total de las fuerzas, después de descansar en Atacama, atravesó los desiertos de Anto-

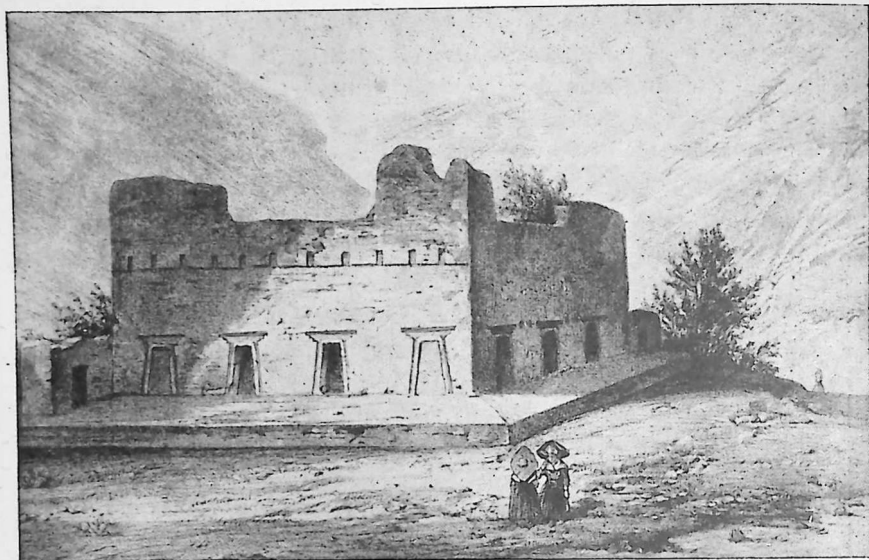


FIG. 31.—RUINAS DE UN TEMPLO INCA, SEGÚN D'ORBIGNY.

fagasta y Tarapacá, llegando a Arequipa en febrero de 1537 con escasísimas pérdidas.

Consecuencias
del
descubrimiento

La tentativa de Almagro acarrió la difamación del territorio descubierto entre las mentalidades prevaricadoras que dirimían sus ambiciones en el Perú. A la postre, el desprestigio creado por la carencia de riquezas fáciles evolucionó en una criba seleccionadora. En el futuro, sólo acudirían a Chile los más emprendedores y audaces, atraídos por la dificultad misma de la empresa y por la perspectiva de una lucha violenta y tenaz con el araucano.

Chile debe también a Almagro la universalización del nombre que había de individualizarlo como entidad nacional. Al denominar Chile al valle del Mapocho, confirmó el nombre que los incas daban al del Aconcagua, según Rosales, por corrupción del nombre del cacique Tili, que lo gobernaba al producirse la conquista incaica. El mismo cronista apunta la posibilidad de que el nombre Chile provenga de la similitud del valle del Aconcagua con el del Casma, en el Perú, donde había un pueblo y valle denominados Chili.

IV

Pedro de Valdivia
emprende la conquista y
población de Chile.
La jornada del desierto.
Conspiraciones y penurias.
Fundación de Santiago y
de La Serena.
Expedición al sur.
Valdivia en el Perú.

GRANDE fué la sorpresa de Francisco Pizarro cuando, poco después de la batalla de las Salinas, que puso término a la guerra con Almagro, su mejor capitán, don Pedro de Valdivia, a la sazón dueño de un riquísimo repartimiento y de una no menos rica mina en Porco, le pedía autorización para conquistar y poblar la provincia de Chile. Después de vanos esfuerzos para disuadirlo de su empeño, Pizarro le concedió la autorización, nombrándole teniente de gobernador en abril de 1539.

Poco sabemos de los primeros años de Pedro de Valdivia. Ni siquiera se ha podido establecer en cuál de las doce villas de la región extremeña de La Serena nació. De sus propias relaciones se deduce que era hijo de hidalgos pobres y que, no obstante, había recibido una educación muy superior a la de la mayoría de los conquistadores. Peleó en Flandes, en Italia y en Pavía. En 1525 casó con doña Marina Ortiz de Gaete, y diez años más tarde se embarcó a las Indias con Jerónimo de Alderete. Después de servir casi un año en Venezuela, llegó al Perú con la expedición de socorro enviada a Pizarro por la Audiencia de Santo Domingo para sofocar la rebelión indígena. Allí abrazó el bando de los Pizarros y sirvió como maestre de campo durante las guerras civiles, en las que se labró un extraordinario prestigio como hombre y como soldado.

Pedro de
Valdivia



Batalla de las Salinas

FIG. 32.—DE LAS "DECADAS" DE HERRERA.

Su inquebrantable resolución de emprender la conquista de Chile y el empleo de su hacienda en los gastos iniciales, hicieron pensar a muchos de sus amigos que había perdido el

Valdivia decide
emprender la
conquista
de Chile



FIG. 33.—DE LAS "DECADAS" DE HERRERA.

juicio, y este convencimiento le cerró las puertas del crédito. A duras penas pudo reunir unos \$ 15.000, que se fueron en los primeros preparativos, y, cuando ya creía fracasado su empeño, logró convencer al comerciante Francisco Martínez, que había llegado de España con caballos, armas y ropa. Martínez aportó, en sociedad, \$ 9.827 en mercaderías, cuyo precio señaló él mismo y que no valían ni \$ 5.000, haciéndose acreedor a la mitad de las eventuales utilidades que produjera la conquista de Chile.

Vencida esta dificultad, se presentó otra más grave: nadie quería ir a Chile. Valdivia pensó en los restos de las derrotadas huestes de Almagro, pero pronto se convenció de que eran los más reacios por la triste experiencia ganada. No se arredró tampoco frente al nuevo obstáculo. El gran móvil que lo impulsaba, que no era otro que el "dejar fama y memoria de mí", le hizo reunir herramientas de trabajo, semillas europeas y animales domésticos para multiplicarlos en el suelo virgen. Estaba dispuesto a partir, aunque fuera con una docena de hombres.

Pero Sancho
de Hoz

La tercera dificultad se presentó en la persona de Pero Sancho de Hoz. Este antiguo secretario de Pizarro acababa de llegar de España, donde había dilapidado la fortuna que le tocó en el reparto del tesoro de Atahualpa, con nombramiento de gobernador por el rey de las nuevas tierras que descubriera. La provisión real, sin embargo, lo excluía de toda posibilidad en cuanto a Chile, a pesar de lo cual Pizarro sugirió a Valdivia que el advenedizo entrara en sociedad con él y Martínez, aportando cincuenta caballos, doscientas corazas y "dos navíos cargados de las cosas necesarias que se requieren para la dicha armada", que debían completarse en el plazo de cuatro meses.

Llegada a
Tarapacá

En los primeros días del año 1540, salía Valdivia del Cuzco "no con tanto aparejo como era menester, pero con el ánimo que sobraba a los trabajos que se podían pasar y pasaron en el camino". Sólo había logrado reunir once soldados y un millar de indios auxiliares para el transporte del equipo. Siguieron el camino de los desiertos, por el valle de Arequipa, pasando por Moquegua y Tacna, hasta llegar a Tarapacá. En el camino se incorporaron a la expedición varios soldados, que elevaban a veinte el número de españoles.

Hubiera sido locura pretender con ellos la conquista. Decidió, por tanto,

Los negocios de
Francisco Martínez

Nadie lo sigue



FIG. 34.—ITINERARIO DE P. DE VALDIVIA, SEGÚN R. MONTANDÓN.

* 12 ó 13, SEGÚN THAYER OJEDA.

** 150, SEGÚN THAYER OJEDA.

dores subieron a 136. En el camino Pero Sancho de Hoz intentó por vez primera asesinar a Valdivia, que se había adelantado con unos cuantos expedicionarios.

esperar en Tarapacá la reunión de los refuerzos prometidos, que comenzaron a juntarse esporádicamente, luego de larga espera. Rodrigo de Araya, con dieciséis más, venía de Tarija. Poco después llegaron otros ochenta. Francisco de Villagra pudo convencer a varios disidentes de Diego de Rojas, entre los que se contaban Juan Bohon, Jerónimo de Alderete, Pedro de Villagra, Juan Jufre, Juan Fernández de Alderete, Juan de Cuevas, el capellán y bachiller Rodrigo González de Marmolejo, nombres todos ellos que iban a figurar en el cuadro de honor de los albores de la nacionalidad chilena. Venía este grupo de la expedición de los mojos, derrotados por el clima, la selva y el hambre. Su determinación de enrolarse en la desprestigiada empresa de Valdivia demuestra su empuje y su extraordinario temple moral.

Se habían reunido en Tarapacá 110 españoles que estaban enlazados por el impulso común de la selección producida en sus afanes de hallar, más que fáciles riquezas, un suelo y un clima que les permitieran organizarse en sociedad embrionaria, en condiciones semejantes a las de su patria. Animados por el ansia de resarcirse de las penurias pasadas, estos 110 hombres emprendieron la marcha hacia Atacama. Después de luchar con la escasez de agua y de alimentos, que los indígenas habían ocultado, la expedición se reunió en San Pedro de Atacama con el grupo de 25 españoles que capitaneaba Francisco de Aguirre. Los conquista-

Nuevos refuerzos

Primer intento de asesinato a Valdivia

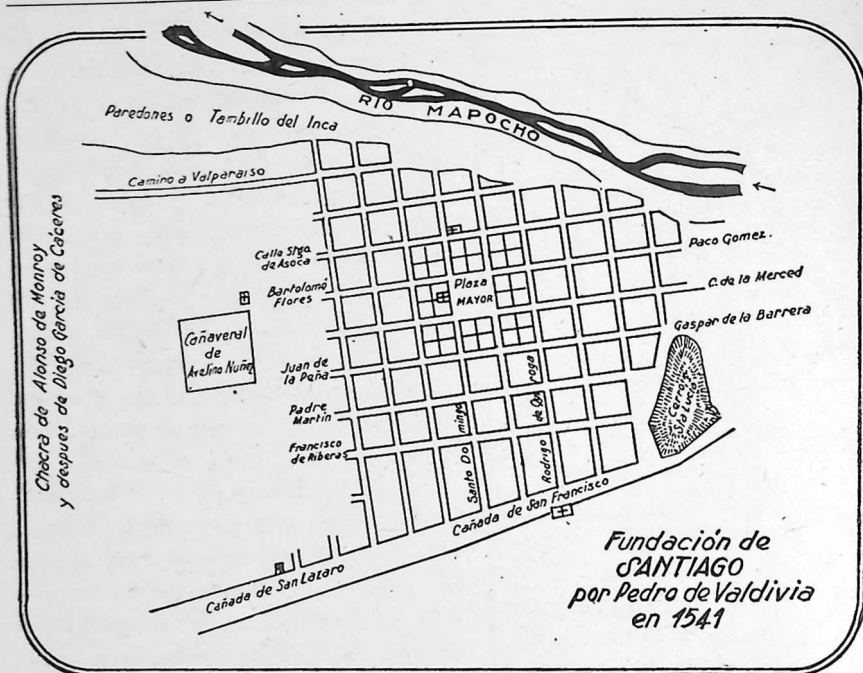


FIG. 35.—SEGÚN THAYER OJEDA.

Temeroso de crear un conflicto insoluble, Valdivia desvió el castigo hacia la disolución de la compañía con él formada, que se formalizó ante el escribano Luis de Cartagena, el 12 de agosto de 1540. Fué ésta la primera escritura firmada en Chile.

Repuestas las fuerzas gracias a un largo descanso, Valdivia atravesó el nuevo desierto. En Copiapó se le reunieron 20 españoles más, entre ellos Gonzalo de los Ríos, Alonso de Chinchilla y los sacerdotes Juan Lobos, Diego Pérez y Rodrigo González de Marmolejo. Había llegado al territorio de su jurisdicción. Después de las formalidades de rigor en la toma de posesión, lo denominó "Nuevo Extremo" o "Nueva Extremadura", en homenaje a la patria chica, que lo era también de Pizarro.

Entre Copiapó y el valle del Mapocho, la resistencia de los indios se hizo más tenaz. Michimalongo y otros caciques menores les tendieron varias emboscadas y, al fin, en diciembre de 1540, después de 11 meses de marcha, los expedicionarios llegaron al encantador valle donde habían de fundar el centro urbano del nuevo reino. (Fig. 34.)

Valdivia había encontrado en el camino lugares aptos para la fundación de

la futura capital. Mas su deseo era emplazarla lo más al sur posible, para servir-se de ella como base en la extensión de sus conquistas hasta más allá del Estrecho. Ya Carlos V había establecido sapientísimas normas para la fundación de ciudades en las Indias. Estas disposiciones, que fueron ampliadas después por Felipe II, fueron embrión racional en el acompasado crecimiento de las capitales americanas durante cuatro siglos. *

Reconocidos los aledaños, Valdivia escogió el lugar privilegiado en que se asienta Santiago, siguiendo las instrucciones de la metrópoli, y el 12 de febrero de 1541 decretó la fundación de la ciudad. La planta original tenía la forma de un trapezoide que limitaba por el oriente con el cerro Huelén, por el norte con el Mapocho, por el poniente con la chacra de Diego García de Cáceres (aproximadamente la actual Avda. Brasil), y por el sur con la cañada de San Lázaro, actual Alameda B. O'Higgins. El alarife Pedro de Gamboa procedió a trazar las calles, que pronto recibieron, entre los nombres de los vecinos más notables, otros muy pintorescos, como de los Trapitos, de los Afanes, de las Animas... (Fig. 35.)

Fundación de
Santiago

Los indios ayudaron al comienzo en la construcción de las habitaciones, de la iglesia y de los edificios civiles. Las casas eran de madera revocada con barro y techo de paja, trabados con la misma trepadora (el boqui) que hasta la fecha utilizan los campesinos en sus ranchos.

Valdivia designó el Cabildo inmediatamente, y, en su calidad de teniente gobernador y capitán general, nombró alcaldes ordinarios a Francisco de Aguirre y Juan Dábalos Jufre; regidores, a Juan Fernández de Alderete, Juan Bohon, Francisco de Villagra, Martín de Solier, Gaspar de Villarroel y Jerónimo

El primer
Cabildo

* El reglamento de 1523, entre otras disposiciones, decía: "...cuando hagan la planta del lugar, repártanla por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales, y dejando tanto compás abierto, que aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma. Procuren tener el agua cerca, y que se pueda conducir al pueblo y heredades..., y los materiales necesarios para edificios, tierras de valor, cultura y pasto, con que excusarán el mucho trabajo y costas que se siguen de la distancia. No elijan sitios para poblar en lugares muy altos, por la molestia de los vientos y dificultades del servicio y acarreo, ni en los lugares muy bajos, porque suelen ser enfermos; fúndense en los medianamente levantados, que gocen descubiertos los vientos del

norte y mediodía; y si hubiere de tener sierras o cuestras, sean por la parte de levante y poniente..., haciendo observación de lo que más convenga a la salud y accidentes que se puedan ofrecer; y en caso de edificar en la ribera de algún río, dispongan la población de forma que saliendo el sol dé primero en el pueblo que en el agua". La ampliación de Felipe II, aunque muy posterior a la fundación de Santiago, es no menos interesante porque completa el espíritu de la anterior. En ella se aconseja se observe si en el lugar "se conservan los hombres de mucha edad y mozos de buena compleción, disposición y color", si la tierra es apta y los ganados sanos. Completa este espíritu la reflexión final de que el temple sea "sin exceso de calor o frío (y habiendo declinar a una u otra calidad, escojan el frío)".

Preparativos



ADELANTADO GERONIMO DE ALDERETE

FIG. 36.—SEGÚN OVALLE.

de Alderete; mayordomo, a Antonio Zapata, y procurador, a Antonio de Pastрана.

Entre los primeros acuerdos del Cabildo figura la previsora medida de nombrar a Valdivia gobernador en propiedad, en razón de la lejanía del Perú, las dificultades de comunicación y, sobre todo, las repercusiones de la guerra civil entre almagristas y pizarristas. Con evidente sagacidad, Valdivia demoró la aceptación hasta que el temor de que el Cabildo eligiera a otro le impulsó a acceder al acuerdo unánime de pueblo y Cabildo, hecha la reserva de que aceptaba contra su voluntad "y con la exclusiva intención de mejor servir al

rey y al marqués Pizarro, mi señor, cuyo teniente soy".

Las jornadas recorridas hasta ese momento habían sido producto de la audacia, la energía y la sagacidad; mas sin nuevos recursos era pueril pretender, no ya la conquista, sino ni siquiera la conservación de lo ganado. La captura del antiguo enemigo, el cacique Michimalongo, había resuelto el problema del oro, pues éste informó a Pedro de Valdivia sobre los lavaderos de Malga-Malga y le facilitó 1.200 indios para su explotación. Faltaba un bergantín para llegar al Perú y comprar con buen oro los elementos necesarios para proseguir la conquista. Con tan urgente objetivo, Valdivia ini-



CAP N MONROY

FIG. 37.—SEGÚN OVALLE.

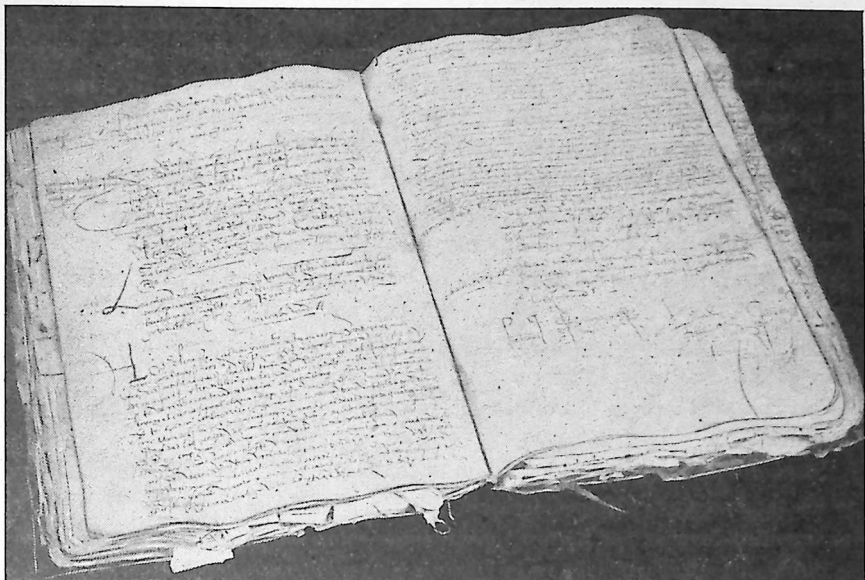


FIG. 38.—EL LIBRO BECERRO DEL CABILDO DE SANTIAGO.

ció la construcción de un barco bastante grande en Concón; pero, al dejar desguarnecido el astillero por acudir a sofocar una de las conspiraciones urdidas por los derrotistas, los indios arrasaron con campamento y pertrechos, quemaron la nave y mataron a doce o trece españoles. La nueva calamidad excitó aun más los ánimos, y Solier urdió una nueva conspiración que le costó la cabeza, así como a varios españoles más. Casi todos los ya santiaguinos aprobaron la conducta de Valdivia y el castigo ejemplar afirmó su autoridad.

Descalabros, conspiraciones y refriegas habían reducido el número de españoles a 130, y pronto cundió el fermento de la sublevación general entre los indios de Aconcagua, Santiago y del Cachapoal. Prefirió Valdivia dispersarlos antes de que la rebelión tomara carácter de general y dejó prácticamente abandonada Santiago a un grupo de 32 jinetes y 18 arcabuceros, al mando de Alonso de Monroy, a quien poco antes había nombrado teniente de gobernador. (Fig. 37.)

El ataque en masa no se hizo esperar. En la madrugada del 11 de septiembre, los indios, resguardados por la misma empalizada que protegía la ciudad, arrojaban nubes de flechas y piedras que los españoles lograron esquivar hasta el alba. Con la luz consiguieron contrarrestar el ataque, pero eran muy pocos y al incendio de los ranchos de paja hubiera seguido el exterminio de todos los es-

Destrucción
de Santiago

pañoles si Inés Suárez no hubiera salvado la situación, convenciendo a los españoles de la conveniencia de degollar a 7 caciques que Valdivia había retenido en la ciudad, y arrojar sus cabezas entre los aterrorizados indios. La carga final, en la que la propia Inés Suárez participó con su cota de malla, definió la pelea y la supervivencia de Santiago. (Fig. 42-A.)

La catástrofe había sido desoladora. * Los indios no volvieron a atacar, pero iniciaron la guerra del vacío, alejándose para no servir al invasor y dejando incultos los campos. El período de paz permitió reconstruir la ciudad, ahora de adobes para evitar nuevos incendios. La necesidad de ayuda exterior era cada vez más imperiosa, lo que movió a Valdivia a enviar al Perú a Alonso de Monroy con oro, disimulado en los arreos, poderes y facultades a carta blanca. Después de una azarosísima aventura, con raptos, cautiverios y fugas, Monroy llegó al Perú, portando, como único resto de su tesoro, el poder de Valdivia para contraer deudas.

Los dos años transcurridos desde la fundación de Santiago hasta la llegada de los refuerzos que Diego García de Villalón traía en el navío "Santiaguillo" y los reunidos después por Monroy, acumularon sobre las desdichas las privaciones. Es difícil encontrar paralelo en la Historia de tal entereza, virilidad y estoicismo. Desde el otoño de 1542 al hambre se añadieron la desnudez, la zozobra por el aislamiento y la renovación de los asaltos. Muchos conquistadores tuvieron que comer "sabandijas y otras comidas muy ruines". Las cigarras se consideraban como un excelente alimento. El grado de penuria colectiva llegaba a lo increíble. "No tenían con qué se vestir ** porque ya andaban muchos en cueros, que no traían encima camisas ni otros vestidos, sino unos muslos de cuero y unos jubones con que se cubrían sus desvergüenzas." Como no había vino, se dejó de decir misa. Los caballos iban sin herrar y no tardó en escasear la pólvora. Cuando los últimos restos de papel se acabaron, el Cabildo extendía las actas en tiras de cuero, que los perros hambrientos se comían. Nada representa mejor este estado de cosas que el párrafo en que Pedro de Valdivia relata a Carlos V sus desventuras. ***

De los primitivos contingentes habían sobrevivido 118 españoles. Con los pequeños refuerzos que acompañaron a Villalón y Monroy subieron a 190, reducidas fuerzas que permitirían a Pedro de Valdivia iniciar una nueva etapa en la conquista de Chile.

* Pedro de Valdivia recordaba en una carta su magnitud: "Se había quemado la comida y la ropa y cuanta hacienda teníamos, que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra, y con las armas que a cuesta teníamos, y dos porquezuelas y un cochinitillo, y una polla y un pollo y hasta dos almuerzas

de trigo (dos puñados a dos manos)".

** Luis Toledo.

*** "Los trabajos de la guerra, invictísimo César, puédenlos pasar los hombres, porque loor es al soldado morir peleando, pero los del hambre concurriendo con ellos, para lo sufrir, más que hombres han de ser."

Estoicismo de los fundadores

Pequeños refuerzos

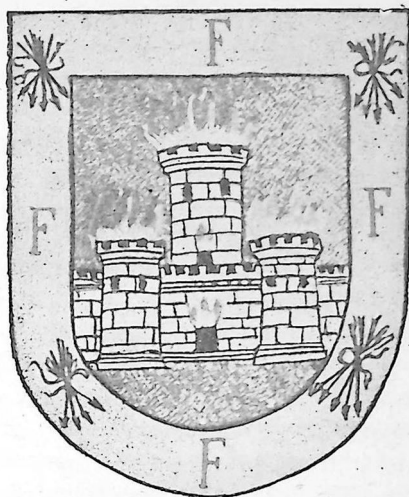
También había venido el comerciante Francisco Martínez, socio empresario de Valdivia, con el intento de retirar sus ganancias. Mas el gobernador, lejos de acumularlas, tenía deudas por más de \$ 100.000. Propuso entonces la disolución de la sociedad, conformándose con recibir 5.000 pesos de oro en pago de su aportación inicial.

Una vez afirmada la conquista del territorio hasta el Maule, Valdivia volvió sus miras al norte, considerando que la única manera de mantener expedito el camino al Perú era establecer una ciudad y asentar en ella encomenderos que la defendieran. Con



GENERAL IVAN BAPTISTA PASTENE

FIG. 39.—SEGÚN OVALLE.



Fundación de
La Serena

FIG. 40.—ESCUDO DE LA SERENA.

este objeto, Juan Bohon fundó, al parecer en los últimos meses de 1544, la actual ciudad de La Serena, en el valle de Coquimbo.

La idea obsesiva en Valdivia de reconocer el sur recibió un providencial estímulo con la llegada de Pastene, que venía con instrucciones de Vaca de Castro para explorar la región austral. Valdivia lo nombró teniente de capitán general en el mar, al tiempo que creaba en Valparaíso una base marítima estable.

Pastene llegó hasta la bahía de San Pedro y, al regreso, recalaba en los puertos, tomaba posesión de la tierra y le ponía nombre. Su más importante descubrimiento fué el del pueblo de Aynil, en la desembocadura del río Aynileno, que bautizó con el nombre de Valdivia.

Exploraciones
de Pastene

Impaciente por afirmar nuevas

Valdivia llega a la Bío-Bío conquistas, Valdivia, sin esperar los refuerzos solicitados al Perú, emprendió una expedición al sur que debía llevarlo por tierra hasta el Bío-Bío. Mas la resistencia indígena, que culminó en la brava batalla de Quilacura, lo convenció de la debilidad de sus fuerzas y regresó a Santiago, impresionado por la densidad de la población y la capacidad militar de los naturales.

Nuevas conspiraciones

La reforma de las encomiendas, de que nos ocupáremos en lugar oportuno, removió el fermento de la conspiración, que esta vez iba a ser capitaneada directamente por Pero Sancho de Hoz, y, de nuevo, ante el temor de sus repercusiones, silenciada por Valdivia con el indulto del traidor.

Valdivia parte al Perú para lograr refuerzos

Los auxilios solicitados por diferentes emisarios encontraban un obstáculo insalvable en las turbulencias del Perú, en razón de lo cual Valdivia decidió ir personalmente, valiéndose de una estratagema que sus detractores utilizaron después. Hizo saber que Alderete y Villagra irían al Perú a contratar gente y autorizó la salida de Chile, mediante el pago de una tasa moderada, a quienes desearan llevarse su oro. Sólo 15 ó 16 pobladores hicieron uso de la licencia, los más para traer mercaderías negociables. So pretexto de despedirlos, Valdivia les ofreció una comida en tierra y, mientras ellos registraban el oro de que eran portadores, el capitán se escurrió en un bote y ganó el barco. El golpe, *manu militari*, provocó, como es lógico, denuestos e imprecaciones violentísimos. Pedro de Valdivia, no obstante, envió a Villagra para recoger el inventario, que confrontó con los caudales que había en el barco y ordenó pagarlo con el producto de sus propios lavaderos de oro.

Muerte de Pero Sancho de Hoz



Valdivia en el Perú

Aprovechando el nuevo descontento, Pero Sancho de Hoz urdió su última conspiración, y Francisco de Villagra, a quien Valdivia dejara en calidad de gobernador interino, luego de comprobados los cargos, ordenó decapitarlo sin darle siquiera tiempo para confesarse.

Valdivia partía al Perú con el ánimo decidido de contribuir a su pacificación, ganándose así el título de gobernador por el rey y los hombres y elementos que le permitieran completar la conquista de Chile.

FIG. 41.—DE LAS "DECADAS" DE HERRERA.

El fué el eje de la victoria de Sexahuaman, en que Lagasca restableció el poder real en el Perú. La recompensa fué inmediata: Lagasca le dirigió sus felicitaciones, llamándolo gobernador; pero después, a la vista de

los cargos de sus detractores, lo hizo procesar. Valdivia resultó, no obstante, absuelto; regresó a Chile con 200 hombres y prestó juramento ante el Cabildo el 20 de julio de 1549, en forma de pleito homenaje.

Durante su ausencia, La Serena había sido destruída, y la amenaza se cernía sobre Santiago, a pesar de que Villagra, el sustituto, había demostrado tanto tacto y firmeza en el gobierno como después habría de confirmarlos en calidad de capitán.

Pedro de Villagra había pacificado, mientras tanto, la región de Copiapó al sur. Valdivia, después de nombrar a Franciscó de Aguirre teniente de gobernador de la zona comprendida entre el Choapa y Atacama, le encargó la nueva fundación de la ciudad y el mantenimiento de las comunicaciones con el Perú. Aguirre, cumplida su primera misión, realizó una guerra de exterminio en la zona, que afianzó la paz en el norte, pero dejó desprovistos de brazos los lavaderos y las faenas agrícolas.

La obsesión de Valdivia por conquistar el sur era compartida por muchos habitantes de Santiago que deseaban prevaricar con nuevas encomiendas. En enero de 1550 partía una expedición de 200 españoles, pertrechada para invernar, fortalecida con los indios de guerra del Maule, que comandaba Michimalongo, ahora aliado.

Campana del sur
y fundación de
ciudades



FIG. 42.—FUERTE DE ARAUCO, SEGÚN GAY.



FIG. 42-A.—LA DEFENSA DE SANTIAGO, DEL 11 DE SEPTIEMBRE, SEGÚN OVALLE.

V

Comienza la guerra de Arauco.
Las armas de los españoles.
Batallas de Andalién y del fuerte de Penco.
Fundaciones: Concepción, La Imperial,
Valdivia y Villarrica.
Chile transandino.
Lautaro.
Batalla de Tucapel.
Muerte de Pedro de Valdivia.
Marigüeñu.
Avance de Lautaro sobre Santiago.
Sorpresa de Peteroa.

V

A a comenzar la guerra de Arauco, "guerra sin ejemplo y sin rival en cuanto a heroísmo —dice Errázuriz—, si se la considera en conjunto y no se mide por el número de los combatientes, sino por la pujanza y la gloria de los hechos de armas". De un lado, cuarenta mil guerreros mapuches, sorprendidos primero por la superioridad de las armas del español, diferencia que fué paulatinamente compensada a fuerza de imaginación creadora y de un increíble sentido de la táctica y de la estrategia. De otro, un grupo, seleccionado por las circunstancias, de los mejores soldados del mundo en ese momento, auxiliado por masas de los antiguos chincha-chilenos, aliados ahora con el nuevo invasor, en lucha común contra los mapuches usurpadores de sus tierras.

La superioridad en el armamento de los españoles no tardó en ser neutralizada. Todavía no tenían cañones. El arcabuz, por su peso enorme, debía ser apoyado en una horquilla o en un árbol, con la consiguiente inmovilidad del arcabucero. Además, la carga era lenta y complicada, pues el arma se llenaba por la boca, atascando la medida de pólvora, y para dispararla era preciso aplicar una mecha al oído del cañón. Al principio, el disparo, el ruido y la muerte a distancia sugirieron seguramente a los araucanos, en su concepción mágica del cosmos, la idea del poder sobrenatural en los españoles. Pero este concepto no duró mucho tiempo.

El arma ofensiva por excelencia era la pica, símbolo, en el siglo XVI, del poderío español en Flandes. Eran éstas lanzas de 3 metros de largo, de madera de fresno, rematadas en punta de acero de tres o cuatro filos. El jinete las afianzaba en el arzón de la silla y el infante las utilizaba a modo de bayoneta. El arma favorita del infante, con todo, era la espada, que también empleaba el ji-

Las armas de los españoles



... Mont. ignis: Amn. arborem; monstrum que trahentis, Aquilarum iterum
 ... arum ... Hospiti in aere de suo ... et Fugit in Chile.

FIG. 43.—SEGÚN LA VERSIÓN DEL PADRE OVALLE.

nete. El soldado de a pie resguardaba su pecho y espalda con una coraza, y el de a caballo llevaba armadura completa que lo cubría de pies a cabeza. Los capitanes y algunos soldados ricos usaban cota de malla. Escudos y adargas de cuero, que se sostenían con el brazo izquierdo, contrarrestaban los ataques enemigos.

Tales defensas hacían casi invulnerable al español contra las flechas, hondas, lanzas y picas de los mapuches y amortiguaban los golpes de mazas y macanas.

Los 200 españoles y los indios auxiliares de guerra mandados por Michimalongo llegaron al Bío-Bío en enero de 1550. Acampados entre las lagunas que ocupaban el lugar de la actual Concepción, viéronse sorprendidos el 22 de febrero por un ejército que algunos cronistas hacen subir hasta 15 y 20.000 indios. Se trabó la batalla de Andalién, en que la previsión de Valdivia, al apoyar el campamento en las lagunas de agua dulce, ofreciendo así un solo frente, dió un difícil triunfo a los españoles. Desde este choque, la fisonomía de la guerra de Arauco se mantuvo casi inalterable. En ella pelearon, de un lado, los indígenas chincha-chilenos, auxiliados más tarde por fracciones de mapuches disidentes, capitaneados por españoles; y el grueso del pueblo mapuche, dirigido por sus caciques y, más tarde, también por mestizos y por desertores peninsulares.

Batalla de
Andalién

Apenas habían terminado de construir el fuerte que protegería a la nueva ciudad, situado al poniente del actual Penco, cuando se presentó de nuevo el enemigo en "infinitísima cantidad". Pedro de Villagra convenció a Valdivia de no guarecerse en el fuerte, donde habrían quedado sitiados por la masa de los asaltantes, sino de buscar la decisión en una carga de caballería. No hubo batalla, sino simple huida y dispersión. Parece que en el campo mapuche había caído un aerolito muy luminoso, hecho en que están acordes las versiones indígena y española. Para los araucanos ello significaba la violación de algún tabú o la falta a determinado admapu. (Fig. 43.)

Batalla del Fuerte
de Penco

La derrota de los mapuches en Penco y las expediciones afortunadas de Villagra y Pastene convencieron a Valdivia de que la región estaba completamente pacificada y fundó la ciudad de la Concepción del Nuevo Extremo el día 5 de octubre de 1550.



Pedro de Valdivia
funda Concepción

FIG. 44.—ESCUDO DE CONCEPCIÓN.

Fundación de
La Imperial



FIG. 45.—ARMAS DE LA IMPERIAL.

región ultracordillerana, siguiendo la primitiva demarcación que señalamos en el capítulo I, acudía en ayuda de Valdivia con 185 españoles, 500 caballos y muchos artículos de gran utilidad para la naciente colonia.

Valdivia había seguido la campaña de conquista y fundaciones hacia el sur. Los enemigos, por suerte, ya no eran mapuches, sino huilliches, que, luego de ser vencidos con facilidad, indicaron a los expedicionarios el derrotero de ricas minas de plata. El hallazgo colmaba la dicha de los conquistadores. "En el mundo no hay nada comparable con esto", repetían como estribillo en sus cartas.

Fundación de
Valdivia y de
Villarrica

Con la anuencia manifiesta de los pobladores, fundaron la ciudad de Valdivia, en febrero de 1552, y la de Villarrica (nombre justificado por las riquezas de que hablaban los indígenas) en abril del mismo año. Llegaron al confín del reconocimiento, el seno de Reloncaví, y regresaron a Concepción con el propósito de preparar, durante el invierno, la ansiada expedición al Estrecho, y aun más al sur, donde esperaban encontrar tierras ricas y muy pobladas.

El vértigo creador de Valdivia sólo necesitaba ciertas condiciones de paz para desahogarse. Había resuelto fundar otra ciudad en el corazón mismo de la Araucanía y recorrió el territorio recogiendo informaciones para el reparto de encomiendas y comunicando a los naturales las ventajas del sometimiento al rey. El refuerzo de 100 hombres y la ratificación de su confianza por parte de Carlos V espolearon más sus deseos, y, en enero de 1552, fundó la nueva ciudad La Imperial, en la confluencia del Cautín con el río que lleva actualmente el nombre de Las Damas.

Mientras tanto, Francisco de Villagra, después de incorporar a Chile la

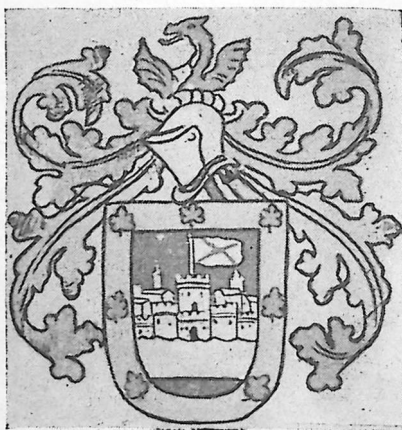


FIG. 46.—ARMAS DE VALDIVIA.

La primera etapa de la Conquista se ha caracterizado, como hemos visto, por el vértigo creador de Pedro de Valdivia. Al final de ella contaba ya con más de mil soldados, pero estaban sus fuerzas divididas en seis ciudades, que, en caso de peligro, difícilmente podrían ayudarse entre sí.

Al otro lado de los Andes, Francisco de Aguirre, nombrado teniente de gobernador de El Barco, se apoderaba por la fuerza de esta ciudad que rebautizó, después de calamitosas peregrinaciones, con el nombre de Santiago del Estero.

El fraccionamiento de las fuerzas españolas estimulaba la rebelión general de los mapuches, que tenían ahora la oportunidad de exterminarlos aisladamente. Completando los reconocimientos de Francisco de Aguirre, Valdivia había encomendado la conquista y población de la región de Cuyo a Francisco de Riberos, y la del extremo sur hasta el Estrecho, a Francisco de Villagra. Los síntomas de inquietud pronto se hicieron visibles con sublevaciones parciales que culminaron con la de la isla de Pucureo, entre las ciudades de Villarrica y La Imperial. Valdivia, para prevenirla, había establecido una guarnición en el asiento minero de Quilacoya, reforzado el fuerte de Arauco y construido los de Tucapel y Purén. Al mismo tiempo, ordenaba la concentración, de los encomenderos vecinos al Malleco en una ciudad, que denominó Los Confines, cerca de la actual Angol.

Poco después de su reconstrucción, caía el fuerte de Tucapel. Los mapuches introdujeron sus armas ocultas en el pasto y obligaron a huir a los pocos españoles sobrevivientes, que se refugiaron en el fuerte de Purén. No tardó en ser también atacado, mas ante el refuerzo traído por Gómez de Almagro, se retiraron los mapuches, en maniobra estratégica, integrante del plan general de guerra de Lautaro.

Era éste un mozo favorecido por una extraordinaria intuición guerrera, que, mientras desempeñaba funciones de caballero de Valdivia, había estudiado el punto débil de los españoles. Demostró a los mapuches que no sólo no eran invulnerables, sino que, como todo mortal, se rendían a las fatigas y al cansancio. Mas no se limitó a copiar sus métodos guerreros, sino que improvisó, con su genio creador y su poderosa imaginación, sistemas propios, adecuados al terreno y a las circunstancias, y supo dominar las mentes primitivas de los toquis con un arrastre y una fuerza magnética sorprendentes.

Su plan era sencillísimo: clavar a Gómez de Almagro en Purén por medio de un ardid; impedir a Valdivia la retirada levantándole obstáculos insalvables: derrotar a los españoles por el cansancio oponiéndoles escuadrones sucesivos, que descansarían mientras otros de refresco no daban tregua al enemigo, y derribar los caballos a golpe de maza y de macana, prescindiendo casi de hondas y arcos.

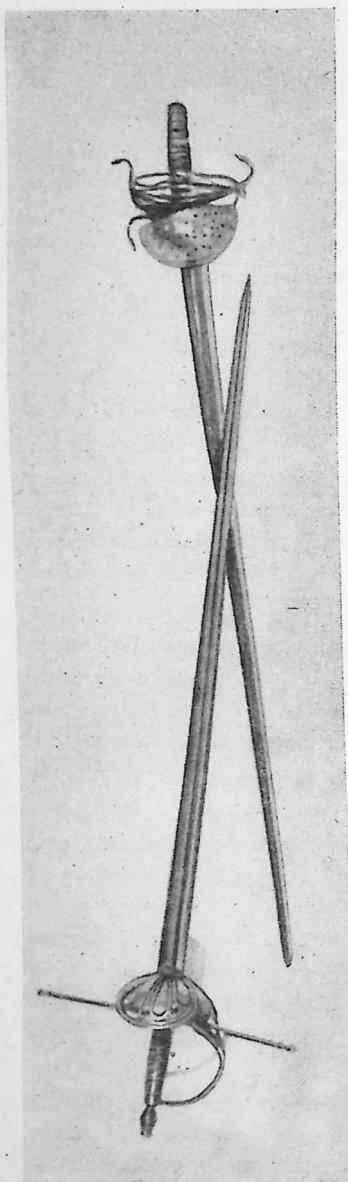
Chile transandino

Fraccionamiento de los españoles

Fundación de Los Confines

Lautaro

Batalla de Tucapel



Muerte de Pedro
de Valdivia

FIG. 47.—ESPADAS TOLEDANAS,
EMPLEADAS DURANTE LA CON-
QUISTA.

Sólo conocemos de este plan los resultados, porque no salvó con vida ningún español en Tucapel, incluso el propio Pedro de Valdivia. Góngora Marmolejo recogió el testimonio del indio Alonso, guardarropa de Valdivia, que presencié la batalla, y sus datos son los únicos dignos de fe. Las ruinas del fuerte Tucapel, donde había de librarse la batalla, estaban situadas sobre una colina en las estribaciones de la cordillera de la Costa, que recortan quebradas escabrosas, y el río Lebu, entonces bordeado por espesos pajonales.

Después del primer encuentro, en que ambos bandos sufrieron bajas, los mapuches abandonaron el campo y se precipitaron hasta el fondo de las quebradas, donde, luego de apagar la sed, descansaron. Cuando los españoles cantaban victoria, otro escuadrón de refresco relevó al anterior, con el mismo empuje, el mismo empleo de mazas y macanas y la misma retirada a descansar. El tercer escuadrón fué repelido con el ímpetu de la desesperación, mas nuevos escuadrones reemplazaban a los vencidos. Pedro de Valdivia, dirigiéndose a los suyos, les dijo: "Caballeros, ¿qué hacemos?", a lo que el bravo capitán Altamirano respondió: "Qué quiere vuestra señoría que hagamos, sino que peleemos y muramos". Valdivia comprendió que estaban perdidos, y dió la postrera carga, con hombres y caballos agotados. Lautaro lanzó también las últimas reservas y, después de un breve choque, comenzaron la carnicería y el sálvese quien pueda. No había retirada posible. Los españoles fueron sucumbiendo uno a uno. Valdivia logró alcanzar una ciénaga, donde se empantanó su caballo. Luego de ser confesado por el clérigo Pozo, el gobernador fué derribado por un golpe de macana. Los

indios vencedores pasearon su cabeza clavada en una pica, y los caciques devoraron su corazón dividido en pequeños trozos. El padre Rosales recogió la tradición de los más ancianos caciques, que, por lo demás, está de acuerdo con las reglas del admapu. *

Gómez de Almagro, al reconocer los alrededores del fuerte de Purén, se percató del engaño urdido por Lautaro al distraer sus fuerzas, y partió inmediatamente en auxilio de Tucapel con 13 jinetes y algunos indios auxiliares. No alcanzaron a bajarse de los caballos cuando varios escuadrones de mapuches los atacaron. El combate duró todo el día. Con la oscuridad lograron romper el cerco y dirigirse a La Imperial. La epopeya de estos 14 bravos, peleando sin descanso, muchos de los cuales perecieron en el combate, ha pasado a la historia con el honoroso título de “los catorce de la fama”.

“Los Catorce de la Fama”

La muerte de Pedro de Valdivia señala una etapa en la historia de la Conquista, y su personalidad histórica se ha proyectado en el tiempo hasta convertirse en una imagen anticipada del pueblo chileno. Sobre los demás conquistadores americanos lo ha levantado la ejemplarización que él supo encarnar del mesianismo español de los primeros Austrias y de la fiebre creadora y expansiva que caracteriza la mentalidad española del siglo XVI. Su vida americana tenía un solo fin: engendrar un pueblo nuevo. Su dureza física, su audacia, su valor y su tacto fueron puestos íntegramente al servicio de esta idea. Simbolizan tamaño empresa las semillas y los animales domésticos que trajo del Perú. Y el vértigo creador, en su afán de fundar ciudades, pretendió realizar en veinte años la labor de tres siglos. **

Simbolización de Pedro de Valdivia

Para los chilenos, Valdivia entraña un símbolo que se destaca con más nitidez en el tiempo. Es la imagen anticipada del pueblo chileno, con sus aptitudes y sus fallas, sus virtudes y sus defectos, determinados a través de una de sus más preciosas características: su profundo amor al suelo que eligió para ofrecerle la simiente de su genio creador. ***

* Además de los factores señalados, debe advertirse que pelearon en Tucapel 38 españoles contra cerca de 20.000 mapuches, es decir, en la proporción aproximada de 500 contra 1.

** En una de sus cartas al rey, dice: “Y si Dios es servido, que yo haga este servicio a vuestra majestad, no será tarde; y dónde no, el que viniere después de mí, a lo menos halle en buena orden la tierra, porque mi interés no es comprar un palmo de ella en España, aunque toviere un millón de ducados, sino servir a vuestra majestad con ellos y que me haga en esta tierra mercedes, y para que de ellas,

después de mis días, gocen mis herederos y quede memoria de mí y dellos para adelante”.

*** En otra carta a Carlos V, después de alabar el clima y decirle que la tierra “es tal que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo”, añade: “Es la más abundante en pastos y sementeras y para darse todo género de ganados y plantas que se puede pintar; mucha y muy linda madera para hacer casas, infinidad de otra leña para el servicio de ellas, y las minas riquísimas... que parece Dios la creó a posta para poder tenerlo todo a mano”.



FIG. 48.—LEMA DE LOS VALDIVIA.

La derrota de Tucapel produjo el pánico general. Indios amigos llevaron la noticia del desastre a Los Confines, y sus pobladores decidieron abandonar la fundación. La mitad se dirigió a La Imperial y la otra a Concepción. Los de Villarrica se reunieron con Villagra en la primera, repartiéndose así los residentes españoles de Arauco entre esta ciudad y Concepción.

El Cabildo de la ciudad de Valdivia tomó la iniciativa de nombrar a Villagra gobernador interino de Chile, y el de La Imperial se limitó a designarlo capitán general y justicia mayor de su gobernación.

El testamento de Valdivia

El de Concepción, por su parte, había solicitado socorros a Santiago y abierto el pliego que contenía el testamento de Valdivia. En este documento designaba sucesor a Jerónimo de Alderete, a la sazón en España, y, en su ausencia, a Francisco de Aguirre, que se encontraba en Tucumán.

La noticia de la muerte del gobernador llegó a Santiago con el mensajero que solicitaba auxilios para Concepción, y el Cabildo, en vez de abrir el testamento de Pedro de Valdivia, nombró de inmediato capitán general y justicia mayor del Nuevo Extremo a Rodrigo de Quiroga, iniciando, de este modo, un largo período de arbitrariedades. Pero el Cabildo había ocultado el testamento de Valdivia, ignorante de que en Concepción había una copia que ya era pública. Sabedor de esta contingencia, lo dió a conocer, tomando poco después dos acuerdos, en apariencia contradictorios. Por el primero se dividía la gobernación en dos zonas, al norte y al sur del Maule. En el norte mandaría Rodrigo de Quiroga, y en el sur, Villagra. En el segundo acuerdo proponía al rey como gobernador a Francisco de Villagra, que figuraba en tercer lugar. Tales indeterminaciones y cubileteos respondían al temor general que les inspiraba Francisco de Aguirre, individuo violento y atrabiliario, que sólo tenía enemigos en la capital.

Batalla de Marigüeñu

La primera reacción de pánico en el sur a raíz de la derrota de Tucapel fué seguida de la necesidad de tomar la ofensiva o despoblar Concepción. Villagra optó por lo primero y salió de esta ciudad con 154 soldados escogidos, dispuesto a vengar la derrota y muerte de Valdivia. Contaba además con seis cañoncitos, los primeros que se dispararon en Chile, treinta arcabuces y unos lienzos de madera o parapetos portátiles para proteger a los arcabuceros. Pronto había de medirse con Lautaro en la batalla de Marigüeñu.

El plan táctico de Lautaro fué, en esta nueva victoria, similar al de Tucapel. El ejército mapuche que en ella peleó era el más numeroso hasta entonces reunido. Aunque es difícil establecer su número, es probable que no ba-

jara de 15.000 ni excediera de 40.000 hombres. Ante la proximidad de las fuerzas, Villagra tuvo que aceptar el combate en una planicie, cerrada por el oriente con un bosque impenetrable y cortada a pique del lado del mar. Lautaro había elegido también estratégicamente este sitio y dispuso a sus hombres emboscados en la selva. A medida que Villagra ascendía el camino en zigzag, los mapuches le cerraban, igual que a Valdivia, la retaguardia. A las 8 de la mañana, una vez ganada la cumbre, dispuso más fuerzas en línea de combate.

Como en Tucapel, los escuadrones de mapuches atacaban de refresco y eran sustituidos por otros para descansar y ofender de nuevo. A las 12 los españoles todavía peleaban bien, mas el calor, la sed, el cansancio y el polvo, sumados a la contumacia y constante renovación de los atacantes, acabaron por desmoralizarlos. Villagra animaba a sus hombres peleando siempre en primera fila, por lo que los mapuches se percataron de que era el "apo" (jefe), concentrando sus esfuerzos contra él. Lograron lacerarlo y derribarlo de su caballo. Por fortuna, sus soldados lo rescataron y, sangrando y sin celada, volvió a su puesto de combate. A las ocho horas de incesante brega, los españoles no habían tomado una gota de agua ni descansado un momento; estaban desfallecidos, pero seguían peleando. En cambio, Lautaro tenía intactas sus reservas. Fué el momento propicio en que el jefe mapuche se precipitó con todas ellas sobre los cañones, separando al enemigo en dos grupos y dando muerte a los 20 artilleros. Fué el golpe de gracia. Villagra lo comprendió así y ordenó la retirada a Concepción, que fué contrariada con los accidentes provocados por los mapuches. El trágico balance registró la muerte de los dos tercios de los españoles.

La noticia del desastre llegó a Concepción en la misma noche. A la mañana siguiente, la presencia de los heridos y semidesnudos supervivientes generalizó el terror colectivo, que prendió en algunos hombres más que en las mujeres. Juana Jiménez, la última concubina de Valdivia, pataleaba de rabia en su casa ante la idea del abandono de la ciudad. *

Abandono de
Concepción

Con los mismos caracteres de todos los éxodos civiles, los pobladores de Concepción iniciaron la huida a Santiago, abandonando sus bienes, en el mayor

* Similar actitud de doña Mencía de los Nidos sugirió a Ercilla su famosa octava:

"Doña Mencía de Nidos, una dama noble, discreta, valerosa, osada, es aquella que alcanza tanta fama en tiempo que a los hombres es negada; estando enferma y flaca en una cama, siente el grande alboroto, y esforzada, asiendo de una espada y un escudo, salió tras los vecinos como pudo."

Pedro de Rejaule en su obra "La Belligera Española", publicada en 1612, o 15, bajo el seudónimo de Ricardo de Turia, para ensalzar el heroísmo femenino en el asedio a Concepción.

(Cf/ Medina: Dos comedias famosas y un auto sacramental, basados principalmente en La Araucana, de Ercilla, anotados y precedidos de un prólogo, sobre la Historia de América, como fuente del teatro antiguo español. Santiago, 1917.

Nota de L. C.)

El mismo episodio sirvió de base a

desorden. Villagra ya no pensó en combatirla, sino en encaminarla. La llegada de los refugiados a Santiago contribuyó a caldear el clima de incertidumbre y disputas administrativas. Los santiaguinos acogieron afectuosamente a aquellos desgraciados. Quiroga recibió en su casa 14 ó 15 familias, y otro vecino albergó hasta 30 soldados.

El Cabildo de Santiago, consternado, como toda la ciudad, por el desastre de Marigüeñu, anteponía, no obstante, el problema legal del mando a las urgentes necesidades que creaba la amenaza mapuche. Temía tanto a Francisco de Aguirre como a un gobernador de fuera, así que se valió de un procedimiento legal para centralizar el poder, en cierto modo, en Villagra. Se hizo violentar por éste para recibirlo de inmediato como capitán general y justicia mayor de la gobernación.

Villagra, en realidad, sólo apetecía el gobierno interino para preparar el rescate. Forzó, por el mismo procedimiento, las cajas reales y organizó la expedición, entregando el mando antes de partir. Hasta sus propios enemigos reconocieron el tacto y la ecuanimidad de su gobierno.

Pedro de Villagra

En el extremo sur no se habían tenido noticias del despueble de Concepción ni de la derrota de Marigüeñu, que los indios silenciaran cautamente. Pedro de Villagra, que se había quedado en La Imperial, fortificó esta ciudad y tomó la iniciativa, asaltando y destruyendo varios fuertes mapuches de los alrededores. La ciudad de Valdivia estaba tranquila, pues los huilliches vivían en perfecta armonía con los españoles.

Pedro de Villagra organizó varias jornadas de reconocimiento en el sur, sin encontrar resistencia en los mapuches. La razón de esta pasividad no era el sometimiento, sino los estragos del hambre y del tifus. El abandono de las cosechas y una larga sequía produjeron tal hambre, que se desarrolló entre ellos el canibalismo. A esta calamidad vino a sumarse una terrible epidemia de tifus, el "chavalongo" de los indígenas, que arrasó con la población araucana, con mortandad no inferior al treinta por ciento.

La Audiencia de
Lima entrega el
poder al Cabildo

Mientras tanto, el problema del mando provocaba nuevos trastornos y desavenencias en Santiago. Francisco de Aguirre reiteraba sus amenazas de hacer efectivo por la fuerza el testamento de Valdivia, y el Cabildo lo conminaba a esperar la resolución del Perú. Por fin llegó ésta, y en forma, por cierto, inesperada. El 13 de febrero de 1555 la Audiencia decidía anular cualquier nombramiento de sucesor hecho por Pedro de Valdivia y acordaba que la autoridad residiera en los cabildos. Después de oponer la resistencia esperada, Aguirre entregó el mando. Villagra lo hizo disciplinadamente y de buen grado.

El acuerdo de Lima, que se complementaba con la orden de licenciar los dos tercios de las fuerzas españolas en Chile, creó un germen de anarquía y disputas, que los mapuches advirtieron de inmediato. Lautaro logró reunir con



FIG. 49.—ARCABUCEROS DEL SIGLO XVI.

presteza un ejército de unos 4.000 mapuches. Los habitantes de Concepción habían repoblado la ciudad hacía apenas un mes cuando llegaron noticias del ataque de las fuerzas del cacique a Los Confines (Angol) y la huida en masa de sus pobladores a La Imperial sin oponer ninguna resistencia. Pronto los mapuches estuvieron a la vista de Concepción, y el combate por la ciudad fué de nuevo un fácil triunfo para Lautaro. Los vecinos de Villarrica, que también habían repoblado su ciudad, quedaron asimismo encerrados en sus defensas y tuvieron que alimentarse durante largo tiempo de yerbas y avena silvestre.

Concepción
destruida por
segunda vez

La Audiencia de Lima, enterada de las disensiones y tumultos provocados por el desacertado acuerdo de entregar el mando a los cabildos, rectificó a tiempo su error y nombró a Francisco de Villagra corregidor y justicia mayor de Chile. El momento era gravísimo. Lautaro había logrado reunir un ejército con numerosos mapuches y promuacaes que levantaba en su marcha al norte. Su objetivo era Santiago. Bien es cierto que sus aliados eran inseguros y de escasa acometividad y que el arrastre había sido forzado por el terror; pero el peligro era inminente. Los españoles concentraron sus escasos medios en la

Lautaro avanza
sobre Santiago

destrucción de un "pucará" que los mapuches habían levantado cerca del Maule, al sur de Peteroa.

En un nuevo alarde de dinamismo, Lautaro repasó el Maule y logró reunir nuevas fuerzas, con las que marchó directamente a la capital. Villagra había emprendido una temeraria expedición al sur cuando tuvo noticia de la gran amenaza y retrocedió a marchas forzadas. En Santiago el pánico fué enorme. Juan Jufre apenas logró reunir para su defensa 25 hombres que estaban derrotados antes de combatir. Sólo Villagra, adelantándose al jefe mapuche, podía salvar el trance.

Sorpresa de
Peteroa

El corregidor demostró haber aprovechado las lecciones de Tucapel y Mari-güenu. Por indios afectos supo que los de Lautaro habían pasado una gran borrachera el día anterior y decidió sorprender al enemigo en su propio campamento, lo cual no era, por cierto, fácil. El lugar escogido por Lautaro en Peteroa para concentrar sus fuerzas estaba defendido por el frente y los flancos por troncos, fosos y una empalizada que hacía imposible la entrada a los caballos. Protegía la espalda una serranía que el jefe araucano consideró inaccesible a los españoles. Por acá treparon éstos, guiados por indios picunches, y al amanecer del 1.º de abril de 1557 cayó Villagra sobre los mapuches, con su reducida fuerza de 57 soldados, cinco arcabuces y 400 indios auxiliares. Se jugaba, además de su vida, la suerte de Santiago y, con ella, la de todos los establecimientos españoles en Chile.

Los asaltantes se dirigieron, seguramente conducidos por algún indio traidor, al lugar donde dormía Lautaro, que, al verse sorprendido, defendió bravamente su vida. Mas ni la muerte de su jefe ni la borrachera anterior desorganizaron a los mapuches, que se batieron durante cinco horas, hasta que los españoles lograron un caro triunfo, a costa de la muerte de muchos valientes, entre otros Juan de Villagra.

Simbolización
de Lautaro

El peligro que entrañaba el genio militar de Lautaro había sido conjurado y los españoles creyeron que su muerte determinaba el fin de la resistencia mapuche. Pero Lautaro no era un caudillo ocasional, sino el reflejo, iluminado por el genio, del alma de una raza. La lucha habría de prolongarse durante más de tres siglos.

El héroe del pueblo mapuche se proyectó muy poco tiempo después en la simbolización idealizada de Ercilla. El cantor de "La Araucana" vibró al unísono con su inteligencia y su valor, centrandó en él la representación personal del duelo a muerte entre araucanos y españoles y rindiéndose ante la insólita magnitud de su figura.

VI.

Evolución social, política y económica. La partida.

A LA luz de la crítica moderna, el viejo concepto de que el régimen colonial fué una imposición artificiosa de la metrópoli ha caído por tierra. Muy por el contrario, los factores sociológicos originales, las razas, el medio, etc., condicionados por las influencias del propio acontecer, dieron verdadera forma al sistema y se tornaron, a su vez, en agentes generadores del proceso histórico.

El gran motor espiritual fué su marcado acento religioso y el sentido universalista, en su más pura etimología, del catolicismo español del siglo XVI. En las cédulas reales de la época encontramos invariablemente, junto con las directrices para el buen trato de los indígenas, las relativas a "su instrucción y conversión a nuestra santa fe católica". Este desiderátum llegó a su clímax en la célebre controversia de Valladolid. *. Mas la realidad impuesta por las condiciones mismas de la conquista provocó desde su iniciación el choque entre la hermosa teoría mística indigenista y la voluntad expansiva de dominio que es siempre consubstancial al conquistador. La polémica se llevó muchas veces al terreno del derecho. Fray Gil González de San Nicolás, dominico consejero de don García Hurtado de Mendoza, sostuvo que el indígena, al rechazar la conquista con los armas, defendía, con su libertad y su suelo, una causa justa. Sólo cabía, pues, para él la persuasión. En cambio, el franciscano fray Juan Gallegos era partidario de predicar el evangelio con las bocas de los arcabuces.

Los móviles
éticos de la
conquista

Dualismo místico-
realista

Esta divergencia de criterio va a presidir la evolución social y el contenido político de los primeros pasos. Tanto el conquistador como un núcleo grande de religiosos creían, en el fondo, aunque no en la forma, que la única posibilidad de cristianizar al aborigen era el cruzamiento. Francisco de Aguirre hubo de retractarse arrodillado de haber dicho esta frase que resume toda una actitud colectiva: "Se hace más servicio a Dios en hacer mestizos que el pecado que en ello se hace".

Una caracterología muy severa habría de titubear ante los determinantes

* La controversia de Valladolid fué sostenida entre Las Casas y Ginés de Sepúlveda, cronista de Carlos V, ante una reunión de doctores y teólogos. Tuvo dos repercusiones: en Carlos V provocó la suspensión por algún tiempo de nuevas empresas descubridoras, "por la dificultad que había en excusar los daños y graves,

pecados que se hacen en las tales conquistas"; en lo popular, la controversia se reflejó en el "Auto de las Cortes de la Muerte", de Miguel de Carvajal y Luis Hurtado de Toledo, que, en una de sus partes, trae a escena indios y caciques a protestar ante el rey de las vejaciones de los conquistadores. (Nota de L. C.)



FIG. 50.—SEGÚN OVALLE.

de la psicología del conquistador. La enorme empresa de la conquista americana no la realizó, desde luego, la masa neutra del pueblo español. Tampoco fué llevada a cabo, como se ha insistido hasta hace poco tiempo, por "la escoria de la sociedad española", juicio que parte de la imagen de América en la literatura española del Siglo de Oro y en especial de una frase amarga de Cervantes en "El Celoso Extremeño" *. Los rasgos esenciales comunes a la psicología del conquistador son muy acusados. En todos late un impulso de proyección fuera de lo ordinario, hay un sentido desmesurado, muy español por cierto, de realizar empresas inauditas e inverosímiles. Todos tienen una ciega fe en sí mismos, desprecio por el peligro, audacia ante lo desconocido. El vértigo colectivo de expansión que anima a la España del siglo XVI se expresa idóneo en la mentalidad del conquistador. En este sentido la atracción de la aventura americana constituyó una verdadera criba, especialmente en Chile.

La gama, por supuesto, es muy extensa, mas los une una entereza formidable ante los padecimientos y las estrecheces. En Valdivia, el determinante más definido no es el ansia de riquezas, sino la idea obsesiva de crear un nuevo pueblo y perpetuarse en su memoria. Los acontecimientos le han dado la razón, y la Historia le ha reconocido con largueza la magnitud de su esfuerzo y la nobleza de sus intenciones.

La selección producida por el escenario de la conquista en Chile presenta aspectos, también, propios y definidos. A pesar de las penurias y de la pobreza de la naciente colonia, la tierra los arraigó con fuerza de indomable succión. La libertad que dió Valdivia a sus compañeros para regresar a España o al Perú con sus riquezas, como hemos visto, sólo movió a 16 pobladores, y los más de ellos pensaban volver con mercaderías o con sus familias. Las despoblaciones del sur acuciaban el deseo de repoblar cuanto antes, del mismo modo que los terremotos impulsaron después el deseo de reconstruir en seguida.

La selección

Las comodidades y la riqueza asentaban en el Perú al comerciante y al burgués, mientras a Chile venía el más valiente y aventurero, que encontraba aquí amplio escenario para el desarrollo de su personalidad audaz y emprendedora. Además, como los otros conquistadores, los de Chile venían "a su costa y minción", sin recibir de la corona más que el permiso para conquistar. Su capacidad de mando y, alternativamente, el acatamiento de la disciplina como soldados constituyen otra característica sui generis en el conquistador de Chile. Cuando tenía mando, descubría y tomaba posesión de la tierra en nombre del

* Refiriéndose a las Indias, dice: "Refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas..., añagaza ge-

neral de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos..."

(Ed. Aguilar, p. 976.) (Nota de L. C.)



FIG. 51.—SEGÚN MOLINA.

rey de España, esperando solamente recibir, como recompensa, las mercedes que la voluntad real determinara.

El indio como
hermano

Otro rasgo básico del conquistador chileno, común también al estado de ánimo colectivo de la España del siglo XVI, es su fantasía, rayana en el iluminismo. El ansia de igualdad entre los hombres y la fuerza de sus sentimientos religiosos determinaron un estado de exaltación permanente en cuanto a las relaciones entre europeos e indígenas. La dureza de la pelea, cuando no los actos aislados de crueldad, preformaron un cuadro de horrores que presenta al indio, invariablemente, como víctima propiciatoria de un ensañamiento espeluznante.

Descendiendo al terreno de las realidades tangibles, es indudable que, si bien los ilusos del tipo de Sarmiento de Gamboa, del obispo San Miguel o del padre Luis de Valdivia, crearon verdaderas catástrofes con sus deliciosas utopías, el otro tipo de semiiluminado, que representan, en los dos extremos continentales, Hernán Cortés y Pedro de Valdivia, hizo posible la empresa gigantesca de la conquista americana.

El cruzamiento

El contacto de las razas había creado un dilema al que Chile no era, por supuesto, ajeno, y que en América ingleses y españoles resolvieron en forma diametralmente opuesta. Para hacer hueco a su propia raza, exterminaban a la aborígen o se confundían con ella por el cruzamiento. Es sabido que el español

optó por esta actitud. La nueva raza engendrada era distinta de las progenitoras, y el indio fué forzado a trabajar en las faenas mineras y agrícolas, como ha ocurrido siempre en los conflictos de pueblos fuertes y débiles.

En este breve panorama de los albores coloniales es necesario apuntar la génesis de las encomiendas y su diferenciación con las concesiones de tierras. El régimen de las primeras había nacido en América libre de toda sugestión extraña y se desarrolló a pesar de la voluntad de los monarcas.

La encomienda

El dominio del rey de España sobre tierras y hombres de las Indias y su traspaso al encomendero en pago de sus servicios no es el origen del sistema, sino la fórmula legal. En efecto, la legislación de encomiendas evolucionó siempre, tratando de adaptarse a la realidad. Fué a la zaga de ella.

De hecho, la encomienda durante su vigencia incluía la tierra ocupada por los indios, mas no el dominio de ella, que teóricamente pertenecía al rey. La comunidad indígena, además, conservaba una forma tradicional de propiedad desde la legislación incásica, que los españoles respetaron casi siempre. El derecho de explotar la tierra pertenecía a la tribu radicada en ella, con exclusión absoluta de las demás.

En cambio, las concesiones de mercedes de tierras otorgadas por los gobernadores entrañaban la adquisición de su dominio y podían venderse o traspasarse por causa de muerte, según la legislación ordinaria. Las concesiones, generalmente,

Las mercedes
de tierras



FIG. 52.—SEGÚN MOLINA.

sólo comprendían tierras de labranza y su extensión era limitada. Claro que como iban incluidos en ellas los usos, las costumbres y las aguas, el agraciado se apropiaba de las lomas y cerros inmediatos que vertían éstas en su terreno. El origen, por tanto, de la propiedad rural en Chile no es la encomienda, sino la concesión de tierra.

La esencia de la encomienda era su aspecto económico. Los indios encomendados, por una o dos vidas, si no se prorrogaba al término de la segunda (el hijo del encomendero), volvían al rey y podían ser concedidos a otro.

Protección al
indio

La corona se preocupó constantemente de proteger a los indios de los malos tratos y quiso eximirlos de la prestación de servicios personales y de toda clase de trabajos penosos. Una real cédula de 10 de mayo de 1554 reiteraba a Pedro de Valdivia anteriores instrucciones al respecto y pretendía tasar el tributo que los indios encomendados debían pagar al encomendero. He aquí un ejemplo clarísimo del contraste entre los ideales de la corona y la realidad económico-social de la Conquista y de la Colonia. Los indios no podían, desde luego, pagar un tributo con regularidad, después del desquiciamiento de la organización incásica. Y, lo que es más palpable, aunque los españoles hubieran querido realizar personalmente las faenas agrícolas y mineras y la edificación de ciudades, sin la ayuda de la mano de obra aborigen, tanto las mismas faenas como la guerra de Arauco habríanse tornado irrealizables. El cumplimiento de la provisión real significaba, en aquellos momentos, la ruina de la conquista y, como casi toda la legislación relativa a las encomiendas, quedó escrita en el papel, como letra muerta.

Régimen de
trabajo

El encomendero empleaba a los indios en las faenas agrícolas, en los lavaderos, en las fábricas y demás menesteres sin pagarles salario, pero respetándoles la época de siembras y cosechas y auxiliándolos en sus necesidades. Desde los comienzos surgió la institución de los indios domésticos que servían en la casa o desempeñaban oficios manuales.

Obligaciones del
encomendero

Por otra parte, las obligaciones del encomendero en Chile eran muy pesadas. Además de la instrucción religiosa y la cautela de las personas e intereses de sus encomendados que el príncipe don Felipe detallara prolijamente a Valdivia *, sus compromisos y deberes con la comunidad y con el gobierno eran numerosos y, muchas veces, desproporcionados con sus recursos.

Desde luego, debía mantener el orden en su encomienda y, si era poderoso, custodiar vidas y haciendas de los españoles comarcanos. Sólo en casos difíciles recibía ayuda de Santiago u otra ciudad, de suerte que se veía forzado a mantener de su peculio una fuerza militar, además de ir a la guerra de Arauco u

* "...Vos encargo y mando tengáis muy gran cuidado del tratamiento desos naturales y de su instrucción y conversión, y de no dar lugar a que se les haga agra-

vio alguno, que en ninguna cosa podéis hacer a su Majestad y a mí tan acepto servicio como en esto..."

otras campañas, siempre que el gobernador lo llamara, aderezado a su propia costa. Entre sus obligaciones figuraba también el proporcionar alojamiento y comida gratuitos a quienes la autoridad indicara. Algunos encomenderos atendían este deber con munificencia. De hecho, la hospitalidad se extendía a todos los viajeros y, a veces, socorría a pueblos enteros.

Naturalmente que entre sus principales obligaciones figuraba la contribución a las derramas en especies o en dinero, fuera para terminar una iglesia o para organizar y proveer de víveres al ejército en campaña. También lo eran el cuidado y reparación de los caminos inmediatos al lugar donde estaban radicados sus indios.

La encomienda fué, sin duda, la célula primaria en el desarrollo social del pueblo chileno. El consorcio de la iniciativa y del cerebro del español con el brazo del indígena fué la base del patrimonio material de la civilización chilena y su primer sustento hasta la génesis del mestizaje. Permitió la producción de alimentos, el oro con que se compraron herramientas, ganados, semillas, ropas, máquinas, es decir, todos los artículos que hicieron posible la iniciación de la economía en la naciente colonia. Además, en la encomienda se gestó el nacimiento de la nueva raza y meció la cuna de la actual cultura del pueblo chileno. En su seno el mestizo realizó la más grande de las conquistas humanas: el hábito del trabajo. Este hermoso logro, que la sociedad adquirió merced a la institución que hoy más nos repugna, la esclavitud, lo ganó el mestizo chileno al calor de la encomienda, que no participó de aquélla en la medida que pretendió demostrar la leyenda negra basada en la buena fe de los místicos americanos. De las 150.000 ovejas que había en los términos de Santiago hacia 1567, los indios eran propietarios de 50.000 y, además, poseían 10.000 vacas y muchas yeguas, cabras y puercos. Varios fueron los encomenderos que dejaban en herencia sus bienes a los indios. Pedro de Villagra testó en Lima, en 1557, en favor de los indios de su encomienda de Parinacochas.

La célula social
primaria

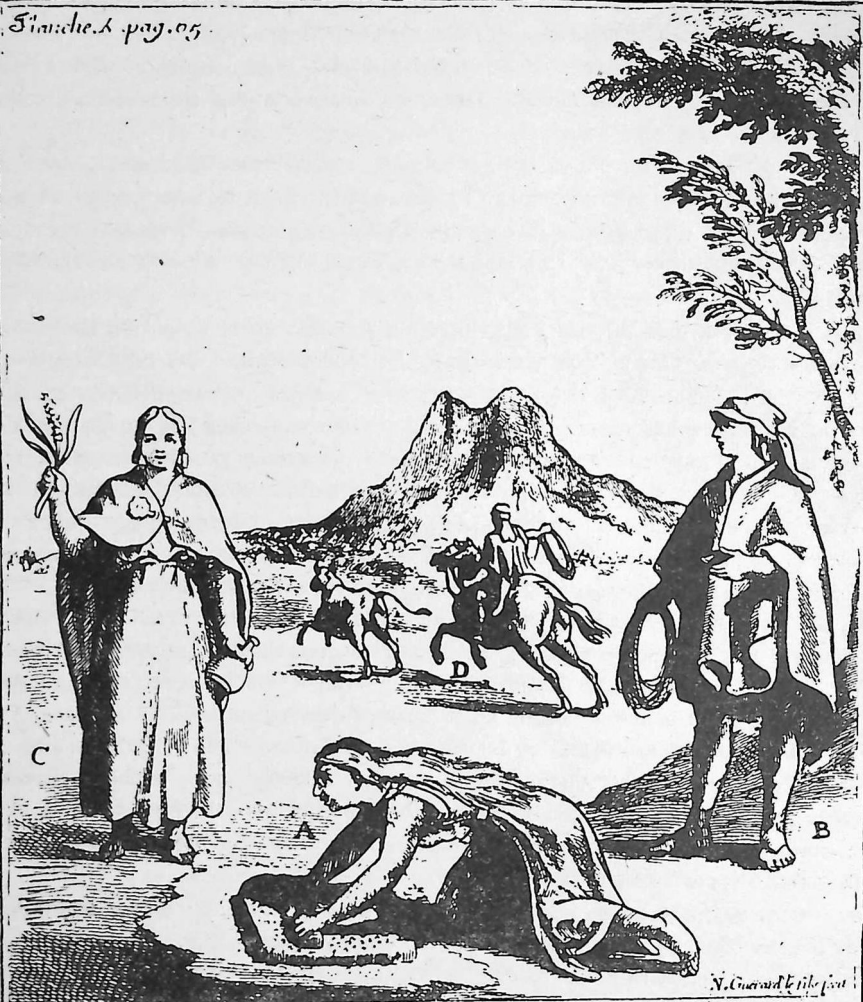
Otro de los factores que contribuyeron a afirmar los caracteres esenciales de la nueva colonia fué el acoplamiento del blanco al medio físico, y su reflejo en la evolución social es evidente. Desde la llegada de la expedición de Pedro de Valdivia, el clima templado, la fertilidad de los valles del norte y del centro y las hermosas praderas del sur fueron cantados por los españoles, manifestando así su intención de radicarse permanentemente en Chile*.

El clima de Chile
cautiva a los
españoles

* En su carta de 1550, escribía Valdivia al rey: "...esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo, dígolo porque es muy llana, sanísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno no más, que en ellos si no es cuando hace cuarto

de luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles que no hay para qué allegarse al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires, que todo el día se puede estar el hombre al sol, que no le es importuno."

Plancha 4 pag. 05



- A Indienne du Chili broyant du maïs pour en faire de la farine
 B Indien en Poncho et Polainas
 C Indienne en Choñi et yquella
 D Indien jettant le lazo au taureau pour l'arrêter

FIG. 53.—TRABAJOS Y HÁBITOS INDÍGENAS, SEGÚN FREZIER.

La adecuación del blanco al medio físico, especialmente al clima, tuvo extraordinaria importancia en razón misma del cruzamiento entre el español y el aborígen. La temperatura suave y templada, favorable al europeo, equilibró los determinantes antropológicos del mestizo, al margen del predominio de la sangre generadora, y, sobre todo, impidió la selección biológica adversa al blanco que se produce fatalmente cuando el medio le es hostil, pues éste selecciona al mestizo en que prevalece la herencia aborígen. El medio físico chileno conservó y afirmó la sangre europea del nuevo pueblo. Haciendo honor a la verdad, es preciso reconocer que tan importante fenómeno ha pasado, hasta ahora, casi inadvertido.

La otra gran influencia del medio físico se canalizó en la transformación de la energía bélica en energía económica, empujando tanto al español como al mestizo hacia el trabajo industrial. El español, seleccionado por las condiciones mismas de la conquista de Chile, sumaba al tradicional desprecio por los trabajos de índole remunerativa, característico de la mentalidad española del siglo XVI, su espíritu militar y aventurero. El mestizo heredó por ambas ramas progenitoras el desprecio al trabajo. Pero el suelo y el clima estimularon a unos y a otros en sentido contrario. La tierra chilena responde al esfuerzo del que la labore, mas no brinda nada espontáneamente. El conquistador y el mestizo se vieron en la alternativa de trabajar o perecer. Tampoco los lavaderos entregaban fácilmente el oro. Decía Valdivia al rey que cada peso le costaba "cien gotas de sangre y doscientas de sudor".

La conquista del hábito del trabajo

La tercera gran influencia del medio físico en la formación de la nacionalidad se manifestó desde los orígenes en la configuración del territorio como determinante de la futura unidad nacional. Las expeditas comunicaciones y la similitud de las zonas en que se estableció la población mantuvieron su unidad étnica y moral, y el encadenamiento de las tareas administrativas entre las partes que tenían ya vida propia impidió el nacimiento del espíritu regional, espíritu que el español traía en las entrañas como algo específico de su idiosincrasia. Los conquistadores engendraron en Chile un pueblo uniforme, apenas sin variantes regionales.

La futura unidad nacional

Por último, el aislamiento provocado por una situación geográfica especialísima actuó también como estimulante en la génesis de un alma nacional propia y sirvió de parapeto contra el exceso de influencias externas, especialmente peligrosas en la formación de un pueblo que surgía de razas tan diferenciadas en su grado de evolución y de cultura.

El aislamiento

Completa este panorama de la formación del nuevo pueblo la permanente influencia de la guerra de Arauco, señalada ya en lo político en los capítulos anteriores. La contumaz brega con el mapuche diferenció esencialmente al pueblo

Influencia de la guerra de Arauco

chileno de los restantes conglomerados que se formaban en América. Desde la batalla de Reinogüelén (1536) hasta mediados del siglo XVII, se computaban cerca de treinta mil españoles muertos en Arauco, más de sesenta mil indios auxiliares y cerca de doscientos mil mapuches. Chile fué pronto llamado el "Flandes Indiano", y un gobernante español afirmó que "la guerra de Arauco cuesta más que toda la conquista de América".

La selección en cuanto al espíritu belicoso de los españoles llegados a Chile, iniciada con los hombres de Pedro de Valdivia, se prolongó hasta el mismo siglo XVIII, mientras en el resto de América, al terminar la conquista en el XVI, el aventurero de psicología turbulenta fué reemplazado por el funcionario y el comerciante.

La guerra de Arauco, por otra parte, contribuyó a fundamentar un orden y una estabilidad social y política que sólo tuvieron su basamento en la imposición de la metrópoli. El enemigo común no permitió a los españoles matarse unos a otros, como en tantos escenarios de la Conquista. Las ciudades, las vías de comunicación, surgieron de un plan de defensa común en que lo esencial era el auxilio mutuo. Este régimen, sin duda, retrasó las formas visibles de la sociabilidad, pero contribuyó indudablemente a formar ciertos rasgos muy definidos de la psicología del pueblo chileno, especialmente la dureza de cuerpo y alma, la sobriedad, cierto espíritu de subordinación disciplinada y un principio de solidaridad nacional que habría de animar tres siglos después al país, constituida la República en estado orgánico.

Vida elemental

Durante los primeros diez años de la naciente colonia, la vida humana se concentró en Santiago. El puñado de españoles vivía rodeado por una masa de más de un millón de indios hostiles. El camino del Perú se había cerrado a sus espaldas y el mar y la cordillera los sumieron en un pozo sin fondo que iba a poner a prueba su tesón y su coraje. Con el incendio de Santiago, la vida, más que elemental, se hizo primitiva. Sólo con los primeros refuerzos del Perú cobró animación el campamento y pudo Valdivia iniciar su política expansiva, dejando en la capital a "los mercaderes e otra gente". Las naves de García de Villalón y Pastene iniciaron el desarrollo de las comunicaciones marítimas, y, con el respiro de la ruta abierta, el campamento se trasladó a las márgenes del Bío-Bío, y en el valle del Mapocho pudo asentarse, con la paz, un acomodamiento espontáneo de pobladores e indios.

Las bases de la sociedad

El grupo de españoles que poblaba Chile en aquella su primera época era el más abigarrado que pueda imaginarse. Las piedras angulares de la futura aristocracia colonial las constituían doña Inés Suárez, ahora casada con Rodrigo de Quiroga, y doña Juana Copete de Sotomayor, esposa de Vicencio del Monte. El número de matrimonios a la europea no pasaba de media docena. La gran ma-

yoría de ellos estaban formados por la unión, por supuesto al margen de la Iglesia, de los soldados españoles con una o varias indias, de las que tenían abundantes hijos. En estas uniones, la mujer cuenta poco, habituada al régimen ancestral de poligamia. Generalmente el soldado no le cobra afecto; mas no ocurre lo mismo con los hijos. El español se ve perpetuado en este vástago, vivaz e inteligente, que el medio propicio hace muy semejante al progenitor. En las hijas, el significado del mestizaje es aun mayor. Ellas serán, por sus enlaces, ya sancionados y legales, con los españoles recién llegados, la verdadera base de la aristocracia colonial. Hacia 1557 había en Chile, según Thayer Ojeda, cerca de 50 matrimonios, incluyendo los efectuados con mestizas.

El hogar, base rudimentaria de la naciente sociedad, era en esa época un verdadero taller. Todo se hacía en casa, desde el pan hasta la salazón de las carnes. La suplencia forzosa de casi todos los elementos de la vida europea, acicateada con la capacidad de improvisación característica de los españoles, produjo una amalgama perfecta entre las costumbres traídas y las indígenas. Los niños hablaban indistintamente el castellano y el mapuche.

El hogar

En los orígenes, el mestizo no cuenta aún como clase social. La capa europea estaba integrada esencialmente por castellanos y andaluces con un pequenísimo contingente de otras provincias ibéricas *. Casi todos los conquistadores de alguna importancia eran hidalgos, si bien en aquel entonces lo que se cotizaba era, más que la hidalguía, el valor personal. Los europeos se agrupaban en vecinos encomenderos, vecinos y moradores, clasificación que responde a los respectivos deberes y que no entraña, de ningún modo, una subestratificación social. El encomendero lo era en razón de su valer y de sus merecimientos. Su encomienda era, en general, de muy precaria estabilidad.

Las clases sociales

Los europeos

Para ganar categoría de vecino bastaba una presentación, verbal o escrita, al Cabildo, manifestando la voluntad de establecerse a firme en la ciudad. El vecino debía pagar contribuciones y podía ser elegido concejal. Los moradores eran los vecinos de otras ciudades y los soldados que no proyectaban radicarse. No podían ser elegidos concejales y, en compensación, no pagaban contribuciones.

El segundo estrato social lo constituía el indio, que el español consideraba en teoría como hermano en razón de sus postulados religiosos, pero que su conducta separaba en la práctica. Hasta su reemplazo por el mestizo, la importancia de esta clase social es económicamente decisiva. Su primer substrato lo constituía el indio doméstico, que recibía la influencia de la cultura europea en forma cotidiana y directa. El segundo lo forma el indio encomendado, fundamento de la primera etapa del desarrollo económico y sociológico de la Co-

Los indios

* Entre los conquistadores de cuna conocida, había 114 castellanos viejos, 124 castellanos nuevos, 131 leoneses, 133 ex-

tremeños y 273 andaluces. Los demás pueblos ibéricos apenas estaban representados.

lonia. El tercero es el indio enemigo, al que, con el fragor de la lucha, se le reconocen pronto fuero de beligerancia y categoría de gran adversario.

Los negros

El negro constituía el tercer estrato de la incipiente sociedad. El español chileno negaba al negro la categoría que moralmente otorgara al indio. Rehusó cruzarse y el clima hostil eliminó su sangre de los zambos y mulatos resultantes del cruzamiento con el aborigen.

Albores de
Santiago

Por aquella época el aspecto de Santiago no era, por supuesto, el de una ciudad. La imagen más cercana es la de una de esas poblaciones semiprovisionales que nacen, como por generación espontánea, cerca de las estaciones al trazarse una línea férrea. La urbe era muy poco más que la Plaza de Armas, y ésta, un cuadrado de campo eriazo, cortado por una acequia, horadado por los hoyos que dejara la fabricación de los adobes para la iglesia. En el lado norte estaban las casas del rey, edificio de adobe y paja, con el Cabildo, la fundición real, la tesorería y la cárcel. Frente a ellas se alzaba el rollo, es decir, la columna de piedra que simbolizara la jurisdicción, donde se cumplían las penas de azotes impuestas a negros e indios y se fijaban en escarpías las cabezas de los ajusticiados. El costado poniente lo ocupaba la iglesia, tosco caserón de techo de paja, levantada en el curso de doce años de grandes sacrificios. El cementerio de los pobres la enmarcaba, rodeándola, con sus sencillas cruces de madera.

La plaza

La plaza era el centro de toda la actividad ciudadana. En ella se reunía animadamente el vecindario después de la misa o cuando ocurrían importantes acontecimientos. Fué el escenario del memorable combate del 11 de septiembre, de la rebelión y degüello de Pero Sancho de Hoz. En la plaza se juntaba el ganado mostrenco y en ella funcionaba el trianguez o mercado público.

Las calles

Las calles estaban divididas por una acequia que se anegaba continuamente con los tacos para el regadío. Las casas de adobones y tejas eran de un solo piso; salvo contadas excepciones, de dos. Dejaban entre sus murallas solares, los más baldíos, y algunos plantados con frutales y hortalizas. La flauta de fray Antonio Correa, convocando a los indios al catecismo mañanero, despertaba con sus melodías al vecindario. Después de la hora de queda, nadie podía transitar por las calles..., "por cuanto en esta ciudad



FIG. 54.— ESCUDO DE SANTIAGO.

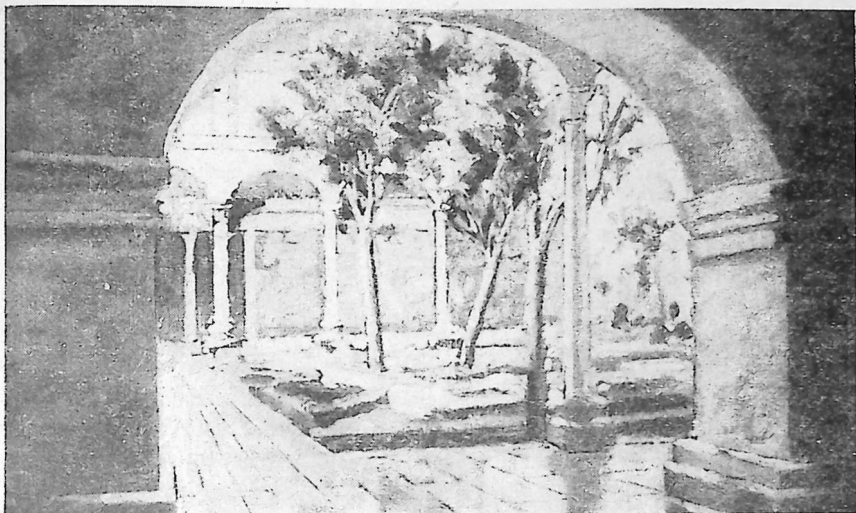


FIG. 55.—CLAUSTRO DE LAS MONJAS DEL HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS.
(Oleo de Alvarez Urquieta. Museo Histórico Nacional.)

de noche andan muchas personas así cristianos como negros e indios, haciendo muchos males e daños, e robando e haciendo muchos otros desaguisados...

El rey de España le había conferido en 1552 el título de "noble y leal ciudad" y el privilegio de armas *. Fué seguramente el primer maestro de escuela Pero Hernández de Paterna, que se dedicaba "a mostrar a leer a los muchachos", ya en 1548, y desde 1550 Alonso Escudero enseñaba en una escuela que se encontraba donde hoy está el Portal Fernández Concha. Algunos niños aborígenes debieron aprovechar muy bien las lecciones, pues, por ejemplo, Francisco de León, indio yanacona de Pedro de León, tenía una hermosa letra inglesa alargada, mientras que el conquistador firmaba con tosca letra gótica.

Primeras escuelas

En 1553 había ya una botica que, según las denuncias del Cabildo, vendía drogas añejas y caras, lo que motivó la inspección del bachiller Bazán, "que tiene autoridad de médico". Además de éste, otro médico reputado, Hernán Rodríguez, ejercía la profesión, hasta que le fué retirada la licencia por la llegada de Hernando de Castro, que, por sus merecimientos y estudios, "lo medio ordenaron

Sanidad

* La real cédula de 5 de abril de 1552, dice en la parte dispositiva que las armas "son un escudo que haya en él un león de su color, con su espada desnuda en la mano, en campo de plata, por orla

ocho veneras de oro en campo de azul; y al principio del privilegio está pintado señor Santiago y arriba de todo el privilegio las armas reales de su majestad". (Fig. 54).

de licenciado" en Centroamérica. En 1552 Valdivia había fundado el hospital que después se llamó de San Juan de Dios, con capacidad para 50 enfermos (fig. 55).

Aunque no disponemos de las actas de los Cabildos y otras fuentes para el estudio del nacimiento de las ciudades del sur, a través de las informaciones de servicios y de la crónica se observa la similitud, en menor escala, con el de Santiago.

Agricultura

La idea obsesiva en Valdivia de organizar una nación sobre la base de la agricultura y la ganadería, preteriendo las faenas mineras, encontró varios estímulos propicios. El secuestro de alimentos por los indios, el incendio de Santiago y la carencia de frutos naturales presentaron a los españoles la alternativa ya apuntada de trabajar la tierra o perecer. Se repartieron los alrededores de Santiago en lotes denominados chacras o chacaras (quichua), en los que se cultivaron cereales y hortalizas, regados por el agua del Mapocho, muy escasa en verano. Los sistemas de cultivo aborígenes se complementaron con los españoles con gran resultado. Primero se cultivaron en los solares caseros papas, fréjoles, zapallos y hasta maíz, y poco a poco ganaron importancia las siembras de cebada, cáñamo y lino. Yanaconas peruanos y algunos indios chilenos proporcionaron la mano de obra. Los dirigían los españoles en forma similar a la de un hacendado actual. La abundancia de caballos permitió reemplazar los de guerra, que se habían uncido al arado, por mancarrones y mulas.

La adecuación de árboles frutales es temprana, aunque no hay datos preci-



FIG. 56.—INDÍGENA LACEANDO UN TORO, SEGÚN OVALLE.

sos. Thayer opina que la primera viña fué la plantada por García de Cáceres, en 1554. El olivo llegó mucho después, en forma por demás novelesca *. El cuidado y conservación de los bosques fué materia de prolija y abundante legislación de los Cabildos.

Los animales domésticos se multiplicaron rápidamente, en especial las aves Ganadería y los cerdos. En las expediciones enviadas del Perú venían caballos, vacunos, ovejas, cerdos y cabras. En 1557 una cabra valía 3 ó 4 pesos, contra 80 de siete años antes. La propagación de la oveja había fracasado, en cambio, a causa del carache; mas con drásticas medidas se logró aclimatarla. Como es lógico suponer, los esfuerzos de Valdivia se centraron en la propagación del caballo, factor esencial de la conquista, al parecer con muy buenos resultados, tanto en el número como en la calidad.

Las notas anteriores no determinan, en absoluto, una transformación sustancial del territorio. En el norte sólo se cultivaban los terrenos regados desde siglos y los feraces de secano despejados naturalmente. En el sur, la violencia de la guerra no permitía extender los cultivos lejos de las ciudades, trazadas en lugares fértiles y sin bosques. La tierra aun no tenía valor, pues las chacras se repartían gratuitamente entre los pobladores en el momento de la fundación. La agricultura, en suma, estaba constreñida por el reducido mercado interior.

En cambio, la explotación de los lavaderos de oro era una necesidad im- Los lavaderos de oro periosa para procurarse en el Perú ropas, armas, herrajes y todos los artículos que el país no podía producir. No fué, por tanto, empujada por la codicia de regresar con oro a España. Las faenas, reglamentadas por el Cabildo en un código de 36 artículos, sólo podían durar ocho meses (una demora), con el objeto de que los indios en ellas empleados verificaran sus siembras. Estos, por lo demás, sentían una especial antipatía por los trabajos mineros. De su resistencia y de los castigos impuestos para vencerla surgió la leyenda de la crueldad exagerada de los conquistadores, que no fué ni con mucho superior a la del inglés o portugués en el resto de América, sino reflejo de la dureza que caracterizaba a la época.

Los principales obstáculos en la explotación económica de los lavaderos fueron, desde el comienzo, la venta clandestina de las sustracciones de los indios (el 25%) y el juego, que el Cabildo prohibía terminantemente en 1548 **.

* Don Antonio de Ribera había llevado a Lima, desde Sevilla, un embarque de cien estacas de olivo, 97 de las cuales se secan en una travesía de nueve meses. De las tres salvadas, que prendieron en Lima en 1561, desapareció misteriosamente una. De nada valieron amenazas y excomuniones. Antes de fin del siglo, Chile

exportaba aceite al Perú.

** En la sesión del 10 de diciembre se establecía "que ningún minero ni otra persona sea osado de jugar, ni jueguen en las dichas minas y término de ellas a naipes, ni a dados, ni bolas ni otros juegos, so pena de \$ 100.— de buen oro de ley, perfecta..."

Puede estimarse, hacia la época inicial que sintetizamos, una producción anual de 500 a 600 mil castellanos (1.650.000 pesos de 45 peniques).

Artesanía

Con los conquistadores habían venido algunos maestros y artesanos. Entre los soldados había sastres, zapateros, carpinteros, albañiles, etc., que reanudaron en Chile su profesión de origen. El Cabildo regía por medio de un arancel los precios de confección de cada artículo. Podía instalarse el artesano sin rendir examen previo y mudar de un oficio a otro. Las exigencias de la colectividad valían muchas veces más que este privilegio. El herrero Zamora no pudo abandonar Santiago, como era su deseo, por impedirselo el Cabildo, pues hubiera quedado la ciudad sin ningún artesano de su profesión.

Las industrias prosperaron con lentitud. Bartolomé Flores construía el primer molino de trigo en la falda del Santa Lucía en 1548. Antes cada vecino molía su grano en morteros de piedra. La primera fábrica de jarcias fué la de Pastene, en sus encomiendas de Puangué y Tagua-Tagua, abastecida en sociedad con el cáñamo cultivado por los indios. Después del desastre del astillero en ciernes de Concón, Antonio Núñez construía otro buque en el mismo lugar. Este conquistador contribuyó después en gran escala al incipiente desarrollo industrial de la colonia.

El comercio

El comercio exterior se limitaba al trueque del oro por artículos de fabricación española o producidos ya en el Perú. El primer cargamento lo trajo el "Santiago" en septiembre de 1543, y a partir del segundo, llegado en el "San Pedro" poco después, comenzó a regularizarse el tráfico marítimo y a tomar el comercio un giro privado, manteniéndose los precios en valores exorbitantes. En 1547 eran, por lo menos, superiores en cuatro veces a los de Lima. Para atajar la especulación, el Cabildo resucitó una vieja práctica española, cual era la de obligar al revendedor a ofrecer la mercadería, durante nueve días, al precio de costo, a todo morador que deseara adquirirla para su propio consumo.

El comercio interno también era rudimentario. Cada cual producía casi todo lo que consumía. Los precios sólo figuran ocasionalmente en los documentos; no obstante, hay referencias concretas ilustrativas *. Casi todas las transacciones se verificaban por trueque directo de especies, si bien pronto comenzó a emplearse el oro en polvo o en granos. La unidad monetaria era el castellano, o sea, la quincuagésima parte del marco de oro, también llamado por los conquistadores el peso. Contenía 4,6 gramos con una ley de fino de 0,937 y valía \$ 3.1827 de la antigua moneda chilena de 1,525 gramo con un contenido de

* En 1552 la arroba de azúcar en caja valía \$ 13.—; pero en 1557 ya había bajado a \$ 7.—; una frazada, \$ 13.—; un freno, \$ 1.—. En 1553 se arrendó una tienda por 50 días en \$ 20.—, y se vendió una celada de plata en \$ 44.—, y dos

cajas de cuchillos, la una de asiento, y una gorra, en \$ 7.—. En 1557, un costal de carbón valía \$ 5.—. En 1558, la arroba de aceite valía \$ 12.—; un libro en blanco, \$ 25.—, y la seda negra, a razón de \$ 5.— la libra.

0,900 de oro fino. El peso se dividía en 8 tomines o reales de oro y equivalía a 556 maravedíes de oro, que se calificaban de buen oro o de ley perfecta, para diferenciarlos de los pesos de 450 y de 490 maravedíes.

Los comienzos de la fundición real, establecida por el ensayador Andrés de Pereda, fueron tan humildes, que se decía de ella: "Más parece herrería que casa real de fundición". No era una casa de moneda, sino que se limitaba a fundir el oro de los particulares en tejos de dimensiones caprichosas, a cobrar los quintos reales y a estampar el cuño que Pedro de Valdivia había traído del Perú con el ensayador en 1549.

Las comunicaciones se realizaban por los mismos senderos trillados por los aborígenes y, en el centro y norte, los mitimaes peruanos. Los ríos se vadeaban, pero en 1541 ya había puentes de cuerdas sobre el Maipo y el Cachapoal (fig. 57). El transporte se hacía casi exclusivamente a brazo, si bien Carlos V reglamentaba el peso que debía conducir el indio y la distancia de relevo y eliminaba de este servicio a las mujeres. Aun no había puertos ni instalaciones que facilitaran el tráfico marítimo. En 1552 no vivía ningún español en Valparaíso. Para el carguío se utilizaban los mismos botes de los navíos y las balsas de cueros de lobo inflados de los indígenas. (V. figs. 6, 7 y 8.) Desde 1544 se comunicaba La Serena con un pequeño navío, construido en Chile, con capacidad para 8 soldados. En 1549 se construyó una fragata, en la que cabían 30, y en 1556, dos bergantines. El tráfico con el Callao era escaso e irregular. Entre 1543 y 1556 llegaron 24 buques del Perú, zarparon de Valparaíso 17 y naufragaron 6. El viaje de venida demoraba cuatro meses, por los vientos sures. Por tierra la duración desde Lima era de tres meses. Las comunicaciones con España eran aun más irregulares y demorosas. Jerónimo de Alderete viajó durante un año entre Santiago y Madrid.

Las comunicaciones

Teóricamente se tardaba en llegar a Concepción 8 días, aunque a veces el viaje llevaba un mes. Entre Santiago y La Serena, también teóricamente, diez días, y entre Valparaíso y Santiago un jinete llegaba en dos días. Estos datos tampoco determinan la existencia de tráfico regular de mercaderías.

Pobreza inicial

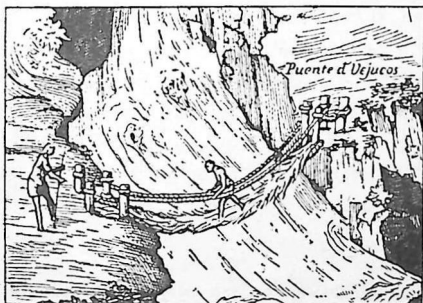


FIG. 57.—PUENTE DE VEJUCOS.

A pesar de la adecuación del clima, el entusiasmo de Valdivia por la minería y el suelo y la fertilidad de las zonas incorporadas, la colonia nacía a la vida civilizada sobre la base de una pobreza que habría de moldear su austeridad posterior. Chile

fué, desde los primeros pasos, el pordiosero colonial en América, fama que se mantendrá hasta el siglo XVIII. Excepción hecha de la comida, que, salvo las penurias iniciales, siempre fué abundante, los conquistadores carecieron de las más elementales comodidades y muchos murieron arruinados. El vértigo creador de Valdivia contribuyó, por cierto, a la pobreza general, porque exigía al poblador un esfuerzo gigantesco. Sus grandes impulsos éticos preterían el bienestar material, de acuerdo con la mentalidad española de la época, reflejada en el Quijote.

La jerarquía
del poder

La autoridad absoluta residía en el rey, mas sólo teóricamente. La distancia, las dificultades en las comunicaciones, las luchas intestinas en el Perú y la misma insignificancia de la naciente gobernación hicieron de Valdivia un autócrata todopoderoso. El gobierno discurrió por tres etapas bien definidas. Hasta el viaje de Valdivia al Perú (1547), la autoridad estaba centralizada en el gobernador. El Cabildo era su simple justificación legal. A su regreso, Valdivia delegó en él su gobierno para consagrarse por entero a la conquista. En esta segunda etapa, el Cabildo de Santiago, además de la administración local, gobierna absolutamente en sus términos, apoyado en el prestigio de Valdivia. Con su muerte se inicia la tercera etapa, confusa e indiferenciada, porque los poderes ejecutivo y legislativo, la administración de justicia y los servicios administrativos y militares coinciden en las mismas personas o corporaciones.

El aparente exceso de reglamentación no sólo se justifica por las circunstancias, el aislamiento, lo embrionario de la organización social y la necesidad de vivir con el arma al brazo, sino que representa una preciosa simbolización de orden y de sistema administrativo.

Rentas

Los tributos y las rentas provenían, casi exclusivamente, de los quintos reales *, que el príncipe don Felipe había rebajado gracias a las gestiones de Alderete. La entrada media por tal concepto fué de 35.000 a 40.000 castellanos anuales. El otro ingreso lo daban los diezmos, que pesaban sobre la agricultura y la ganadería para sostener el culto. Según González de Marmolejo, la gobernación del sur "está tan pobre, necesitada y estéril, que si no es esta ciudad de Santiago y en la de La Serena, no se cobra en otra parte cosa alguna de los diezmos, ni aun aprovechan para solamente cera y vino...". El derecho de almojarifazgo ** producía entre 2.000 y 2.500 pesos anuales. El Cabildo era tan pobre, que carecía hasta de mesas y asientos.

Las obras públicas se costeaban con la derrama, contribución directa que se prorrateaba entre los moradores según sus medios y que, como es de suponer, siempre suscitaba enconadas disputas.

* El 20% que correspondía a la corona del oro y demás metales que se extraían de las minas, se quitaban al enemigo

o se obtuvieran por otro procedimiento.
** Derecho de entrada y salida de las mercaderías.

Desde que se creó el Cabildo, la administración de justicia correspondía a los alcaldes. De sus sentencias se apelaba al gobernador, que, además, conocía de las causas importantes. Pretendiendo mejorar la justicia chilena, Valdivia trajo del Perú al relator de la Real Audiencia, Antonio de las Peñas, y lo nombró justicia mayor de Santiago con jurisdicción sobre La Serena en 1549.

Justicia

La vida religiosa se encauzó desde los comienzos en la sencilla y primitiva fe del conquistador, que fortalecía su convencimiento no sólo de la protección divina, sino de su alianza material y práctica. En la defensa de Santiago, el 11 de septiembre, los españoles vieron pelear entre sus filas al Apóstol Santiago y a la Virgen María, y en el asalto de Penco identificaron el aerolito caído en las filas mapuches con la Virgen saliendo de una centella. El clero fué proporcionalmente numeroso y su mejor caracterización es el capellán de ejército. El clérigo Lobos envió al infierno con su sangrante espada a muchos indios en el citado asalto a Santiago, y Nuño de Abrego, ex cura de Santiago, murió peleando en el segundo despueblo de Concepción. Mas la figura representativa por excelencia fué la del obispo de Santiago, Rodrigo González de Marmolejo, que compartía los sacrificios de los soldados y logró muchas veces imponer la concordia y la sensatez en los grandes escándalos iniciales.

La vida religiosa

Pedro de Valdivia fundaba la primera capilla que existió en Santiago, la de Nuestra Señora del Socorro, en 1543. Ocho años después Juan Fernández de Alderete construía la ermita de Santa Lucía al pie del cerro, y doña Inés Suárez, la de Montserrat, en la falda sur del cerro Blanco.

La edificación de iglesias fué incesante anhelo de Valdivia. "He fundado gracias a nuestro Señor —decía en 1548—, cinco o seis templos donde se alaba su santo nombre".

González de Marmolejo fué el primer cura y vicario foráneo de Chile con provisión del obispo del Cuzco. El y Diego de Medina, párroco de Santiago, inician la autoridad eclesiástica en Chile.

Las disensiones entre las órdenes se iniciaron con la donación que hiciera Fernández de Alderete de la ermita de Santa Lucía a los franciscanos, a espaldas de la autoridad eclesiástica. Los curas de Santiago decían en ella misa con frecuencia, por el mal estado de la parroquia. Martín del Caz y Francisco González, descendiendo con sus puños a lo terreno, pretendieron reconquistar la ermita a golpes. Los franciscanos respondieron con la misma moneda, propinándoles una tunda que los dejó escarmentados. El escándalo inicia una rivalidad enconadísima que, con vicisitudes pintorescas, se va a mantener durante toda la Colonia.

VII

Gobierno de don García Hurtado de Mendoza. Primeras campañas. Millarapue-Caupolicán. Los viajes de Ladrillero. El juicio de residencia.

LAS discusiones en torno a la legítima posesión de los territorios antárticos traen a la actualidad el viaje que Jerónimo de Alderete hiciera a España, con comisiones de Valdivia y los Cabildos. Alderete se entrevistó con Carlos V en Arras, y le informó verbalmente sobre la marcha de la conquista, esclareciendo las dudas y errores que acerca de la geografía chilena prosperaban en la metrópoli. Todavía se creía que al sur del Estrecho había tierras riquísimas.

Obtuvo el comisionado que se extendieran los límites australes de la go- Alderete,
Gobernador
bernación de Valdivia hasta Magallanes y que se le concediera a él la nueva de las tierras situadas al sur del Estrecho. Llegada la noticia de la muerte de Pedro de Valdivia, Alderete trabajó y logró en Inglaterra, donde a la sazón se hallaba Felipe, el nombramiento de gobernador de Chile (17 de octubre de 1554) y el cargo de que explorara el extremo austral del territorio.

Cuando Villagra se disponía a hacer entrega del mando, llegó a La Serena Don García
Hurtado de
Mendoza
la noticia de la muerte de Alderete y la resolución del virrey, don Andrés Hurtado de Mendoza, de nombrar con carácter interino a su hijo, don García (fig. 59), y enviarlo en breve a Chile al frente de un numeroso ejército. El nuevo gobernador desembarcó cerca de La Serena en abril de 1557. Con sólo 21 años de edad, se había ya moldeado en él un carácter prematuramente maduro, altanero, atropellador, irascible, que prefería romper los obstáculos a rodearlos, enmarcado por un sectarismo religioso militante supino, como correspondía a un español noble del siglo XVI. Estas cualidades fueron exacerbadas por las erróneas informaciones que prejuzgaron su idea de Chile, subrayadas con insistencia por su padre el virrey.

Don García trasladó a Chile lo que para la época y el lugar representaba Don García en
Chile
un verdadero arsenal. Las armas de su expedición abastecieron los ejércitos conquistadores durante mucho tiempo, y los 500 hombres que lo acompañaban constituían el núcleo militar más numeroso que había pisado Chile (figs. 60 a 63).

La primera medida política del nuevo gobernador fué apresar a Aguirre y a Villagra, y encadenar en la sentina de un barco, para trasladarlos al Perú, a los dos capitanes que no cabían antes juntos en todo el reino de Chile. La toma de posesión en Santiago se hizo bajo la amenaza "de las mechas de veinte arca-



Primeras
medidas

FIG. 59.—D. GARCÍA, DE LA GALERÍA DE LOS VIRREYES, LIMA

cia y el error de haber preterido a los veteranos capitanes que acompañaron a Valdivia. Hizo levantar un fuerte (San Luis) —en que hubieron de trabajar los españoles solos, pues no había llevado indios auxiliares—, que pronto fué

buceros encendidas, dentro del aposento del Cabildo, de tal manera que caían las pavesas sobre el libro y mesa del Cabildo”, y la provisión de fondos para la campaña de pretendida pacificación de Arauco se logró violentando hasta casi llevar a la horca a los oficiales reales encargados de custodiar los dineros de la corona.

Don García tenía mucha prisa en ganar lauros con sus hazañas en tierra araucana y se dirigió al teatro de operaciones por mar, desembarcando en la isla de la Quiriquina, en pésimas condiciones de clima y abastecimiento. Había enviado por tierra a la caballería, que, al mando de don Luis de Toledo, debería reunirse con sus fuerzas en Concepción.

Las primeras medidas demostraron de inmediato su inexperien-

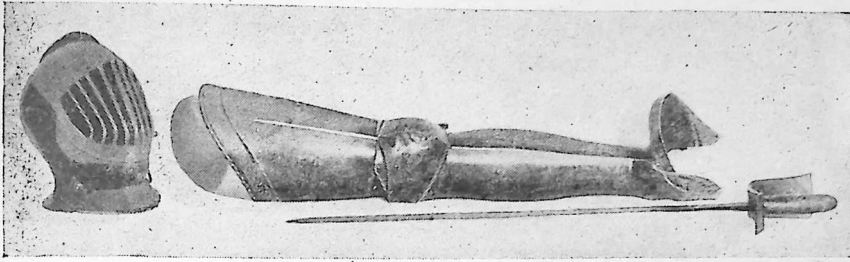


FIG. 60.—TROZOS DE ARMADURAS DE LA EPOCA DE LA CONQUISTA, HALLADOS EN EXCAVACIONES REALIZADAS PARA OBRAS DE ALCANTARILLADO EN LA CALLE DE SAN ISIDRO, SANTIAGO.

(Museo Histórico Nacional.)

atacado por tres grandes escuadrones mapuches. Hacia esa época los indios ya fabricaban sus lanzas con puntas de acero, adaptadas de las herramientas mineras, de las espadas y de otros objetos arrebatados a los españoles en las grandes derrotas. Empleaban escudos y el combate al arma blanca se había nivelado tanto desde los tiempos remotos de la batalla de Andalién, que en esta campaña un infante español equivalía sólo a tres o cuatro mapuches en campo abierto. Por contraste, la ventaja de los españoles se basaba ahora en los cañones y arcabuces (figs. 49 y 63).

El combate del fuerte San Luis amenazaba con transformarse en un nuevo Tucapel, cuando los pocos hombres que quedaron en los buques surtos muy cerca lo advirtieron y, con su desembarco, definieron el combate. El joven gobernador se dió cuenta de inmediato de la clase de enemigo con la cual iba a enfrentarse. Llegados los refuerzos de tierra, se reunió en Arauco el ejército más numeroso que había operado en Chile —seiscientos españoles, cuatro mil indios auxiliares y mil caballos—, al que sólo podían oponer en aquel entonces los mapuches unos cinco mil hombres útiles.

Primeros combates

El gobernador había decidido cruzar el Bío-Bío y seguir al sur con el pueril propósito de pacificar definitivamente la región. El paso del río no ofreció más dificultades que el exceso de precauciones tomadas; pero pronto se supo de una gran concentración al ser cortada la vanguardia que Alonso de Reinoso, imprudentemente, había adelantado en demasía del grueso de las fuerzas. Comenzó así la batalla de Lagunillas, que habría de servir como pedestal a la fama y prestigio del héroe de la jornada: Rodrigo de Quiroga, salvador no sólo de Reinoso, sino de Juan Remón, que había intentado ayudarlo y estaba, como él, perdido. Con todo, el combate finalizó sin que hubiera vencedores ni vencidos. Don García quiso escarmentar a los mapuches por el terror y cometió numerosas atro-

Lagunillas

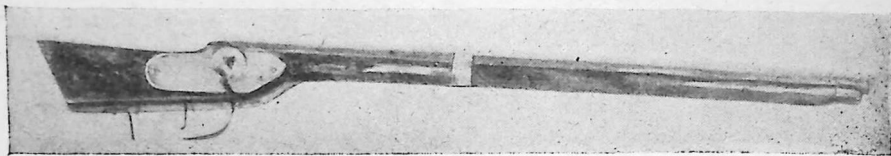


FIG. 61.—PEDERNAL, ARCABUZ CORTO, SIGLO XVI.
(Museo Histórico Nacional.)

ciudades, que el místico fray Gil González de Nicolás se encargó de hacer llegar hasta el Consejo de Indias. Ercilla immortalizó en el Canto XXII de "La Araucana" el brutal sacrificio y la conducta altiva y ejemplar de Galvarino, que, con las dos manos amputadas, pide a sus verdugos que le den muerte y, al serle negada, se deshace en insultos y parte a reunirse con sus compañeros para incitarlos a la venganza.

Batalla de
Millarapue.
Caupolicán

El nuevo jefe mapuche, Caupolicán, que parece haber sido un atlético moctón de hercúleas fuerzas, mas limitada inteligencia, sobre todo si se la compara con la del genial Lautaro, recibió las exhortaciones reiteradas de don García con gran arrogancia. El gobernador había cambiado de política y ahora quería traer de paz a los indios con discursos y misivas. Decidió Caupolicán librar una nueva batalla en Millarapue, valle sembrado de accidentes que facilitaban la sorpresa, presentándose él mismo al frente de sus huestes, montado en un hermoso caballo blanco. Con una capa grana que, sujeta en los hombros, flameaba al viento, su figura adquiría un aspecto deslumbrante.

La brega duró desde el amanecer hasta las dos de la tarde, con la total derrota de los mapuches. Don García ahondó el desastre ahorcando a treinta al parecer caciques, entre ellos Galvarino, que había figurado sin cesar en primera fila. Otro cacique pidió que lo colgaran del árbol más alto, para que el martirio sirviera de ejemplo entre los suyos de cómo había muerto en defensa de su suelo.

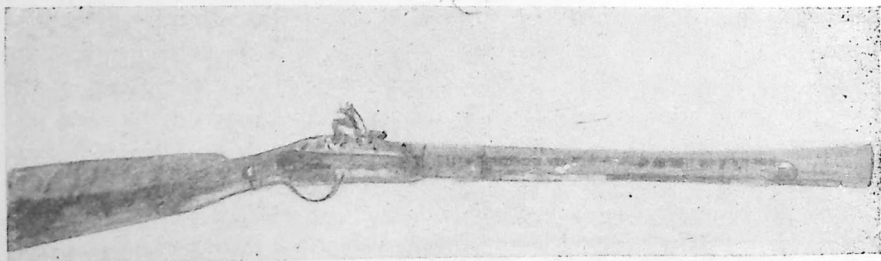


FIG. 62.—ARCABUZ DE MURALLA, SIGLO XVI.
(Museo Histórico Nacional.)

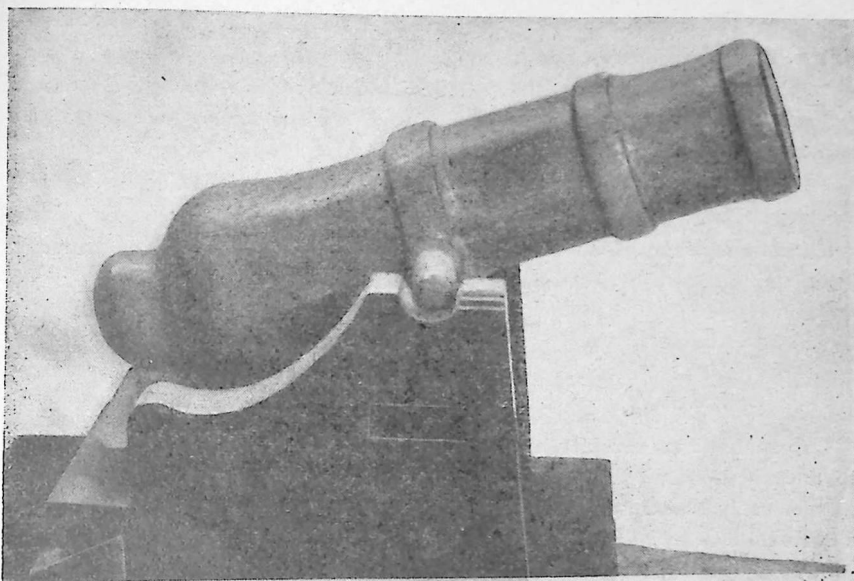


FIG. 63.—CAÑON DE COBRE, UTILIZADO PROBABLEMENTE EN LAS CAMPAÑAS DE D. GARCÍA.
(Museo Histórico Nacional).

A pesar de la rotunda derrota, los mapuches afirmaron su voluntad férrea de pelear por la supervivencia, mientras los españoles, aunque habían perdido el respeto a tan serio rival, demostraban cansancio y descontento por la ininterrumpida dureza del sistema de vida.

A don García se le presentaba un problema insoluble. Los soldados traídos del Perú se habían enrolado con la esperanza segura de recibir tierras e indios para trabajarlas, y, como no había ni unas ni otros disponibles, ideó dejar vacantes las antiguas encomiendas de Concepción, lo que provocó las naturales protestas. La capital del sur, por tanto, fué por tercera vez repoblada en enero de 1558.

Poco después fundaba la ciudad de Cañete de la Frontera, en homenaje a su título nobiliario, y, repuesta parte de sus fuerzas de la sorpresa de Purén, las dividió de nuevo, coyuntura que quiso aprovechar Caupolicán para asaltar el fuerte de Tucapel, siguiendo el plan del indio Andresico. Este traidor por partida doble lo convenció de la fácil captura del fuerte, penetrando por una entrada secreta mientras dormían sus defensores. Poco después consumaba la felonía al avisar a éstos del proyecto.

Fundaciones

Purén. Tucapel.
Muerte de
Caupolicán

Sorprendidos los sorpresores, tuvieron que huir, dejando en el campo muchos heridos y prisioneros. Los españoles hicieron varias salidas y lograron apresar en una de ellas a Caupolicán. El héroe de "La Araucana" ofreció pactar, mas recelando de sus intenciones, Reinoso, el jefe español en Tucapel, lo hizo empalar en una estaca aguzada que le atravesó las entrañas.

La errada convicción de que había pacificado a los mapuches llevó a don García a explorar nuevos territorios. Atravesó con balsas el río Bueno, límite austral de la ocupación española, y continuó hacia el sur con falsos guías, que lo abandonaron con sus 200 españoles en un sitio donde

*parecía imposible al más gigante
poder volver atrás ni ir adelante.*

Cuando ya se consideraban perdidos, divisaron una hermosa pradera que circundaba una gran bahía: era el seno de Reloncaví, donde recuperaron, con las fuerzas, la esperanza de salvación. Los representantes australes de la cultura chincha-chilena les hicieron un acogedor recibimiento, sin la menor muestra de hostilidad. Los españoles expedicionaron cuanto les permitieron las pequeñas piraguas prestadas por los indios. Ercilla llegó a la isla de Puluqui y grabó en la corteza de un árbol la famosa estrofa. * Regresaron sin dificultad por la orilla del mar, dejando fundada al interior la ciudad de Osorno, en recuerdo del abuelo de don García, conde de este título.

En Valdivia encontró el gobernador cartas que le comunicaban el retiro a Yuste de Carlos V y la proclamación de Felipe II. Las justas que se celebraron para solemnizar el reconocimiento dieron lugar a un incidente que estuvo a punto de costarle la vida al feliz cantor de la raza araucana. **.

Repuestos de la derrota de Tucapel, los mapuches habían decidido vol-

* Aquí llegó donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero,
En un pequeño barco deslastrado,
Con sólo diez pasó el desagüadero:
El año de cincuenta y ocho entrado,
Sobre mil y quinientos, por febrero,
A las dos de la tarde, el postrer día,
Volviendo a la dejada compañía.

** Con ánimo de participar en las cañas y sortijas, juegos en que los rudos conquistadores competían en fuerza y destreza, salió el gobernador a caballo, acompañado de don Alonso de Ercilla, cuando un antiguo rival del poeta, don Juan de Pineda, metió, al parecer deliberadamen-

te, su caballo entre los de ambos. El ofendido Ercilla desenvainó su espada y Pineda hizo otro tanto, sin que ninguno reparara en la presencia del gobernador. Don García consideró el incidente como un desacato intolerable y a golpes de maza derribó de la silla a don Alonso. Aherrojó con grillos a los dos pendencieros y los condenó a muerte. Fueron inútiles ruegos y recomendaciones. Don García se encerró en su tienda, irreductible. A poco una joven mapuche, "con quien solía entretener sus ocios", luego de golpear tímidamente, fué recibida por el autoritario gobernador. De madrugada, cuando los reos estaban ya en la plaza, se dió orden de suspender la ejecución de la sentencia.

Expedición al seno
de Reloncaví

Ercilla en la
isla Puluqui

ver a la táctica de Lautaro, para lo cual levantaron un admirable fuerte en Quiapo, entre Cañete y Concepción, que, al decir de don Martín de Guzmán, "era de calidad que en Italia no se podía hacer mejor". Don García lo atacó con 300 españoles, numerosos indios auxiliares y dos cañones que no sirvieron de nada, porque "los indios, cuando se disparaba la artillería, se echaban en tierra y después de pasadas las pelotas tomaban las armas guardando los puestos". * Don García logró sorprender la retaguardia mapuche y decidir así el combate.

Con la misma obstinación que Valdivia, creía el joven gobernador que el único modo de pacificar Araucanía era establecer un fuerte cada cinco o seis leguas. Estas repoblaciones culminaron con la de Los Confines, que recibió el nombre de "Los Infantes o San Andrés de Angol". Dos años antes había enviado al ya casi anciano navegante español Juan Ladrillero a verificar un nuevo reconocimiento del Estrecho. Un terrible temporal separó las dos naves que formaban la expedición y que no volvieron a reunirse. Cortés Ojea, al mando del "San Se-

Repoblación de
fuertes y ciudades

Ladrillero.
Reconocimiento
del Estrecho

* Góngora Marmolejo.

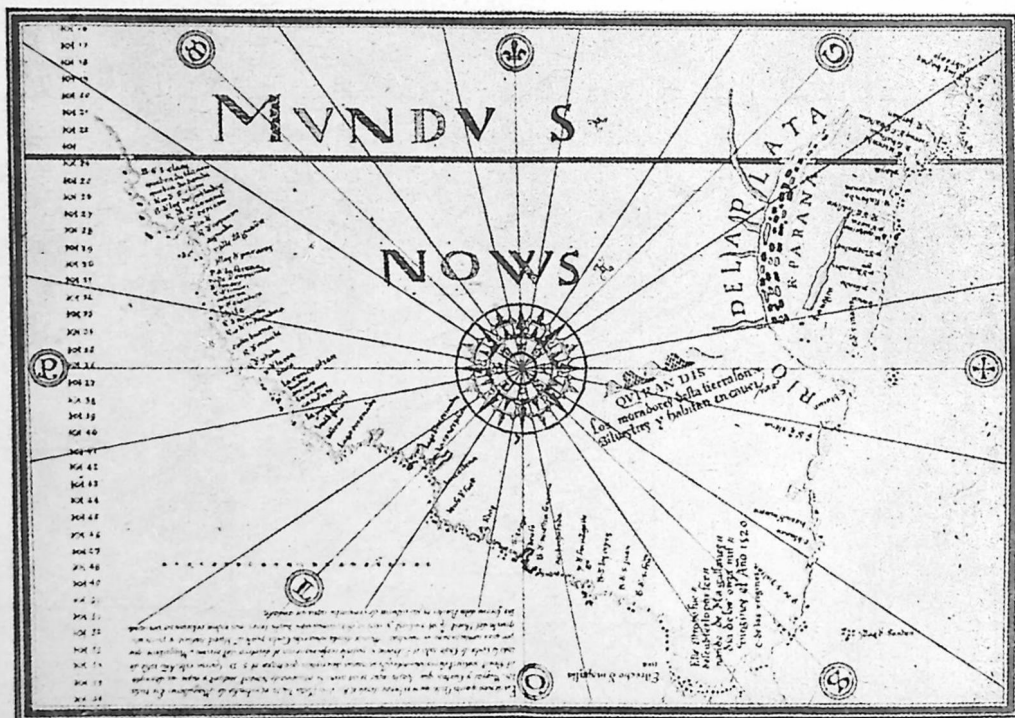


FIG. 65.—MAPA INSERTO POR EL MALLORQUIN BARTOLOME OLIVER.
(Diseñado siguiendo "la descripción que trajo el señor don García ese año de 1562",
sin duda basada en las derrotas de Ladrillero y Cortés Ojea.—Bibl. del Vaticano.)

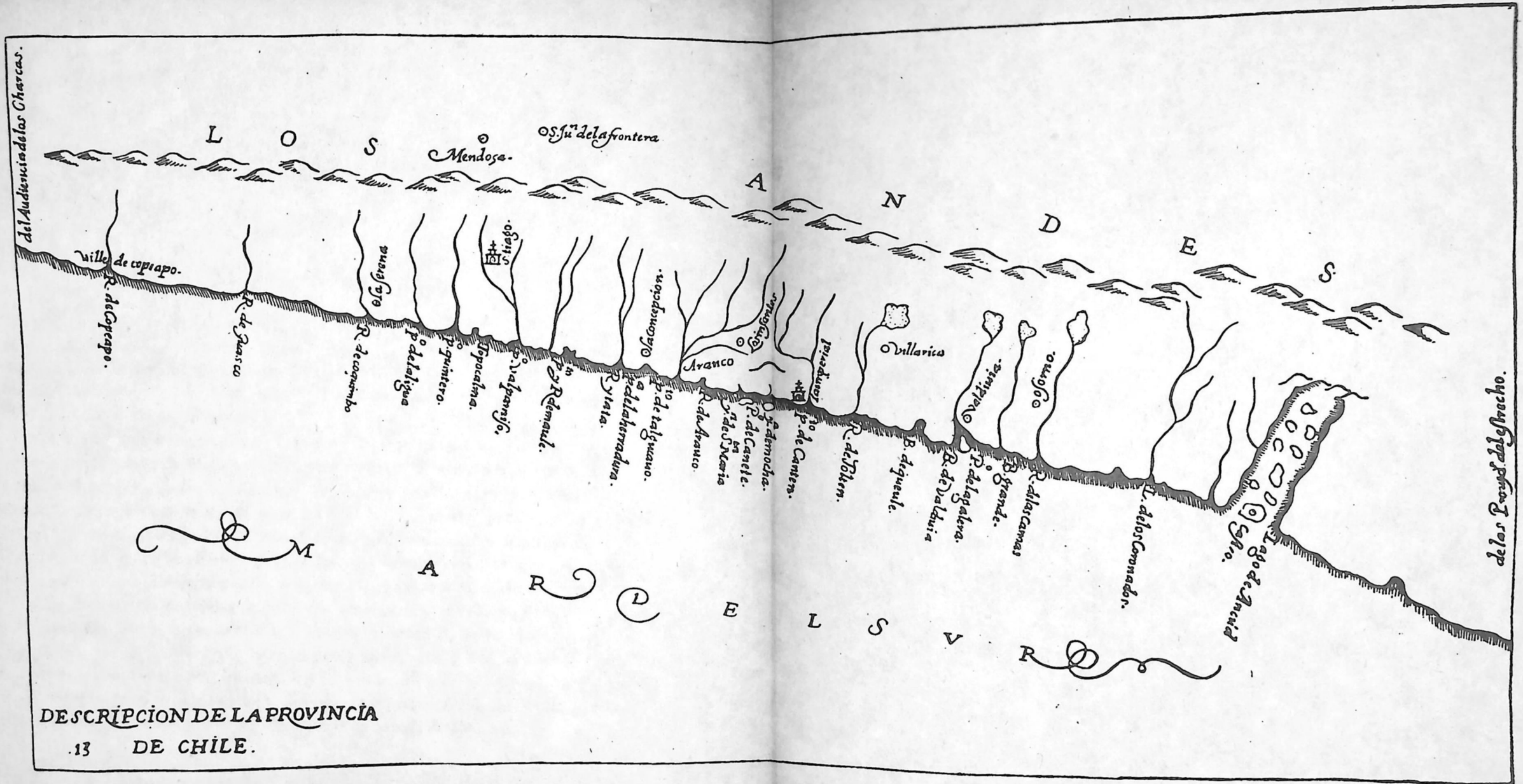


FIG. 66.—MAPA DE CHILE EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XVII, PUBLICADO EN LA PRIMERA EDICIÓN DE LAS "DÉCADAS" DE HERRERA. (Sala Medina, Biblioteca Nacional.)

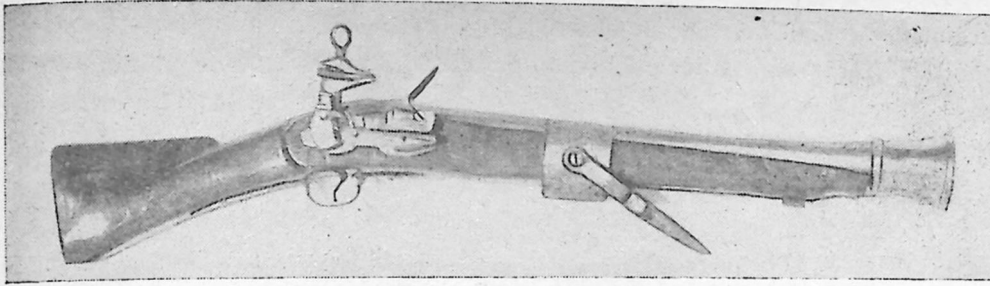


FIG. 67.— PEDRERO DE MURALLA DEL SIGLO XVI.
(Museo Histórico Nacional.)

bastián”, llegó sólo hasta el 51° 20' y regresó a Valdivia. Ladrillero, por su parte, recorrió el Estrecho y rebasó los 53° 30' en el puerto que denominó Nuestra Señora de los Remedios. Luego de reparar su buque, continuó las exploraciones, y el 9 de agosto de 1558 tomó posesión del Estrecho en un cabo que llamó de la “Posesión”.

El despotismo del padre y la violencia del hijo habían barrido con el prestigio de los Hurtado de Mendoza en la corte. Felipe II designó virrey a don Diego de Acevedo, y gobernador de Chile, a Francisco de Villagra, y ordenó a don García esperar la llegada de su sustituto y dejar procurador para responder de su gestión. Entregó Hurtado de Mendoza el mando del sur a Rodrigo de Quiroga, repartió entre capitanes y soldados sus armas, caballos y ropa, despidiéndose de ellos con la soberbia y el orgullo que determinaban su carácter.

Fué don García el primer gobernador residenciado en Chile. Era esta sana costumbre del juicio de residencia una antigua práctica de la legislación de Castilla. Todo funcionario español, virrey, gobernador, corregidor, etc., al terminar su mandato debía responder, no sólo de las quejas en su contra, sino de su conducta en el manejo de los caudales del rey, en la administración de justicia, en el respeto de los fueros y en todas las ramas de la administración.

Relevo de
Don García

El juicio de
residencia

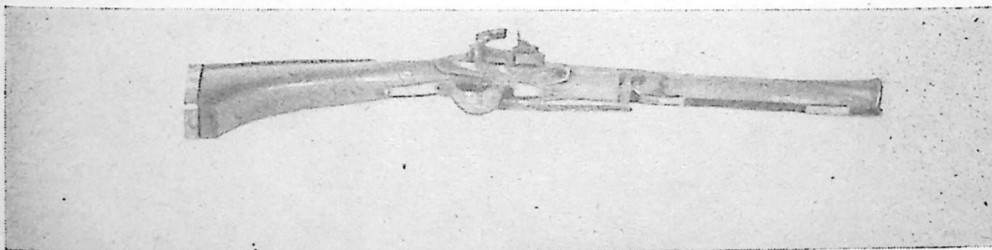


FIG. 68.— NARANJERO DE CHISPA.
(Museo Histórico Nacional.)

Progresos
económicos

Con la fogsidad del "joven capitán acelerado", la colonia prosperó económicamente. Pasó Chile de un estado de pobreza insufrible a otro de pobreza soportable, en razón, principalmente, del financiamiento desde el Perú de la

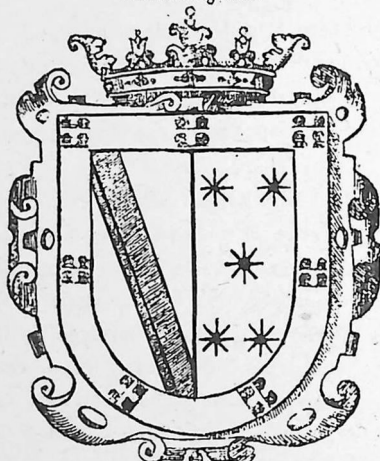
expedición pacificadora en Arauco y de que el oro de las cajas reales de Chile, en lugar de enviarse al virreinato, se empleaba en adquirir elementos para adelantar la pacificación. Hay un violento contraste entre los días de Valdivia, en que los conquistadores se veían obligados a comer raíces y a vestir con trozos de pieles de carnero, y los de Hurtado de Mendoza, para el que se compraron de una vez en Santiago veinte mil pesos en cera, manteles, servilletas, especias, miel, azúcar, conservas, vino, aceite, herrajes, papel, cuchillos, paños y muchas cosas más. La nueva situación era también reflejo del mayor rendimiento de los lavaderos de oro. Don García afirma, en una información de servicios, haber remitido al Perú "más de un millón de oro". La llegada de varias damas españolas contribuyó a regularizar la institución de la familia.

HECHOS
DE DON GARCIA
HURTADO DE MENDOZA.

Quarto Marqués de Cañete.

A DON FRANCISCO DE ROXAS R
Sendoval, Duque de Terrina, Marqués de Denic, &c.

POR EL DOCTOR CHRISTOVAL
Suarez de Figueroa.



EN MADRID, En la Imprenta Real.

Año M DC XIII.

FIG. 69.— UNO DE LOS NUMEROSOS PANEGIRICOS PAGADOS POR LOS HURTADO DE MENDOZA EN ESPAÑA *.

* Cf./ Apéndice sobre la influencia de Ercilla en la Literatura Española del Siglo de Oro, en el que se hace mención de los encargos literarios de los Hurtado de Mendoza.

VIII

Gobierno de Francisco y Pedro de Villagra y de Quiroga. Segunda rebelión del pueblo mapuche. Aparecen las viruelas.

FRANCISCO de Villagra había sido un hombre de muy mala estrella. Los cronistas * reflejan en sus escritos consenso unánime al respecto. Sin embargo, en el ocaso de su vida parecía al fin sonreírle la fortuna. El rey lo nombraba gobernador, rehabilitándolo de golpe, ignorando que ya no era el brillante capitán de Valdivia, sino un hombre física e intelectualmente decrepito, incapaz de soportar los rigores de una campaña (Fig. 70).

En Santiago se le ofreció un gran recibimiento. "En la calle principal hicieron unas puertas grandes, a manera de puertas de ciudad, con un chapitel alto encima, y la calle toldada de tapicería, con muchos arcos triunfales, por todos ellos muchas letras y epítetos que le levantaban en gran manera dándole muchos nombres de honor" **.

Sin embargo, la pretendida pacificación de la Araucanía no pasaba de ser un sueño y las largas acefalías gubernativas habían desajustado la naciente colonia. Villagra inició su mandato reorganizando la reglamentación del trabajo en las minas; rebajó, primero, el jornal del indígena, y mejoró, después, las disposiciones relativas al trato. Pronto hubo de anular las injustas concesiones de encomiendas otorgadas por don García, lo que provocó, naturalmente, nuevas protestas.

La guerra de Arauco, que se había caracterizado hasta entonces por los progresos mapuches en la táctica y en la estrategia, así como en la elaboración de nuevas armas, va a tomar ahora otro cariz, derivado del progreso político acumulado en las derrotas infligidas por don García. Ya no va a ser una concentración momentánea de tribus para librar una batalla, sino la expresión de la voluntad colectiva de un pueblo que lucha a muerte por su supervivencia con un objetivo lejano y permanente. Pierde el carácter tumultuoso, suicida, de los primeros tiempos, para evolucionar hacia la campaña sistemática que obliga al conquistador a renunciar al dominio de Arauco y limitarse a defender la siempre amenazada frontera del Bío-Bío.

El pretexto para el rompimiento fué el asesinato de un encomendero san-

Nuevo cariz de
la guerra

* Gobernó "con poca ventura porque todo se le hacía mal" (Góngora Marmolejo). Era "muy valiente por su persona y prudente en cosas de guerra, aunque siempre desgraciado en cualquier cosa que ponía mano". (Mariño de Lobera.)

** Góngora Marmolejo.

D. Garcia Hurtado
de M^{ra} Marmas
de Canete

Pedro de Villagra

R^o de Quiroga
adelantado



FIG. 70.— SEGÚN OVALLE.

guinario, don Pedro de Avendaño y Velasco *, por sus propios trabajadores. Se capturaron por sorpresa varios caciques que fueron ejecutados en represalia.

El poder militar de los españoles había disminuído con los nuevos fraccionamientos de fuerzas. Llamado por la creciente alarma de las ciudades sureñas, Villagra organizó una expedición pacificadora que tenía en su seno el peor enemigo. Fray Gil González de San Nicolás, mentor espiritual del grupo, seguía predicando contra la guerra violenta y cruda de Arauco, con el mismo espíritu idealista que animaba a Las Casas y al clero conquistador en general. Sus teorías, expuestas constantemente desde el púlpito, habían llegado a un clima de alta tensión **. En la práctica prevaleció la tesis contraria,

sostenida por el licenciado Herrera, que declaraba lícita la guerra, por cuanto los indios habían aceptado la paz, reconocido la soberanía del rey de España y acatado el credo católico, poderes contra los cuales ahora, por la violencia, se rebelaban. Con el alejamiento del iracundo e indignado fray Gil se inicia la nueva etapa de la guerra de Arauco, guerra sorda, más de clima general que de grandes decisiones, con un solo y lejano objetivo: debilitar metódicamente al adversario. En el fuerte de Lincoya y en los alrededores de Cañete y Angol se trabaron combates interminables con la nueva táctica mapuche. El fuerte de Lincoya, levantado por los indios, fué tres o cuatro veces arrasado y otras tantas reconstruído. Y en el combate habido a las puertas de Cañete los españoles llegaron a la triste conclusión de que si en Andalién cada conquistador podía enfrentar a cien indígenas, ahora apenas podía medirse con dos. El capítulo final de los combates en el fuerte de Lincoya fué una tremenda derrota de los españoles, en que perdieron la vida varios capitanes veteranos.

* Dice de él Góngora Marmolejo, que "era hombre cruel con los indios, recibía gran contento (en) matallos, y él mismo con su espada los hacía pedazos".

** "Fray Gil en las oraciones que hacía a los soldados les decía que se iban



GOVERNADOR FRAN^{co} DE VILLAGRA

FIG. 71.— SEGÚN OVALLE.

Las predicaciones de fray Gil de San Nicolás

La tesis de Herrera

Derrota de Lincoya

al infierno si mataban indios, y que estaban obligados a pagar todo el daño que hiciesen y todo lo que comiesen, porque los indios defendían causa justa, que era su libertad, casas y haciendas." (Góngora Marmolejo.)

Pedro de Villagra

Ante la gravedad de la situación, Pedro de Villagra, primo del gobernador y el mejor capitán de Arauco en el momento, tomó el mando de las fuerzas del sur, equilibrando con la inverosímil defensa de la ciudad de Arauco la agresiva actividad mapuche. Mas, si bien esta plaza se libró de su primer cerco gracias a la resistencia de los sitiados, en el segundo, que sucedió a poco, la guarnición se vió completamente perdida y se salvó gracias a las lluvias que renovaron las agotadas provisiones de agua y a una epidemia de cámara (diarrea) que diezmó las fuerzas mapuches.

Epidemia de viruelas

Entre 1561 y 1563 hizo presa entre los indígenas una espantosa epidemia de viruelas. Parece que el contagio vino en la misma nave que trajo al gobernador y prendió en el medio virgen con tal fuerza, que mató a la quinta o cuarta parte de la población aborígen, sin distinguir, por supuesto, entre indios amigos y enemigos. Los efectos económicos de la tragedia fueron enormes: se paralizó la explotación de las minas y en los años inmediatos la escasez de brazos fué el más serio obstáculo en la prosperidad de la colonia.

Los indios afectos se habían librado del tifus y del hambre en 1554-1557 por los cuidados de los españoles y porque el tifus prendió más al sur del Bío-Bío. Mas ahora la viruela los envolvió con igual virulencia *.

La muerte de Francisco de Villagra, acaecida el 22 de julio de 1563, no alteró la marcha de la guerra, que ya estaba dirigida totalmente por su primo Pedro.

Gobernador interino

Las seis ciudades del sur recibieron de muy buen grado a Pedro de Villagra como gobernador interino, mientras en Santiago los partidarios numerosos de Rodrigo de Quiroga le hicieron el vacío, que se convirtió en hostilidad manifiesta cuando Villagra se decidió a reglamentar el trabajo de los indios encomendados por medio de las ordenanzas dictadas en diciembre de 1563. Al proteger al indio, se levantó el descontento general de los encomenderos.

Nueva política guerrera

La política guerrera de Pedro de Villagra, a diferencia de la realizada por sus antecesores, tendía a la concentración de fuerzas. Abandonó el fuerte de Arauco para reforzar las guarniciones de Angol y Concepción, y, convencido de que la paz era inalcanzable, levantó dos fuertes en apoyo de ambas ciudades, mientras los mapuches edificaban otro, a su vez, interceptando las comunicaciones entre las ciudades del sur.

Las escaramuzas, dirigidas ahora por el cacique Loble, hostilizaban y producían bajas en los españoles que mermaban las defensas de Concepción y Angol, objetivos declarados de los mapuches. El ataque a Angol, defendido

* "Ningún día hubo en Santiago, en el tiempo que Villagra alargó las tasas, que no se enterrasen de veinticinco a treinta

indios, de la plaga de viruelas, que llevó en su armada, con que se llevó gran parte de ellos." (Julián Bastidas.)

por Bernal del Mercado al frente de unos ochenta hombres, se definió como una de las mayores victorias españolas en tierra de Arauco. Los indios perdieron más de mil soldados, además de su general, el cacique Illangulién.

Mas no por ello desistieron los atacantes de cercar a Concepción. Levantados los pucaraes en los alrededores, escaramuzaron incesantemente, sin lanzarse a un ataque en masa. Llevaba dos meses el asedio cuando a Juan Jufré se le ocurrió la idea de arrasar los ranchos de los indios del Itata, que participaban del cerco, y atraerlos así en defensa de sus hogares. La estrategia dió buenos resultados, pues promuacae y mapuches levantaron el cerco, en perfecto orden, decidiendo la sumisión de los rehues cercanos para evitar las represalias.

Cerco de
Concepción

Mientras el gobernador hacía frente al ataque, los conatos de descomposición política en la colonia fueron ganando caracteres alarmantes, que Villagra no podía evitar en razón misma de su encierro. En Santiago nada se hizo para ayudarlo. En La Imperial y en Valdivia había claros síntomas de rebelión general, que Villagra, levantado el cerco de Concepción, supo después dominar. Los incidentes en Santiago sólo reflejaban la lucha de intereses entre la política de Villagra y los encomenderos.

Descomposición
política

En efecto, Pedro de Villagra era, además de un excelente estratega, un hombre austero, modesto y humanitario. Rehusó el recibimiento que Santiago le preparaba y se consagró en la capital a llevar a la realidad la aplicación de las ordenanzas de indígenas *, haciendo circular entre los naturales las disposiciones de la tasa y animándolos para que reclamaran ante él de los abusos.

El gobernador había decidido emprender otra campaña en el sur ante las nuevas amenazas de concentraciones mapuches. En Reinogüelén, cerca de donde combatiera Gómez de Alvarado en 1536, se habían fortificado magistralmente los indígenas. Villagra envió emisarios que ofrecieron de nuevo la paz, recibiendo la respuesta de "que se fuesen, que ellos habían de pelear y que para ello estaban allí, e que no querían paz". La batalla no ganó los caracteres violentos del territorio mapuche y la fácil victoria de los españoles permitió a Villagra avanzar sin dificultades hasta Chillán. Cerca de Tolmillán se trabó un nuevo combate, al ser sorprendida la vanguardia, en el que fué derrotado el cacique Loble y hecho prisionero.

Batalla de
Reinogüelén
y Tolmillán

La muerte del virrey conde de Nieva empeoró la situación de Villagra, que era su protegido, y los disturbios promovidos en Santiago precipitaron su caída con el triunfo de Rodrigo de Quiroga, que fué ilegalmente proclamado

Primer Gobierno
de Rodrigo de
Quiroga

* En su información de servicios dice que, "si los indios se habían alzado, era por los malos tratamientos que sus amos les ha-

cían, porque se querían servir de todos, hijos e mujeres, e aquellos no lo podían sufrir".

governador. Villagra soportó estoicamente prisión y vejaciones. Llevado a Lima, logró reivindicarse ampliamente. Falleció en la capital del virreinato a los sesenta y nueve años, instituyendo, como hemos visto, por sus herederos a los indios de su encomienda de Parinacocha (Fig. 71).

Rodrigo de Quiroga recibía la gobernación en un momento favorable. Abolidas las tasas de los indígenas, contó con el apoyo decidido de los encomenderos para emprender una nueva campaña de pacificación en Arauco, organizada por Bernal del Mercado. Se rehabilitaron los fuertes de Arauco y Cañete, después de soportar los ataques de Loble y Millalelmo, que pusieron en graves aprietos al defensor del último, don Agustín de Cepeda y Ahumada, hermano de Santa Teresa, y se logró la definitiva conquista de Chiloé con las fuerzas de Martín Ruiz de Gamboa, yerno de Quiroga, que fundó en seguida la ciudad de Castro como capital de la nueva provincia denominada Nueva Galicia.

Los espectaculares éxitos de Quiroga no fueron reconocidos por la corte. Cuando se celebraban en Santiago con gran regocijo, llegó la noticia de que el rey había encargado la gobernación de Chile a la Audiencia creada para esta provincia. Sin embargo, el carácter efímero de la pretendida pacificación iba a favorecer su desplazamiento, con el seguro fracaso de los nuevos e improvisados gobernantes que habrían de suplirle.

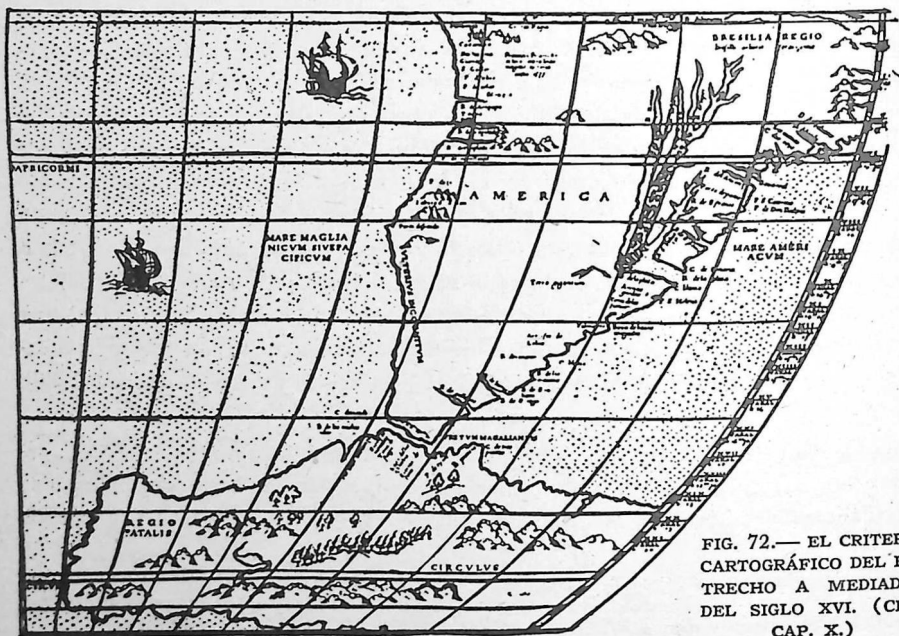


FIG. 72.— EL CRITERIO CARTOGRAFICO DEL ESTRECHO A MEDIADOS DEL SIGLO XVI. (CF./CAP. X.)

IX

La Real Audiencia. Gobierno del doctor Melchor Bravo de Saravia. Segundo gobierno de Quiroga.

LA guerra de Arauco se iba convirtiendo en un mal crónico e incurable, porque a las dificultades propias de la campaña y del estado de cosas derivado de la misma situación se añadía, para rematar la crisis, la ceguera de la corte y de los virreyes del Perú en cuanto al planteamiento mismo del problema. Lejos de calibrar sus alcances, el Consejo de Indias achacaba la incomprensible resistencia de unas cuantas tribus bárbaras a la ineptitud y falta de prestigio de los gobernadores.

Fundándose en esta creencia general, Felipe II creaba la Audiencia de Chile por real cédula fechada el 27 de agosto de 1565, con cuatro miembros: tres oidores enviados de España y el doctor Melchor Bravo de Saravia como presidente. Las facultades la erigían en Audiencia gobernadora y se instaló con un boato que contrastaba con la pobreza ambiente. *

Establecimiento de
la Real Audiencia

Las buenas intenciones de los oidores se iban a estrellar de inmediato con la espantosa carencia de recursos de todo orden. Los documentos de este período insisten en las expresiones de miseria en que se encontraba la naciente colonia. Juan Godínez decía en 1367, refiriéndose a la ciudad de Santiago: "estamos tan adeudados y pobres que no ha quedado casa ni hacienda que no la hemos empeñado y vendido. Y como no nos queda cosa con qué sustentar los gastos de esta guerra, sino el ánima, deseamos darla a Dios, de quien la recibimos, porque es cierto que de los conquistadores que en esta ciudad somos vecinos, no hay tres que puedan tomar las armas, porque están todos viejos, mancos y constituídos en todo extremo de pobreza".

No obstante lo precario de la situación, la Audiencia organizó un ejército al mando de Martín Ruiz de Gamboa, que llevaba como cuartel maestro a Lorenzo Bernal del Mercado, el mejor conocedor de la situación en aquel momento.

Desaciertos de la
Audiencia

El premio de la Audiencia a los primeros éxitos de ambos capitanes fué su destitución, que vino a sumarse al cúmulo de desaciertos sucedidos con asombrosa continuidad. En poquísimos tiempo, los oidores lograron captarse el desprecio general, que al fin llegó a conocimiento de Felipe II, y la corte

* Los oidores traían un lujoso dosel de raso carmesí, bordado para el tribunal, y vasos y ornamentos para la capilla parti-

cular de la Audiencia que costaron más de 4.000 pesos.

rectificó el error, nombrando al doctor Melchor Bravo de Saravia gobernador y capitán general de Chile *, con gran contentamiento de los pobladores (fi. 73).

Bravo de Saravia

Bravo de Saravia era un iluso de buena fe, al que no frenó su sentido común en la ilusoria e inalcanzable política de pacificación de Arauco. El resultado fué una nueva derrota de los españoles, que en el asalto al fuerte mapuche de Mareguano fueron detenidos por una lluvia de piedras lanzadas desde la altura, a la que siguió, con la consiguiente desmoralización y retirada, uno de los mayores desastres de las armas españolas. La primera consecuencia fué el abandono de los fuertes de Arauco y Cañete, derrota a que vino a sumarse la renovación del conflicto planteado por las predicaciones del obispo San Miguel sobre el servicio personal de los indios y la iniciación de la serie en las calamidades telúricas que habría de jalonar la historia del país, dándole un sello personalísimo y multiplicando las dificultades con el amago permanente del terremoto.

Desastre de
Mareguano

Primer terremoto
histórico

En efecto, el 8 de febrero de 1570 sufrieron los aterrados habitantes de Concepción el primer cataclismo entre los que habrían de arruinar la ciudad. Cayeron casi todas las casas, a pesar de lo cual no hubo víctimas. Con su pintoresco estilo, Góngora Marmolejo nos ha dejado una preciosa descripción del sismo: "los que andaban por la ciudad no sabían qué se hacer, creyendo que el mundo se acababa, porque vían por las aberturas de la tierra salir grandes borbollones de agua negra y un hedor a azufre pésimo y malo que parecía cosa de infierno: los hombres andaban desatinados, atónitos, hasta que cesó el temblor. Luego vino la mar con tanta soberbia que anegó mucha parte del pueblo, y retirándose más de lo ordinario mucho, volvía con grandísimo ímpetu y braveza a tenderse por la ciudad". La tierra continuó temblando durante cinco meses.

Derrota de Purén

Como era de esperar, a la tragedia del terremoto se sumó el ataque inmediato de los indios, que pudo ser rechazado porque los pobladores habían previsto el peligro y llevaron sus armas al huir de la ciudad. La situación de la colonia era tan calamitosa, que, después de vencer las dificultades originadas por el terror que en Lima se sentía por Chile, "sepultura de españoles", el virrey logró enviar un reducido refuerzo, con todo insuficiente para evitar la nueva derrota de Purén, en que los indios pelearon por vez primera en cam-

* Al recibir su nombramiento, Bravo de Saravia contaba 56 años de edad. Góngora Marmolejo, que lo trató, lo retrata como un anciano de mediana estatura, "angosto de sienes, los ojos pequeños y sumidos, la nariz gruesa y roma, el rostro caído sobre la boca, sumido de pecho, giboso un poco y mal proporcionado, por-

que era más largo de la cintura arriba que de allí abajo". El mismo Góngora, al describir sus rasgos psicológicos, dice de él que era "discreto y de buen entendimiento", mas, al parecer, muy tacaño, por ser "cudicioso en gran manera de recibir todo lo que le daban; enemigo en gran manera de dar cosa alguna que tuviese..."



FIG. 73.— SEGÚN OVALLE.

po abierto, armados con las cotas y lanzas arrebatadas a los españoles en sus recientes victorias. Según Góngora Marmolejo, "los españoles perdieron toda la reputación que entre los indios tenían", y para el gobernador Bravo de Saravia aquélla "fué una de las mayores desgracias que han sucedido en esta tierra. . . , por haber sido acometidos los españoles en llano, donde nunca hasta hoy habían sido desbaratados".

Desaliento general

El panorama general de la afligida colonia no podía ser peor. Al desmedido apetito de fundar ciudades y afirmar la conquista de Valdivia y de Hurtado de Mendoza sucedía ahora la más amplia desmoralización. Unos se refugiaban en los bosques, otros abandonaban sus encomiendas, muchos tomaban el hábito para rehuir el servicio militar. Juan Fernández, platero que pretendió huir con otros pobladores, fué colgado de la horca con la pueril pretensión de levantar los ánimos. Y como consecuencia de este estado de cosas, la miseria del erario, que era irremediable, aumentaba con la pobreza general. En tales circunstancias sólo cabía mantenerse a la defensiva, política que logró sostener Bernal del Mercado con indudable firmeza y prudencia.

Supresión de la Audiencia. Relevo de Bravo

Mientras tanto, la actitud personalista de Felipe II, que pretendía llevar la trama del mundo entre sus dedos, amontonaba montañas de papel en los expedientes relativos a Chile. Por fin se decidió el rey prudente a suprimir la Audiencia y a suplir a Bravo de Saravia por Rodrigo de Quiroga, con el refuerzo de un contingente de quinientos hombres y la autorización para emplear los dineros de las cajas reales en una campaña de efectiva pacificación.

Como corolario lógico de la situación general, las reyertas entre la Audiencia, el gobernador y los oficiales de la corona, al mismo tiempo que ahondaban la desmoralización ambiente, reflejaban un estado de ánimo colectivo en que cada español se veía en un callejón sin salida, cifrando sus cada vez más escasas esperanzas en un refuerzo material, poderoso en hombres, y moral, con la entrega del mando a un gobernador capaz y experimentado en la difícilísima tarea de afianzar la colonia sobre la base del aniquilamiento del poderío militar mapuche.

Rodrigo de Quiroga enfrentaba una situación muy diferente de la que encontró en su primer gobierno. A la pobreza se iban a unir, para aumentar la crisis colectiva, las disputas en torno a la tasa de los indios y el conflicto de poderes con el obispo San Miguel en el nombramiento de los cargos eclesiásticos. Ante las amenazas de excomuniación, el nuevo gobernador hubo de valerse del expediente dilatorio de consultar al rey.

Cataclismos de 1575

Para colmo de males, parecía que el destino se ensañaba con la voluntad creadora de aquel germen embrionario de sociedad humana. Al terremoto de 1570 sucedía otro peor en 1575, que agrietaba algunas casas en Santiago el 16 de marzo, y culminaba el período sísmico con un nuevo cataclismo espan-

toso que arruinó cinco ciudades: La Imperial, Ciudad Rica (Villarrica), Osorno, Castro y Valdivia. Ha quedado una impresionante descripción del jesuita Escobar, basada en los manuscritos de Mariño de Lobera. Después de relatar los comienzos del sismo, añade que "era cosa que erizaba los cabellos y ponía los rostros amarillos, el ver menearse la tierra tan apriesa y con tanta furia que no solamente caían los edificios, sino también las personas sin poder detenerse en pie, aunque se asían unos de otros para afirmarse en el suelo". Observando un fenómeno curiosísimo, añade: "...mientras la tierra estaba temblando por espacio de un cuarto de hora, se vió en el caudaloso río, por donde las naos suelen subir sin riesgo, que en cierta parte dél se dividió el agua corriendo la una parte de ella hacia la mar y la otra parte río arriba, quedando en aquel lugar el suelo descubierto". Poco después sobrevino la salida del mar: "Y fué tanto su furor y braveza, que entró tres leguas por la tierra adentro, donde dejó gran suma de peces muertos, de cuyas especies nunca se habían visto otras en este reino".

El cataclismo derribó un cerro en Valdivia, a la salida del río Ríñihue, tapando el desagüe del lago y acumulando una masa enorme de agua que, al desbordarse y pese a las precauciones tomadas con la evacuación de la gente, tuvo consecuencias desastrosas. La inundación arrancó las casas enteras, y muchos indios pudieron salvarse utilizándolas como "navíos que iban navegando como si lo fueran y así los que iban encima podían escaparse, mayormente siendo indios, que es gente muy cursada en andar en el agua". El propio Mariño de Lobera completa la descripción..., pues "finalmente fué bajando el agua a cabo de tres días, habiendo muerto más de mil doscientos indios y gran número de reses, sin contarse aquí la destrucción de casas, chacras y huertas, que fuera cosa inaccesible..."

Quiroga no se atrevió, basándose en su experiencia de la guerra de Arauco, a iniciar ninguna campaña hasta recibir los prometidos refuerzos de España, que sólo llegaron en julio de 1576 en número de 400 hombres, de muy inferior calidad a la de los bravos conquistadores de Valdivia. El plan de la campaña consistía en una enérgica acción del ejército concentrado, con el escarmiento de algunos cabecillas y el traslado de los más a Coquimbo, "desgovernándolos", como se dice, para que allí puedan sacar oro para los soldados que mantienen la guerra".

Refuerzos
insuficientes

La primera parte de la campaña se limitó a continuas correrías de los indios dirigidos por el célebre mestizo Alonso Díaz y las correspondientes punitivas de los españoles. Toda está aureolada por el esfuerzo sobrehumano

Campañas de
Quiroga

* La operación de "desgovernar" a un indio se practicaba cortándole el pie antes del nacimiento de los dedos, con un for-

món o un machete afilado, y haciéndole meter la herida en un caldero de sebo hirviendo, para contener la hemorragia.

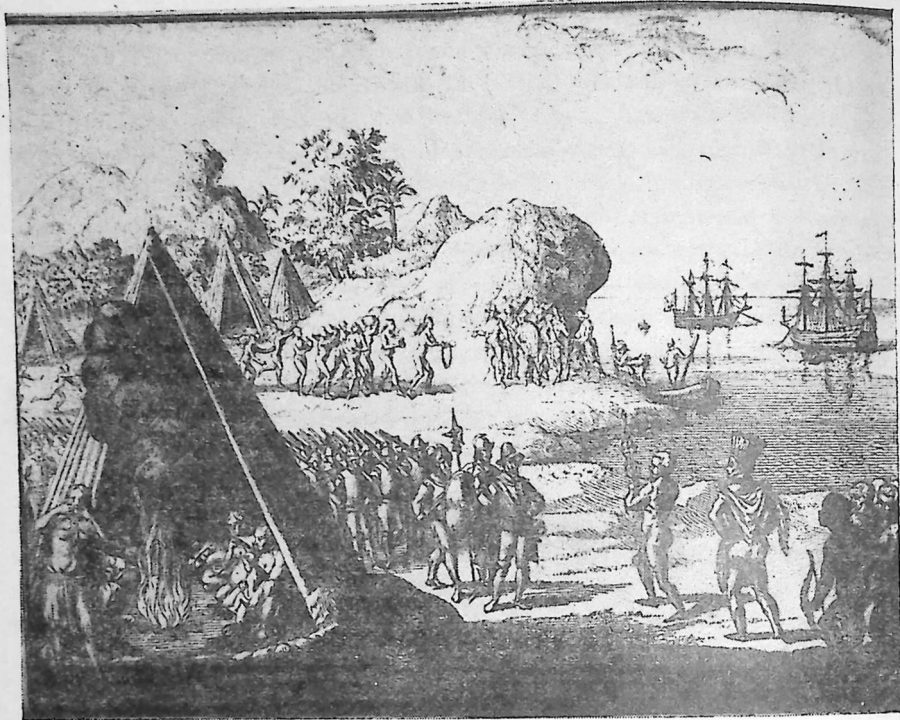


FIG. 74.— DRAKE EN TIERRA DEL FUEGO. EN "DIE VOORNAAME/VAN/Franciscus DRAAK/NA/AMERICA,... INT JAAR 1577.

de Quiroga, viejo y enfermo, que se hacía sujetar al caballo "con unos estribos hechos de tafetán porque no le hiciesen daño" y participaba en todas las batallas. Hacia esta época se inició el canje de prisioneros, pues los mapuches conservaban vivos a los españoles apresados para cambiarlos por sus caciques u obtener un rescate. Tanto ésta como la segunda campaña constituyeron aparentes éxitos de los españoles, que les permitieron preterir la pacificación para hacer frente a un nuevo y temible enemigo: el pirata Drake, que incurcionaba por vez primera en las costas chilenas con el triple objetivo de "vender negros, matar españoles y saquear los buques que cargaban oro", según cataloga sus andanzas su compatriota Green. Drake saqueó sin oposición Valparaíso, y, cuando se disponía a repetir la hazaña en La Serena, se encontró con la sorpresa de la resistencia armada del vecindario, que apresó y despedazó a uno de los temerarios asaltantes. (Figs. 74 a 76.)

Muerte de Rodrigo
de Quiroga

Con la dureza de las campañas Rodrigo de Quiroga sucumbió al fin, el 25 de febrero de 1580, dejando el recuerdo más cariñoso entre los pobladores de

Santiago, que reflejaron las solemnes honras y homenaje de respeto y admiración en los muchos "sonetos y letras" que se pusieron en su tumba:

*Vivió en la guerra y nunca fué vencido,
con haber muchas veces peleado;
fué de sus capitanes muy amado
y de sus enemigos muy temido.*

La muerte del viejo conquistador iba a provocar grandes trastornos. De hecho, Martín Ruiz de Gamboa, yerno del gobernador difunto, mandaba en el reino desde hacía más de un año, de suerte que su nombramiento, en calidad de interino, no representaba cambio violento en la marcha administrativa de la colonia. Mas, para consolidar sus aspiraciones al cargo definitivo, Gamboa promulgaba en mayo de 1580 la tasa de indios que lleva su nombre, en virtud de la cual se suprimía el trabajo de los indígenas, pasando éstos a la situación de simples contribuyentes.

En sus capítulos fundamentales, la tasa de Gamboa estipulaba que cada indígena (en el obispado de Santiago) debía tributar en oro o en especies hasta la suma de nueve pesos anuales, considerándose como sujetos a contribución solamente a los mayores de 18 años y menores de 50, excluyendo los caciques, y ofreciéndoles optar entre el tributo o el trabajo personal. Para su mejor efectividad se prohibió a los encomenderos "tener mano ni mando, ni entrar en las tierras de sus indios encomendados".

Los resultados prácticos de la tasa de Gamboa fueron trágicos. En un año se arruinaron indios y encomenderos, y, con ellos, la colonia entera. Los primeros se comieron las reservas que la previsión de Santillán les había permitido acumular y pronto dejaron de pagar la tasa porque no tenían con qué cumplirla. Se paralizaron los lavaderos de oro, con la consiguiente carencia de recursos y la quiebra de las cajas reales; los ganados quedaron sin pastores y los cultivos agrícolas languidecieron por falta de brazos.

Mientras estos acontecimientos ahondaban las dificultades económicas, Gamboa había fundado la ciudad de

Gobierno interino
de Martín Ruiz
de Gamboa

La tasa de
Gamboa



FIG. 75.— PRIMERAS CORRERÍAS DE DRAKE EN AMÉRICA. CF/FIG. 73.

Fundación de
Chillán

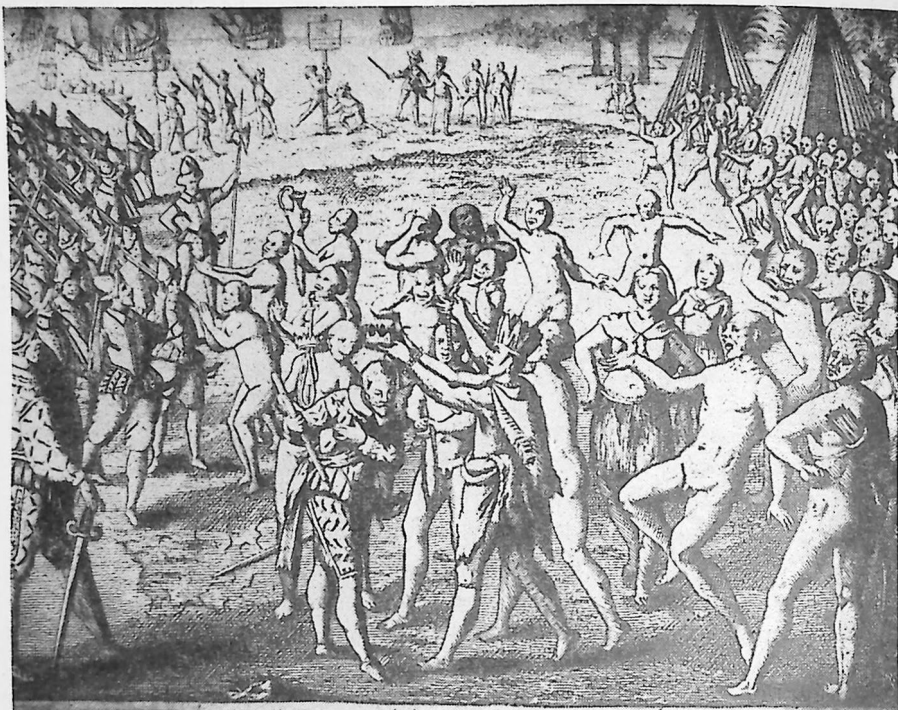


FIG. 76.— DRAKE CORONADÓ POR LOS INDÍGENAS DE LAS MOLUCAS. CF/FIG. 73.

Chillán, el 25 de junio de 1580, durante su campaña en el sur, y su ausencia contribuyó a aumentar el germen de descomposición social latente en Santiago. Los desórdenes culminaron con sucesivos conatos de resistencia, que el gobernador interino hubo de reprimir con mano dura.

La guerra
"nueva"

El cariz de la guerra en Arauco empeoraba cada vez más. A la "guerra vieja", como se llamaba ya a la interminable mantenida con el pueblo mapuche, vino a sumarse la "nueva", con la sublevación de los huilliches y la actitud hostil de los picunches en la zona aledaña de Chillán. "Iban las cosas tan de mal en peor que no había otra cosa sino guerras y desventuras, y mucha hambre y desnudez, sin género de alivio o socorro humano". *

Plaga de ratones

Y por si las calamidades crónicas fueran pocas, venía a añadirse otra: una repugnante plaga de ratones, tan numerosa, "que cubría la tierra", y no sólo devoraban los alimentos, sino que "también acudían a las cunas de los niños y los mataban comiendo parte de ellos". **

* Mariño de Lobera.

** Id.

X

La prodigiosa aventura de Sarmiento de Gamboa.

EL carácter dramático con que los acontecimientos perfilaban la estructura de la nueva y pobre colonia de Chile se consolidaba con el concepto que en España ganaba cuerpo sobre este rincón americano, que se convertía en un cada vez mayor quebradero de cabeza para la corona. Las incursiones impunes de Drake confirmaron en el ánimo de Felipe II la necesidad de fortificar el Estrecho, sobre la base de los fantásticos relatos acerca de la pretendida fertilidad de aquellas tierras que el rey había escuchado personalmente de aquel heroico lunático que se llamó Pedro Sarmiento de Gamboa.

Este audaz navegante, poseído de la misión que el virrey del Perú le encomendara de perseguir y aniquilar al pirata inglés, obtuvo la aprobación de la corona para enviar a Chile una expedición de 4.000 hombres, 600 de los cuales quedarían en Arauco para completar su pacificación y el resto constituiría la base para poblar el Estrecho. (Figs. 77 a 79).

El desiderátum del Estrecho

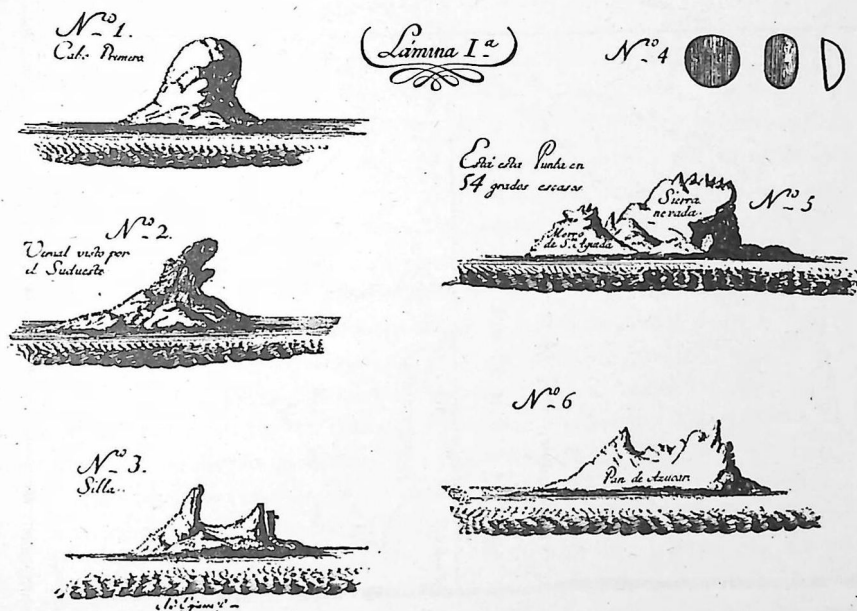


FIG. 77.— RECONOCIMIENTO DEL ESTRECHO, POR SARMIENTO.

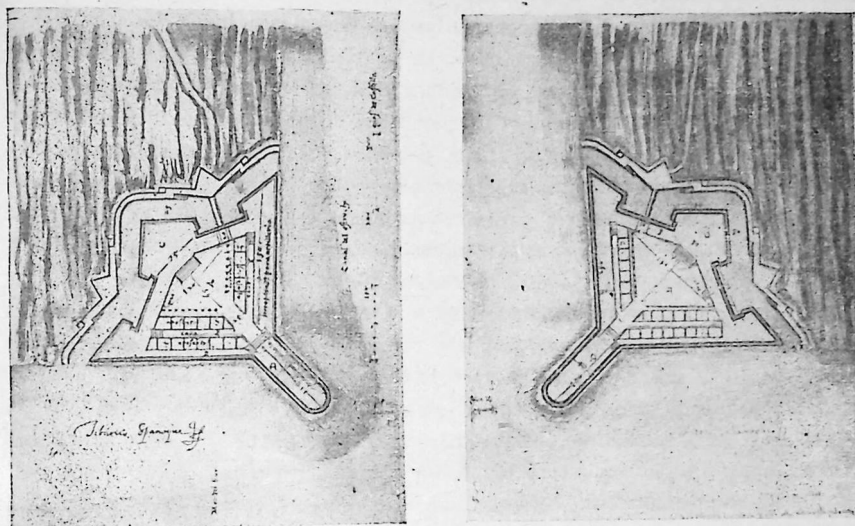


FIG. 79.— CROQUIS DE LOS FUERTES PROYECTADOS POR SARMIENTO EN LA "ANGOSTURA",
CF./FIG. 78.

La expedición de 15 buques que partiera el 2 de noviembre de 1582 de Río de Janeiro fracasó en su propósito y hubo de regresar con la gente desmoralizada. Mas el tesón de Sarmiento le hizo volver en su empeño, y, en medio de enormes dificultades, logró desembarcar gentes y pertrechos que le permitieron fundar dos ciudades, Nombre de Jesús y Rey don Felipe, aislados entre sí y sin recursos naturales de ninguna clase, salvo los que la fe inquebrantable del gobernador de las nuevas tierras imaginaba en aquellas "raíces como nabos, que son gruesas, y cocidas y asadas tienen buen sabor y son de sustento... y muchos arvejones sabrosos y dulces en abundancia".

Una de las naves que traía útiles y alimentos fué arrojada por las corrientes fuera del Estrecho. Sarmiento dispuso que una expedición siguiera por tierra, bordeando la costa, hasta darle alcance. Partieron cerca de 100 soldados, al mando del propio Sarmiento, que recorrieron 80 leguas en 15 días, en medio de atroces padecimientos, y soportando los ataques de los indios, que produjeron un muerto y diez heridos. La fatiga era tal que poco antes de la liberación, todos, menos el esforzado capitán, habían llegado al triste criterio de que lo único hacedero era dejarse morir en la playa. Ante tal predicamento, siguió Sarmiento solo el calvario, hasta que encontró la nave y con ella los auxilios para sus aniquilados hombres.

Fundación de
Nombre de Jesús
y Rey don Felipe

El calvario

A pesar de las dificultades insalvables, Sarmiento había ido resuelto a fundar dos ciudades, y llevó a término su propósito. Pronto el invierno sorprendió a aquellos desgraciados sin provisiones y, lo que es peor, impidiéndoles, con las continuas nevadas e intenso frío, procurarse lo que ya constituía la base de su alimento: lapas, mejillones, erizos, pescados y lobos marinos. Cuando Sarmiento, a bordo de su nave, se disponía a visitar la otra desgraciada ciudad, sobrevino un gran temporal que cortó el único cabrestante de la nave y la arrojó, sin anclas ni cables, al Atlántico.

La vida aventurera de este hombre corajudo iba a enriquecerse con nuevos y cada vez más apasionantes capítulos. Regresó a Río para organizar el socorro de los infelices abandonados. Escribió desde allí diez cartas sucesivas a Felipe II. Logró calafatear y aprovisionar su barco para reunir recursos y regresar él mismo al Estrecho, cuando una tempestad lo estrelló contra la costa cerca de Bahía, salvándose nuestro héroe milagrosamente. No cejó en su empeño: logra equipar un nuevo barco, en el que, después de salvar milagrosamente de otra tempestad furiosa, tiene que hacer frente a cuchilladas a la sublevación de sus marineros. El epílogo de esta biografía extraordinaria es su apresamiento por piratas ingleses, que lo llevan a Gran Bretaña. La aureola de audacia y coraje que lo nimbaba hizo que Sir Walter Raleigh lo presentara a la reina, quien sostuvo con él una conversación "de más de hora y media en latín", lo que le valió un obsequio de mil escudos y un salvoconducto para regresar a España. Mas no debían finalizar aquí sus desdichas. En Bayona lo apresaba una facción de hugonotes que pedía por él un rescate inalcanzable. Sus últimas comunicaciones al rey, en que le pide "que se acaben oportunamente las cuentas que afectan a su rescate"... , le "suplica a V. M. por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, se acuerde de aquellos sus leales vasallos, que para servir a V. M. quisieron quedar en región tan remota... confiados en la misericordia de Dios... *.

Quando en enero de 1587 el corsario inglés Cavendish penetró en el Estrecho, encontró sólo a 15 supervivientes de aquel grupo de desgraciados temerarios en las ruinas de Nombre de Jesús. En Rey don Felipe sólo quedaban en pie la iglesia y la horca. De ésta pendía el cadáver de un español. Dentro de las casas los cuerpos tendidos conservaban sus ropas...

* Memorial de 21 de noviembre de 1591. V. Medina, Documentos, T. 254.

Gobiernos de don Alonso de Sotomayor y de don Martín García Oñez de Loyola. Catástrofe de Curalaba.

LOS últimos acontecimientos habían cambiado, por fin, y al parecer definitivamente, el concepto que la corona se había formado sobre Chile. Ya no se trataba de mantener un pequeño ejército que sometiera las irreductibles tribus araucanas, sino de hacer frente a la amenaza misma del Perú, que la impunidad y la indefensión del Estrecho habían espoleado con la codicia de los piratas ingleses. Era necesario fortalecer las defensas de Chile y enviar a esta colonia, para ello, a un hombre dinámico e inteligente. Con indudable acierto, Felipe II halló estas condiciones en el joven capitán de los tercios de Flandes don Alonso de Sotomayor, nombrándolo gobernador el 19 de marzo de 1591. (Fig. 80.)

El triste concepto que el nuevo mandatario se había formado de su gobernación empeoró en contacto con la realidad. “Hallo este reino afligidísimo, pobre y disipado de todos los medios que me pueden ayudar...”, escribía al rey una semana después de tomar el mando. Esta visión objetiva y clara de la realidad hizo que su primera medida de gobierno fuera la abolición de la tasa de Gamboa, volviendo al sistema de Santillán, eso sí, humanizándolo todo lo que permitían las circunstancias, con la pretendida conciliación de la necesidad de trabajo útil y el trato humano de los indígenas. Prueba de los buenos propósitos que lo animaban fué la serie de durísimos castigos con que reprimió los abusos de ciertos colonos con sus encomendados.

Desde la iniciación de su primera campaña fué perfilando un plan de operaciones que se basaba en la política que Pedro de Valdivia no pudo llevar al éxito por falta de recursos



GOV'D ALONSO DE SOTOMAYOR MARQUES DE VILLA HERMOSA

Decepción de
Sotomayor

El plan de
campana

FIG. 80.— SEGÚN OVALLE.



FIG. 81.— LOS CORSARIOS EN QUINTERO. SEGÚN DE BRY.

y de hombres: proteger la comarca ocupada con un fuerte o una ciudad y ligarlos entre sí por medio de grupos volantes que deshicieran las juntas de indígenas y dominaran sus rebeliones.

Para llevar a cabo tan sensato proyecto hacían falta recursos y un ejército de por lo menos cinco mil hombres. El retraso en la difícil llegada de estos elementos y la creciente desmoralización de soldados y pobladores redujeron a la postre a la impotencia al joven gobernador. Aun así hubo de hacer frente a las correrías de otro pirata inglés, Tomás Cavendish, que fondeaba el 9 de abril de 1587 en Quintero (Figs. 81 a 83).

La temeridad de los corsarios fué causa de una pequeña derrota habida en el propio Quintero, con la muerte y prisión de 10 ingleses, mas tuvo la virtud de espolear el envío de refuerzos del Perú, gobernado a la sazón por don García Hurtado de Mendoza. El nuevo virrey veía la guerra de Arauco con la misma mentalidad de su campaña de joven inexperto y, con el refuerzo exiguo de 200 hombres, envió a Sotomayor instrucciones que inutilizaban el primitivo plan de éste. Convencido de la esterilidad de su esfuerzo, cumplió

disciplinadamente las órdenes recibidas y decidió informar él mismo a don García de la situación.

A pesar de que sus propósitos se estrellaron con la eterna falta de recursos, el paso de Sotomayor por Chile dejó la conciencia de un carácter y una inteligencia muy superiores a los de sus antecesores, que la administración colonial no iba a ver de nuevo hasta la llegada de Alonso de Ribera.

Los acontecimientos políticos y militares insistentemente señalados habían establecido un círculo vicioso al parecer insoluble: la naciente colonia era demasiado embrionaria para hacer frente al poderío mapuche, y lo era porque la guerra de Arauco consumía su vitalidad. Para hacer frente a tan angustiosa situación, la corte había designado como gobernador al sobrino de un antiguo virrey del Perú, con la oposición del entonces en el poder, don García Hurtado de Mendoza. El nuevo gobernador de Chile, don Martín García Oñez de Loyola, había demostrado en su juventud arrestos que le valieron una aureola de prestigio, apenas disminuída por su posterior actividad de comerciante. Con la madurez de los años, don García se había dado, al fin, cuenta de una de las fallas permanentes del gobierno de Chile. En carta al secretario de Felipe II corrobora sus anteriores juicios achacando "la causa de haberse perdido aquella tierra" a "que, cuando un gobernador la va entendiendo, se envía otro en

Sotomayor
regresa a Lima

El círculo vicioso
de la guerra de
Arauco

Don Martín
García Oñez de
Loyola

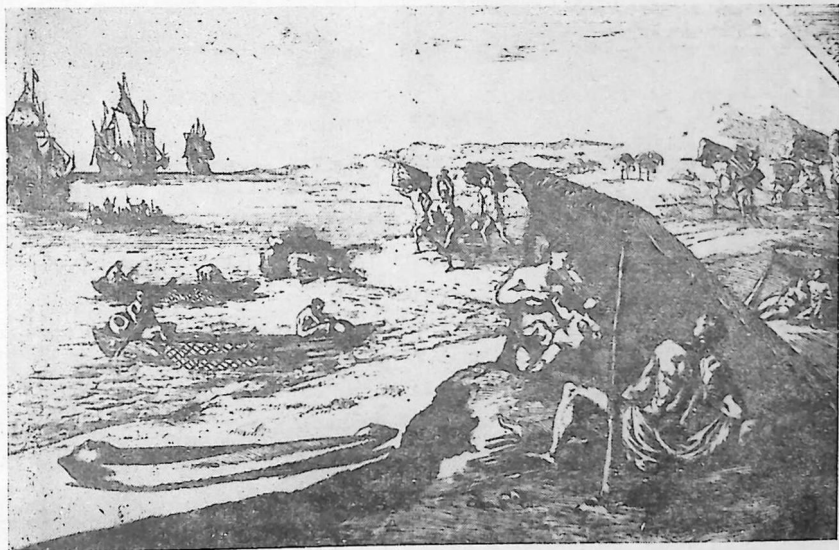


FIG. 82.— CAVENDISH CARGA PERTRECHOS EN LAS COSTAS CHILENAS EN "TWEER-
MAAR DE/SCHEEPS-TOGTEN,/... IN HET JAAR 1586.



FIG. 83.—LA MOCHA, PRIMERA ETAPA EN LAS INCURSIONES PIRATICAS AL PACIFICO.—GRAB. DE BRY.

su lugar, que torne a deshacer cuanto él ha hecho”, y en otro párrafo insiste en “que cuanto hemos hecho ha de volver muy atrás con esta provisión (el nombramiento de García de Loyola) y despoblarse lo de Arauco, que andaba en buenos términos *. Pronto veremos de qué trágica manera se cumpliría el vaticinio del virrey.

Con la llegada del nuevo gobernador iba a repetirse lo que ya ganaba caracteres de constante inveterada. A la solicitud de auxilios del Perú se repetían las demoras y trámites, por la dificultad de enrolar temerarios que quisieran venir a Chile; mas la aparición de nuevos corsarios espoleaba tales necesidades y las ponía de manifiesto con gran relieve. En esta ocasión fué el novelesco Ricardo Hawkins el encargado de llevar la alarma hasta Lima.

Hawkins, el pirata
gentleman

Hawkins era un *gentleman* corsario, que utilizaba el pillaje como único medio de financiar sus ansias de ver mundo y de costear sus andanzas. Con facilidad se apoderó de los cuatro barcos surtos en Valparaíso a su llegada,

* Carta de 28 de abril de 1592. Vid. Medina, “Documentos”, T. 230, N.º 5.933.

sin obtener un botín abundante, y, en un rasgo caballeroso característico, devolvió el cargamento que no le servía a cambio de una modesta suma, y dejó en libertad a los marineros apresados.

Cansado de esperar refuerzos que no llegaban nunca, Oñez de Loyola decidió emprender por su cuenta una nueva campaña de pacificación con los 174 soldados que había logrado reunir, y convencido, a las primeras escaramuzas, de que sin más hombres nada podía hacer, resolvió pedirlos directamente a la corte. Al fin se logró reunir en el Perú un pequeño contingente de 215 soldados bisoños, con los que el gobernador intentó otra campaña que habría de acarrear trágicos resultados.

Mientras tanto, la permanente amenaza de la fatalidad, ensañada con los míseros habitantes de Chile, se había presentado, esta vez, en forma de una mortífera inundación en Santiago, que arrasó vidas y viviendas.

Oñez de Loyola ocultaba en su aspecto fiero un carácter bondadoso y contemporizador que le hizo iniciar una nueva y desastrosa política con los mapuches derrotados en las ligeras escaramuzas habidas. Los indígenas apresados eran puestos de inmediato en libertad, con el compromiso de no entrar de nuevo en guerra, y se les aprovisionaba con herrajes para arar y cavar la tierra, cuchillos, hachas, vituallas, "y con esta confianza y suavidad se le fué rindiendo de paz mucha gente y castigaba grandemente cualquier agravio que a los indios se hiciese" *. La psicología del mapuche veía, naturalmente, en esta actitud, una manifestación de debilidad. Pronto el hierro obsequiado se fué transformando en puntas de lanza, que tonificaron los armamentos indígenas a

Oñez de Loyola
emprende la
campaña trágica



FIG. 84.— DIEGO FLORES DE LEÓN, CONDUCTOR DE LOS REFUERZOS PERUANOS.

* Carta al rey del Vicario de Santiago, don Melchor Calderón, de fecha 12 de enero de 1598.

más de los cuchillos y armas que entregaba a los de paz con ánimo de ayudarlos en sus luchas contra las tribus vecinas.

El desastre de
Curalaba

Con la llegada del segundo refuerzo peruano, Oñez de Loyola creyó encontrarse en condiciones favorables para iniciar una campaña a fondo, que contrarrestara las noticias de un próximo alzamiento general del pueblo mapuche. La ocasión la deparó el terreno, al ordenar Oñez el descanso en Curalaba, soltando los animales y dispersándose el ejército sin colocar guardias. El cacique Pelantaru aprovechó la propicia ocasión y cayó al alba sobre el campamento. El gobernador peleó como un bravo hasta caer acribillado a lanzazos, y otro tanto ocurrió con el resto de sus hombres. Sólo quedaron dos supervivientes.

Las consecuencias del desastre de Curalaba fueron enormes. A los factores de desmoralización de los españoles se unía la conciencia de su inferioridad militar. Y los mapuches veían fructificar el logro de una política de acumulación de energías que se había gestado durante más de cinco años.

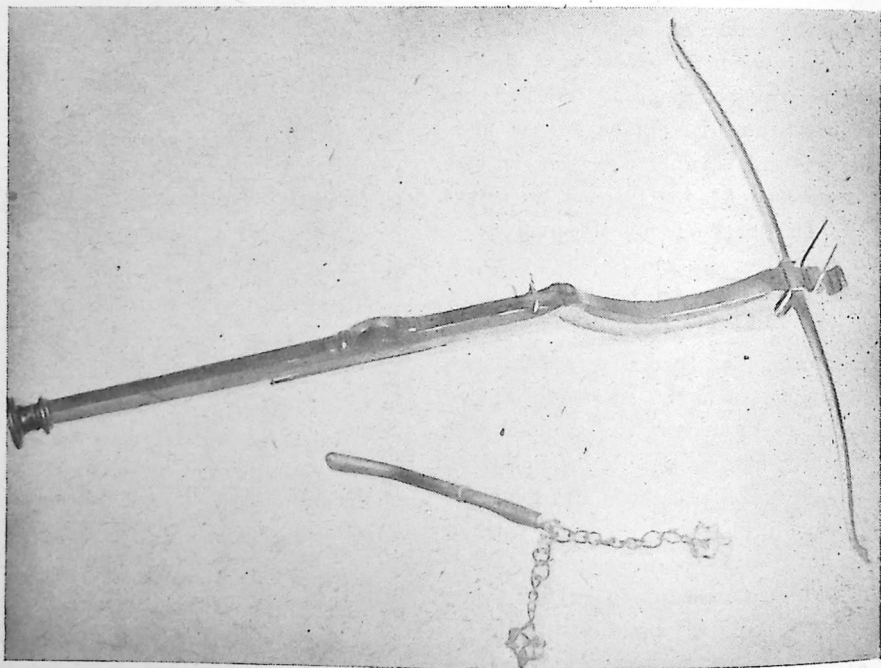


FIG. 85.— BALLESTA PARA FLECHAS Y CADENAS OFENSIVAS.
(Museo Histórico Nacional.)

XII

Panorama general de Chile hacia 1600.

HEMOS llegado, en el encadenamiento sistemático de los acontecimientos que moldearon el espíritu de la Conquista y primeros pasos de la Colonia, al punto climatérico, angustioso y sin esperanza en que un grupo de españoles, superando la adversidad de las circunstancias, seguía resuelto a moldear un país que ya había hecho suyo con el tesón y la constancia que eran patrimonio heredado del espíritu creador de Pedro de Valdivia. Bueno es, por tanto, y a estas alturas, detener brevemente tal encadenamiento y analizar la situación general del país en la etapa que cierra el siglo XVI.

El problema moral más grave planteado a los españoles en el primer medio siglo de vida chilena era el trato al indio, y, por ende, la legitimidad de la guerra de Arauco. Frente a la actitud realista, objetiva y ambiciosa del conquistador y del encomendero se alzaba la posición del místico, que había traído de España todo el caudal de utopismo que animó las esencias del renacimiento ibero. Las predicaciones de fray Gil de San Nicolás, que minaban la moral de los soldados insistiendo en la tesis de que los mapuches defendían su libertad y su suelo y que, por tanto, la guerra no era bienquista del cielo, encontraban apoyo moral y material en parte del clero. Mas como la realidad imponía cierta moderación en la tesis de los religiosos, el obispo González de Marmolejo creyó resolver el expediente encargando el problema a una junta de teólogos que debía resolver sobre tres puntos: 1º ¿Hay derecho a hacer la guerra a los indígenas?; 2º Si la guerra era lícita, ¿en qué forma debería hacerse y cómo deberían ser tratados los indígenas vencidos?; y 3º ¿Cuáles eran las obligaciones de los encomenderos con los indígenas de sus respectivos repartimientos? El informe hábilmente redactado por el maestro Francisco Paredes dejaba a todos, al parecer, satisfechos. En esencia, sostenía que los indígenas, como súbditos del rey, no podían rebelarse de la obediencia debida a su representante, el gobernador, y, basándose en esta posición tinterillesca, la guerra en tales condiciones no sólo era lícita, sino aun obligatoria. Los indios, como súbditos del rey, tenían derecho a dirimir legalmente sus pendeencias con los españoles, sin que les fuera permitido acudir a la venganza o a la rebelión. En cuanto a los deberes del encomendero, se establecía taxativamente que eran obligatorios para éste la justa retribución de su trabajo y el buen trato, y se establecía que, para velar por el cumplimiento de tales deberes, el confesor tenía atribuciones para exigirlo así del penitente.

El trato del indio y la legitimidad de la guerra

El artilugio de Francisco de Paredes

Pendencias entre
las órdenes



FIG. 86.—ENTRADA A UN PATIO DEL HOSPITAL SAN JUAN DE DIOS. OLEO DE ALVAREZ URQUIETA. (MUS. HIST.)

El ataque a los
agustinos

Como contraste con esta actitud altruísta del clero, el establecimiento de las diferentes órdenes religiosas que se asentaban en Chile daba lugar a dramáticas e increíbles pendencias que alborotaban los ánimos de los escasos pobladores de Santiago por largas temporadas. Dominicos y franciscanos habían sido las primeras órdenes afirmadas en el país. La llegada de los agustinos en 1595 inició la serie de disputas que iban a minar el prestigio de los religiosos por mucho tiempo. El anuncio de un jubileo plenísimo puesto por la nueva orden en la puerta de la iglesia fué arrancado de ella, iniciando las hostilidades que culminaron una triste noche con el desvío de una acequia que inundó completamente el convento de los agustinos, sin producirse, por fortuna, desgracias personales. A juicio de los atacantes, no bastó tal escarmiento, y pocos días después, luego de cerrar las puertas y poner guardia armada que impidie-

ra la salida de los prisioneros, colocaron hachones en los puntos estratégicos del edificio, especialmente uno "diforme de largo y ancho en la sacra efigie de San Agustín, nuestro padre, que debía ser el blanco de sus odios. Y pegaron fuego... y en breve se alzó de varios puntos el incendio"... La versión del testigo presencial, el Padre Torres *, completa un cuadro de horror, increíble en cuanto a la pasión y el ensañamiento: "Con el gran ruido despertaron asustados nuestros religiosos, y, reconociendo el cercano peligro, turbados y confusos, intentaron salir..., por temor del fuego... Pero huyendo los nuestros de un peligro se encontraron con otro: porque al abrir las puertas, los hacía retraer adentro... una espesa lluvia de pedradas y el pavor de caer en las puntas de las lanzas y espadas que les mostraban los incendiarios..., y viéndose tan tristes y afligidos, acosados por las piedras... y amenazados por las llamas, daban lastimosas voces pidiendo con lágrimas y ruegos... a sus enemigos clemencia... Estos con desprecio respondían: "Morir, perros". Con el destello

* P. Víctor Maturana: Historia de los Agustinos en Chile, T. I., p. 47.

de la desesperación, se les ocurrió a los desgraciados agustinos "arrojarse desnudos a los corrales por unas ventanas altas de las celdas... Salióse bien purificada su paciencia; y así, turbados y medrosos, se escondieron... , donde esperaron a que pasase el furor sin ser vistos".

La llegada de los jesuitas en 1593 no acarreó otro choque de este jaez, por el enorme arrastre que traían de España. Pronto habían de ejercer una influencia extraordinaria en el desarrollo de la Colonia.

Bajo la advocación de Santa Isabel de Hungría se había fundado en Osorno el primer monasterio de religiosas, al que siguió otro, instituido en Santiago por iniciativa del Cabildo. En 1582 se instalaban las monjas clarisas en La Imperial y, como las de Santiago, enseñaban el catecismo a los indios y tenían pensionados para las hijas de los españoles.

Según el informe del oidor Celada de 1610, hacia esta época había en Chi- El clero en 1610



FIG. 87.— EL OBISPO SANMIGUEL.

Monasterios de religiosas.

GREGORIO DECIMOTERCIO SVMMO
PONTIFI CE PHILIPPO SECVNDO IN DIARVM
REGE CATHOLICO



FRATER ANTONIVS DE SAMTMIGVEL
PRIMVS EPISCOPVS IN PERIALSIP SEHANC
BENE DIXIT ECCLESIAM DIVO MATHEO
APOSTOLO ANNO DOMINI 1577 VIGE
SIMA QVARTA DIE MENSIS NOVEMBRIS

Es copia de la inscripción, y corte de la Piedra fundamental de la Iglesia Parroquial de la antigua Ciudad de Osorno en Chile, hallada en las ruinas de sus cimientos el 2 de Enero de 1776.

Jgn. de Andueza Varela

FIG. 88.— INSCRIPCION DE LA ANTIGUA IGLESIA PARROQUIAL DE OSORNO EN HOMENAJE A FR. ANTONIO SANMIGUEL, PRIMER OBISPO. COPIA DEL SIGLO XVIII.

le cincuenta y un franciscanos, cuarenta y ocho mercedarios, cuarenta y siete dominicos, veintitrés agustinos y veintidós jesuítas; en total, ciento noventa y un religiosos. Este clero constituía un conjunto bastante abigarrado. Con el tiempo fué acentuándose el contraste entre los letrados cultos y los que no hacían gran honor al hábito, que no sólo carecían de conocimientos mínimos, sino que, además, dirimían sus contiendas intestinas con una pasión y una falta de caridad ciertamente muy poco cristianas.

La Inquisición

La Inquisición inauguró sus actividades en Chile con menos violencia que en otras partes de América, a pesar de la soñada causa instruída contra Francisco de Aguirre, en Lima. Se le acusaba de haber afirmado que con sólo la fe se pensaba salvar; que no era necesario oír misa, pues bastaba la contrición y encomendarse a Dios con el corazón; que si viviesen "en una República un herrero y un clérigo, habiendo de desterrar a uno de ellos, que preferiría desterrar al sacerdote", que (como ya hemos citado) se hacía más servicio a Dios en hacer mestizos que el pecado que con ello se cometía", etc. Dada la gravedad de los cargos, se le condenó a la retractación pública y una multa de mil quinientos pesos en plata. Los procesos de la Inquisición en Chile se basaron en acusaciones fútiles y las penas fueron muy benignas.

La mayor parte de los procesos instruídos por los primeros comisarios del Santo Oficio en Chile tuvieron como causa fundamental la corrupción del clero. Muchos provienen de haber solicitado el sacerdote en el confesionario a sus feligresas para cometer "actos torpes y feos", que se perpetraron en la sacristía y aun "en presencia de los santos". El mercedario sevillano fray Juan de Ocampo hubo de padecer varias penas espirituales, entre otras, la privación de sus atribuciones de confesor, en castigo de una larga serie de abusos cometidos con indias y del intento de seducción de varias españolas.

Como en España y el resto de América, eran naturalmente castigados con mayor dureza las sospechas de luteranismo y los tildados de judaizantes o de moriscos. Íñigo López de Modragón solicitaba en 1560 del rey, en nombre de las ciudades de Santiago, Concepción y La Serena, la persecución de los individuos "con raza de moros, de judíos y de confesos, a los franceses y de otras generaciones que han pasado a Chile sin licencia"...

Evolución y formas de la guerra de Arauco

Durante el período embrionario de la colonia chilena, la guerra de Arauco absorbió casi todas las energías de gobernantes y pobladores, presentando a través de la segunda mitad del siglo XVI un ritmo más o menos uniforme. Don García Hurtado de Mendoza había aplastado aparentemente al pueblo mapuche, reducido a la tercera parte de su población por el hambre y el tifus. Cuando los araucanos comprobaron que el flamante ejército de cuatrocientos cincuenta hombres se había diluído en las necesidades colonizadoras, intentaron de nuevo expulsar al invasor en los períodos correspondientes a los gobiernos de Fran-

cisco y Pedro de Villagra. Sólo Bernal del Mercado, el más insigne capitán que formara la guerra de Arauco, lograba con nuevos refuerzos abatir una vez más su poderío, que resurgía bajo los mandatos de la Audiencia y de Bravo de Saravia. Durante su segundo gobierno, Rodrigo de Quiroga consiguió hacer respetar de nuevo las armas españolas; mas, al final del mismo, la balanza se inclinaba otra vez del lado mapuche. Sin los refuerzos de Sotomayor, don Martín Ruiz de Gamboa habría sucumbido fatalmente. El último gobernador del período (1583-1592) había traído de España y Perú casi mil soldados. Frente a sus fuerzas, los mapuches siguieron la táctica de no presentar combate, y cuando entregaba el mando a Oñez de Loyola, apenas podía sostener las ciudades del sur.

En violento contraste, mientras la energía acumulada a trompicones por los españoles se gastaba entre refuerzo y refuerzo, la vitalidad mapuche crecía fortalecida más cada vez. La guerra había cambiado de aspecto varias veces, y siempre por iniciativa araucana. La tromba ciega que se lanzara en forma suicida a clavarse en las lanzas del enemigo en las batallas de Reinogüelén y Quilacura comenzaba a combatir inteligente y económicamente en Andalién, y superaba a sus rivales en Tucapel y en Marigüeñu. Pronto renunciaron a medirse con los españoles en campo abierto, luego de ensayar la guerra de posiciones con éxito alternado. Elegían hábilmente una loma o el flanco de un cerro y lo fortificaban, guardando, por supuesto, la retirada, y desde estos lugares hostilizaban a los españoles hasta forzarles al asalto. Paulatinamente la guerra de posiciones se fué transformando en una guerra de recursos; se aprovechaban el terreno montuoso y las ciénagas para desgastar al enemigo, economizando sus hombres y hostilizando permanentemente a los españoles con el robo del ganado, el incendio de los edificios y la tala de los sembrados. "No ignoran ningún ardid ni engaño de los que se pueden usar en la guerra, lo que causa admiración ver tan dispuestos y propios unos bárbaros en materia y cosas tan delicadas como son las de la guerra" (*). "No pelean más que a su ventaja", rehuendo el combate cuando las condiciones no son propicias.

La iniciativa
mapuche

Los españoles, por su parte, casi siempre a la zaga, amoldaban su política militar a los progresos mapuches, achacando con razón muchos de sus fracasos a las interminables demoras en el envío de refuerzos y a la manía de cambiar los gobernadores cuando éstos habían ganado ya la experiencia personal imprescindible para hacer frente a situaciones tan nuevas como peculiares.

Rectificaciones
en la política
militar de la
conquista

Su política militar se basó en la táctica instaurada por Pedro de Valdivia: fundar fuertes y ciudades en el corazón del territorio enemigo para proteger a los colonos y a los cultivos en las zonas conquistadas. A pesar de ello, Angol

* Olaverría.

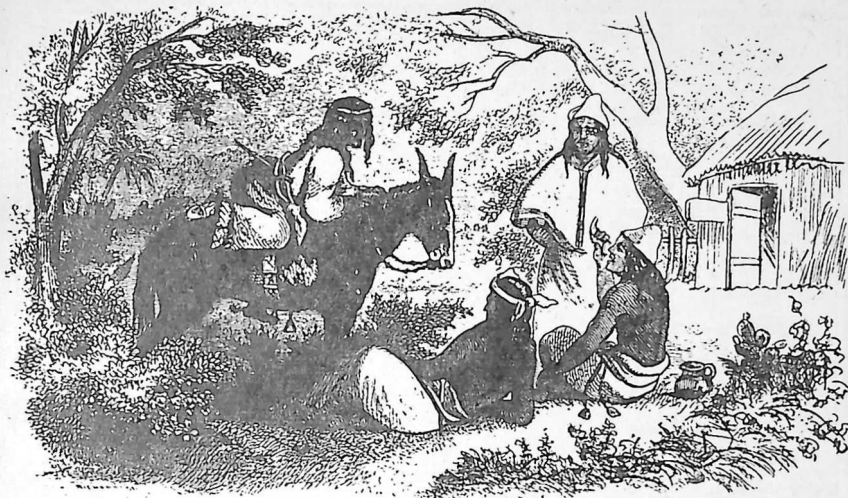


FIG. 90.—INDIOS PEHUENCHES, SEGÚN SMITH.

y La Imperial, primero, y Valdivia y Osorno, después, se vieron constantemente amagadas por las incursiones diarias de bandas de indios que arrasaban los campos y daban muerte a los desprevenidos, sin que de nada sirvieran los varios escarmientos llevados a cabo con la ferocidad de una guerra sin cuartel durante las campañas punitivas de primavera y verano.

Ante el fracaso de tales fundaciones y campeadas se intentaron numerosas fórmulas, casi siempre a espaldas de la corona, que se estrellaban invariablemente contra la voluntad de resistencia del pueblo mapuche. Después de más de tres siglos de pelea, en 1880, los caciques repetían la respuesta de sus lejanos progenitores a los requerimientos de paz: “¿Por qué pelear?... ¿Por qué quitar la tierra?”

Un factor esencial, en la interpretación de la guerra de Arauco, que aclara muchas de sus incomprensibles facetas, es el hecho de que, en definitiva, no fué una guerra de españoles contra araucanos, sino de indios afectos capitaneados por españoles contra indios comandados por sus caciques y, más tarde, por mestizos o renegados españoles, como Alonso Díaz o el cura Barba. El objetivo juicio de González de Nájera corrobora la importancia de la ayuda de los indios auxiliares: “Los indios amigos sustentan en la guerra nuestros caballos, son los que fabrican nuestros fuertes y los que atrincheran y fortalecen nuestros cuarteles. Son seguros y diligentes mensajeros para despachar cartas por tierras peligrosas en casos de avisos importantes. Pasan a nado caudalosos ríos, sin mojar las cartas... Son los más capitales enemigos que tienen los indios rebeldes

Lucha de
indígenas
entre sí

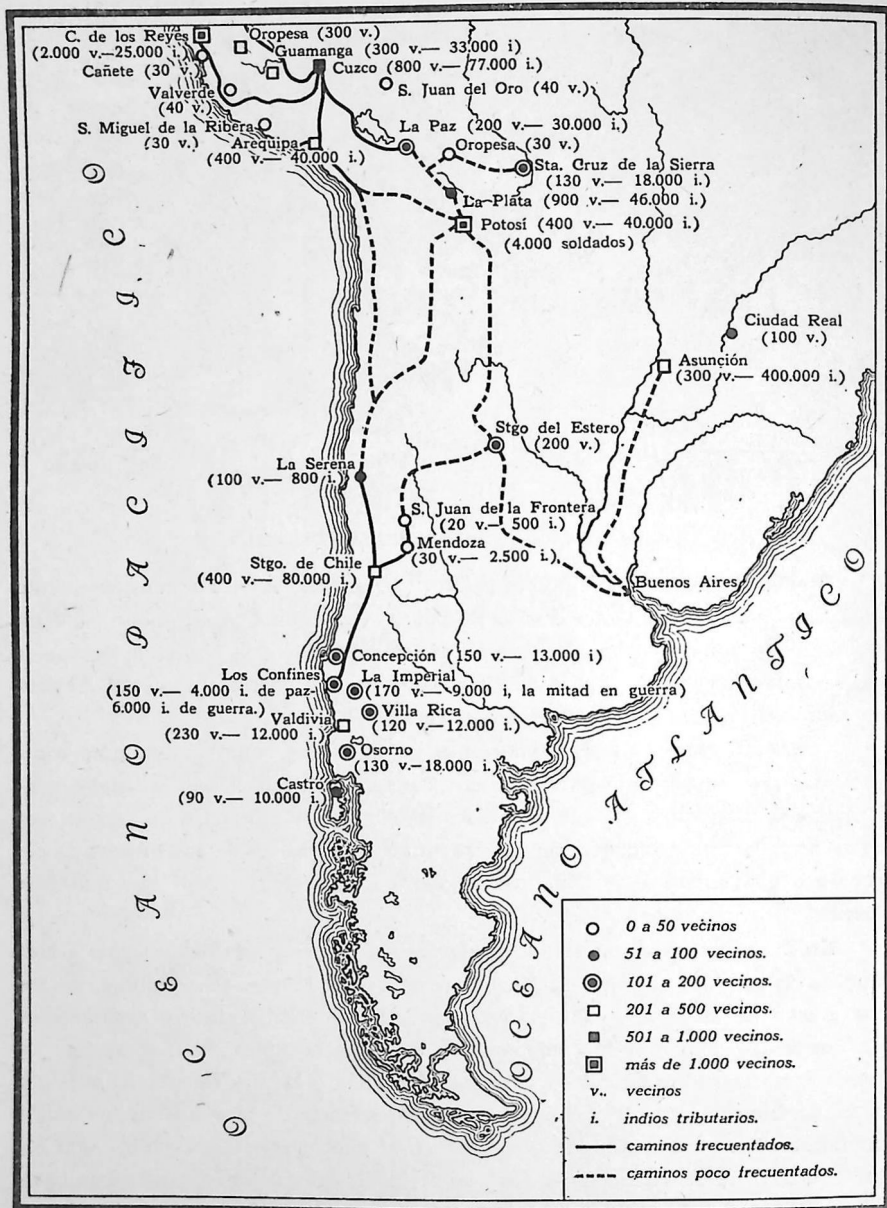


FIG. 91.—POBLACIÓN DE AMÉRICA DEL SUR HACIA 1570, SEGÚN LÓPEZ DE VELASCO.

o de guerra, y de quien reciben los mismos rebelados mayores ofensas, demás de ser con ellos cruelísimos... Son fieles centinelas y atalaya en las emboscadas que hacen nuestros españoles y en las que ellos ponen son muy sufridos y cuidadosos... Pelean con valor, hasta morir por los nuestros". Este juicio de González de Nájera, no obstante, es sólo válido para la actitud del auxiliar cuando las cosas iban bien; mas, cuando la faz del combate de tornaba indecisa o negativa, los indios amigos huían o se pasaban al enemigo, con lo que los españoles oscilaban, sin transición, de dueños y señores a pobres desamparados que clamaban al cielo por la ayuda que los sacara de su aflictiva situación (fig. 90).

Cabría suponer que, en tales circunstancias, la guerra debería condicionar el desarrollo social, aniquilándolo en razón misma de su propia violencia y absorbiendo toda la capacidad organizadora de los españoles. Los acontecimientos demuestran que no aconteció así, y los factores esenciales que produjeron el fenómeno fueron, de una parte, el hecho de que muchos de los españoles atraídos por la guerra acababan de colonos, comerciantes o industriales; de otra, la incorporación a la tarea colonizadora del mestizo, y, especialmente, la apertura del mercado del Perú, con los progresos náuticos, que permitían dar cada vez mayor salida a los productos chilenos. Estos factores condicionan e impelen el desarrollo de la población, de la agricultura, de la ganadería, del comercio, es decir, de los aspectos fundamentales del desarrollo económico y social de la embrionaria colonia.

Consecuencias
sociológicas de la
guerra de Arauco

La población de Chile, que con los acompañantes de don García Hurtado de Mendoza contaba apenas mil españoles, casi todos soldados, en el medio siglo transcurrido se había duplicado, gracias a los refuerzos que partían de España o del Perú. En este período se había formado como clase la de los meztizos y mermado el número de indios chilenos y yanaconas de origen peruano. La guerra de Arauco condicionó la situación especial de Chile dentro de la política colonial en Indias, de tal modo que, para una población de 15.000 españoles en toda América hacia 1550, habían llegado a Chile más de 3.600, que tanto las guerras como las deserciones y la viruela habían disminuído en más de un tercio (fig. 91).

La población
española

El desarrollo del mestizaje fué rápido. El soldado español se ayuntaba con cuanta india picunche, huilliche o mapuche encontraba a mano. Estimando subjetivamente el número de mestizos en el total de españoles llegados, la fecundidad de la mujer aborigen y la alta mortalidad de la época, puede llegarse a una cifra aproximada de quince mil hacia 1598.

El mestizo

La adecuación social del mestizo tomó tres direcciones definidas: una parte, tal vez de dos o tres mil hombres y otras tantas mujeres, constituyó las primeras familias de los conquistadores; otro núcleo, el de los engendrados en



FIG. 92.—ELABORACIÓN DE "MUDAI" POR MUJERES ARAUCANAS, SEGÚN SMITH.

los azares de la guerra, siguió el camino de las madres y revertió en el aborigen; el resto quedaba en las estancias o en las ciudades, como artesanos, domésticos o empleados, constituyendo el basamento del pueblo chileno.

La población
indígena

Al finalizar el siglo, la población indígena había disminuído mucho. El oídor Celada informaba poco después que "habiendo sido este reino uno de los más poblados de todas las Indias y que ha habido en él encomenderos de dos a tres mil indios, no hay al presente encómienda que pase de cien indios, y casi todas son de cuarenta, cincuenta, sesenta indios". En total, calcula que entre La Serena y Concepción no había más de cinco mil seiscientos indios encomendados.

En general, el español tenía buen cuidado de velar por las vidas del indio de paz. Su disminución se debía, especialmente, a las mortandades provocadas por el hambre, la viruela y el tifus. Gómez de Vidaurre señala que la merma de la población india tiene "otra causa evidente, que no es el hierro y crueldad de los conquistadores. Esta está en las viruelas que ha introducido la Europa en estas partes..., que de cien naturales atacados della, apenas

sale bien uno". Contribuyó también al decrecimiento de la población indígena la disminución de la natalidad, tanto por la muerte de los mozos en la guerra como por la ausencia de los varones en los hogares. Entre estos factores, el que menos participó fué, sin duda, la guerra misma, porque en la de Arauco no hubo grandes matanzas en masa. Rara vez pasaron de quinientos los muertos mapuches y nunca de mil. Por último, el trabajo de los indígenas en las minas, que fué señalado por los continuadores en Chile del espíritu del Padre Las Casas como la causa principal en la merma del indio, actuó, probablemente, como preservador, pues si bien fueron muchos los aniquilados por algunos encomenderos sin entrañas, la severa disciplina los salvaba, por otra parte, de las luchas intestinas, de las venganzas inspiradas por el admapu y de las hambrunas.

Un cálculo aproximado de la población hacia el final del período que nos ocupa señala unos dos mil cuatrocientos españoles, unos cuatrocientos ochenta mil indígenas, radicados casi todos al sur del Bío-Bío; unos diecisiete mil mestizos y unos cinco mil negros, mulatos y zambos (figs. 92 y 93).

Los progresos náuticos habían contribuído considerablemente a tonifi-

La navegación

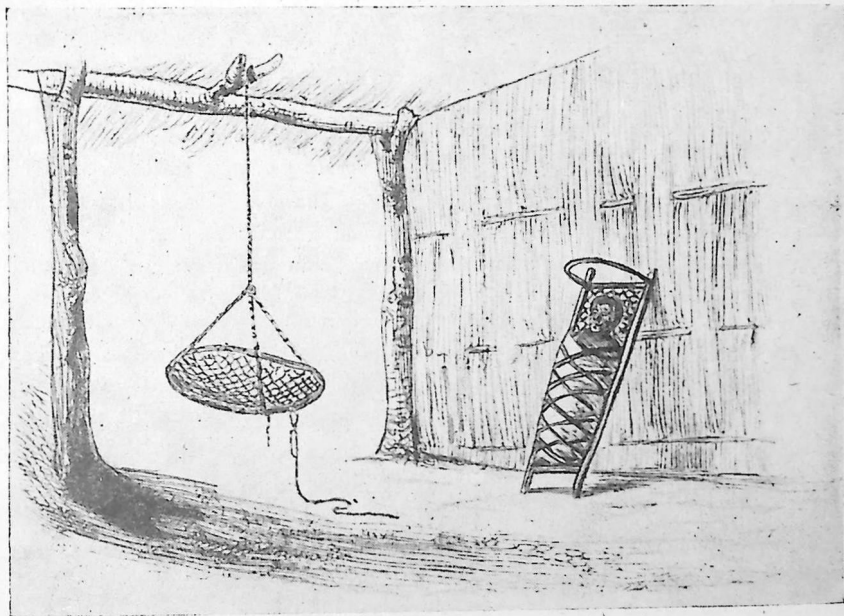


FIG. 93.—NIÑO MAPUCHE Y CUNA, SEGÚN SMITH.



FIG. 94.—VIÑETA QUE EXORNA EL RETRATO DE SOTOMAYOR EN LA OBRA DE OVALLE.

car el comercio con el Perú, desde el viaje de Juan Bautista Pastene, en 1547. En la apasionante historia de las navegaciones del litoral chileno, ganaron categoría de héroes Ladrillero, Hernando Lamero y Juan Fernández. Por las proyecciones de sus descubrimientos, trasciende más la figura de este último, oscuro piloto que se aventuró a esquivar la corriente de Humboldt, descubriendo las islas que llevan su nombre. Lamero había observado, en su viaje a las islas Salomón, que el régimen de vientos cambiaba a medida que se alejaba de la costa del Pacífico. Llevando a la práctica este principio, Juan Fernández llegó desde el Callao a Valparaíso en treinta días, en vez de los noventa que se empleaban como término medio. Las exhaustivas investigaciones de Medina han contribuido a poner en claro la participación de Juan Fernández en el descubrimiento de Australia, que ratificaron en su

tiempo los historiadores ingleses Darlymple y Burney. El memorial de Juan Luis de Arias a Felipe III comprueba, sin lugar a dudas, el descubrimiento de Nueva Zelanda por Juan Fernández, y la relación del encuentro de grandes ríos ha hecho suponer a otros escritores que, efectivamente, había llegado a Australia.

Comercio con el Perú

El comercio con el Perú se había iniciado con el intercambio de oro en polvo chileno y mercaderías europeas reexportadas desde Lima. Hacia el final del siglo, absorbía casi toda la capacidad de producción chilena en forma regular. Las mercaderías españolas llegaban a Chile sólo con un recargo del 30 o el 50%, en vez de la multiplicación desmedida de su valor como en el período inicial, y el retorno chileno no se limitaba al oro, sino que poco a poco fué incrementándose con sebo, cordobanes, badanas, vino, maderas, manzanas, aceite, cobre, cáñamo, carne salada, tocino, cocos, aceitunas, puercos, etc. Todas las relaciones de las presas logradas por los piratas británicos y holandeses, en Valparaíso (especialmente Drake, Hawkins y Van Noort), dan cuenta de

nutridos cargamentos que comprueban la magnitud de las exportaciones chilenas al Perú.

Los barcos que hacían el tráfico eran pequeños, y, desde luego, inseguros; mas, a pesar de este grave inconveniente, la exportación regular al Perú había servido para normalizar el incipiente desarrollo agrícola chileno. La producción chilena excedía las escasas necesidades internas, de tal modo que, al crecer las demandas peruanas, aumentaban correlativamente las plantaciones chilenas, y, en reciprocidad, al decrecer aquéllas mermaban los cultivos.

El tráfico
marítimo

Tanto estos avances en el terreno económico como los que van a incrementarse con el tiempo eran consecuencia, como hemos visto, del ajuste entre la dirección del español y el brazo del indígena, incubado en el régimen mismo de la encomienda. En los albores de tan incipiente economía se destacan las figuras de Antonio Núñez y Juan Jufré. El primero, dueño de varias estancias, realizaba el comercio con el Perú en buques de su propiedad, que logró gran desarrollo gracias a los trabajos en sus astilleros de Concón. El segundo, esforzado capitán de la conquista desde su llegada con Pedro de Valdivia, había sido un verdadero señor feudal en la zona del Mataquito al Maule, además de hombre de empresa, fundador del molino en el San Cristóbal y de una fábrica de tejidos en Peteroa.

En vísperas de la catástrofe de Curalaba, la producción agrícola excedía extraordinariamente a las necesidades del consumo interno. González de Nájera dice: "Es toda aquella tierra tan fértil y abundante de mantenimiento en todas las partes que se cultivan, que casi todos los de las tierras de paz y pobladas comen de balde"... En La Serena la multiplicación de los olivares permitía exportar regularmente el aceite al Perú. Entre el Maule y el Bío-Bío, los cultivos aumentaron también en gran número y las excelentes viñas ganaban desde entonces mercados extranjeros.

La ganadería, como no estaba sujeta a la demanda peruana, progresó aún con mayor rapidez que la agricultura. Los vacunos traídos del Perú en cantidades reducidas se habían multiplicado rápidamente, aunque no tanto como los puercos y las ovejas. El ganado, en aquel tiempo, se criaba "para sólo sacar el sebo y los cueros, dejando perder las carnes así de carneros como de vacas y capados y haciendo cordobanes y badanas que llevan con el dicho sebo e vender al Pirú". Gregorio Serrano, hombre minucioso y exacto, calcula que entre el 23 de diciembre de 1598 y el 15 de octubre de 1600 fueron arrebatadas por los indios, en las ciudades del sur, no menos de quinientas mil cabezas, entre puercos, cabros, ovejas y vacunos.

Ganadería

La multiplicación del caballo, iniciada antes que la del vacuno, se había arruinado, tanto por los saqueos de los mapuches como por las continuas derra-

Incipientes
industrias

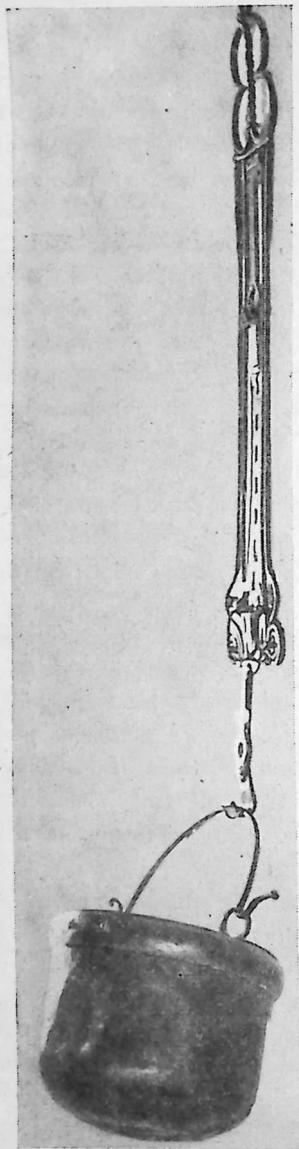


FIG. 95.—CALDERO DE COBRE
DEL S. XVI (MUS. HIST. NAC.)

mas entre los colonos que forzaron a trocar su reproducción por la de las mulas. A fines del siglo XVI el precio del caballo, había vuelto a subir hasta ciento cincuenta pesos, cuando un vacuno valía un peso cincuenta. En violento contraste, los mapuches disponían, hacia aquella fecha, de más de diez mil caballos.

Los establecimientos industriales se iniciaron con los primeros molinos de piedra en Santiago y los astilleros de Concón. El de Antonio Núñez construía, en 1596, una fragata destinada a la carrera del Callao. El de Constitución, que subsiste hasta hoy, lo fundó Juan Jufre, pasando después a poder de los jesuitas, y a él siguieron los de Lirquén, Concepción, Valdivia y Chiloé, capaces de construir no sólo lanchas y botes, sino también buques aptos para hacer el tráfico al Perú.

La proliferación del ganado estimulaba el desarrollo de curtiembres o tenerías que fabricaban cordobanes, badanas, vaquetas y suelas, muy solicitados en el Perú. Las primeras fábricas de alfarería producían tinajas, botijas y objetos de loza. También prosperaba el cultivo de la caña de azúcar.

Pero el potencial económico incipiente se canalizaba desde los orígenes hacia la fabricación de tejidos. Al finalizar el siglo había en Santiago cinco fábricas de importancia que elaboraban paños, frazadas, sayales, cordellates, bayetas y sombreros. La calidad, sin embargo, parece haber sido superior en el sur. Mariño de Lobera ensalza los tejidos fabricados en Osorno, tanto "los que se gastan en vestidos como los de tapices, los cuales labran los indios con tan perfectas figuras y varios colores, que parecen hechos en Flandes".

No obstante el desarrollo de estas minúsculas fábricas, la mayor parte de la población continuaba vistiéndose con tejidos confeccionados en las casas. El hogar seguía siendo un taller donde se fabricaba todo lo indispensable.

La industria metalúrgica y la fabricación de armas, a pesar del estímulo de la guerra de Arauco, no pudieron ganar vuelo por la falta de artesanos especialistas. Las herramientas de trabajo también se importaban de España y los toscos herreros que por aquel entonces había en Chile se limitaban a reparar las armas como podían y fabricar piezas elementales, como clavos y aldabas, por supuesto más caras que las importadas (fig. 95).

En la práctica, la embrionaria industrialización de la colonia permitía ya sustituir muchos de los artículos importados por el producto nacional. Los paños, el azúcar, las jarcias, las suelas, los cordobanes, el aceite, son sólo rubros de una lista de productos propios mucho más extensa.

Los primeros intentos de acuñación de moneda no tuvieron resultados prácticos. La moneda acuñada llegaba espontáneamente del Perú, y con su mayor circulación decreció la del antiguo castellano de oro, sustituido por el real, el patacón o peso de plata y el ducado. Las monedas

El real de plata pesaba 3,433 gramos y tenía una ley de 0,9305. Equivalía a treinta y cuatro maravedíes de plata. El peso de plata o patacón, que fué la base de la unidad monetaria adoptada por las repúblicas hispanoamericanas, equivalía a ocho reales. El ducado era una moneda imaginaria, empleada en las cuentas, que equivalía a un patacón y un tercio, más una pequeña fracción.

El fenómeno más acusado en el desarrollo de esta economía incipiente es la disminución notable de las rentas públicas y un estado de pobreza general que daba a los habitantes de Chile categoría de míseros. Las rentas del rey habían decrecido por la crisis de los lavaderos de oro, que bajaron desde quinientos mil castellanos en tiempos de don García a ciento cincuenta mil pesos. Los otros impuestos, la alcabala y el almojarifazgo (derecho de aduana), eran insignificantes. La disminución de los indios, las vicisitudes de la guerra y la tasa de Gamboa habían producido la decadencia de los lavaderos. Hacia 1598, según el informe de Oñez de Loyola al rey, cada indio lavaba, como media, dos castellanos o pesos de oro semanales. Ello representaba un total de \$ 48 producidos por individuo en cada temporada de seis meses. * Rentas miserables

* Estos \$ 48.— se distribuían de la siguiente manera:

\$ 8.— para el indio, por su sesmo;
\$ 10.— para el rey (los quintos reales);
\$ 1.— para la amortización de las herramientas;

\$ 1.— para el cura doctrinero;
\$ 0,50 para los alimentos;
\$ 0,50 por merma en la fundición;
\$ 27.— para el encomendero.
Total: \$ 48.— Vid. Medina, Documentos, t. 98, N.º 1.542.

Miseria y
estoicismo

Punto y aparte merece la fama de mísero que había ganado Chile a finales del siglo. El esfuerzo titánico que representaba la guerra de Arauco, con las continuas derramas e incidentes en el reducido número de los mil españoles que lo poblaban, era a todas luces superior a sus fuerzas. Con la pueril esperanza de que las próximas derramas fueran menores, el encomendero empeñaba hasta la camisa. Con el tiempo, las exigencias de los gobernadores aumentaban sin tope. Veía partir a la guerra a sus hijos y a los indios del servicio y se encontraba desposeído de sus caballos y de los productos de la difícil cosecha para alimentar al ejército permanente. Tan miserables como los pobladores de Santiago se hallaban los soldados. Cierta capitán se quejaba ante Lorenzo Bernal del Mercado de que no tenía una triste camisa que ponerse, a lo que respondió el Cid de Arauco, mostrándole un trozo de la suya: "También estoy yo sin camisa, que nueve meses ha que me puse ésta, y por no tener otra que mudarme se me ha roto en el cuerpo". * Ni siquiera les quedaba la posible compensación del pillaje, como a los soldados de Flandes. Lo único que despertaba su codicia en el campo mapuche eran las mujeres.

La fama de tantas calamidades y miserias, que se iniciara con el fracaso de Almagro, se había extendido por todas las Indias y llegaba, incluso, a España. Chile se había convertido, según Mariño de Lobera, en "cuco para amedrentar a los fascinerosos y estando ya introducido por proverbio "Guardaos, que os enviarán a Chile".

Origen de
propiedad
privada

La primera fase en el proceso de constitución de la propiedad privada se gestó en las mercedes de tierras concedidas por los virreyes, presidentes, audiencias y cabildos a los conquistadores y primeros pobladores**, en cuanto a la rural, y en los repartimientos de locales a los fundadores de ciudades, en la urbana. Desde la partida, la legitimidad de tales posesiones se vió entrabada por el origen múltiple en las facultades para conceder mercedes: la resurrección de los derechos medievales de los cabildos en América; las facultades anexas a los cargos de virrey, presidente, oidor o conquistador; la remuneración de beneméritos, etc., así como en las variantes de forma y condición.

Los conflictos aumentaban en la medida en que la realidad americana chocaba con el régimen agrario español, con sus ejidos, dehesas, comunidades de pastos y montes, etc. Las condiciones en que se incubaba la naciente economía en el Nuevo Mundo impedían a todas luces establecer los principios colectivos sintetizados en la real cédula de 1541 de Carlos V sobre comunidades de pastos, montes y aguas. A pesar de que tal cédula nunca se llevó

* Rosales.

** La carencia de documentos hizo que la historia tradicional radicara el origen de la propiedad rural en la institución de la

encomienda. Confróntese al respecto el Cap. V de la Primera Parte y el interesante prólogo de Aniceto Almeyda al T. II de las Mensuras de Ginés de Lillo.

a efecto en su aplicación a la propiedad privada, el hecho de haber entonces muchas tierras baldías y mercedes abandonadas permitió en la práctica un ajuste que evitaba las repercusiones adversas al derecho de pastoreo sobre el proceso de constitución de la propiedad rural.

Con todo, la base de los litigios partía siempre de la lenidad de los escribanos que, por desidia u otros propósitos, no cumplían la disposición de Valdivia de que las concesiones de tierras fueran asentadas "en el libro e padrón de las tierras que se dan a los vecinos..." Por último, se perdió el "libro chico", donde, al parecer, se anotaba toda concesión, y el desorden se incrementó con las solicitudes para revalidar o inscribir nuevos títulos. En las postrimerías del siglo las transacciones de solares, chacras y estancias eran numerosas, según puede comprobarse en los protocolos notariales, solicitudes de revalidación de títulos y expedientes de la Real Audiencia.

Desde la partida, los españoles encontraron abierta cooperación guerrera en los indios picunches, para los que el acicate de dar muerte al enemigo, saquearle sus viviendas y raptarle sus mujeres compensaba con creces los riesgos de la campaña. No puede señalarse igual ayuda en los intentos por inculcarles el hábito del trabajo. El estado de su evolución cultural y los hábitos ancestrales representaban una verdadera barrera frente a estos propósitos. De pésimo grado, y constreñidos por la fuerza, trabajaban en los quehaceres domésticos y en los cultivos agrícolas; mas, como al principio, huían de las faenas mineras como de la peste.

La acción
civilizadora



FIG. 96.—ELABORACIÓN DE ALCOHOLES DE FRUTAS POR LOS ARAUCANOS, SEGÚN SMITH.

La imprevisión La lucha contra la imprevisión, característica ésta de todos los pueblos en estado de infancia, presentaba ya alternativas graves que iban a recrudecer con el problema de las tasas y el servicio personal. Oñez de Loyola intuyó sus caracteres al decir que su propio gobierno los había hecho tan incapaces, "que hasta el comer y el vestir se les da por nuestra mano".

Las borracheras Como corolario natural, el Cabildo lidió sin flaquear contra el hábito ancestral de las borracheras. Tantas y tan nocivas eran, que en la sesión de 24 de julio de 1568 se "proveyó que, atento a las muchas borracheras que los indios hacen en esta ciudad y sus términos, y los muchos daños y agravios que entre los dichos indios suceden y muertes entre ellos mismos y ofensas que se hacen a Dios..., cada domingo y día de fiesta, que es cuando los dichos indios hacen sus borracheras", salga un regidor con alguaciles a deshacerlas, quebrándoles las vasijas, y castigue a los borrachos "azotándolos y con otros castigos moderados". En 1580 se nombraba un alguacil especial de las borracheras, y Ruiz de Gamboa designa nada menos que un alcalde ad hoc, encargado de perseguirlas, "porque en la experiencia se ha visto que en las dichas borracheras idolatran y los que ellos son cristianos apostatan y adoran las huacas, y otros se hieren y matan o cometen pecado de adulterio y de incesto y otros muchos pecados, e conviene obviarlo, así para la conservación y la vida y salud de dichos indios, como para que cesen los dichos pecados" * (fig. 96).

La evangelización No menos infructuosos fueron los esfuerzos de los españoles en cuanto a la evangelización. El indio repelía con contumacia una religión que le prohibía robar, beber, vengarse y, sobre todo, tener varias mujeres. Mas no sólo rechazó las concepciones abstractas de la moral cristiana, que no podían, por otra parte, caber en su cerebro, sino también, lo que es sorprendente, la parte externa del culto. Con desapasionado objetivismo, González de Nájera señala que "para juntarlos los domingos y fiestas a las ordinarias procesiones a que los sacerdotes los constriñen, van de tan mala gana que los demonios no huyen más de las cruces que ellos de las que en tal ejercicio les obligan a llevar".

La actitud del indio de paz La actitud del indio de paz hacia el español variaba con las circunstancias y el trato recibido. Contrasta con la lealtad y abnegada adhesión de Andresillo a Valdivia, el proceder del yanacona y paje del vicario de Castro con su antiguo educador, que, apresado por los holandeses, se apresuró a decir a éstos: "muy bien habéis hecho de matar a los españoles que tienen muchos pecados, y mejor es matar a éste, que es un embustero y me mataba a azotes: dejádmelo a mí matar"; y "ayudando a los herejes, le mataron a golpes y estocadas entre todos,

* Cristóbal Rodríguez, primer "alcalde de borracheras", juró el 21 de octubre de 1581.

Puerto de Coquimbo.

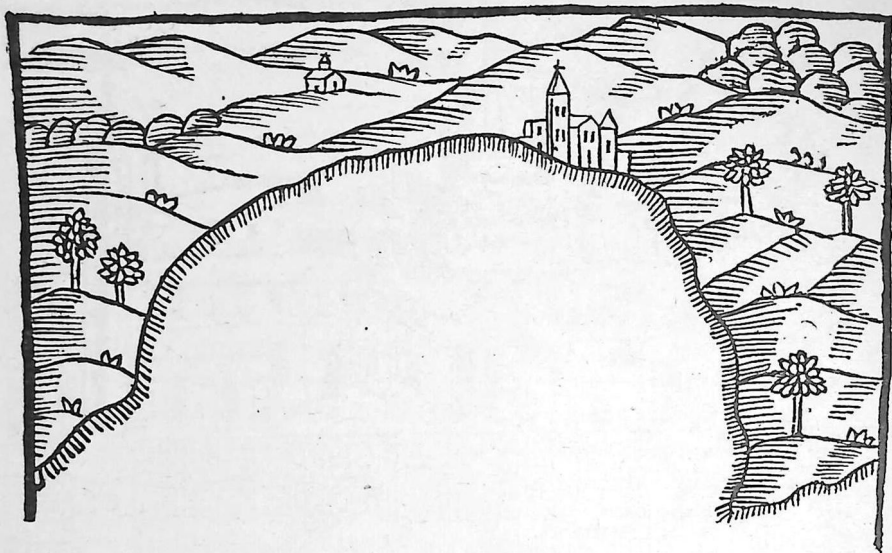


FIG. 98.—SEGÚN OVALLE.

y el indio, su yanacoña a quien había criado y enseñado la doctrina cristiana, le cortó la cabeza". *

Las ciudades
hacia 1600

A los cincuenta años de fundada la colonia, las ciudades del sur presentaban un aspecto similar al que hemos descrito en Santiago en la etapa del campamento. Subsiste el soldado-colono, que poco a poco es reemplazado por el profesional en las campañas, de tal suerte que el ejército expedicionario se nutre con el soldado recién venido del Perú o de España, que, a poco, se cansa de la brega y se hace vecino, atraído por el trabajo de la tierra. Por esta época Santiago contaba ya con ciento setenta casas, que con los ranchos de indios en las manzanas plantadas de frutales y en los extramuros, albergaban una población de quinientos a setecientos españoles y más de dos mil indios y mestizos. Tan nutrida proporción de dieciséis habitantes por casa se explica por el número crecido de indios de servicio en cada hogar y por el hecho de que los hijos de las indias empleadas quedaban agregados a la familia española.

Santiago

Los sobrevivientes de la catástrofe de las siete ciudades se habían radicado en Santiago, que hacia 1610 tenía ya doscientas casas, una nueva iglesia mayor que daba a la calle de la Catedral, con obispo y cuatro preladoss; un convento de Santo Domingo, con cuarenta religiosos; uno de San Francisco, con otros

* Rosales.

cuarenta; uno de La Merced, con treinta y seis; uno de San Agustín, con veinte; un monasterio de monjas de San Agustín, con ochenta religiosas, y otro de Santa Clara, con veinticuatro. El aspecto pintoresco y primitivo de la ciudad anima muchos de los acuerdos del Cabildo, como, por ej.: el que ordenaba que "a la redonda de la agua de la fuente no anden puercos, so pena de perderlos, y lo mismo por las calles". Hacia esta época comienzan a entusiasmarse los descriptores de la ciudad con sus acequias y floridos jardines. Aquéllas, según Mariño de Lobera, "tenían sus orillas hechas vergeles de arrayanes, de albahacas y rosas y otras varias yerbas y flores, y tanto es el número de sus árboles que las camueas que en España son de mayor gusto, se echan a los puercos en grandes sumas" (fig. 97).

La Serena, mientras tanto, llevaba una existencia precaria por la falta de brazos. Chillán tenía cincuenta y dos casas, una iglesia parroquial y tres conventos, y sus términos producían muy buen vino. Concepción contaba sesenta y seis casas y Castro sólo tenía doce ranchos de paja, además de la iglesia parroquial y un convento. Las ciudades transandinas ya estaban prácticamente desvinculadas de Chile (fig. 98).

La Serena

Concepción

En vísperas de la catástrofe, las ciudades más prósperas eran las del sur,

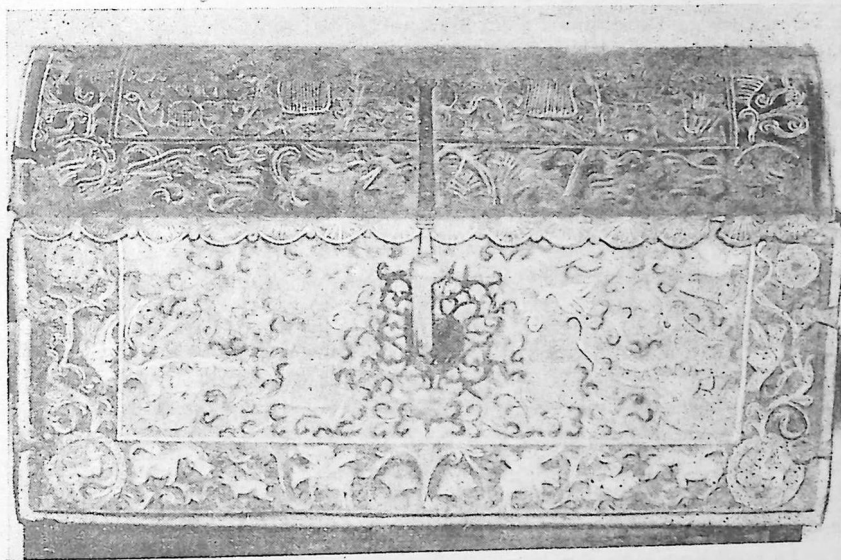
La Colonia al sur
del Bío-Bío

FIG. 99.—BAÚL REPUJADO DE LA ÉPOCA HISPANA.
(Museo Histórico Nacional.)

especialmente Valdivia, Osorno y La Imperial, hasta el punto de que la población y recursos de la colonia en 1600 se concentraban, *grosso modo*, en un 60% al sur del Bío-Bío. En el momento de ser arrasada, Valdivia contaba más de seiscientos habitantes españoles y mestizos.

La constitución
de la familia

La constitución de la familia avanzó considerablemente en el período que nos ocupa. La diferenciación entre el soldado y el vecino o morador se fué acentuando más cada vez. El soldado llevaba la misma vida que los primeros conquistadores. Es acompañado a la guerra por una o dos indias y se ayunta con cuanta hembra puede en el camino. Si tiene familia, ésta permanece en la ciudad y se le tolera la libertad absoluta en tal régimen de vida. En cambio el vecino y el morador residen casi siempre en la encomienda o en la ciudad y se casan con la mestiza de la primera generación. Los matrimonios entre españoles son muy raros, mas todos forman familias regularmente constituídas de tipo absolutamente europeo.

Más que familia, el conglomerado hogareño constituía una verdadera tribu. Con su fino humorismo, el jesuíta Escobar hace decir a Mariño de Lobera que cada mujer española "quería tener treinta indias de servicio que le estuviesen lavando y cosiendo como a princesas". La barraganía, de que nos ocuparemos en el capítulo correspondiente a la formación de la nacionalidad, acumulaba en el hogar a las concubinas indias o mestizas que todo español en ejercicio de su varonía poseía. Generalmente, los hijos habidos en estas uniones se incorporaban al grupo formando una especie de subfamilia, a la que se atendía en una esfera más modesta que a la legítima.

Diferenciación de
la psicología
chilena

El sistema mismo ya había diferenciado la vida chilena de la del resto de América. La lucha contra el hombre y contra la naturaleza va moldeando un carácter fatalista *sui géneris*, muy distinto del boliviano o mexicano. El objeto fundamental para el chileno, desde el siglo XVI, es afrontar privaciones y vencer dificultades. La guerra y las derramas se han instituído en normalidad, a la que inundaciones, viruelas, piratas y terremotos sacuden de su monótono ritmo.

Sobriedad

Esta vida hogareña, simple, primitiva, embrionaria, no conoce aún los refinamientos ni las alegrías del mundo occidental. El español que llega de la península trae la cultura de la raza que inyecta en el fondo hidalgo de los antiguos pobladores nuevos brotes de la vida española; mas, poco a poco, se vierte en una suerte de síntesis de la vida pasada, sin gracias ni adornos. El español, poco dado a frivolidades, en Chile las elimina por completo. La guerra y el medio no le dejan tiempo ni recursos para lo superfluo.

Improvisación

La prodigiosa inventiva improvisadora del español hacía de cada individuo el artífice que satisfacía sus propias exigencias. Teniendo por maestra a la necesidad, como señala Mariño de Lobera, todos saben curar un caballo, aderezar



FIG. 100.—REJA FORJADA COLONIAL.
(MUS. HIST. NAC.)

riedad de colores.

Poco después de 1550 aparecen manteles y servilletas y paños de mano deshilados, y a fines del siglo los géneros de lujo se hicieron más comunes, sin que variaran la clase ni los colores. En un inventario de 1590 se enumeran: terciopelo, raso, tafetán, damasco blanco y encarnado de la China, seda de color, espumilla, damasco blanco, raso con oro y la estameña, es decir, tela de lana con urdimbre y trama de estambre, que se usaba en las ropas corrientes. Salvo esta última, las demás telas se empleaban sólo en algún que otro vestido de lujo. La mayor parte de la población española se vestía con paños, sayales y bayetas tejidos en las pequeñas fábricas nacionales.

En la vestimenta masculina prevalecía el jubón llano, ceñido desde los hombros hasta la cintura. Hacia 1596 la barroquización de la vida española tras-

La vestimenta masculina

una silla, herrar sin yerro, sangrar tanto a los caballos como a los hombres, sembrar y arar y aun "hacer una pared, cubrir un aposento, echar una vaina a una espada y rellenar una cota, con muchos otros oficios semejantes que no los aprendieron en su vida".

En una vida tan primaria, moldeada en el arcano español de trabajar y descansar con gran intensidad (los días festivos comprendían una cuarta parte del año), ponía la nota más pintoresca la mujer chilena, que luego habría de ganar fama de elegante y hermosa. Desde la llegada de don García se suceden los inventarios de telas de lujo. Españolas y mestizas vestían basquiñas de terciopelo carmesí y azul y de paño verde, faldellines de paño azul y amarillo, chapines de terciopelo carmesí y botines de lujo. También figuran en los inventarios joyas valiosas. La tela más usada en los trajes de gala era el terciopelo, con gran va-

Raíces en la personalidad de la mujer chilena

cedió en los adornos estofados y las gorgueras de lienzo plegado. En las mujeres dominaba la saya o la basquiña, falda recogida en la cintura que llegaba hasta los pies. En los primeros años del siglo XVII aparece el manto de soplillo, de tafetán delgado, semitransparente, que habría de subsistir durante toda la Colonia y primer siglo de la República, así como la clásica mantilla española.

Los muebles

Se conservan algunos muebles que pertenecieron a los primeros conquistadores, entre otros, un hermoso armario estilo renacimiento español que perteneció a Inés Suárez, tallado en cedro, y un arcón que fué de Rodrigo de Quiroga. El Siglo de Oro español, que proyectó el estilo de sus muebles en todo el mundo, ha dejado

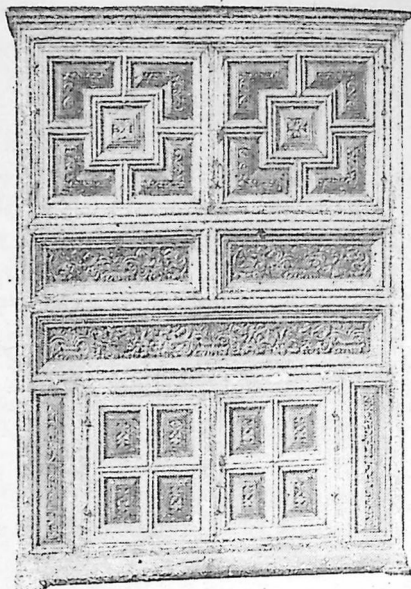


FIG. 101.—ARMARIO TALLADO COLONIAL.
(MUS. HIST. NAC.)

ejemplares característicos en Chile: cofres de cuero liso o policromado, con los repujados más ornamentales; instrumentos, leones, aves, frutas y vasos floridos; sillones y sillas sobrios, de aire frailuno, de vaqueta, forrados en cuero y de paja. Los muebles más representativos de la época son la mesa de pies sobriamente torneados con las trabas y la cubierta lisas, con cajones tallados a gubia en adornos de un plateresco sencillo, y las enormes camas o cujas de cuatro gruesos pilares, toscamente desbastados a azuela (figs. 99, 100 y 101).

La música

Dentro de la sobriedad de las costumbres, la música, consubstancial con el pueblo español, llegó a Chile primero en sus formas militar y religiosa. En los breves descansos que la guerra permitía se animaban los campamentos con los villancicos y romances de Castilla y Andalucía, que se acompañaban de la guitarra. Los mismos tambores y trompetas del atuendo militar resonaban de consuno con pífanos y chirimías en las grandes solemnidades ciudadanas: el paseo del estandarte, el aniversario del apóstol Santiago, la jura del nuevo rey o las festividades religiosas. Al calor de estas últimas, la música sacra adquirió pronto gran desarrollo. Francisco Cabrera, cura y vicario de Valdivia, "era diestro del canto llano y de muy buen ejemplo"; Gregorio Blas tenía fama de "buen cantor y gentil escribano; sin él, el coro de esta santa iglesia vale muy poco". Los feli-

greses participaban con éxito en los cantos litúrgicos; y pronto los mestizos aventajaron a los peninsulares en sus disposiciones musicales. Medellín decía en 1590 que "los tres mestizos que han residido en este obispado todos tres eran habilísimos para el coro y ambos a dos han sido sochantres".

Como una buena muestra de su impermeabilidad a la influencia española, los mapuches conservaban su propia música, íntimamente ligada a la danza. Su principal instrumento era el tambor o tamboril, que llamaban "kultrún", fabricado de madera o de calabaza. Seguían en importancia la flauta de pan, de caña o hueso, el "Iolkín", la "pifulka" y la corneta (trompeta). Parece que la "trutruca" es de invención posterior (*) (Cf. fig. 25).

En el curso del siglo XVII estos cantos se habían modificado muy poco, según la descripción del padre Ovalle en 1646, en cuanto a la monodía sin diferencia de tésituras, alternando el canto con la continuación de las melodías en los instrumentos descritos (**).

La evolución del gobierno, desde los primeros pasos de la conquista, se había caracterizado por el tesón y el desprendimiento de los bienes de fortuna que, con la actitud de Pedro de Valdivia, fué ejemplo casi inveterado de los conquistadores y primeros gobernantes. Valdivia sufragaba los más de los gastos de la guerra con el producto de sus encomiendas, derramas en especies distribuidas entre los encomenderos y con los dineros de las cajas reales, extraídos con cargo de devolución. Don García gastaba los dineros del rey sin pensar en devolverlos y siguió estableciendo derramas. Pronto el gobernador había de perder esa autoridad ilimitada, y los sucesores de don García son ya funcionarios de la corona, tutelados por el virrey y por el Consejo de Indias.

El gobierno

Una característica esencial del alma española, la crítica acerba, descarnada, del poder político, habría de imprimir un sello indeleble a toda la historia chilena: El mandatario es siempre recibido con estruendoso entusiasmo y acaba las más de las veces su gobierno vejado, escarnecido y calumniado por los mismos que poco ha lo ensalzaron. Los más valiosos, como Sotomayor, resucitan idealizados con el tiempo, y su ejemplo sirve de negativa comparación con el gobernador en ejercicio.

La crítica negativa

La desconfianza que inspiraba la política de Felipe II contribuyó al desconcierto administrativo con la creación del cargo de teniente de gobernador con nombramiento directo de la corona. Por regla general, la misión de este funcio-

* Góngora Marmolejo, que escuchó sus primitivos cantos, los describe de esta manera: "Cantan al son que dije (confusos bárbaros instrumentos de tamboriles y cornetas hechas de canillas de piernas de sus enemigos) levantando o bajando a un tiempo el tono o voces, así como los

cuerpos en el baile, cuyo tono por ser de tanta gente junta se oye de muy lejos, no sé si se llame canto o lloro, según la tristeza que infunde a quien lo oye".

** Cf./ La excelente obra de Eugenio Pereira Salas: "Los orígenes del Arte Musical en Chile", Santiago—1941.

nario solía centrarse en la recolección de cargos contra el gobernador, a los que añadía los correspondientes de su propia cosecha. Es indudable que este control evitó no pocos abusos, mas el entorpecimiento a la labor del mandatario disminuía con creces tales ventajas.

Intrusión de
poderes

Contribuía también a minar la autoridad del gobernador la intrusión del clero en los asuntos señaladamente políticos. Con fray Gil González de San Nicolás aparecen sin ambages las pretensiones del clero a la dirección espiritual y material de la conquista. Los choques entre el fraile iluso y utopista y el "joven capitán acelerado", como Ercilla llamó a don García, hubieran concluido muy mal para el dominico si no decide oportunamente regresar a Santiago. El clero militante se erigía siempre en defensor del rey contra gobernadores y funcionarios que abusaban de su autoridad al amparo de la distancia. Tal actitud creaba a los mandatarios insolubles problemas de conciencia; en general, como en el ejemplo del propio Felipe II, prevalecía el deber político sobre el religioso. El clero poseía un arma terrible: la excomunión, y la utilizaba con frecuencia para imponer su criterio. El circunspecto don Alonso de Sotomayor decía al rey: "Hase introducido tomar los obispos, provinciales y comisarios del Santo Oficio tanta autoridad, que el que gobierna no es señor de hacer más que lo que ellos quieren (*).

Con el tiempo, los monarcas se dejaban impresionar a medida que la debilidad política de los últimos Austrias refleja la decadencia moral y política de España. La correspondencia entre el clero chileno y el monarca es un verdadero monumento a la insidia, en que los gobernadores aparecen como desalmados sin entrañas y desprovistos del menor tacto político. Siguiendo una inveterada e ibérica costumbre, todo el mundo opinaba sobre la marcha de la guerra, firme en la convicción de que las soluciones por él propuestas eran las únicas aceptables. Algunos gobernadores pedían reiteradamente al rey que hiciera oídos sordos a tanto criterio dispar. García Ramón retrata tal estado de cosas al decirle: "Como la guerra de este reino ha sido tan larga, no hay persona en él que no haya andado poco o mucho tiempo. De donde viene que el fraile desde la celda, el letrado de su estudio, el mercader de su mostrador, la mujer de su estrado, el chacarero de su hacienda, den su parecer en ella... Estas cosas tienen puesto este reino en el miserable estado en que está y algunos gobernadores a pique de perder su honra". Podría establecerse una constante casi perfecta entre la calidad del gobernante y el número y violencia de los ataques de que fué objeto.

El Cabildo

La lucha entre el criterio centralizador y mesiánico de Carlos V y los defensores de las libertades municipales españolas había culminado en la derrota de

* Carta de 6 de diciembre de 1583.

Villalar; mas el espíritu de los comuneros, de hondas raíces medievales, se trasladó a América y encontró en el Cabildo la mejor forma de expresión, no tanto como realidad jurídica, sino en su poderosa fuerza consuetudinaria. Los monarcas tuvieron, además, el buen criterio de respetar el desahogo de este espíritu democrático del pueblo español, abierto sin trabas en las nuevas tierras ultramarinas, y los cabildos hispanoamericanos nacieron, así, de la voluntad que animaba a los conquistadores de volver a la antigua tradición municipal de las comunidades.

El Cabildo de Santiago, que había nacido de un decreto de Pedro de Valdivia, siguió autogenerándose en forma distinta a los antiguos concejos de elección para los vecinos, al introducirse algunos nombramientos

reales que se habían hecho práctica después de Villalar. Acudían a los primeros cabildos abiertos todos los hombres libres; mas pronto fueron limitándose a los españoles y criollos españolizados. La cabeza del bicéfalo Cabildo la constituían los dos alcaldes, encargados de administrar justicia en primera instancia, y los seis regidores que establecían las Leyes de Indias. De inmediata jerarquía eran el procurador de ciudad, representante de los pobladores ante la corporación; el mayordomo, con funciones de tesorero; el escribano, encargado de redactar las actas de las sesiones; el alguacil mayor, carcelero y ejecutor de las medidas coercitivas; el alférez real, simbólico recuerdo de la Reconquista, convertido en simple portaestandarte; el fiel ejecutor, vigilante de negocios, encargado de velar por el respeto a los aranceles de precios; el alarife, suerte de director de obras públicas que trazaba las calles en las fundaciones de ciudades. Desde el punto de vista político, es de gran interés señalar que, a fines del siglo XVI, ya dominaban en los cabildos los criollos por gran mayoría (fig. 102).

El Cabildo se instituyó, desde su nacimiento, como un completo y multiforme regulador de todas las actividades de aquella elemental sociedad. En sus actas encontramos, después de una licencia para hacer adobes o cortar madera, la

La tradición municipal española



CAP CHRISTOBAL DE ESCOBAR VILLARROEL

FIG. 102.—LICENCIADO EN LIMA EN 1594.
ALCALDE ORDINARIO DE SANTIAGO,
SEGÚN OVALLE.

Regulación económica

fijación de pesos y medidas a los comerciantes, el contrato de las reparaciones de la Catedral, o el nombramiento de empleados del hospital. El Cabildo recibe el juramento de los gobernadores, persigue a los hechiceros, combate la embriaguez, confirma el título de escribanos y parteras, vigila el cuño de las barras de oro, autoriza los hierros para marcar animales, titula médicos, organiza fiestas públicas; concentra, en suma, funciones judiciales, legislativas y administrativas.

Los "médicos
examinadores"

El aislamiento y la pobreza habían impedido la llegada de médicos examinados, por lo que el Cabildo nombró a Alonso de Villadiego "examinador, para que, junto con el Cabildo de esta ciudad, examinen a las personas que quieran curar de cirugía". En 1593 Oñez de Loyola fijaba la retribución del médico, al asignar a Juan Cabrera, doctorado en Lima, "dos carretadas de leña, dos carneros, una fanega de harina cada semana para su sustento y tres botijas de vino cada mes, teniéndolo de cosecha el hospital".

La tauromaquia

Con la abundancia de vacunos, comenzaron a tomar auge las corridas de toros en Santiago, que debieron iniciarse hacia 1555. Se celebraban en la plaza mayor conmemorando las grandes festividades religiosas; la más importante se consagraba al apóstol Santiago, patrono de la ciudad. También se destinaban a festejar la llegada del gobernador, el nacimiento del príncipe, etc. Como en España, las corridas de toros servían de pretexto para realzar el coraje y la temeridad por su propio valor intrínseco.

Monjas
encomenderas

Entre la diversidad de funciones que distraían las actividades del Cabildo, ninguna tan extraña como la tución del convento de las monjas agustinas de Santiago, que había fundado con anuencia de la autoridad eclesiástica, reservándose su patronato. El Cabildo reglamentó minuciosamente el ingreso de novicias y la administración de sus bienes. Comoquiera que una de aquéllas, hija del capitán Diego García de Cáceres, traspasara en su dote al monasterio "un repartimiento de indios que esta novicia tenía en la ciudad de San Juan", las monjas vinieron a ser encomenderas. Parece que el ingreso en el convento era privativo del Cabildo, pues en un acta de sesiones * consta que el arcediano propuso la entrada en él de dos novicias, a lo que los justicias y regimiento dijeron: "quel parecer es que se reciban las dichas monjas, por ser personas de calidad y viudas".

La instrucción

Las duras condiciones de vida que sellaron la iniciación de la Colonia en Chile deberían haber determinado un desinterés absoluto de los pobladores por la instrucción de sus hijos, aumentado por la lejanía de España y la violencia de la guerra de Arauco. Muy por el contrario, la misma penosa situación en que se encontraban les hizo desear otra menos dura para sus hijos, a los que querían ver elevados por medio de la enseñanza a la categoría de oidores, sacerdotes o

* 17 de septiembre de 1574.

funcionarios. Mas la instrucción de tipo europeo era pueril pretenderla en Chile, y los pudientes enviaban a sus hijos a Lima, mientras que los privados de recursos solicitaban becas. El virrey don Luis de Velasco informaba al rey de haber otorgado "becas en el Colegio Real de esta ciudad, para entretener tantas demandas como hay cada día". Así se educó, entre un centenar de jóvenes chilenos, el primer poeta nacional, Pedro de Oña.

No es difícil hacerse una idea de las dificultades que la embrionaria sociedad, todavía encerrada casi en la vida de campamento, había de enfrentar para organizar la enseñanza. La misma pobreza se reflejaba en la carencia total de libros. En 1581 no los había para rezar el oficio divino en la Catedral, y en 1599, por "la grandísima falta de misales y de breviarios que había en el reino", tenían que "rezar tres o cuatro frailes por un breviario". Incluso en 1615 los oidores fallaban las causas sin libros de leyes. Es hermoso ejemplo el dado por pobladores y Cabildo en sus esfuerzos por crear una instrucción pública mínima. Al finalizar el siglo XVI, no menos de cuatro o cinco beneméritos maestros atendían otras tantas escuelas laicas de primeras letras, y los religiosos ya proyectaban la fundación de establecimientos de enseñanza media y superior. Es más, la enseñanza laica no se limitaba a la escuela primaria, sino que comprendía también la latinidad. Gabriel de Moya, que regentaba una escuela de enseñanza secundaria, recibió eficaz ayuda del Cabildo, y esta corporación pidió al rey en 1579 un sueldo de quinientos pesos para "un catedrático que lea gramática en esta ciudad".

Dificultades y
empeños en pro
de la enseñanza

Ya en 1567 el clero secular realizaba esfuerzos por establecer instituciones educacionales de estudios superiores, que se iniciaron con el seminario organizado por el obispo Sanmiguel en La Imperial. En Santiago, el cura mestizo Juan Blas fundaba una escuela de gramática en la Catedral, que poco después era elevada por el obispo Medellín a la categoría de seminario bajo la dirección de Francisco de la Hoz, culto presbítero. Las órdenes religiosas pronto establecieron embriones de noviciados, algunos de los cuales contaron entre su personal docente a sacerdotes ilustres. El de San Francisco era dirigido por fray Juan de la Torre, uno de los fundadores de la orden, y durante algunos años dictó en él sus enseñanzas fray Juan Gallego, doctor en la Universidad de París, maestro por la de Bolonia, teólogo, jurista y gramático eminente.

Primeros
seminarios

Los dominicos, que habían arrastrado una situación precaria, no pudieron costearse el noviciado propio, mas la diligencia de fray Cristóbal Núñez les permitió sobrepasar en la calidad de su enseñanza a las demás órdenes. En efecto, gracias al estipendio de cuatrocientos cincuenta pesos fijado por Felipe II, pudieron fundar en 1589 una escuela-universidad que con el tiempo habría de convertirse en la primera universidad pontificia del reino.

Los jesuitas, como en todas partes, produjeron con su política de cate-

PRIMERA, SE-
GVNDA, Y TERCERA
partes de la Araucana de don Alonso de
Ércilla y Çuñiga, Cauallero dela ordé de San-
tiago, gentilhõbre dela camara dela Ma-
gestad del Emperador.

DIRIGIDAS AL REY
don Felipe nuestro señor.



En Madrid, En casa de Pedro Madrigal.
Año de 1589.

quisis una verdadera revolución en la enseñanza. Sólo seis semanas después de su llegada abrían una escuela en el lugar que hoy ocupa el Congreso Nacional y se iniciaba la famosa clase de gramática dirigida por el padre Juan de Olivares, chileno, nacido en La Imperial. Al inaugurarse el segundo curso de gramática, el padre Luis de Valdivia leía la primera lección del curso de arte. Cuando, según Lozano, el padre Esteban Pérez visitó el colegio en 1606, "se alegró mucho de ver tan entablados los estudios de gramática, arte y moral... , pues de quince artistas que aquel año concluían (y era sobrado número en un país donde Marte tenía todo el séquito y se robaba comúnmente las inclinaciones primeras) salieron los trece muy aventajados en la filosofía peripatética, y todos muy ejemplares en la cristiana".



FIG. 104.—RETRATO DE ERCILLA PUBLICADO EN VIDA DEL POETA.

Las primeras
escuelas de
los jesuitas

Si bien es cierto que la obra poética que había de ensalzar el valor del pueblo araucano, especialmente "La Araucana", de don Alonso de Ercilla y Zúñiga, no podía provocar reacciones a los estímulos literarios en tan embrionaria sociedad como era la de Chile en las postrimerías del siglo XVI, es fundamental su comprobación, no sólo por su valor desde el punto de vista crítico, sino por la enorme influencia que ejerció en la literatura española del Siglo de Oro y porque en las octavas reales del poema ercillano trascendió la naciente personalidad de este pueblo a la cultura europea de sus contemporáneos. Don Andrés Bello decía, refiriéndose a "La Araucana", que: "Chile es el único de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico".

Las creaciones
literarias

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga nació en Madrid el 7 de agosto de 1533. Huérfano de padre cuando apenas contaba un año de edad, su madre, doña Leonor de Zúñiga, influyente en la corte de los Habsburgo, logró situarlo desde la infancia como paje del príncipe don Felipe. La acumulación exhaustiva de documentos biográficos por Medina permite colegir que, si bien su educación no era muy extensa, en cambio la agitada vida de la corte y sus largos viajes en Europa (a Flandes como paje de don Felipe, a Viena con su madre, a Inglaterra con moti-

Ercilla

vo del casamiento de Felipe con María Tudor) habían despertado en él un agudo espíritu de observación y un amplio conocimiento de la vida (fig. 104).

Un desaire amoroso, los excitantes relatos de Jerónimo de Alderete sobre Chile, sus pobladores y la violencia de la guerra de Arauco, con la noticia de la muerte de Pedro de Valdivia, lo incitaron a tentar la aventura americana, y obtuvo licencia para pelear en el Perú y Chile. Aplastada la revuelta de Hernández Girón en el Perú, se enrolaba como capitán en la expedición de Hurtado de Mendoza con el ánimo de ganar gloria o perecer en la empresa ya casi legendaria de la guerra de Arauco. Acompañó a don García en su primera campaña, en la expedición al Reloncaví, y en la vuelta a La Imperial, donde el choque que estuvo a punto de costarle la vida tronchó su carrera militar. "La

Araucana" fué iniciada indudablemente en Chile y completada en Lima, con noticias recogidas de Villagra y de Aguirre referentes al período anterior a su llegada.

"La Araucana", publicada a su regreso en Madrid en tres partes (1569, 1588 y 1589), obtuvo inmediatamente un éxito fulminante y elevó la figura de su autor al Olimpo de la poesía española del Siglo de Oro * (fig. 103).

Todos los críticos han ensalzado sin ambages la habilidad con que Ercilla levantó el monumento de "La Araucana" sobre un tema tan árido y difícil, cual era la lucha, apenas sin variantes, entre los españoles y un pueblo bárbaro en el último confín de América. Y ello sin apelar a la fantasía y prescindiendo del imponente escenario que la naturaleza le ofrecía. La crítica moderna valoriza la aportación que representó el

ARAVCO

DOMADO.

COMPVESTO POR EL
Licenciado Pedro de Oña, natural de los
Infantes de Engol en Chile, Colegial del
Real Colegio Mayor de San Felipe, y
San Marcos, fundado en la Ciudad de Lima.

DIRIGIDO A DON HURTADO
de Mendoza, Primogenito de don Garcia Hurtado de Mendoza, Marques de
Cañete, &c.



Año, 1605.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid, por Iuan de la Cuelta.

Vendese en casa de Francisco Lopez.

FIG. 105.—FACS. DE LA 1.^a ED. DEL
"ARAVCO DOMADO".

* Lope de Vega lo llamó "Colón de las Indias del Parnaso" y puso su retrato en la novela "La Arcadia", en la galería donde los de grandes figuras "para los tiempos futuros estaban puestos", lo que no

fué obstáculo para que, presionado sin duda por los Hurtado de Mendoza, lo ridiculizare después en su "Arauco Domado". (Nota de L. C.)

elogio admirado por un rival salvaje que defiende su tierra y que, como consecuencia de tan tesonera actitud, manifiesta el rasgo fundamental del alma araucana, su virilidad, en las figuras heroicas y pronto arquetipadas de Tucapel, Lautaro, Rengo, Orompello, Galvarino y Caupolicán. En definitiva, lo que inmortaliza el poema de Ercilla es el reflejo de aquella lucha vital de dos razas energicas, superando y sacrificando los intereses inmediatos en la consecución de un destino inexorable y premeditadamente trazado. Tal es el verdadero e inaparente héroe de la epopeya.

La influencia de "La Araucana" fué amplia e inmediata. Aparte de la puramente literaria, en la que jugó destacado papel la contumaz defensa del prestigio de los Hurtado de Mendoza, sirvió de pauta e inspiración a las primeras crónicas chilenas y, con el correr de los siglos, contribuyó en gran manera a incubar el sentimiento de la nueva nacionalidad. *

Una de las más inmediatas y prácticas reacciones de "La Araucana" había de aparecer en la incitación producida a don Alonso de Góngora y Marmolejo por la lectura de la primera parte. De su ejemplo surgió la idea de escribir una Historia de Chile desde la expedición de Almagro, con las relaciones verbales de los capitanes que habían llegado con el adelantado y con Pedro de Valdivia, y el relato de los hechos en que le cupo participar. A pesar de este factor teóricamente negativo, la obra de Góngora es una verdadera historia en el sentido actual del concepto, más, por tanto, que un documento o una simple crónica. Su prodigiosa memoria le permitía ordenar sin datos escritos un complejo mundo de fenómenos y sucesos, analizados y presentados con rara ecuanimidad en un ambiente cargado de pasiones.

Aun más que estas hermosas cualidades, lo que ha valorizado la obra de Góngora ha sido su finísima intuición para percibir y afirmar la veracidad de los acontecimientos historiadados, que hoy podemos comprobar en las montañas de

* Cf./ Apéndice sobre la influencia de Ercilla en el pensamiento popular espa-

TEMBLOR DE LIMA AÑO DE 1609.

GOVERNANDO EL MARQUES
de Montes Claros, Virr. y Excelentísimo,
Y vna Cansilao Real Panegyrica en la
venida de su Excelencia a
ellos Reynos.

DIRIGIDO A DON IOAN DE MENDOZA
(a.) Luna Marques de Castil de Bayula su Prims-
genio sucesor.

Por el Licenciado Pedro de Oña.



CON LICENCIA.
Por Francisco del Canto. 1609.

FIG. 106.—FACS. DE LA 1.^a ED.

La obra histórica
de Góngora
Marmolejo

ñol y en la literatura del Siglo de Oro en España.

relaciones que falsearon la fantasía, los intereses y la pasión. Como consecuencia lógica, cautiva en sus relatos la presencia nítida de los sucesos y de los hombres, que logra transmitir, a través de un estilo incorrecto y muchas veces ramplón, a sus lectores.

El manuscrito
perdido de Mariño
de Lobera

Pudo haber sido valiosa fuente para el estudio de la conquista la obra de don Pedro Mariño de Lobera, capitán gallego que llegó a Chile hacia 1550. Don García Hurtado de Mendoza, ya virrey del Perú, entregó los manuscritos de Mariño al jesuita Bartolomé de Escobar, con el encargo de que rehiciera la parte correspondiente a su gobierno. El jesuita se propuso "reducirla a nuevo estilo", con lo que sólo logró inutilizarla como documento. Por supuesto que todo lo atingente al gobierno de don García vino a ser un panegírico descarado, que se sumó a los muchos ya en aquel entonces públicos.

Pedro de Oña, el
primer poeta
nacional

La influencia del ególatra virrey había de desviar también la personalidad fina y sensible del primer poeta chileno. Pedro de Oña, nacido en Angol, y huérfano al morir su padre en manos de los indios, fué favorecido por don García con una beca en Lima, donde el poeta pudo cultivar sus grandes dotes naturales que le valieron pronta y justa fama en la capital del virreinato. Creyó satisfacer sus sentimientos de gratitud pretendiendo rectificar a Ercilla en el "Arauco Domado" con el panegírico de su protector, en el mismo tono épico brillante de don Alonso. El resultado fué una imitación contrahecha, que la ternura de su temperamento lírico llevó las más de las veces al ridículo. Menéndez y Pelayo lo calificó de "improvisación de estudiante" y la belleza de numerosos fragmentos sólo sirve para poner aún de mayor manifiesto el equívoco del malogrado poeta, que tiene, con todo, el mérito de haber sido el creador del primer poema escrito por un chileno (figs. 105 a 107).

La crónica de
Jerónimo de Vivar

La crónica de Jerónimo de Vivar, que vivió en Concepción entre 1554 y 1558, completa la producción histórico-literaria de la Conquista. Desgraciadamente, no se tiene de ella otra noticia que una vaga referencia de León Pinelo, autor éste de muy dudoso crédito, por cierto. Hasta la fecha no ha sido posible hallar el derrotero de tal manuscrito.



FIG. 107.— RETRATO PUBLICADO EN LA 1.^a ED. DEL "ARAUCO DOMADO".

XIII

Alianza de los mapuches con los huilliches. Gobiernos interinos de Viscarra, Quiñones y García Ramón. Alonso de Ribera.

LA noticia de la catástrofe de Curalaba fué difundida con vertiginosa rapidez por los pocos indios amigos que lograron salvar con vida. La muerte del gobernador determinaba automáticamente la concentración del poder en el licenciado don Pedro de Viscarra, a la sazón teniente gobernador, que puso sobre las armas a todos los habitantes útiles de Santiago. (fig. 108). Da idea del estado depresivo y de pobreza en que se encontraban el hecho de que no pudo reunir más de setenta hombres. La sublevación general se extendió con igual rapidez desde el Maule hasta Osorno. Pronto los españoles se encontraron encerrados en sus ciudades sin posibilidad de establecer enlaces, a pesar de que la revuelta había sorprendido a los mapuches sin completar sus preparativos. Con todo, luego que Pelantaru logró dominar el tumulto del improvisado movimiento, se consagró con fría inteligencia a la metódica destrucción de los establecimientos españoles. Primero dividió su ejército en tres columnas, de mil hombres cada una, que operaban independientemente, concentrándolas después contra Santa Cruz, Valdivia y Osorno.

Don Pedro de Viscarra, gobernador interino

En poco más de tres meses se perdieron las principales ciudades del sur. La vesania vengadora del pueblo mapuche parecía complacerse en arrasar todo lo que les recordara al hombre civilizado: casas, bodegas, molinos, viñas, ganados, herramientas, muebles, ropas, cosechas... En tan breve plazo se había aniquilado el esfuerzo tesonero que desplegaron los españoles durante medio siglo.

Ruina del sur

La alarma en Lima no fué menor. Se organizó apresuradamente una expedición de trescientos hombres que se puso al voluntario mando del corregidor de la capital, don Francisco de Quiñones (fig. 108). La impresión del nuevo mandatario al llegar a Concepción destila desaliento y pesimismo, pues había encontrado "toda la tierra de esta ciudad para arriba que son seis ciudades en ciento y más leguas asoladas y arruinadas, sin fuerzas de españoles y armas; y, generalmente, todo este reino en el más miserable estado que tuvo desde sus principios; y sobre todo sin un indio de paz con quien cultivar la tierra, que era el sustento de los moradores de este reino..."; y termina: "está perdido".

Refuerzos de Quiñones

Con los sucesivos refuerzos enviados desde el Perú parecía afianzarse la situación del Bío-Bío al norte; en cambio, al sur se agravaba cada vez más, estimu-

Fases de la catástrofe



FIG. 108.—SEGÚN OVALLE.



FIG. 109.—SEGÚN DE BRY.

lada con las constantes deserciones. El clérigo Juan Barba, enamorado de una india, desertaba en La Imperial, erigiéndose en capitán de todos ellos. No tardó en producirse el ataque a la llave de toda la zona. Valdivia fué arrasada e incendiada. Cuando los mapuches consumaron su destrucción, se llevaron prisioneros más de cuatrocientos españoles y mestizos, en su mayoría mujeres y niños. La caída de Osorno y Villarrica era cuestión de tiempo. La oportuna llegada del coronel Francisco del Campo logró salvar a la primera de estas ciudades. Cuando se disponía a acudir en socorro de la segunda, de la que no se tenían noticias desde los primeros días de la rebelión, el desembarco de los holandeses en Chiloé lo forzó a retroceder.

La gravedad de las circunstancias obligó al gobernador a despoblar La Imperial y Angol. La llegada de cerca de trescientos desgraciados hambrientos a Concepción complicaba aún más el panorama en esta ciudad, ya tan arruinada que apenas podía sustentar a sus propios pobladores.

A las calamidades engendradas por la sublevación indígena general venía a sumarse la preocupación por las depredaciones que impunemente llevaban a cabo en toda la costa los corsarios holandeses. Oliverio Van Noort halló en Valparaíso cinco naves. Logró apoderarse de tres, que incendió luego de saquearlas y degollar a treinta desgraciados que no pudieron huir a tiempo. Siguió al norte, guiado por el marino Juan de Sandoval, al que, después de utilizar sus servicios, arrojó

Nuevas incursiones
piráticas

a los tiburones. El hundimiento de las cinco naves perpetrado por este corsario representó un duro golpe para el comercio con el Perú y aumentó la miseria de Santiago y de La Serena (figs. 109 a 112).

Mientras tanto, Baltasar de Cordes, también holandés, se apoderaba de Chiloé, con un golpe de mano que es un verdadero monumento a la perfidia, y fortificaba la isla con los cañones de su nave. Para recuperarla el coronel Del Campo se vió obligado a vencer increíbles dificultades por la topografía del terreno y sacrificar en marchas arriesgadas la salud de sus soldados, además de la suya propia. Expulsó efectivamente a los holandeses, mas la defensa de la región de Valdivia quedaba muy debilitada.

Relevo de Quiñones

La ardua tarea pendiente y los muchos años movieron a Quiñones a pedir el relevo de su mandato, y el virrey resolvió reemplazarlo por el antiguo cuartel maestro de don Alonso de Sotomayor, don Alonso García Ramón. Mientras tanto, el rey había nombrado en propiedad a uno de los más reputados capitanes de los tercios españoles, don Alonso de Ribera, demostrando así las repercusiones



FIG. 110.—COMBATE NOCTURNO ENTRE LA ESCUADRA HOLANDESA Y NAVES ESPAÑOLAS, SEGÚN DE BRY.

siones que en la corte habían tenido las recientes noticias llegadas de Chile (fig. 116).

Alonso de Ribera traía a Chile la mejor hoja de servicios y el más alto prestigio que tuvo en Europa ningún español de los venidos al Nuevo Mundo. Sin embargo, y a pesar de ello, la acogida de los santiaguinos fué fría, porque en un memorial que no hacía mucho dirigieran al rey, le pedían la designación de un gobernante capaz que, además, conociera en detalle de las cosas de Chile. El único que reunía tales condiciones era Sotomayor o, en su defecto, García Ramón.

De inmediato comprendió Ribera que su primera tarea era resucitar un pueblo moribundo, con gran optimismo, energía y capacidad de improvisación como principales y casi exclusivos elementos. Frente a su derrotismo se alzaba el poderío mapuche, cuadruplicado por los efectos psicológicos de sus victorias y porque con ellas se le habían unido no sólo los indios indiferentes, sino aun los antiguos aliados de los españoles.

El nuevo gobernante, formado en la escuela de Alejandro Farnesio, se dió

Trágico panorama

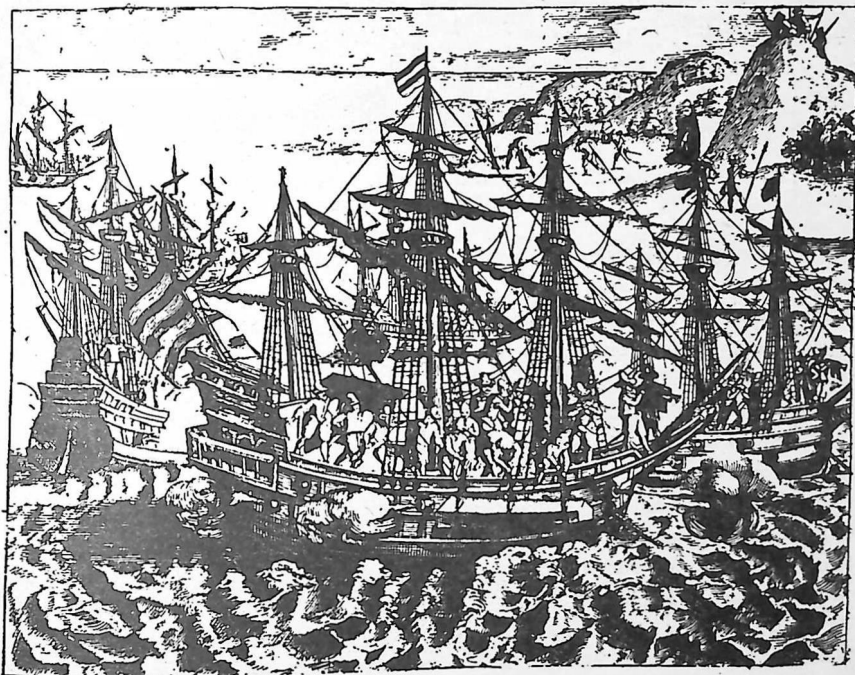


FIG. 111.—LA ESCUADRA HOLANDESA, SEGÚN DE BRY.



FIG. 112.—LOS PIRATAS DE NOORT ATACAN A LOS PINGÜINOS EN MAGALLANES, SEGÚN DE BRY.

cuenta inmediata de la verdadera situación. Su primer contacto con el ejército en Talcahuano le movió a escribir al rey que “estabá esta gente tan mal disciplinada e simple en las cosas de la milicia, que nunca tal pudiera imaginar ni me sería posible dallo a entender”. Y más adelante: “Certifico a vuestra majestad que es esto en tanta manera que son (los soldados españoles) más bárbaros en ello que los propios indios, que ha sido milagro de Dios, conforme a su proceder en la guerra y en la paz, que no los haya echado de la tierra y degollado muchos años ha”...

Mientras Ribera preparaba los pertrechos para aprovisionar a los refuerzos que en breve llegarían de España, el coronel Francisco del Campo había realizado empeños desesperados por mantener la línea y rechazar los ataques mapuches en Angol, Gualaba, Purén y La Imperial, demanda que había de costarle la vida. Villarrica sufría un asedio inclemente, que a poco se resolvió en la trágica muerte de todos sus pobladores, epílogo triste al horrible calvario que algunos indios relataron después y recogió el padre Rosales en su crónica: “La

gente más flaca, como las mujeres y los niños, se caían muertos de hambre, y ya los dejaban irse al enemigo para no verlos morir a sus ojos, y cada uno se iba por donde quería, sin obediencia las hijas a las madres y las mujeres a los maridos”.

Las primeras medidas de Ribera pronto dieron la sensación a los atribulados pobladores de Chile de que, al menos, la línea del Bío-Bío al norte estaba asegurada. Entonces se produjo ese fenómeno general que sucede a las grandes angustias. Se sentía la necesidad de aturdirse, de mitigar las amarguras pasadas buscando la fiesta y la distracción dondequiera que pudiesen lograrse. Tal situación era el mejor abono al carácter andaluz, inteligente y mundano del antiguo capitán de Flandes, que a poco iba a escandalizar a la timorata sociedad santiaguina después de haberlo hecho con la de Concepción. Aparte de sus relaciones ilegítimas con una moza traída de Lima, lo que más chocaba era la fastuosidad de los banquetes que permanentemente ofrecía en su mesa, al introducir “los brindes de Flandes, con muy gran descompostura y fealdad, poniendo las botijas de vino en las mesas, sobre los manteles, y brindando con mil ceremonias por cuantos hombres y mujeres le vienen a la memoria, y a la postre a los ángeles, porque así se usa en Flandes” *. Después del banquete se jugaban fuertes sumas, tanto a los juegos permitidos como a los prohibidos, como “los dados, treinta por fuerza y otros”.

Se salva
la colonia

Los escándalos
del gobernador

En la historia de la chismografía colonial ha trascendido con caracteres pintorescos el pleito del gobernador con los Lisperguer, familia ésta que al finalizar el siglo XVI ocupaba rango preferente en la sociedad de Santiago. El clan, que iban a hacer célebre la sensualidad masoquista y el espíritu sanguinario de sus mujeres, provenía del concubinato de un carpintero alemán, Bartolomé Blumen, y doña Elvira, cacica de Talagante. Su hija única, doña Agueda Flores, llevó a su matrimonio con Pedro Lisperguer la más alta fortuna acumulada en Chile a la fecha. Tuvieron ocho hijos de esta unión, entre los que se contaban dos mujeres de armas tomar, doña María y doña Catalina, casadas ambas, que eran reputadas “en esta República por encantadoras”. Se les acusaba de realizar pactos con el diablo y sobre Catalina pesaba el cargo de haber muerto a azotes a una entenada. La amistad íntima de Ribera con Juan Rodulfo Lisperguer se tornó aún más atrayente hacia las dos hermanas, con el escándalo consiguiente de los santiaguinos y, en especial, del obispo Pérez de Espinosa, y duró hasta el matrimonio del gobernador con una joven huérfana, venida a menos por los desastres del sur, hija de doña Inés de Aguilera, heroína de la defensa de La Imperial.

Los Lisperguer

La Quintrala

La ruptura con los Lisperguer partió de un incidente con Juan Rodulfo, Tentativa de
asesinato

* Carta anexa al alegato titulado “Informes y Documentos de la Junta de Guerra al Rey”.



CAP. N. DE MOSQUERA

FIG. 113.—CAPITÁN DE LOS REFUERZOS LLEGADOS A CHILE EN 1606. SEGÚN OVALLE.

que le valió a éste la prisión. Pudo huir, mas las hermanas exasperadas envenenaron el agua de la tinaja en que bebía el gobernador y asesinaron al indio de que se sirvieron, para no dejar rastro. Como es lógico, el irascible Ribera, al comprobar los hechos, ordenó la prisión de ambas; pero ellas se habían puesto ya a buen recaudo en dos conventos, que, por indicación expresa del obispo, las defendieron bajo pena de excomunión. Ribera, indignado, escribía al rey: "En los conventos las defienden y ocultan de manera que no se pueden haber a las manos con gran nota y escándalo de la República y en lo que correspondé al servicio de vuestra majestad". Tuvo que contentarse con poner grillos a varios parientes, luego de amenazarlos con el proceso por varios crímenes, y partir al sur para echar tierra al asunto.

Un personaje misterioso

Hacia esta época aparecía esporádicamente en Santiago un personaje extraño, rodeado de misterio, que se hacía llamar el Gran Pecador. Llevaba hábito de penitente, hacía obras de caridad en los hospitales y lo único que de él se sabía es que tenía entrada franca en el despacho de Felipe II, y que la Inquisición lo respetaba. Este Gran Pecador iba a actuar en varias ocasiones como correveidile de la chismografía colonial.

Choques entre Ribera y el obispo Espinosa

Las peleas suscitadas por los conflictos entre el gobernador y la máxima autoridad eclesiástica llegaron a ganar caracteres de verdaderas batallas sordas entre Ribera y el obispo Pérez de Espinosa, en quien don Crescente Errázuriz personifica toda una "serie de combates, de excomuniones, de entredichos... , prelado siempre dispuesto a declarar la guerra, sin fijarse quien sea el adversario y siempre pronto a llevar la lucha hasta los más violentos extremos...". Los choques se iniciaron en una procesión en la que Ribera "fue y volvió hablando". El obispo censuró su actitud y el irascible gobernador replicó: "¡Voto a Dios, que es buena tierra Francia, que a estos tales les dan con el pie!" El Señor Espinoza tragó saliva, pero "se la guardó", y, con el primer

pretexto, le declaró una guerra tan sañuda que, en la fase culminante del combate, abandonó durante dos años la diócesis con el objeto de afianzar en Lima la excomunión que había fulminado contra el gobernador.

La política militar de Ribera, que habría de servir como módulo en la única actitud posible dentro de las circunstancias, fué la misma que siglos más tarde permitió a la república chilena someter a los mapuches. Era necesario aceptar el imperativo de la pérdida de la zona más rica del territorio, es decir, la situada al sur del Bío-Bío, para salvar la comprendida entre este río y el Maule, fortificando la nueva frontera, no con carácter definitivo, sino como medida provisional hasta que se dispusiera de los elementos necesarios para recuperar el sur.

Dentro de su plan de pacificación sistemática, lo primero era poner en evidencia la imposibilidad de sostener las guarniciones de Osorno y Valdivia, resolución respaldada por una junta de vecinos al acordar que "los dichos fuertes se quiten y que la guerra vaya de aquí (Concepción) abajo sin dejar cosa que no esté en paz". Durante su penúltima campaña (1603-4), Ribera fundaba un nuevo fuerte en el vado de Chepe, que llamó de San Pedro de la Paz, y otro que bautizó con el nombre de Nacimiento. Al tener noticia de su designación como gobernador de Tucumán y su reemplazo por don Alonso de Sotomayor, activó con energía sus planes. Con la sumisión del cacique Antemaulén logró pacificar toda la provincia de Arauco, y al ceder también los rehues de Tucapel, aplastó los últimos conatos de resistencia en esta provincia, fundando en la desembocadura del Lebu el fuerte de Santa Margarita de Austria y, luego de vencer la resistencia de una columna de dos mil mapuches, afianzó la paz en la zona con la fundación del fuerte de Paicaví, donde se le reunió en abril de 1605 Alonso García Ramón, designado gobernador por renuncia de Sotomayor.

Por aquellas fechas peleaba en Chile una de las figuras más singulares y novelescas que haya producido la Historia. Doña Catalina de Erauso, más conocida como "La Monja Alférez", había violado la clausura de su convento en San Sebastián, su ciudad natal, para correr mundo vestida de hombre. Sus



FIG. 114.—LA MONJA ALFÉREZ. GRAB. DE ROJAS BASADO EN EL RETRATO DE PACHECO.

malandanzas la trajeron a Chile, huyendo, al parecer, de las consecuencias de una vida pendenciera. Luego de pelear como el más bravo durante cinco años en las campañas de Arauco, quiso el destino, por azar o por deliberado propósito, que retara y diera muerte en duelo a su propio hermano.

Según algunos cronistas *, regresó a Madrid en 1608, con el grado de alférez, para pedir el de capitán. Su fama debió ser mucha, pues de paso en Sevilla hizo su retrato el célebre Pacheco. La reproducción que se incluye en la página 165 se debe al lápiz de Rojas y está inspirada en el original sevillano. Admitida en la Orden de Santiago, la Monja Alférez terminó sus días en Cuicuilatlá, aldea cercana a Puebla, en México, el 20 de julio de 1650.

La herencia de
Ribera

Don Alonso de Ribera supo ganar, con su inteligencia, lugar privilegiado en la plana mayor de los gobernantes coloniales de Chile. Recibió el mando con la mitad del país aniquilada por los ejércitos de Pelantaru y la otra deshecha por un estado de postración moral desconocido hasta entonces en América. Y fué capaz de levantar ambas con menores fuerzas que Sotomayor y casi con la mitad de las que no impidieron fracasar estrepitosamente a García Ramón. Don Crescente Errázuriz, que, en razón de las disputas del pendenciero gobernante, en su juicio crítico se sitúa naturalmente de parte del rival, el obispo Pérez de Espinosa, reconoce no obstante que, sin el talento de Ribera, España hubiera tenido que emprender de nuevo la conquista de Chile en idéntica situación a la encontrada por Pedro de Valdivia (fig. 115).

* Cf./ Gil González Dávila: Historia de la vida y hechos del ínclito monarca, don Felipe III (Cap. 14, p. 223); José de Sabau y Blanco: Continuación de las Tablas cronológicas de la Historia de Espa-

ña; Rosales: Historia de Chile (Cap. 37 del Libro V); Medina: Diccionario Biográfico Colonial de Chile, p. 253-254; Id.: Biblioteca Hispano-Chilena (T. I, pp. 208 y sigs.). (Nota de L. C.)

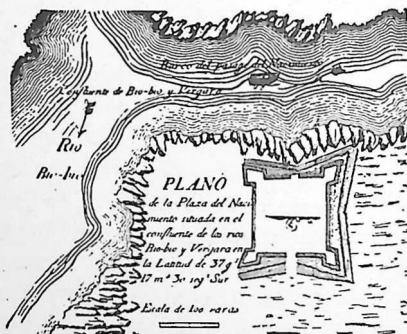


FIG. 115.—PLANOS DE LOS FUERTES DE SAN PEDRO Y NACIMIENTO, SEGUN SE ENCONTRABAN ANTES DE LA SALIDA DEL ABATE MOLINA. PUBL. EN LA EDICION DE SANCHA (MADRID, 1795) DEL "COMPENDIO DE LA HISTORIA CIVIL DEL REYNO DE CHILE".

XIV

Gobierno de García Ramón.
El ensayo del padre Valdivia.
Trascendencia sociológica
del fracaso.
Gobiernos interinos
de Merlo de la Fuente
y Jara Quemada.

A la distancia de los tres siglos que nos separan de estos acontecimientos, no se concibe cómo la corte no captó la realidad de las circunstancias en el único camino soluble que los pobladores habían insistentemente aconsejado. Una fuerza de no más de cinco mil españoles en contacto con el pueblo mapuche no sólo habría afirmado la paz, sino que, con la fusión de las razas, habría apresurado el reemplazo del araucano por el mestizo, única solución definitiva del problema. Estamos ya, desgraciadamente, en el pináculo de la decadencia moral y material de los Austrias, y la corte sólo daba como respuesta al apelativo de las circunstancias el envío de sus mejores hombres, que, individualmente y sin recursos prácticos, nada podían hacer. Por eso don Alonso de Sotomayor, amparándose en su edad, declinó el nuevo nombramiento, y éste recaía, por petición de los propios pobladores, en García Ramón, que al menos tenía una larga experiencia de las guerras de Chile (fig. 116).

Sotomayor
declina el
nombramiento

Al extender su nombramiento, asaltaron al piadoso Felipe III escrúpulos de conciencia, y solicitó del padre Luis de Valdivia un informe sobre los abusos de los encomenderos y la forma de prevenirlos, que luego sometió al dictamen de una junta de teólogos y juristas, partidaria de la supresión del servicio personal de los indios (*) (figs. 117 y 118).

El padre Luis
de Valdivia

La tesis del padre Valdivia partía, por tanto, del supuesto de que al dejar los indios de paz de ser esclavos, los de guerra se someterían voluntariamente para gozar de iguales beneficios. Psicológicamente, el momento no podía ser más

El plan del
padre Valdivia

* En su parte sustancial, el informe de los teólogos dice: "Que atento que el dicho servicio personal manifiestamente es injusto contra la libertad natural, los indios de guerra lo rehusan justamente y se defienden de él con títulos justos; pues viéndolo en los indios de paz, prudentemente piensan que será lo mismo dellos y que habiendo cédula de su majestad en que lo ha mandado quitar de donde quie-

ra que ha quedado en las Indias y se reduzca a tributo al modo que está en el Perú; que hay obligación precisa de quitarlo en Chile, no sólo por la injusticia que en sí tiene, sino porque salgan los indios de guerra de la ignorancia en que están con gran ocasión, pensando que su majestad les hace la guerra para oprimirlos en dicho servicio personal".



FIG. 116.—SEGÚN OVALLE.

inoportuno. Expulsados de la mitad austral del territorio por las victorias mapuches, los españoles apelaban a sus sentimientos para que abandonaran, sin otro incentivo que su buena voluntad, las prácticas ancestrales y se sometieran a la voluntad del rey de España, salvando así su alma. Pocos episodios de la Historia reflejan con más claridad el hermoso candor del espíritu ecuménico del católico español como esta actitud, más que generosa, suicida del padre Luis de Valdivia y sus seguidores.

El iluso jesuita y el cauto gobernador partieron juntos de Lima. El programa era: "Lo primero, un perdón general de todas las culpas pasadas; lo segundo, que su majestad no pretendía el servicio personal, antes lo mandaba quitar, y que así ya no se les tomarían sus mujeres e hijos para el servicio de las casas de españoles; y lo tercero, que pagarían su tributo de lo que cogen en sus tierras y no sacarían oro; y lo cuarto, que a los que viniesen de mita, se les pagarían sus jornales".

Don Alonso García Ramón recibía de Ribera el gobierno más sólido de que había disfrutado la colonia chilena. Iba a disponer de un ejército de más de dos mil hombres, que pagaría el tesoro peruano, y una población a todas luces recuperada de las anteriores angustias. Su política debería limitarse, según consejo que Ribera le repetía como estribillo, a "que no se alargasen las poblaciones ni poblase a La Imperial ni Valdivia sin poblar primero a Purén, para poder socorrer y darse la mano siempre que fuere menester y poder visitar los fuertes y saber nuevas de ellos muy a menudo".

Los consejos de Ribera

En cuanto pudo, el padre Valdivia citó a un parlamento en Concepción a los principales caciques de los seis rehues de Penco, en que el jesuita les explicó en su propia lengua las nuevas disposiciones reales. El cacique Ainavillo agradeció en nombre de los suyos la merced y pidió que se aclarara el único punto que en verdad les interesaba: si podían tener varias mujeres. Con el sentido práctico que caracteriza la acción de los jesuitas, el gobernador, previa anuencia del padre Valdivia, les respondió que: "en lo que toca a tener una o muchas mujeres, su majestad no se entrometía, porque ese punto dependía de la voluntad de ellos". Los parlamentos que se sucedieron en Paicaví, Lebu, Santa Fe, Yumbel y Buena Esperanza convencieron al jesuita del fin de la guerra y de la inauguración de una etapa de prosperidad y bienestar basados en la paz definitiva.

El parlamento de Concepción

García Ramón tenía una larga experiencia de la guerra de Arauco. Dejó actuar al padre Valdivia, mas solicitó nuevos refuerzos, que en parte le fueron concedidos, tanto en hombres como en el aumento del situado peruano, y los organizó para iniciar una rápida campaña de "pacificación" a sangre y fuego. Abogaba por el gobernador y el Cabildo en España el famoso Gran Pecador, el hermano Bernardo, que, como presumió Barros Arana acertadamente, era agente se-

La política de García Ramón

creto de la corona, y sus gestiones fueron, sin duda, oportunas, pues en diciembre de 1606 se fijaba el situado en la respetable suma de doscientos mil ducados.

El nuevo gobernador, sin una línea definida en su política militar, inició su gestión desechando por amor propio los consejos de Ribera. A pesar de que dispuso de muchos más elementos que sus predecesores, sufrió tan graves derrotas, que, lejos de adelantar la pacificación, la hizo retroceder.

El padre Valdivia se interna en territorio mapuche

Animado con el propósito de predicar con el ejemplo, el padre Valdivia decidió internarse en el corazón de los territorios indígenas que habían aceptado en teoría la paz, en contra de la opinión de los capitanes que consideraban tan temerario propósito como deliberado suicidio o, en el mejor de los casos, consciente voluntad de ingresar en el martirologio. Al principio todo fué muy bien. Los indios, en general, lo acogieron cariñosamente durante casi todo el invierno de 1605; pero al fin se produjo el temido desenlace, si bien la víctima propiciatoria fué su desgraciado ayudante. Se dirigía a Arauco cuando tuvo noticia de que se tramaba su muerte entre los indios que pensaba visitar. Regresó atemorizado a Arauco y ordenó a su amanuense, Diego de Atenas, que continuara para llevar a Arauco la buena nueva de las providencias reales. A poco andar, el desdichado encontró "una cuadrilla (de indios), que lo comenzó a maltratar... Limpiaron un árbol nuevo, en el cual hicieron una cruz... donde fuertemente lo ataron manos y pies. Y habiendo hecho un fuego delante de él, comenzaron luego con toda crueldad a cortarlo vivo a pedazos, los cuales ponían a asar en las brasas, sin moverlos a piedad las tiernas quejas, lamentaciones y ruegos que el mozo les hacía" *.

El sacrificio de Diego de Atenas

El martirio de Diego de Atenas obligó al padre Valdivia a suspender las notificaciones. En adelante marchó con la retaguardia del poderoso ejército de García Ramón. El gobernador dividió sus fuerzas en dos columnas de quinientos hombres cada una, que, después de aniquilar a los mapuches de Arauco, Tucapel y el valle central, deberían reunirse con él en Purén. Como era de esperar, los indios no presentaron combate, ni siquiera cuando se reunieron los tres ejércitos. Desembarazado de un enemigo que no daba la cara, se concentró su esfuerzo en el rescate de las españolas cautivas, de las que se sabía el maltrato sufrido y sus miserables condiciones de vida. La resistencia comenzó con el alejamiento de las cautivas a las más inabordables montañas y aun con la hostilidad de muchas de ellas a regresar al campo español. "Están tan aquerenciadas, paridas y preñadas —informa el gobernador al rey—, que se verifica pudieran algunas haberse venido a nosotros y no han querido." Antes que internarse en la cordillera, se impuso el criterio de aplicar los socorros allegados a las pocas que pudieron ser rescatadas. Es interesante señalar este curioso retrotraimiento

El rescate de las cautivas

* González de Nájera.

de numerosas españolas a la vida primitiva de sus nuevos amos, que se acusa aún con más fuerza en los hijos. En otros informes García Ramón recalca el fenómeno. "De tal manera que cuando algunos niños o niñas se ven en nuestro poder, se hallan cautivos, lloran y es necesario ponerles guardias porque no se vuelvan al enemigo, como lo han hecho algunos después de haberlos vestido, llevándose los caballos y preseas que pueden."

La pujanza ofensiva de los mapuches, lejos de mermar con la presencia del ejército de García Ramón, había crecido amparada en la eficacia de la política de no presentar combate sino cuando su iniciativa lo sugería. Los españoles habían creado un nuevo fuerte en la confluencia del Boroa con el Cautín, que denominaron San Ignacio de la Redención. En una salida, las fuerzas que debían guardarlo fueron sorprendidas por tres mil indios emboscados, que dieron muerte a la totalidad. Un desastre similar impedía la nueva fundación de Angol que el gobernador se había propuesto. En poco tiempo, éste había perdido el ascendiente sobre sus hombres, la moral había bajado de nuevo y la rebelión prendía en las provincias aledañas del Bío-Bío.

Mientras tanto el padre Valdivia se dirigía a Lima para imprimir su gramática araucana y, con tal pretexto, informar al rey de la pésima situación en que Chile se encontraba de nuevo, echándole toda la culpa a García Ramón, del que, por otra parte, se había despedido en Santiago cariñosamente. El 4 de enero escribía al conde de Lemos que se iba de Chile para no presenciar la desautorización a sus planes pacificadores y, entre otros detalles significativos, transcribe una conversación entre el gobernador y un cacique principal, que es todo un tratado de política colonial. Según el padre Valdivia, el cacique habría contestado a García Ramón en castellano: "El rey bueno es y muy bien manda y ordena; pero vosotros los capitanes y gobernadores no cumplís cosa y no hay justicia para los indios". Como una ironía del destino, mientras en la corte pros-

TRATADO DE LA IMPOR- tancia y vtilidad que ay en dar por esclauos a los Indios rebelados de Chile.

*DISPUTASE EN EL, SI ES LICITO,
o no el darlos por esclauos. y ponerse rañones por ambas partes,
y sus respuestas: dexando la determinacion a los señores
Visorey, y Audiencia de la ciudad
de los Reyes.*

Nuevos desastres
españoles

A QUIENES EL LICENCIADO
Don Melchor Calderon Tesorero de la Cathedral de San
tiago, Comissario del fante Oficio, y de la fante
Cruzada, Prouisor, Vicario General
deste Obispado.

En fedeuacante lo dirige.

FIG. 117.—FACS. DE UNA DE LAS OBRAS
IMPRESAS EN LIMA Y EN ESPAÑA SOBRE
EL PROBLEMA DE LA ESCLAVITUD DEL
INDIO DE GUERRA.

El padre Valdivia
en Lima

peraban las ideas del padre Valdivia, el Papa Pablo V definía, a petición de Felipe III, las dudas planteadas por fray Gil sobre la legitimidad de la guerra de Arauco y concedía indulgencias a los militares que en Chile peleaban con los indios. La noticia provocó en Santiago, como es lógico, gran entusiasmo.

Rectificaciones de
García Ramón

Los descalabros de su política militar decidieron a García Ramón a retractarse de la conducta seguida y a poner en práctica los consejos de Ribera. Ante la desmoralización general, muy semejante a la que siguió a Curalaba, el gobernador renunció a sus proyectos de nuevas fundaciones, añadiendo al plan de Ribera un apéndice que aquél había desechado por cruel e inútil: el escarmiento de los indios por el terror. Dictó, en efecto, autos "mandando a todos los ministros de guerra pasasen a cuchillo todo cuanto en ella se tomase sin reservar mujer ni criatura, lo cual se puso en ejecución generalmente..." Tan brutales procedimientos sólo consiguieron exasperar más el espíritu de lucha indígena.

La campaña
de 1606

Que el poderío militar mapuche se había afianzado considerablemente lo vino a demostrar la batalla campal presentada a García Ramón por las fuerzas unidas de Ainavilú, Anganamón, Pelantaru y Longoñongo, que, si bien se decidió por los españoles, el enemigo apenas salió quebrantado de ella. Desde Curalaba germinaba en las mentes iberas el dilema del exterminio del mapuche o el abandono de la conquista. Como primera providencia, a partir de septiembre de 1600, todos los colonos pedían al unísono la declaración de esclavitud de los mapuches. El Consejo de Indias había encarpetao el asunto con la pueril esperanza de que la terminación de la guerra de Arauco finiquitara el problema. Ante la gravedad de las circunstancias, Felipe III autorizaba la esclavitud de los araucanos por real cédula de 26 de mayo de 1608, que en el preámbulo justificaba, dada la mentalidad de la época, tan drástica medida * (fig. 117).

La orden de
esclavitud de los
mapuches
prisioneros de
guerra

Restablecimiento
de la Audiencia

Hacia la misma época, la corona decidió también restablecer la Audiencia con sede en Santiago, nombrando su presidente al mismo García Ramón, que ganó así categoría de presidente-gobernador. La medida política respondía a la necesidad de controlar el rodaje administrativo y militar que la guerra de

* Dice en la parte pertinente: "...por lo cual han merecido cualquier castigo y rigor que en ellos se use, hasta ser dados como esclavos, como a personas de letras y muy doctas les ha parecido que deben ser dados por tales como gente perseguidora de la iglesia y religión cristiana..., por la presente declaro y mando: Que todos los indios así hombres como mujeres de las provincias rebeladas del dicho reino de Chile, siendo los hombres mayores de diez años y medio, y las mujeres de nueve y medio, que fueren to-

mados y capturados en la guerra por los capitanes y gentes de guerra y indios amigos nuestros y otra cualesquiera persona que entienda en aquella pacificación..., sean habidos y tenidos por esclavos suyos, y como tales se puedan servir de ellos y venderlos, darlos y disponer de ellos a su voluntad..." Y añade: "Mas es mi voluntad y mando que, si los dichos indios de guerra del dicho reino de Chile volbiesen a obedecer a la iglesia y se redujeren a ella, cese el ser esclavo ni poderse tomar ni tener por tal..."

Arauco había complicado, y, muy especialmente, evitar los ya tradicionales conflictos entre los poderes civil y eclesiástico, que el señor Pérez de Espinosa había llevado a un clima intolerable. Desde su nueva instauración, la Audiencia iba a limitar las facultades civiles del gobernador, no así las militares, y restringir de hecho la autoridad eclesiástica.

La dureza de la campaña había minado la salud de García Ramón. Después de delegar el mando en el oidor de la Audiencia de Santiago doctor Luis Merlo de la Fuente, se agravó su estado hasta sobrevenirle la muerte el 2 de septiembre de 1607 (fig. 116). Dejó el recuerdo de un hombre dadivoso, "magnífico en las distribuciones a la gente de guerra, liberal con los pobres y con todos afable". Murió muy pobre. . . , "y fué tan amado de todos, que su muerte causó general sentimiento" *.

Muerte de
García Ramón

La noticia de la muerte de García Ramón provocó en breve un nuevo alzamiento concertado entre los caciques de la costa de Arauco y los de guerra. Desoyendo los consejos de sus coterráneos, el nuevo e interino gobernador, don Juan Jara Quemada, anciano de grandes arrestos, sensato mas irascible, duro e intransigente, se dirigió a Arauco con la insignificante escolta de diez hombres y logró dominar la situación. Colgó de la horca a cinco caciques, quemó sus casas, sembró de sal sus campos y envió a Santiago a las mujeres y a los hijos. Acto seguido reunió cerca de un millar de hombres y realizó una expedición de escarmiento de grandes resultados psicológicos (fig. 126).

Don Juan Jara
Quemada

Con todo, la moral del ejército y su estado de miseria volvían a los de los peores tiempos. Convencida, al fin, la corte de la errada política seguida en Arauco, llamaba otra vez al hombre que más eficiencia había demostrado hasta el momento. El 28 de marzo de 1612 juraba de nuevo como gobernador de Chile, y poco después recibía su cargo de presidente de la Real Audiencia, don Alonso de Ribera. Su designación no era una medida rutinaria más; significaba el convencimiento de que la única política frente al problema de Arauco era la guerra defensiva. Con su mandato termina la etapa épica de la conquista y se inicia una nueva era en el desarrollo histórico chileno.

La Corte llama
de nuevo a Ribera

El período de catorce años que separa el desastre de Curalaba (23 de diciembre de 1598) y el ensayo de guerra defensiva (26 de mayo de 1612) es el de mayores violencias que registra la historia de Chile y, en cierto modo, el más trascendental de la Colonia. En cinco años desaparecieron, barridas por los mapuches o abandonadas por los españoles, las siete ciudades situadas al sur del Bío-Bío: Santa Cruz, Arauco, Angol, La Imperial, Valdivia, Osorno y Villarrica. La extensa zona que en el designio de Pedro de Valdivia debiera haber formado el núcleo nacional del nuevo país, se perdía por más de dos siglos co-

Consecuencias de
un período
trascendental

* Juicio de Rosales, recogido, tal vez, de Sótero Romay.

mo elemento activo en su desarrollo. Unos mil españoles perecieron en la empresa y más de cuatrocientas mujeres y niños españoles y mestizos, apresados por los vencedores, apuntalaron con su sangre la vitalidad ascensional del pueblo mapuche. Y la otra mitad del cercenado territorio atravesó por una larga crisis moral, que llegó, con la creciente miseria, a poner en dura prueba su propio sentido de la supervivencia.

El desastre de Curalaba y la guerra defensiva, que fué su natural consecuencia, moldearon el carácter de la historia chilena de manera definitiva, como señaló con acierto Vicuña Mackenna, al permitir al pueblo araucano, luego de reponerse, prolongar la lucha durante dos siglos y medio más. De aquí surgió una evolución colonial distinta substancialmente de la de los demás pueblos americanos.

PROVISIONES
Y CARTAS DEL
REY PHILIFE TERCERO

NUESTRO SENOR Y DEL EXCELENTIS.

Simón Marqués de Montes Claros Virrey del Perú con
otros sus ordenes y decretos sobre la nueva
forma que da en la guerra y buen asien-
to del Reyno de Chile.



CON LICENCIA.

Del dicho Señor Virrey.

Impreso en Lima por Francisco del Canto.
Año de M. DC. XII.



GUERRA
DE CHILE
CAVSAS DE SV DVRACION
MEDIOS PARA SV FIN
EXEMPLIFICADO

En el Gobierno de Don Francisco Lasso
de la Vega.

POR EL MAESTRO DE CAMPO
Santiago de Tesillo, Corregidor de la Ciudad de la Con-
sepcion, Plaza de Armas del Exército, y Lugarteniente de Capitan General en su
frontera.

DIRIGELA

AL SEÑOR D. IVAN DE SANTELICES
Guevara, del Consejo de su Magestad, en el Real de
Castilla, &c.

CON PRIVILEGIO,

En Madrid. En la Imprenta Real. Año de 1647.

XV

Singularidad de la evolución histórica chilena. Místicos y realistas. Resultados psicológicos del mestizaje.

CHILE comenzó a atesorar su propia personalidad como pueblo en el conjunto de los hispanoamericanos alterando por completo la clásica división de los períodos históricos respectivos. Mientras en el resto del continente, ya de habla española, la idea de la conquista como fenómeno político ganaba caracteres de legendaria epopeya, abultada y sublimada por medio siglo de edificación administrativa, Chile, el último rincón del imperio indiano, la única parcialidad colonial que, lejos de reportar beneficios pecuniarios a la corona, había que mantener a costa de un situado gravoso, iniciaba la etapa de su verdadera organización en los albores del siglo XVII, y ello, no por voluntad o conveniencia de las autoridades peninsulares, sino por el imperativo de las circunstancias, impuesto a sangre y fuego por el pueblo mapuche (fig. 119).

Felipe III, o, por mejor decir, sus validos y consejeros, habían perdido por completo la esperanza de vencer la tenacidad araucana y renunciaban definitivamente a la mejor mitad del territorio conquistado por Pedro de Valdivia. El orgulloso español había cedido ante el mapuche vencedor del Bío-Bío al sur. La guerra de Arauco se convirtió, por iniciativa de los araucanos, en lucha de pueblos vitalmente irreconciliables, con fuerzas equilibradas, con las alternativas correspondientes mantenidas en el mismo fondo substancial; durará dos largos siglos, en que la guerra misma pierde importancia ante su influencia sociológica y su respaldo a la estructura, también sui generis, que va a moldear la psicología del pueblo chileno.

El planteamiento
de la lucha

Chile no podía hacer excepción al espíritu universalista español. Aun más, en cierto sentido, las vicisitudes de la pelea incesante contra los mapuches y contra la naturaleza exacerbó aquí muchas de las características que en otros climas americanos se suavizaron por la laxitud de la vida y de las costumbres. Con todo, la esencia misma del ímpetu peninsular ultramarino, canalizando en la necesidad vital, ecuménica, de engendrar nuevos pueblos, adquirió en Chile también caracteres propios, y, si cabe, aun más exagerados que en el resto del continente. He aquí, por tanto, otro de los factores que contribuyeron a diferenciar a este país de sus hermanos americanos.

Raíces históricas en
la singularidad del
pueblo chileno

La proyección de
España en sus
provincias
americanas

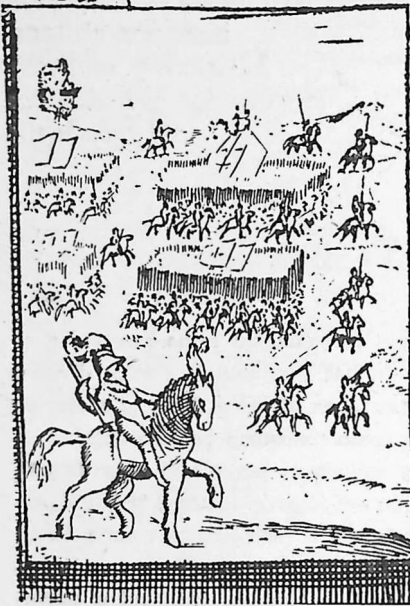


FIG. 119.—LOS TERCIOS DEL "FLANDES INDIANO". VIÑETA QUE ORNA EL RETRATO DEL CAP. MOSQUERA EN LA OBRA DE OVALLE.

y de la cultura peninsulares. Desde los albores de la conquista los reyes prohibieron taxativamente la esclavitud y los malos tratos, y la misma palabra "conquista" fué deliberadamente eludida en los documentos, por cuanto representaba guerra y violencia, sustituyéndola por la más suave y humana de "pacificación" *.

Místicos y
realistas

Con las exageraciones propias de la mentalidad española y a diferencia del espíritu colonizador inglés, que no buscó injertar en sus dominios una proyección mestiza de sus características, sino el aprovechamiento de materias primas y la apertura de grandes mercados que favorecieran sus industrias y su comercio, lo fundamental para el ibero era españolizar a las masas aborígenes, imponerles su cultura y su religión a la fuerza, si era necesario, y ello por dos caminos bien diferenciados, y, al parecer, antagónicos: el místico y el realista, aceptando esta denominación simple que se canalizaba, en unos, por el bautismo

El gran acontecimiento colombino (que López de Gomara había calificado de "la mayor cosa después de la creación del mundo, quitando la Pasión y Muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias, y así las llaman Nuevo Mundo") presentaba a los españoles dos oportunidades: explotar las riquezas de las nuevas tierras o proyectar a España misma allende los mares. Siguieron los españoles el segundo camino, precipitándose en él apasionadamente, poseídos de su misión ecuménica. La consecuencia fué el desastre de la propia patria. España se desangró en América, trasplantándose a ella con sus instituciones, sus costumbres, su empuje y su sentimiento trágico de la vida. Conceptuó a los indígenas que poblaban las Indias como sus hermanos en derecho y como sus iguales al otorgarles los beneficios de la religión

* Isabel la Católica pedía a sus sucesores, en el testamento, "que no consientan ni den lugar a que los indios, vecinos y moradores de las dichas islas y tierras fir-

mes, ganadas o por ganar, reciban agravio alguno en su persona y bienes: mas manden que sean bien y justamente tratados".

y la predicación religiosa; en otros, por el mestizaje, la formación del hábito del trabajo y la influencia de la cultura española sobre la nueva raza que se estaba formando.

Desde el punto de vista político, los ideales se concretaron en un espíritu inmarcesible de justicia y de austera rectitud, manifestado en la voluntad de no hacer distinciones entre el súbdito peninsular y el americano, otorgando a ambos por igual los beneficios del gobierno y el soporte de las cargas ciudadanas, como se demostrará documentalmente en los capítulos que siguen.

Las circunstancias y la cruda realidad moldearon a su vez tan limpias intenciones. Hubo abusos, como de humana condición que eran sus ejecutores, y se produjo frecuentemente la incongruencia entre la disposición metropolitana y sus aplicaciones prácticas. Mas la legislación de Indias

constituye un hermoso ejemplo y uno de los más altos motivos de orgullo que el pueblo español puede exhibir entre sus grandes aportaciones al progreso de la humanidad.

Uno de los muchos aspectos con que la guerra de Arauco contribuyó a moldear la acusada personalidad del pueblo chileno se destaca nítido: el proceso de selección que impuso a los grupos de conquistadores españoles llegados a estas latitudes. El caso de Pedro de Valdivia, que, de segundón en las contiendas civiles del Perú, habría de ganar talla continental en el escenario más adecuado de Arauco, se repite durante gran parte de la Conquista. La vida sedentaria y confortable de Panamá y Lima tamiza los caracteres esforzados que no se avienen con la molicie cómoda de la encomienda, que necesitan horizontes más amplios y difíciles en que volcar la fiebre de creación colectiva que unifica la mentalidad del español del siglo XVI.

Es sabido que en la Península Ibérica mantienen sus enormes distancias raciales y lingüísticas varios pueblos de origen y evolución psicológica dispares. Diferenciación ibérica



PATAGONS, HABITANS DU CHILI ET DE LA TERRE MAGELLANIQUE.

FIG. 120.—DE LOS VIAJES DE ROGERS.

Las leyes de Indias

Entre un vasco y un andaluz, entre un gallego y un catalán, existen más acusadas diferencias que entre un colombiano y un argentino, que entre un chileno y un uruguayo. La procedencia regional, por tanto, de los fundadores de la nacionalidad tiene un gran interés, hecha la salvedad de que el regionalismo ibero, al trasplantarse a América, perdía parte de su intransigente hermetismo, no así sus características psicológicas acusadísimas.

Castellanos y
andaluces

La conquista de Chile atrajo preferentemente al castellano y al andaluz, que completan más del ochenta por ciento de los españoles llegados a estas tierras entre 1530 y 1630. El grupo más numeroso es el andaluz, con el 26%, procedente en su casi totalidad de Córdoba, Sevilla y Cádiz; sigue el castellano nuevo, principalmente de las provincias de Madrid y Toledo, con el 16%. El extremeño representa el 13,8%; los leoneses, el 13,2%, y restantes castellanos viejos, el 11% *. Es curioso comprobar que estas diferenciaciones regionales concentran a su vez las características más señaladas del pueblo español en su proyección psicológica universal, esto es, la sobria austeridad, la valentía temeraria, el concepto de que la honra vale más que la vida ("El Alcalde de Zalamea"), y también la rebeldía, el arrebato, la desmesura en todo y por todo, y, en suma, la imprevisión, alegre y jacarandera ética de los andaluces, que viven siempre al día, y, en cuanto a mañana... ¡Dios dirá!

El predominio político y social de andaluces y extremeños fué fugaz, como suele serlo la fortuna entre sus manos. Pronto fueron desplazados por otros con menos imaginación y poesía en sus actos, pero más previsores y ordenados, y con los castellanos nuevos constituyeron la base fundamental española del pueblo chileno. El castellano viejo, también preterido con el tiempo, mantuvo en sus virtudes ancestrales de sobriedad, altivez, arrojo y misticismo, más previsión y sistema. De él parte lo que hoy llamamos la clase acomodada de provincia. Vascos y navarros, catalanes y valencianos, gallegos y asturianos, aragoneses y canarios, completan un reducido 12% y no asentaron sus diferenciaciones regionales en el período de la Conquista.

El mestizaje

En toda la zona ocupada por los españoles, y, especialmente, en los campamentos, el ibero engendró en las hembras chincha-chilenas, primero, y en las mapuches, después, cuantos hijos le permitieron sus fuerzas genésicas. Desde los albores de la conquista, gobernadores y capellanes consintieron tácitamente el ayuntamiento de soldados españoles con las jóvenes indias del valle del Mapocho. No preocupaban al padre ni la crianza ni la alimentación de los vástagos. A veces, el sentimiento de la paternidad les impelía a velar por los hijos, ha-

* Vid. Luis Thayer Ojeda: Elementos étnicos que han intervenido en la población de Chile, id: formación de la sociedad chilena.

ciéndose cargo de las madres. La mujer, por otra parte, buscaba ansiosamente al hombre blanco, y su carácter dulce y femenino facilitaba la unión. Estaba habituada, desde luego, a la poligamia, y en sus posibles rivales sólo veía compañeras. Los varones chincha-chilenos, debilitados en su lucha con los mapuches, no defendían tampoco a la hembra. Michimalonco facilitó a Valdivia, con mil doscientos mancebos de veinticuatro a treinta años, "quinientas mujeres solteras y doncellas. . . , todas de quince a veinte años". Hacia 1550 pululaban en las calles de Santiago multitud de muchachitos mestizos, revueltos con los cerdos, las cabras y los perros.

Las indias eran, al mismo tiempo, concubinas y sirvientas. En la paz cumplían labores domésticas. En la guerra, las más jóvenes y sanas acompañaban al amo para cuidarlo. En 1580 cien soldados de Juan Alvarez de Luna juntaron en el campamento de Arauco tal cantidad de hembras mapuches que "hubo semanas que parieron sesenta indias de las que estaban en su servicio, aunque no en el de Dios". Alvarez de Toledo habla de españoles que poseían hasta treinta concubinas *, y Francisco de Aguirre llegó a reconocer cincuenta hijos

* Purén Indómito, p. 351.



Habits of the People of Chile in America.

FIG. 121.—EN EL DIARIO DE VIAJE DE SHAW.



CAP. D. IÑIGO D AIALA.

FIG. 122.—SEGUN OVALLE. CONDUCTOR DE REFUERZOS DESDE ESPAÑA.

CAP. D. FRAN^{co} RODRIGVEZ DEL MANZANO YOVALLE

FIG. 123.—SEGUN OVALLE. PROCURADOR DE LA CIUDAD Y ALCALDE ORDINARIO DE SANTIAGO EN 1640.

varones, aparte de los no reconocidos, que, probablemente, superaban aquella cifra.

Barraganía de tipo medieval

En la medida en que, con la llegada de las primeras españolas, se inició la constitución de la familia al estilo europeo, la desenfrenada poligamia fué evolucionando hasta convertirse en una suerte de barraganía de tipo medieval. El cabeza de familia, al margen de ésta, mantenía un crecido número de hijos, las más de las veces con el consentimiento tácito de su esposa y aun alojando en su mismo techo a las concubinas. El fenómeno era, también, y por otra parte, consecuencia de la enorme desproporción entre los sexos. Mientras entre los españoles el número de hembras era insignificante comparado con el de varones, entre los aborígenes el exilio voluntario y la guerra habían producido el desequilibrio contrario.

Con todo, la dureza de la vida chilena no permitió que se desarrollara la refinada galantería de la Lima virreinal. La sociedad chilena de esta época es la más moral de la América española. Mas, como en todas partes, la soldadesca incontrolada cometía desmanes y atropellos a destajo. En carta de la Au-

diencia al rey * se clama al cielo contra los soldados que venían a invernar a Santiago: al llegar “descomponían doncellas”, y al irse se llevaban “hurtadas más de ochocientos indios e indias y una infinidad de bestias mulares, rompiendo para ello puertas y paredes”.

La vida del hogar era honesta, sana, austera y profundamente religiosa, gracias a la agresiva honradez proverbial en la mujer española. La mejor prueba la dan los escándalos provocados por las escasas aventuras galantes habidas durante la Colonia. Incurriríamos en grave error si consideráramos en la poligamia inicial y en la barraganía que la siguió un relajamiento de las costumbres peninsulares. El admapu creaba en la india soltera el prurito de la fecundidad, que era el mejor mérito obsequiable al futuro marido.

La casada era, por regla general, fiel al marido, también por imperativo del admapu, y, por la misma razón, toleraba la poligamia del marido como lo más natural del mundo. Tal estado de cosas era, si cabe la expresión, mucho menos inmoral que la galantería, con la mancilla de la doncella, el adulterio y la desorganización correspondiente de la familia.

El cruzamiento entre el mapuche y la hembra española fué, sin lugar a dudas, mucho más activo de lo que cabría suponer. El araucano solicitaba a la mujer española o mestiza con la misma avidez que la hembra chincha-chilena al varón español, y en los malones y asaltos en que cogían prisioneros, custodiaban a las mujeres escondiéndolas en las montañas y engendrando en ellas cuantos hijos podían. Sólo las canjeaban por prisioneros mapuches cuando eran estériles. Muchos hijos de caciques y españolas se destacaron después en la conducción del pueblo mapuche. Don Antonio Chicahuala, el célebre cacique de Maquehua, era hijo del toqui general Gualacán y de doña Aldonza Aguilera y Castro, noble española cautivada niña.

Además, fueron muchos los soldados españoles que se pasaron al enemigo



El hogar

CAP. D MARTIN DE AVENDAÑO.

FIG. 124.—D. MARTIN DE AVENDAÑO, SEGUN OVALLE. TRAJO DE ESPAÑA OTRO CONTINGENTE DE CONQUISTADORES EN 1552.

Cruzamiento entre el mapuche y la española

* 23 de agosto de 1610.

y más aún los mestizos que volvían al medio materno. Todos, por supuesto, se adaptaban al matrimonio polígamo aborígen. El jesuita Olivares, que convivió largos años entre los mapuches, calcula que hacia mediados del siglo XVIII la cuarta parte de la población de Arauco era mestiza de español.

Caracteres del
mestizaje

Naturalmente que el mestizaje en el campo europeo fué mucho más rápido y profundo. Las mestizas de la primera generación eran, según todos los testimonios, agradables, inteligentes y hacendosas. Muchas casaron con los españoles radicados o con los que venían a la guerra de Arauco en condiciones ventajosas. Baste recordar el caso de doña Agueda Flores, hija del carpintero alemán Bartolomé Flores y de doña Elvira, cacica de Talagante, que casó con don Pedro Lisperguer. Las mestizas de la segunda generación fueron las esposas de los soldados que continuaban llegando sin cesar. Los hijos varones de estos matrimonios se confundían ya con el español, y desde mediados del siglo XVII eran frecuentes los matrimonios entre mestizos. De este modo, se estableció una gama que oscila entre el español casi puro, con un 1/64% de sangre aborígen, base de la antigua aristocracia colonial, hasta el casi aborígen, con 1/64% de sangre española. La mayoría va de los $\frac{3}{4}$ español a los $\frac{3}{4}$ aborígen.

El nuevo tipo

El cruzamiento entre las razas, en vez de disociar los caracteres progenitores, los unió en un nuevo tipo intermedio, más bajo, braquicéfalo y moreno que el del conquistador, y la reversión atávica se redujo al mínimo, consolidándose la nueva raza histórica en el breve período de dos siglos, sin diferenciaciones regionales. Al principio dominó la herencia cruzada: los hombres reflejaban el cabello y los ojos oscuros de la madre, mientras las mujeres reproducían con frecuencia los ojos azules y los cabellos rubios del padre. Es curioso comprobar que todos los cronistas de la época hablan con insistencia del color claro del pelo en los primeros conquistadores. González de Nájera describe a las mujeres rescatadas por Alonso de Ribera en Purén: "Venían algunas niñas, hijas de padres españoles, que la mayor no pasaría de doce años, tan blancas, rubias y hermosas, que ponía maravilla el verlas". Y Gómez de Vidaurre, refiriéndose a las chilenas de cuarto o quinto cruce, señala: "De las mujeres chilenas se debe decir que son generalmente bellas, de buen talle, proporcionado a su sexo; su color blanco rosado, y su pelo largo, rubio y sutil".

La influencia del clima luminoso del centro y norte del país contribuyó no poco a acentuar la pigmentación de la tez y la obscuridad del cabello del chileno actual. La talla media de la nueva raza se ha fijado provisionalmente en 1,66 m. para el hombre y 1,54 m. para la mujer. Los cronistas coinciden en señalar gran diferencia entre la estatura de conquistadores y aborígenes. En cuanto a la conformación general de la musculatura, prevaleció el corte brevilineo

autóctono. Fenómeno curioso en el proceso de cruce antropológico es la rápida eliminación de los rasgos negroides, teniendo en cuenta que el tanto por ciento de negros en la época era elevado. El Cabildo de Santiago contaba el 9 de agosto de 1630, dentro de los términos de la ciudad, "más de dos mil quinientos esclavos negros, angola, borrachos como los indios", y, al finalizar el siglo XVII, había en el obispado de Santiago más negros, mulatos y zambos que indios sujetos a tributo.

Eliminación de rasgos negroides

Dos factores contribuyeron a acelerar el fenómeno: el clima, que, auxiliado por el alcoholismo, contribuyó a incrementar entre los negros la tuberculosis, y la repulsión que por ellos experimentaba la mujer mapuche. El virrey marqués de Montes Claros, al solicitar de la corte el aumento de los hombres de color en Chile, le dice que no hay temor de que se fuguen al enemigo, porque "aquellos indios los aborrecen más que a nosotros, y en ninguna manera consienten entre sí negros, antes los matan en topándolos" *.

De la estratificación social originada por las condiciones de la conquista, y, sobre todo, por las facetas en la constitución de la familia, derivó el desnivel de la gama étnica, es decir, arriba el chileno con mayor cantidad de sangre española, y abajo el más cargado de sangre aborígen. Siguiendo toda una trayectoria, que parte directamente de la Península, el conquistador atraía hacia sí y convertía en español a cuanto mestizo descollaba en cualquier actividad. La influencia sociológica de esta estructura ha sido muy grande y refleja el gran desnivel social imperante hoy en Chile. Ciertas lacras ya endémicas, como el alcoholismo, corresponden por entero a la influencia aborígen. En cuanto a la otra característica fundamental del pueblo chileno, la imprevisión, es indudable que la aportación andaluza ha contribuido, por lo menos, en igual medida que la mapuche.

Estratificación social

Otro fenómeno que en la psicología social del chileno apunta desde el siglo XVII es lo inestable de las reacciones colectivas, la excesiva y permeable sensibilidad ante cualquier agente externo que lo impresionara. En la pacata y austera vida colonial de Santiago, bastó el esporádico ejemplo de Alonso de Ribera para que el fausto y la vida mundana fueran el norte de sus pobladores. Durante toda la Colonia las cualidades morales colectivas oscilaron al compás de la moral del gobernador, y en plena República "Los Girondinos", de Lamartine, impresionaron tanto a los jóvenes intelectuales de Santiago, que adoptaron los nombres de sus héroes: Lastarria se llamó Brissot; Francisco Bilbao, Vergniaud, etc. Este espíritu dúctil, que contrasta violentamente con la dureza imperativa del peninsular, comenzó a incubarse en el nacimiento mismo de la nueva raza, y fué factor decisivo en el afincamiento de la civilización española.

Inestabilidad de las reacciones colectivas

* Carta de 17 de abril de 1613.

Chile es, sin duda, uno de los países actualmente más españoles de América. En gran parte ello se debe a que, gracias a la plasticidad señalada, el reducido número de iberos, incrementado apenas por una corriente insignificante de doscientos o trescientos individuos por año, logró sin esfuerzo españolizar una masa mestiza muchas veces superior en número.

Como consecuencia de lo que antecede, se perfila nítido el otro rasgo característico: la fugacidad de las reacciones. Desde el siglo XVII puede observarse que todo prende y todo se va con ligereza desconcertante. La influencia vasca posterior minó en parte el vuelo de la imaginación rehuendo el afán de novedades. En cuanto pasó tal influencia afloraron de nuevo en el pueblo chileno los caracteres ya ancestrales.

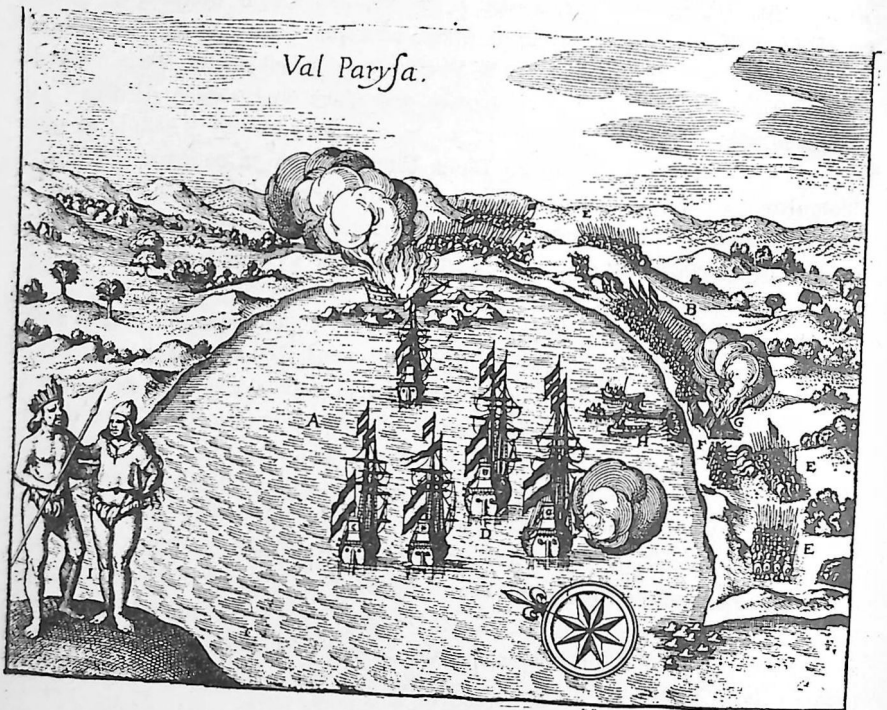


FIG. 125.—ATAQUE DE LOS HOLANDESES (Spilbergen, según Vicuña Mackenna) A VALPARAÍSO. GRAB. DE DE BRY.

XVI

La guerra defensiva.
El nuevo ensayo del
padre Valdivia.
Segundo Gobierno de Ribera.
Gobiernos de
Talaverano Gallegos,
Ulloa y Lemos, de la Cerda,
Osos de Ulloa, Alaba y
Nureña, Fernández de Córdoba.

MAS de medio siglo de lucha infructuosa en una guerra que consumía no sólo la totalidad de las rentas de Chile, sino el situado peruano (como hemos visto, más de doscientos mil ducados anuales, que representaban la décima parte de lo que la corona recibía de América), habían creado un clímax en torno a los asuntos chilenos, en que el desaliento y el cansancio ganaban tanto a los virreyes como al propio pueblo español. Ningún voluntario quería ahora venir a Chile; antes preferían las galeras.

Verdad es que la corona no tomó el peso al asunto hasta que vió en la inestabilidad chilena y en las incursiones de los piratas el peligro que se cernía sobre el propio Perú. Pudo más, por tanto, el principio de la defensa segura de lo poseído que la pelea denodada por recuperar los territorios situados al sur del Bío-Bío. De aquí nació la idea de la "guerra defensiva", que, con la conservación de los mejores puertos, permitiera "lo que se deseaba y pretendía, que era la seguridad del reino del Pirú" * (fig. 128).

La idea del ensayo de guerra defensiva había germinado en el oidor de la Audiencia de Lima, don Juan de Villela, que propuso el establecimiento de una verdadera frontera, inviolable para los españoles, en el Bío-Bío. Los ataques de los indios serían rechazados, sin perseguirlos al otro lado del río, con lo que se habituarían a respetar la demarcación. El plan de Villela fué discutido en la junta de guerra del Consejo de Indias, que recomendó el de Alonso de Ribera, opuesto substancialmente al otro. En el atolladero de los informes y contrainformes, el Consejo decidió enviar todos los papeles al virrey, que, en principio, aprobó el plan de Villela, mas eludiendo la responsabilidad de implantarlo. A estas alturas interviene directamente el padre Luis de Valdivia, entusiasmado

La frontera del Bío-Bío. El padre Valdivia en España.

* Acta de la junta de guerra de Madrid, que autorizó la guerra defensiva.



FIG. 126.—SEGUN OVALLE.



FIG. 127.—SEGUN OVALLE.

DESCRIPCION DEL REYNODE CHILE, de sus Puertos, Caletas, y sitio de Val- diuia, con algunos discursos para su mayor defensa, Conquista, y duracion.

CONSAGRALE AL REYN VESTRO
Señor, en su Real Consejo de
las Indias,

*EL MAESTRO FRAY FRANCISCO
Ponce de Leon, del Orden de nuestra Señora de la Mer-
ced, Procurador General del Reyno de Chile, y del
Real Exército que su Magestad tiene en el Conquis-
tador, y Descubridor de las Prouincias del Rio Mara-
ñon, Fundador de la ciudad de San Francisco de Borja,
Prouisor, Governador, Vicario General, y Iuez Ecle-
siastico en los Obispados de Quito, Truxillo, y Chile, Vi-
cario Prouincial de la Prouincia de Lima, y su Vistia-
dor: Vistador, y Reformador General de las de Chile,
y Tucuman: Prouincial de la de Chile, Capellan
Mayor de los Reynos del Peru, y Chile, y
Comissario del Santo Oficio.*

FIG. 128.—FACS. DE LA OBRA DE PONCE
DE LEON SOBRE LOS PELIGROS DE LA VUL-
NERABILIDAD DE VALDIVIA.

ro no directamente, sino por la influencia sobre el mandatario oficial. Ahora, el padre Valdivia iba a aceptar directamente un mando con toda clase de atribuciones, y, lo que es peor, de responsabilidades. El segundo enemigo fué el propio pueblo chileno, que consideraba errado y peligroso el plan del jesuíta. Tres gobernadores, García Ramón, Merlo de la Fuente y Juan Jara Quemada escribieron al rey largos memoriales oponiéndose sin ambages a la aplicación de la nueva política.

El gobernador y el jesuíta llegaron casi al mismo tiempo a Chile. Mas, mientras el primero estaba minado ya por los años y las enfermedades de su vida azarosa y alegre, el sacerdote venía pleno de energías, dispuesto a imponer su plan a toda costa. De inmediato envió desde Arauco, en distintas direcciones, cinco mapuches prisioneros para que difundieran por la provincia la buena nueva. El primer contacto directo con un grupo de caciques de guerra estuvo a punto de costarle la cabeza, y sólo pudo salvarse prometiendo lo imposible. Al reunirse en Concepción con Alonso de Ribera dedicó varios meses a repartir obsequios entre los indios, que éstos, de acuerdo con su ya conocida

con el plan del oidor. Se embarca a Europa, y luego de una larga pelea administrativa en la corte, logra imponer el ensayo de pacificación al rey y al Consejo de Indias. Parece que sus aseveraciones posteriores sobre las andanzas en España no son muy dignas de crédito. En la sesión del Consejo de 2 de junio de 1610 obtuvo, según cuenta, autorización para asistir y hablar en ella. Textualmente dice el padre Valdivia que tuvo "una interesante conversación" con don Alonso de Sotomayor; el inteligente ex gobernador de Chile hacía, por esas fechas, un mes que había fallecido. Por último, la corte decidió dejar el problema en manos del virrey, que, al fin, dió órdenes para efectuar el ensayo.

El primer gran enemigo del jesuíta fué su propia orden. La Compañía tenía como divisa mandar, pe-

Ribera y el padre
Valdivia llegan de
nuevo a Chile



FIG. 129.—EL MARTIRIO DE LOS TRES JESUITAS, SEGUN LA VERSION DEL PADRE OVALLE.

psicología, tomaron como debilidad de los españoles. El resultado fué el asalto al fuerte de Arauco, con gran descalabro para los atolondrados mapuches, que dejaron entre los prisioneros al cacique que los mandaba, el joven Tureulipe, en aquel momento el peor enemigo de los españoles.

Puesto en libertad, Tureulipe otorgó un salvoconducto al emisario del padre Valdivia para Ancanamón, cacique principal de la comarca de Angol, citándolo, con otros principales, a un gran parlamento en Paicaví, donde, después de canjearse prisioneros, se estudiarían las bases definitivas de la paz. Ancanamón pidió tiempo para consultar con los demás caciques, y el día convenido se presentaron a dar la paz, en vez de Pelantaru, Ancanamón y Ainavilu, sesenta indios anónimos, la mayor parte cojos, viejos y estropeados. El padre Valdivia, después de pasar la noche orando, les ofreció destruir el fuerte de Paicaví, enviar dos predicadores a la zona de guerra y aceptar las peticiones de Ancanamón. Poco después de iniciarse la demolición del fuerte, llegaban noticias del rompimiento de hostilidades de los indios de Caritay.

El martirio de
tres jesuitas

Sordo a los consejos de los experimentados soldados de Arauco, a la mañana siguiente partían al martirio seguro los padres Horacio Vechi y Martín de Aranda, con el hermano coadjutor Diego de Montalván. El indio Carampangue, que estimaba mucho a los padres y sabía que estaba concertada su muerte, advirtió al padre Valdivia del peligro. Este, al parecer enfurecido, amenazó con ahorcarlo, a lo que el leal indio repuso: "Padre, aquí me tienes, ponme en prisión, y, si entrando los padres en tierra de enemigos, no los mataren luego, córtame la cabeza". En efecto, en el lugar elegido para el sacrificio, a orillas del lago Lanalhue, luego de haberlos desnudado, colocaron a los tres misioneros en un campo abierto, donde pudiesen jugar bien las lanzas, y los destrozaron (fig. 129). Ni siquiera se preocuparon de esconder los cadáveres, que quedaron tendidos en el campo, para mayor escarnio y vejamen. Aprovechando la circunstancia, Ancanamón tramaba el paso del Bío-Bío y el ataque del valle central. Ribera tuvo noticia de ello y resolvió sustraerle la iniciativa. Ya era tiempo, pues los pocos indios amigos que quedaban afectos, ante la arrogancia mapuche y la actitud defensiva de los españoles, se pasaban en masa al enemigo. Se planteaba, eso sí, de nuevo el problema moral del derecho a la guerra contra el indio. Y, como en ocasión anterior, el padre Luis de Valdivia urdió un argumento legulético: los indios amigos declararían la guerra a los "rebeldes", saqueando a mansalva sus provincias; los españoles irían en pos de ellos, y, si los rebeldes los atacaban, intervendrían en su defensa, "lo cual juzgaron todos ser meramente guerra defensiva, y que no se hace por otro fin sino por la defensa y conservación de los dichos indios amigos, conforme a la voluntad de su majestad".

El suplicio de los tres jesuitas y el cariz que tomaban las cosas concitaron



FIG. 130.—LOS PIRATAS HOLANDESES EN LA ISLA SANTA MARÍA, SEGÚN DE BRY.

los ánimos del clero y de la población contra el sistema de guerra defensiva, y los choques, cada vez más llamativos, del padre Valdivia con el gobernador provocaron al fin la ruptura entre ambos. Ribera, en sus comunicaciones al rey, hace recaer toda la responsabilidad del martirio sobre el jesuíta. El resultado de la pelea, otrora sorda, entre el padre Valdivia y el resto de los pobladores de Chile fué la ampliación de los poderes para dirigir la guerra de Arauco, que el rey extendió en favor del jesuíta, y el otorgamiento de nuevos recursos para pagar al ejército que debería sostener el sistema.

Las violentas polémicas sobre la dirección de la guerra viéronse de súbito interrumpidas por la llegada a las costas del Pacífico de una nueva expedición corsaria holandesa. Jorge de Spilberg sabía que en Chile no había cañones ni buques capaces de evitar sus depredaciones, mas no se atrevió a saquear Concepción ni Valparaíso. Su objetivo era el Callao (figs. 130-131).

Cuando la ratificación de las órdenes reales en favor del padre Valdivia llegaban a Chile, Alonso de Ribera cedía a los achaqués de una salud quebrantada.

Nuevos corsarios

Muerte de Ribera

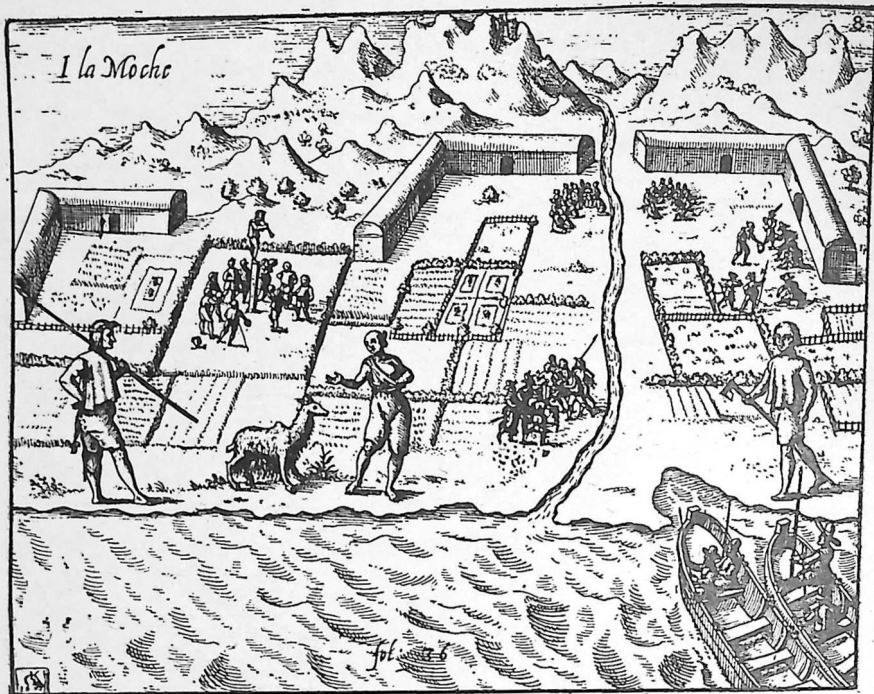


FIG. 131.—LOS HABITANTES DE LA MOCHA, SEGÚN LAS RELACIONES DE LOS PIRATAS. GRAB. DE DE BRY.

El día 9 de marzo de 1617 nombraba al licenciado Fernando Talaverano Gallegos como gobernador interino y fallecía pocas horas después. Su segundo gobierno había sido menos brillante, y, tal vez por ello, la reacción provocada entre los pobladores con su muerte fué de mayor realce y elogio (fig. 126).

Gobierno interino

Al viejo oidor Talaverano sólo le cabía acatar las recién llegadas disposiciones del monarca, y durante los diez meses de su interino gobierno fué el simple ejecutor de las ordenanzas dictadas por el jesuíta. Su responsabilidad se diluyó con la llegada del nuevo gobernador, don Lope de Ulloa y Lemos, que, lo mismo que el virrey, era hechura absoluta de la Compañía y venía con instrucciones concretas de ponerse incondicionalmente a las órdenes del padre Valdivia (fig. 126).

El animoso jesuíta ya se había convencido de que la evangelización de Arauco era una utopía y en toda la etapa final de su actuación se observa un deprimido desaliento, que iba a culminar en su reclusión en el convento de Va-

lladolid (al ser desautorizado por el general de la orden), donde fallecía a los ochenta y un años de edad, el 5 de noviembre de 1642.

El lapso que comprende los gobiernos habidos entre 1619 y 1624 se caracteriza por una fugaz sucesión de vacantes e interinatos. En sólo cinco años desfilaron en el mando el licenciado Hernando Talaverano Gallegos, don Lope de Ulloa y Lemos, don Cristóbal de la Cerda, don Pedro Osoreo de Ulloa y don Francisco de Alba y Nureña. Responde, por lo demás, la incoherencia de estos mandatos a la crisis española que sucedió a la muerte de Felipe II, de la que, en cierto modo, Chile iba a salvarse en la segunda mitad del siglo, amparado en la distancia e independencia que el destino le señalaba con caracteres cada vez más acusados. La acción de estos gobernantes, atinada o desatinada, según la capacidad personal de cada uno de ellos, no responde, por tanto, a una política definida (figs. 126 y 127).

Período de
interinatos

Uno de los episodios más interesantes del período es la nueva inquietud resucitada en torno a la leyenda de la ciudad de los Césares. Desde los albores de la conquista había evolucionado esta leyenda hasta concretarse en la certidumbre de que, al otro lado de los Andes, en las proximidades del Estrecho, prosperaba una ciudad riquísima en oro, plata y piedras preciosas, mantenida en el más completo aislamiento por un grupo de españoles. Las fantasías sobre la ciudad maravillosa tenían triple origen. Francisco César, marinero de Sebastián Caboto, refirió acontecimientos extraordinarios sucedidos durante su viaje a las sierras de Córdoba, hacia 1538. Probablemente él dió nombre a la imaginaria urbe. La segunda raíz se basaba en dos relaciones aborígenes, según las cuales mitimaes sobrevivientes de sus combates con Almagro, por una parte, y de la batalla del Maule entre los ejércitos del inca y los primitivos pobladores de Chile, por otra, emigraron de la jurisdicción del curaca que los mandaba hacia el sur. La tercera la incubaron las noticias del naufragio en el Estrecho de dos naves de la expedición del obispo de Placencia (enero de 1540) y el establecimiento de los españoles sobrevivientes en una comarca fertilísima, donde se unieron con mujeres indígenas para fundar una ciudad idílica y floreciente.

La ciudad de
los Césares

A partir de la expedición autorizada de Diego de Rojas, en 1542, que fracasó por el naufragio en que se conducían los pertrechos y la posterior muerte del audaz aventurero, durante la segunda mitad del XVI y primer cuarto del XVII se sucedieron los intentos de establecer contacto con la maravillosa ciudad. Hacia esta última época se habían añadido dos nuevos elementos a la leyenda. De una parte, la creencia de que los infelices pobladores que dejara Sarmiento de Gamboa en el Estrecho * se habían refugiado en los Césares,

* Vid. Cap. X.



FIG. 132.—FACS. DE LA RELACIÓN DE LOS HERMANOS NODAL.

dificultades de carácter político, a las también endémicas inundaciones del Mapocho y al sarampión. Para colmo de males, sarampión y viruela prendieron esta vez entre los españoles, pues el mestizaje había debilitado la inmunidad de otras épocas. Sin embargo, como en el pasado siglo, los estragos entre los mapuches fueron tremendos. De nuevo la viruela, al debilitar su recuperación militar, salvó los establecimientos peninsulares.

Los contratiempos iban a acrecentarse con las insistentes amenazas de los corsarios holandeses. El 4 de abril de 1623, Jacobo L'Hermite recalaba en Juan Fernández con el propósito de organizar su poderosa flota de once naves, doscientos noventa y cuatro cañones y más de mil seiscientos hombres, con la que pretendía, despreciando

al indefenso Chile, apoderarse de Chiloé, primero, y de todo el Perú, después. Gracias a la valerosa defensa del príncipe de Esquilache, L'Hermite fracasó en su intento de apoderarse del Callao, pereciendo en el empeño, mas sus depredaciones y saqueos desbarajustaron el comercio marítimo en el Pacífico, con las consiguientes repercusiones en la economía chilena (figs. 134 y 135.)

Acababa de ser nombrado gobernador de Chile don Luis Fernández de Córdoba, que, aparte de ser sobrino del virrey, presentaba una honrosa hoja de servicios, cuando se supo en Santiago que venía en camino una real cédula por la cual se ponía término a la política de guerra defensiva. Precisamente en la etapa en que todo el mundo, tanto los encomenderos como los indígenas, llevaba sus protestas contra la tasa de indios a sus más violentas expresiones, se decidía también suspender ésta. Fernández de Córdoba, apoyándose en ambas resoluciones de la corte, restableció la autoridad del gobernador y concentró su política en una serie de campeadas en territorio araucano, que pronto habrían de provocar la contraofensiva mapuche, dirigida ahora por Lientur, cacique inteligente, que hasta entonces había peleado del lado de los españoles.

IOURNAEL
Vande
Hollantsche Vloot
Ofte
Beschryvingh vande Voyagie om den
ganstischen Noord-Vloot / ghesaen met elf Schepen:
Onder 't beleydt van den Admirael
Jaques l'Heremite, ende Vice-Admirael Gheen
Huygen Schapenham, in de jaren 1623,
1624, 1625, en 1626.

Wy hebben hier noch achter by gevoeght een Beschryvinghe vande Regeringe van Fern, door Pedro de Madriga ghevoeren tot Lima. Als mede een verhaal van Pedro Fernandez de Quiracongoende de ontdekkinge van 't onbekente Australië, sijn grooten Rijkdom ende vruchtbaerheyt.



El corsario
L'Hermite

AMSTELREDAM.
By Jacob Pieterisz Wachter, Boek-verkooper op den Duij
inde Wachter / Anno 1643.

FIG. 135.—FACS. DE LA 1.^a ED. DEL DIARIO
DE L'HERMITE.

Fin de la guerra
defensiva.
Suspensión de la
tasa de indios

La contraofensiva
de Lientur

En un asalto nocturno, los mapuches lograron sorprender a una división española cerca del antiguo asiento de La Imperial. Fernández se vió obligado a retroceder, y el desastre estuvo a punto de convertirse en un alzamiento general, si no hubieran intervenido providencialmente las viruelas y el sarampión. Como una muestra de la importancia de la revuelta general y de sus alcances, baste señalar que a las incesantes escaramuzas sucedió un verdadero combate de resultados desastrosos para los españoles. Lientur había entretenido durante un mes al gobernador, hasta que decidió librar una batalla decisiva en el lugar denominado Las Cangrejeras. Se peleó durante una hora y media, casi exclusivamente al arma blanca, pues Lientur, aprovechándose de una copiosa lluvia que impedía a los españoles prender las mechas de sus arcabuces, cayó sobre el campo ibero a medio formar con la infantería en el centro y los pelotones de caballería en las alas. A la hora y media de pelea al arma blanca, la caballería española, desmoralizada, emprendió la fuga, y la infantería, enteramente rodeada, pereció en su totalidad. Aparte de los muertos, los mapuches se llevaron treinta y seis prisioneros, entre ellos el capitán Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, que después habría de inmortalizar la batalla y su larga permanencia entre los indios en las sabrosas páginas de su "Cautiverio Feliz" *.

Desmoralizado, Fernández de Córdoba sólo pensó ya en entregar cuanto antes la gobernación a su sucesor, don Francisco Lasso de la Vega, que, como primera medida al asumir el mando, desestimó las acusaciones en contra de su antecesor y lo declaró exento de toda culpa en el descalabro.

** Por su carácter de primicia hasta ahora inédita (salvo el grabado de la batalla de Las Cangrejeras y el retrato votivo), incluimos a continuación, además del facsímil de la obra manuscrita de Núñez de Pineda y Bascuñán, los cinco dibujos originales que la ilustran.*

El valioso ejemplar del cual han sido obtenidas estas reproducciones se custodia en el Archivo Histórico Nacional. El autor de este resumen y de la iconografía que lo acompaña se complace en agradecer en forma pública y efusiva al director de dicho servicio del Estado las facilidades otorgadas para obtener estos

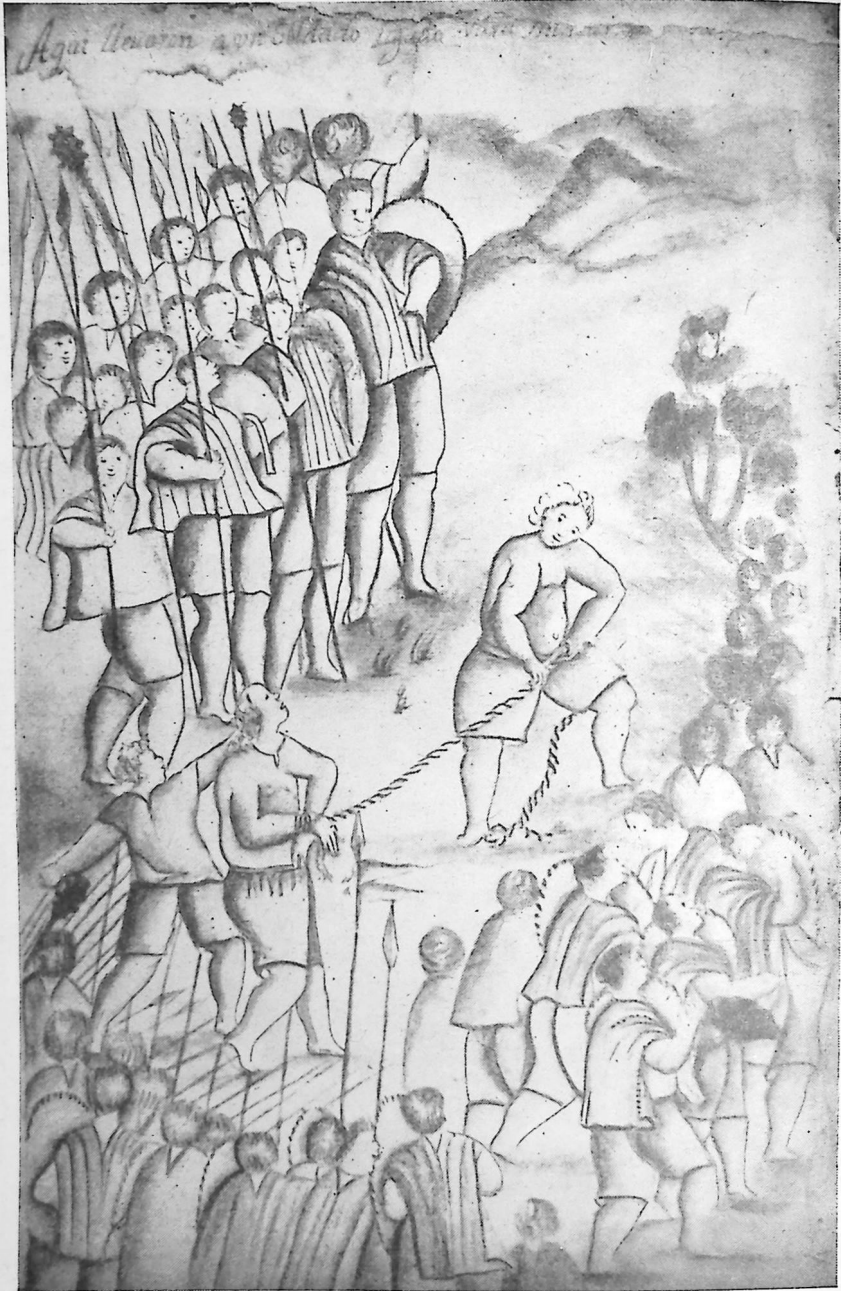
valiosos documentos, así como otros de gran interés histórico.

Ocioso es llamar la atención del lector sobre la importancia documental de estos dibujos, probablemente trazados por el propio Núñez de Pineda. Sólo deseamos recalcar que constituyen la única muestra gráfica de un testigo actuante en las guerras de Arauco y que, por su factura, por su sentido de la composición y por su riqueza expresiva, casi diríamos periodística, constituyen, sin duda, la más valiosa y viva pieza en cuanto representación contemporánea del siglo XVII en Chile.

Cautiverio, fe
lis, Del M^o de Campo
General.
Dⁿ fran^o Nuñez de
Pineda. ≡ Rason
Indiuidual de las guer
ras dilatadas, del
Reyno, de Chile
Compuesto
Por el mismo. Y de
dicado Al Rey. N. S.
Dⁿ Carlos Segundo
que Dios q^{de}. n^e años
para gloria nuestra.









XVII

Gobiernos de
Lasso de la Vega y del
marqués de Baidés.
Las paces de Quillín.

DE inmediato pudo comprobar Lasso de la Vega que durante los catorce años de guerra defensiva los mapuches se habían fortalecido en la misma proporción en que había decaído la moral de las fuerzas españolas y reducido sus abastecimientos por el abandono de las haciendas del rey y los compromisos que pesaban sobre el situado. Su estreno en la guerra de Arauco fué catastrófico. Primero la gran derrota de Picolhué, que estuvo a punto de convertirse en un verdadero desastre, peor que el de Las Cangrejas, y luego la sorpresa de Los Robles, en que, a pesar de la teórica victoria española, las cuantiosas bajas contribuyeron a minar la ya decaída moral de los pobladores.

Extendióse rápidamente la noticia de que se dirigían hacia la capital, por el oriente de los Andes, tres mil mapuches, con el propósito de caer sobre ella desde algún paso cordillerano. Los santiaguinos, atemorizados, armaron hasta a los frailes. El regreso del gobernador restableció la calma, que supo aprovechar para poner en pie de guerra todos los recursos de la colonia y dar la batalla definitiva.

Por su parte, los caciques mapuches Lientur, Butapichón y Quempuante habían reunido unos siete mil guerreros, con los que se creían capaces de derrotar a los españoles en una batalla campal. Lientur, por su parte, abandonó la empresa, juzgando que iba a ser un sacrificio inútil, y los dos caudillos restantes se dirigieron al frente de cinco mil hombres contra el fuerte de Arauco. Esta vez los españoles aprovecharon las defensas naturales con habilidad y la batalla de la Albarrada pronto se convirtió en carnicería mapuche. Quedaron en el campo ochocientos doce indios y se hicieron cerca de seiscientos prisioneros.

Victoria española
de la Albarrada

La victoria fué clamorosamente celebrada en toda América y en España, juzgándola como decisiva en la ansiada pacificación de Arauco. No tuvo, desde luego, tanta transcendencia, mas levantó la moral de los españoles y aplazó por varios años la proyectada sublevación general del pueblo araucano.

A pesar de tan grande descalabro, pronto logró Butapichón concentrar numerosas lanzas en el valle central. Lasso de la Vega destruyó sus concentraciones e hizo numerosos prisioneros, pero fueron muy pocos los indios que dieron la paz.

La tasa de
Lasso de la Vega

Restablecida, hasta cierto punto, la tranquilidad militar, el gobernador se enfrentó valientemente con el antiguo problema de las tasas, promulgando una nueva ordenanza de diecisiete artículos, que en su parte esencial fijaba la nueva tasa en \$ 10 para cada indio, en especies o trabajo; le dejaba en libertad para vivir en las reducciones o en las estancias de sus encomenderos y fijaba un jornal de dos reales, pagaderos dos tercios en ropa y uno en dinero. Se transaba así entre la actitud de los realistas y la de los místicos: el indio quedaba en facultad para alquilar su trabajo. El nuevo problema surgido, que sólo los acontecimientos aclararían, era si iba o no a trabajar de grado.

Después de esbozar un amplio plan de pacificación definitiva, basado especialmente en el establecimiento de seis ciudades ligadas entre sí por guarniciones, con una fuerza estable de dos mil doscientos hombres y otra movible de dos mil más, vióse obligado el gobernador a restringir sus proyectos, amoldándolos a los recursos de que disponía. Se limitó, por tanto, a repoblar Angol, ya al final de su forzado gobierno de ocho años, que pasó a la historia como uno de los más sensatos y eficientes del siglo.

El marqués de
Baides

El nuevo gobernador designado por la corona era un hombre ambicioso que canalizó su vida en el único objetivo de hacer fortuna. Don Francisco López de Zúñiga, marqués de Baides, conde de Pedrosa (fig. 142), necesitaba, para llevar a cabo sus propósitos, de la paz, y su primera gestión fué pedir a España refuerzos que sabía imposibles. Demostraba el marqués de Baides reunir dotes de fino político por la habilidad con que creó el ambiente propicio para las paces con los mapuches, respaldado, por supuesto, por la acción de los jesuitas. Cuando juzgó seguro el apoyo de los pobladores, organizó una expedición destinada a impresionar a los indios y obligarles a pedir la paz, actitud a la que debían sentirse ellos propicios por los quebrantos de las campañas de Lasso de la Vega y de las pestes. A mayor abundamiento, los mapuches que acudían a Concepción a las invitaciones del gobernador regresaban a sus tierras cargados de regalos, después de haber comido y bebido hasta hartarse.

Erapción del
volcán Villarrica

Todo parecía, pues, concitarse en beneficio de los planes del marqués, cuando, por si fuera poco, una serie de fenómenos naturales que culminaron con una tremenda erupción del volcán Villarrica predispusieron aun más los ánimos en favor de la paz. Ha quedado un impresionante relato del padre Ovalle, con pinceladas de enorme fuerza dramática, sobre todo en la parte que describe el desborde de la laguna, que arrasó con poblados y ganado. Los aterrorizados sobrevivientes, desde las crestas de los cerros, contemplaban un panorama desolador. "Ni aumentó poco su pavor y miedo la espantosa vista de un árbol que vieron correr sobre las aguas tan sesgo y derecho que no lo estuviera más asido de sus raíces a la tierra que lo produjo. Iba todo él ardiendo y en su segui-



FIG. 142.—SEGÚN OVALLE.

miento una bestia fiera llena de astas retorcidas la cabeza, dando espantosos bramidos y lamentables voces..." Y completa: "Estas son las señales que parece haber dado el cielo de que quiere nuestro Señor rindan ya su cuello al suave yugo de la cruz y ley evangélica por medio de la obediencia y sujeción a nuestro católico rey"...

Las paces de
Quillín

Concertado el avenimiento, se reunían el 6 de enero de 1641 en los llanos de Quillín los parlamentarios españoles y mapuches que iban a sellar un acuerdo duradero. Acabada la misa, los españoles formaron en semicírculo con el gobernador y altos funcionarios en el centro. Los mapuches sacrificaron sus corderos rociando con sangre una rama de canelo. Acto seguido el marqués de Baides inició un larguísimo y conceptuoso discurso, que un intérprete traducía por párrafos, al que contestaron los caciques con discursos no menos largos, en que se agradecían los respetos del rey de España y le otorgaban la paz. Después de nuevas matanzas de ovejas, se procedió a enterrar simbólicamente las armas y a cambiar los obsequios. En virtud de lo pactado, una entidad imaginaria, cual era la confederación de las tribus de Arauco, se erigía en soberana del del territorio situado al sur del Bío-Bío, salvo el fuerte de Arauco y sus alrededores; los españoles reconocían la independencia de los indios y no podían atravesar su territorio en son de guerra, reducirlos a esclavitud ni obligarlos a servir. Por su parte, los mapuches se comprometían a devolver los cautivos,

The Figure of a Camel-Sheep, with a Chilefe and his Wife.



FIG. 143.—GRABADO DE LA ED. INGLESA (1643) DE LOS VIAJES DE BROWER.

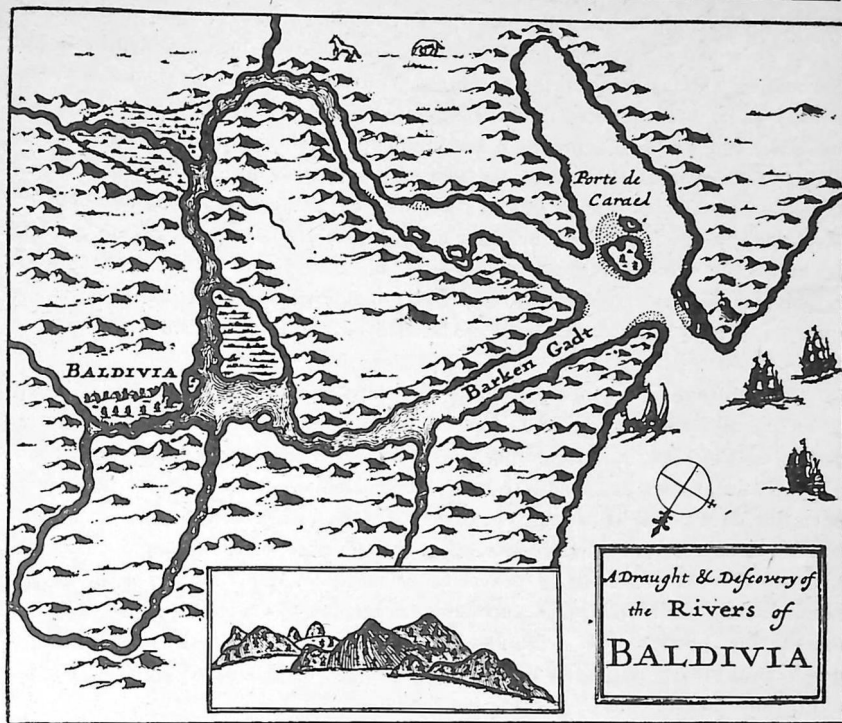


FIG. 144.—DE LA ED. INGLESA DE LOS VIAJES DE BROWER.

dejar predicar a los misioneros y aliarse con los españoles frente a un enemigo común (ingleses u holandeses). Por último, se acordaba la despoblación de Angol y el retroceso de la frontera a la antigua línea del Bío-Bío.

El marqués de Baides, apoyado por los jesuitas, supo sacar partido de las artificiales paces logradas, mas la reacción en la corte le volvía sus propias armas con el tiro por la culata. Si Chile estaba pacificado, se podía disponer de sus fuerzas, y, por consiguiente, reducir o suprimir el situado. Entonces el marqués presentó un nuevo peligro que conjurar: el holandés.

Razones había, desde luego, para temerlo. En mayo de 1643, Brower llegaba a la costa occidental de Chiloé y poco después desembarcaba en Carelmapu. Los piratas habían decidido establecerse en Valdivia. A la muerte de Brower se hizo cargo de la expedición Herckmans, que propuso una verdadera alianza a los mapuches para ayudarlos en su lucha común contra los españoles. El 3 de septiembre se celebró un pintoresco parlamento. Los indios autoriza-

Fantástico pacto
entre los mapuches
y los holandeses

ban a los holandeses para levantar un fuerte y se comprometían a darles víveres, en trueque de mercaderías y armas, con las que atacarían, ayudados por los nuevos aliados, los fuertes españoles. Herckmans se las prometía muy felices, y pidió 800 hombres más a Pernambuco, a la sazón en poder de los holandeses, con los que, sumados a los huilliches afectos, pensaba apoderarse de Chile y sublevar el Perú. Mas las teóricas esperanzas pronto iban a desvanecerse. Los indígenas vieron que sus aliados se fortificaban inmediatamente en Valdivia y preguntaban con insistencia, igual que los españoles, dónde estaban las minas de oro. La mutua desconfianza, las desercciones y lo irrealizable de la empresa pronto convencieron al pirata holandés de que sus planes eran una quimera, y levó anclas rumbo a Pernambuco en octubre de 1643 *. (Figs. 143 y 144.)

Trágica muerte
del marqués
de Baidés

La escaramuza holandesa produjo el pánico que era de suponer en el Perú, y, en buena hora, a poco de la partida de Herckmans, se decidió fortificar el puerto de Valdivia. Estas contingencias, sumadas a los nuevos brotes de viruela y a las disensiones originadas por la advocación de la colonia en la disputa entre los devotos de la Virgen del Socorro, la de las Mercedes y la de la Victoria, que se resolvió adoptándose dos patronas para el reino, complicaron demasiado la vida al abúlico y prevaricador marqués, que se retiraba de la gobernación de Chile con una substanciosa fortuna. El destino quiso que los dineros tan liberalmente acumulados tuvieran por lugar la misma sepultura que el infortunado noble. Al llegar a Cádiz el galeón que lo conducía, fué hundido frente a este puerto por los ingleses.

* Quevedo recobió esta aventura de los holandeses en su "Hora de Todos o la Fortuna con Sesó". Fué publicada con un

prólogo de Juan Uribe Echevarría en la Rev. "Antártica", N.º 13. Cf./ Texto completo en Apéndices. (Nota de L. C.)

XVIII

Gobierno de Mujica.
El terremoto del
13 de mayo de 1647.

ERA ya una costumbre inveterada en el arribo de todo nuevo gobernador, cuando éste se tomaba interés profundo por su mandato, asombrarse de la penuria e indisciplina del ejército. A remediar estos males se encaminaron el tesón y la buena voluntad de don Martín de Mujica, que veía el verdadero peligro, no en las quimeras fraguadas en Pernambuco, sino en el corazón de la tierra mapuche.

Desde la partida, también, Mujica hizo nobles esfuerzos por mejorar la situación económica del reino, y, como primera providencia, comenzó a abogar por la supresión de las nuevas contribuciones recientemente implantadas, de alcabala y papel sellado, con lo que, como es lógico, se ganó las voluntades de los santiaguinos. Fomentó la crianza de caballos, mejoró los caminos, ordenó hacer puentes sobre algunos esteros, y, en suma, le cupo la honra de proyectar la fundación de pueblos en los partidos de Itata, Maule y Colchagua, con el objeto de concentrar en núcleos urbanos la dispersa población de los campos.

Mejora la situación
económica

El efecto aparatoso de las primeras paces de Quillín movió a don Martín de Mujica a convocar las segundas, acordadas con el atuendo de rigor y añadiéndoseles numerosas cláusulas más. Los indígenas, como en ocasiones anteriores, incubaban en este clima de bonanza y tranquilidad las grandes sublevaciones generales. Mas las consecuencias estaban reservadas para su sucesor. A don Martín le iba a corresponder actuar en otra catástrofe, que ha perdurado en la memoria con el fatídico recuerdo del terremoto del 13 de mayo de 1647.

El día del cataclismo había transcurrido sereno y templado. A las diez y media, aproximadamente, de la noche, cuando muchos pobladores, y, desde luego, todos los niños, se habían acostado ya, un horrísono estrépito sobrecogió de súbito a los infelices santiaguinos, y de inmediato se inició un fortísimo sacudimiento de la tierra, tan violento, que los muros de los edificios comenzaron a agrietarse desde su base y a ceder las amarras de los techos. El calamitoso derrumbe fué iniciado por las torres de las iglesias, a las que pronto siguieron los mismos templos y muchas de las casas. Unas quedaron completamente en el suelo; otras, sin tejados, y las pocas que permanecían en pie amenazaban derruirse de un momento a otro. Del cerro Santa Lucía se desprendieron grandes peñascos, que causaban aun más pavor a los sobrevivientes. Según los oficiales reales, el movimiento intenso duró tres credos rezados; según el señor

El gran
terremoto

Villarroel, no más de medio cuarto de hora. A pesar de que la noche era clarísima, pronto la nube de polvo de los escombros la obscureció por completo.

Como las murallas, en general, se derrumbaron hacia afuera y las casas eran casi todas de un piso, muchos habitantes lograron ganar la calle o los inmensos patios interiores. Otros quedaron encerrados al encajarse las puertas y ventanas, y algunos se salvaron en los huecos y umbrales, mientras intentaban arrancarlas de quicio. A esta trabazón de puertas debieron la vida las monjas clarisas y las agustinas, pues los corredores se vinieron al suelo mientras las paredes maestras aguantaban. Doña Ana de Quiroga, sublime heroína de la jornada, madre de nueve hijos, logró salvar ocho, y, cuando regresaba con el más pequeño, un lienzo de muralla aplastó a madre e hijo.

El obispo
Villarroel

En medio de la confusión y del espeluznante concierto de lamentaciones que son de suponer, algunos vecinos fueron capaces de arrancar de los escombros a sus deudos. El obispo Villarroel se dirigía a cenar en ese momento con un amanuense, y ambos quedaron sepultados, mas protegidos por las vigas de la casa derruida, que, providencialmente, habían dejado un hueco. La tierra seguía temblando. Una ola de locura colectiva amenazaba a los sobrevivientes. Se esperaba la repetición del terremoto; otros temían que se abriese la tierra y se los tragara a todos, y no pocos suponían que el epílogo de la jornada sería la aparición de un volcán que acabara por abrasar a los últimos restos vivos de los pobladores. Gritos estentóreos dominaban los lamentos de los heridos pidiendo confesión. Con un estoicismo de epopeya, el obispo Villarroel, herido, organizó lo que, dentro de la mentalidad de la época y del estado de exaltación religiosa que la catástrofe lógicamente provocaba, era la primera necesidad. "Puse en la plaza —dice— cuarenta o cincuenta confesores, entre clérigos y frailes. Repartidos por las calles muchos, para los enfermos y heridos. Y con estar yo herido en la cabeza, sin tomar la sangre ni tener con qué cubrirla, estando en cuerpo como salí, no dejé de confesar." Se corrió la voz de que en el derruido templo de la Merced se había mantenido en pie el tabernáculo, y con los elementos que pudo, el obispo improvisó un altar mayor en medio de la plaza. Al cristo de la iglesia de San Agustín... "halláronle con la corona de espinas en la garganta, como dando a entender que le lastimaba una tan severa sentencia...; conmovido el pueblo con su antigua devoción y este reciente milagro, le trajimos en procesión a la plaza, viniendo descalzos el obispo y los religiosos, con grandes clamores, con muchas lágrimas y universales gemidos". (Figs. 146 y 147.)

El delirio
colectivo

Al amanecer el día 14 el fervor religioso rayaba en el delirio; los enemistados se reconciliaron; en pocos días se celebraron doscientos matrimonios de parejas hasta entonces amancebadas; y el episodio de la cárcel lleva los extremos



FIG. 145.—EL GOBERNADOR MUJICA, SEGÚN OVALLE.



FIG. 146.—CABEZA DEL CRISTO DE MAYO.

era necesario a los predicadores hacer pausas hasta que acabasen de llorar y se acabase el ruido de los clamores para poder proseguir, porque con tanto gemido no se podía percibir. Allí se mesaban los cabellos; allí se daban públicamente bofetadas, confesando a voces ser ellos la causa por la cual Dios había enviado tan espantoso castigo. De allí salían los hombres a cortarse las compuestas melenas y a vestirse sacos. De allí iban las mujeres a dejar las galas y afeites, que son los ídolos en que idolatran”...

Los documentos oficiales han recogido con un patétismo conmovedor muchas de las escenas espeluznantes que originaba la remoción de los escombros. *

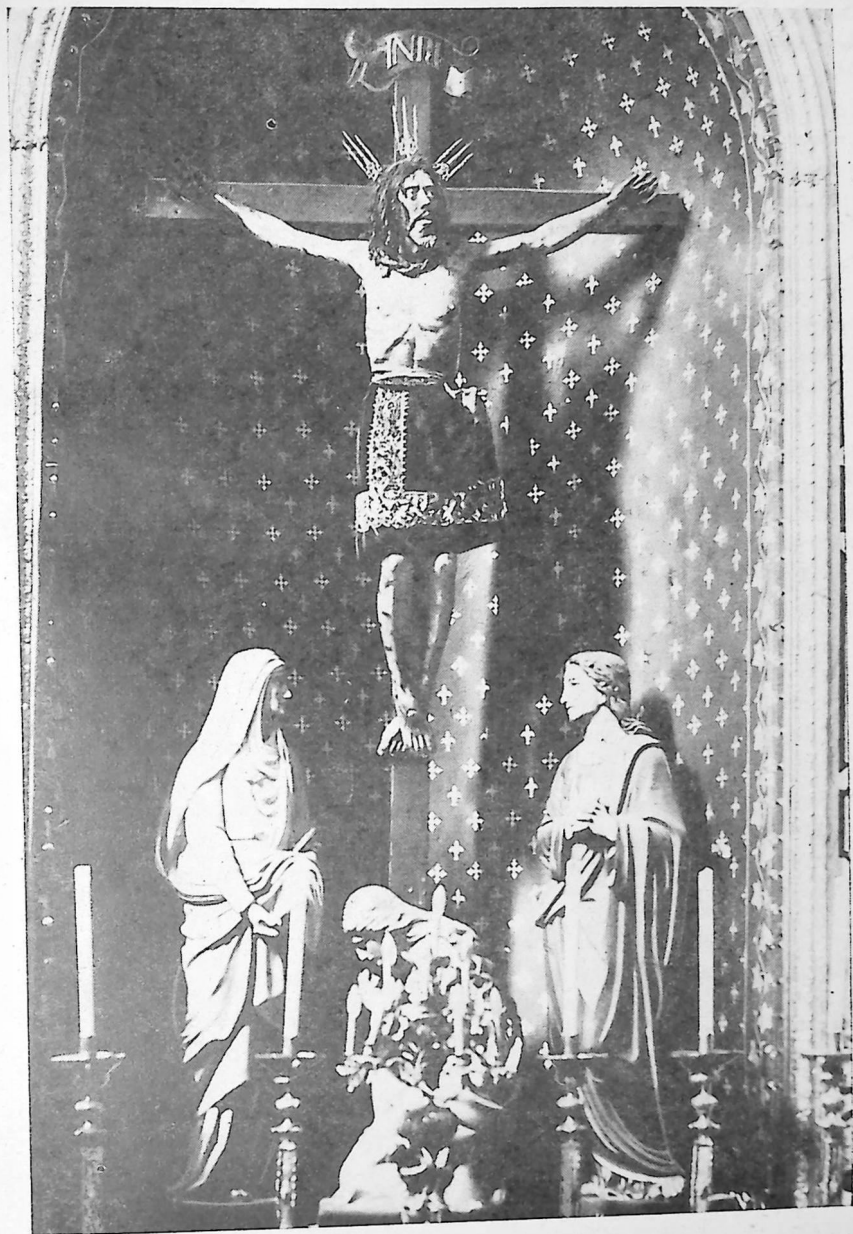
Las consecuencias

El aspecto de la ciudad era aterrador. De las seiscientas casas “que se habían hecho en el discurso de más de cien años”, apenas quedaban algunas en pie. También habían caído los edificios públicos y casi todos los templos, aplastando a más de seiscientos habitantes. Los sobrevivientes quedaban a la intemperie y sin alimentos en el comienzo de un invierno que iba a ser excep-

* Dice así en la parte relativa a estos episodios la relación de la Audiencia: “Fué necesario detener a los que furiosamente se arrojaban sobre sus cadáveres inertes, queriéndolos resucitar con bramidos, como los leones sus cachorros; los huérfanos que simplemente preguntaban llorosos por sus padres, y los que peleando con los promontorios altos de tierra que cubrían sus hermanos, sus hijos, sus amigos, se les antojaba que los oían suspirar, presumían llegar a tiempo de que no se

a lo sublime: los reclusos, algunos convictos de delitos graves, libraron providencialmente; mas, a pesar de desaparecer guardianes y muros, ninguno se atrevió a darse a la fuga, tan sobrecogidos de espanto estaban. Los jesuitas levantaron otro altar improvisado en la calle, donde los mejores oradores de la orden fustigaban a la muchedumbre enloquecida. “Sus palabras eran dardos que penetraban y saetas agudas que herían y traspasaban los corazones... Fué tan grande la emoción, tantas las lágrimas, tan grandes los alaridos y lamentos, tan frecuentes las bofetadas y golpes de pecho, que

les hubiera apartado el alma, y los hallaban hechos monstruos, destrozados, sin orden en sus miembros, palpitando las entrañas y las cabezas divididas. Entraban a carretadas, mal amortajados y terriblemente monstruosos los difuntos a buscar sepultura eclesiástica en los cementerios de los templos; y verlos arrojar a las sepulturas sin ceremonias, con un responso rezado, hacía otra circunstancia gravísima de pena.”



cionalmente crudo. Frente al duro imperativo de las circunstancias, oidores y el Cabildo tomaron de inmediato una serie de medidas de carácter práctico: se utilizaron las acequias para barrer los escombros y restablecer el tráfico; se trajo ganado y se persiguió violentamente el abuso en los precios; trabajaron, en suma, día y noche para levantar edificios provisionales. El vecindario, re- puesto de la inicial y lógica postración, reaccionó con vigorosa energía, impro- visando ramadas con palos, bohíos y ranchos de paja. Durante una larga tem- porada, Santiago volvió a presentar el aspecto de la fundación en tiempos de Pedro de Valdivia. El estoicismo de los santiaguinos iba a sufrir nuevas prue- bas con las lluvias torrenciales que siguieron al terremoto y que produjeron costosas inundaciones. En Santiago nevó tres días. Las emanaciones de los mal enterrados cadáveres provocaron una epidemia de tifus que llevó a la tumba a más de dos mil personas.

El problema fundamental era, sin duda, acumular recursos que permitieran reparar cuanto antes tantos estragos. Concepción y Lima enviaron pronto su generoso auxilio, y Mujica, ayudado por el padre Ovalle, que se encontraba en España, logró, después de largas gestiones, la exención de impuestos, la más eficaz de las medidas que podían disponerse para lograr la recuperación econó- mica de la provincia.

uerte de Mujica

Encauzadas de tal manera las providencias para el socorro de la afligida capital, Mujica concentró todos sus esfuerzos en el empeño por evangelizar Arau- co, siguiendo la política de acariciar con una mano al indio amigo y degollar con la otra al renegado. De regreso en Santiago, en abril de 1649, moría "enaje- nado de los sentidos", al decir de Rosales.

La muerte de don Martín de Mujica, honradamente sentida por los pobla- dores, iba a permitir aplicar por primera vez la real cédula que otorgaba auto- máticamente el mando a un maestre de campo con tal objeto designado de an- temano por el virrey. Correspondió en esta primera ocasión al antiguo maestre de campo don Alonso de Figueroa y Córdoba, que, en su corto gobierno, se li- mitó a reprimir algunas escaramuzas de los indios y escarmentar con expedicio- nes punitivas a las tribus más contumaces.

XIX

La gran insurrección de 1655. Gobiernos de Acuña y Cabrera, Pórter Casanate, González Montero y Peredo. El mestizo Alejo.

EL nuevo gobernador, don Antonio de Acuña y Cabrera, empujado al mando por la presión de los jesuitas, se encontraba al llegar a Chile con la crisis de un problema que había venido incubándose desde que Felipe III decretara la esclavitud de los indios prisioneros de guerra. Algunos de estos esclavos trabajaban en Perú y Coquimbo, mas la mayoría se había quedado en la zona Maule-Bío-Bío, donde conservaban el contacto con los suyos y estaban listos para volverse en contra de sus enemigos en la primera oportunidad. La reseña del gobierno de Acuña y Cabrera se confunde, por tanto, con la génesis y primera fase de la gran rebelión de 1655, que habría de pesar profundamente en la historia colonial de Chile.

Entregado durante todo su mandato al control de los jesuitas, Mujica Las paces de
Boroa había desguarnecido la línea del Bío-Bío para proteger las misiones. Su sucesor se encontraba en el cráter de un volcán aparentemente tranquilo, y creyó prudente insistir en la concertación de nuevas paces. Convocó al efecto las de Boroa, donde se reprodujeron casi todas las estipulaciones de Quillín.

Como primera providencia, los indios cuncos, que acababan de aliarse con el gobernador, cayeron sobre los naufragos del barco que conducía el situado a Valdivia (unos \$ 700.000 en dinero y mercaderías), habiendo encallado en la costa. Para ocultar el delitto, asesinaron a los sobrevivientes.

La influencia de los jesuitas sobre Acuña era disputada por su joven esposa, doña Juana de Salazar, que a la postre logró imponer en los mandos de responsabilidad a dos hermanos y otros parientes. El resultado inmediato fué un descalabro en manos de los mismos cuncos a quienes pretendían castigar, en Río Bueno, que, como el de Curalaba, adquiriría caracteres de desastre en razón del momento psicológico en que se producía. Era el incentivo para la sublevación general. Sublevación
general El fuerte situado en las márgenes del Toltén fué tomado por asalto y al amanecer del día 14 de febrero, fecha fijada por la directiva mapuche, los esclavos prisioneros, desde el Maule hasta el Bío-Bío, se arrojaron sobre sus opresores, mataron a los hombres, se apropiaron del ganado, raptaron a las mujeres y quemaron los edificios. Simultáneamente, y a la hora

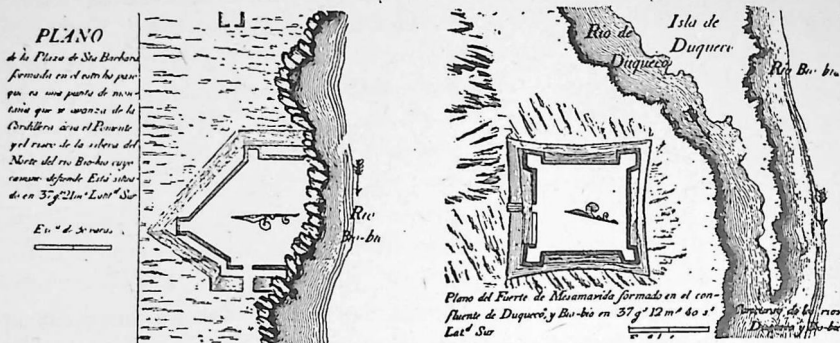


FIG. 148.—FUERTES DE SANTA BÁRBARA Y MESAMÁVIDA, SEGÚN LA ED. ESPAÑOLA DE MOLINA.

convenida, grandes concentraciones de guerreros mapuches acuchillaban a las pequeñas guarniciones y ponían sitio a las mejor defendidas.

El desastre

El gobernador, desmoralizado, huyó a marchas forzadas de Buena Esperanza para reunir las fuerzas españolas en Concepción. Su cuñado don José de Salazar, sin control alguno de su mucho pánico, resolvió abandonar Nacimiento con la pretensión de llegar en dos lanchones y una gran balsa por el río a Buena Esperanza. Los esfuerzos de sus capitanes para disuadirlo fueron estériles. Cuenta Carvallo y Goyeneche que "era tan poca el agua, que ni para navegar un corcho era suficiente". Encallaron las embarcaciones, y los indios, que los habían seguido por la orilla a caballo, se precipitaron sobre los doscientos cuarenta españoles de la malhadada expedición. No se salvó ni uno.

Al norte del Bío-Bío cayeron uno tras otro todos los fuertes, incluso los situados entre el Perquilauquén y el Maule, y aunque la plaza de Chillán había resistido bien las primeras embestidas, sus defensores decidieron abandonarla. El otro cuñado del gobernador, don Juan de Salazar, que se encontraba en la Mariquina con 2.400 soldados, abandonó a 1.700 indios amigos y con los españoles restantes logró llegar también a Concepción.

Revolución popular

El desastre, que los pobladores de esta ciudad achacaban a la impericia de Acuña y Cabrera y a la irresponsabilidad de sus cuñados, levantó de inmediato una ola de indignación popular. El sábado 20 de febrero, el Cabildo y el pueblo, acaudillados por el corregidor don Francisco de Gaete, se dirigieron a la casa del gobernador gritando: "¡Viva el rey! ¡Muera el mal gobernador!" Acuña logró refugiarse en el convento de los jesuitas, desde donde envió por escrito su renuncia. El pueblo victorioso designó allí mismo al veedor don Francisco de la Fuente Villalobos, muy querido de los indios, discípulo predilecto del padre Valdivia, con la pueril pretensión de que su sola personalidad

produjera el milagro de la paz. El veedor, al principio, se negaba a aceptar un nombramiento que emanaba de un motín popular; mas, al fin, cedió y de inmediato comunicó a la Audiencia de Santiago lo sucedido. Con todo y ser hostil a Acuña y Cabrera y considerarle, desde luego, responsable de la catástrofe, el Cabildo de Santiago y la junta de guerra nombrada en la capital condenaron el motín y repusieron al gobernador en su cargo. De hecho, la Audiencia asumía el mando de la colonia. La sublevación de los mapuches, una vez satisfecha la sed de venganza, amainó, y el incidente fué zanjado, no sin resistencia, por el virrey del Perú, que ordenó al gobernador trasladarse a Lima y confió el gobierno al almirante Pórter Casanate.

Los procesos instruídos acumularon con el tiempo catorce expedientes con un total de 13.373 fojas. De la Fuente Villalobos murió en el calabozo limeño y Acuña y Cabrera fallecía también en Lima, antes de conocer el fallo del rey, que le era, naturalmente, favorable.

Al hacerse cargo de la gobernación don Pedro Pórter Casanate, de toda la zona comprendida entre el Bío-Bío y el Maule, los españoles sólo conservaban la plaza de Concepción, comunicada con Santiago únicamente con fuertes escoltas militares. La población rural fué asesinada o había huído. Grupos de indios recorrían los campos impunemente a su merced. Al sur del Bío-Bío sólo resistían las guarniciones de Valdivia y de Boroa. La victoria de Conuco y el rescate de la guarnición de Boroa, gracias a la pericia del maestre de campo don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, afirmaron un tanto la situación de los españoles, que iba a ser pronto comprometida por la inteligencia y el genio militar del mestizo Alejo.

El nuevo caudillo del pueblo mapuche se había distinguido por su viveza intelectual y su ambición en el ejército español. Solicitó que se le ascendiera

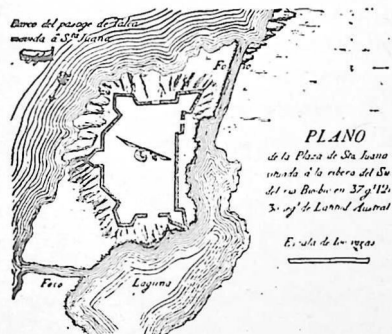


FIG. 149.—FUERTES DE SANTA JUANA Y PRÍNCIPE CARLOS, SEGÚN LA ED. ESPAÑOLA DE MOLINA.

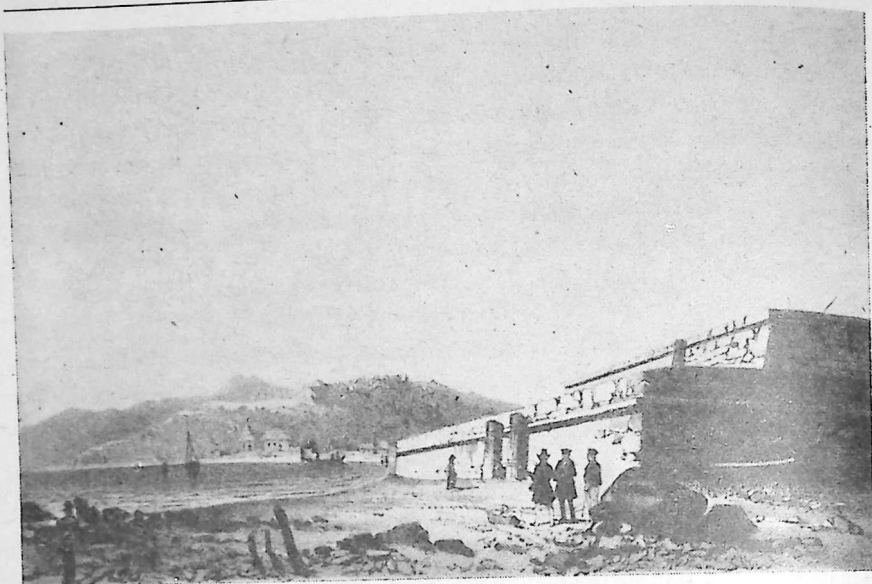


FIG. 150.—EL VIEJO FUERTE DE PENCO.
(En los Viajes de Dumont D'Urville.)

a oficial y, como se le respondiera con una desabrida repulsa, se pasó al enemigo, donde, por curiosa coincidencia, vino a simbolizar una resurrección del espíritu cauto y habilísimo de Lautaro. Como él, realizó la política de no presentar batalla en campo abierto y, sin limitarse a la ya tradicional guerra de recursos, burlar al grueso de las fuerzas españolas y destruirlas cuando se encontraran en columnas aisladas.

La primera acción importante del mestizo Alejo se trabó con un destacamento de 200 españoles que iba a reforzar el fuerte de Conuco. Ninguno de éstos salvó con vida. Poco después destruía otro destacamento de doscientos cincuenta españoles en los Perales y el único contraste apreciable acumuló las bajas de sus enemigos, que no pudieron perseguirlo en la retirada.

El terremoto
de 1657

La fatalidad parecía ensañarse en la gran prueba por que estaba atravesando la colonia. A las calamidades militares, causadas por el genio del mestizo Alejo, se sumaba un nuevo cataclismo telúrico que iba a repercutir extraordinariamente en los abatidos ánimos de los españoles. A las siete y media de la tarde del 15 de marzo de 1657 un espantoso terremoto, con el epicentro probable en Concepción, sacudía el territorio comprendido entre el Cautín y el Maule. Lo único que quedaba a los españoles de tan extensa zona era Concepción. Templos y casas fueron derruidos en pocos minutos, aplastando entre

sus escombros a muchos pobladores. Hubieran podido salvar, al menos, los sobrevivientes, sus víveres y haberes, de no haberse producido tres salidas consecutivas del mar. A las nueve y media de la noche las aguas se retiraban paulatinamente de la playa y poco después una ola gigantesca arrasaba los pocos muros que habían quedado en pie. El maremoto lanzó las dos nuevas oleadas cuando los sobrevivientes habían logrado ganar las alturas cercanas. Allí quedaron, sin techo y sin víveres, a la entrada del invierno, sin más esperanza que el socorro de Santiago, amagados por el peligro de un ataque mapuche que su miseria y desguarnecimiento hacían imposible repeler (fig. 151).

La reacción al cataclismo, sumada al terror impuesto por el mestizo Alejo, Depresión
y euforia llevaba de nuevo al pueblo a un estado de postración similar al que siguiera al terremoto de 1647 en Santiago. No había ya poder divino ni humano que evitara la pérdida del territorio hasta el Maule. Interpretando así este sentir, la Audiencia enviaba un informe al rey sobre el estado de Chile, en que proponía el establecimiento de la nueva frontera, más cerca cada vez de Santiago.

En tan tristes circunstancias, Pórtor Casanate tuvo la habilidad de despertar el sentimiento de solidaridad nacional, de convencer a los santiaguinos de que su destino era el mismo de los penquistas y, sobreponiéndose a la mi-

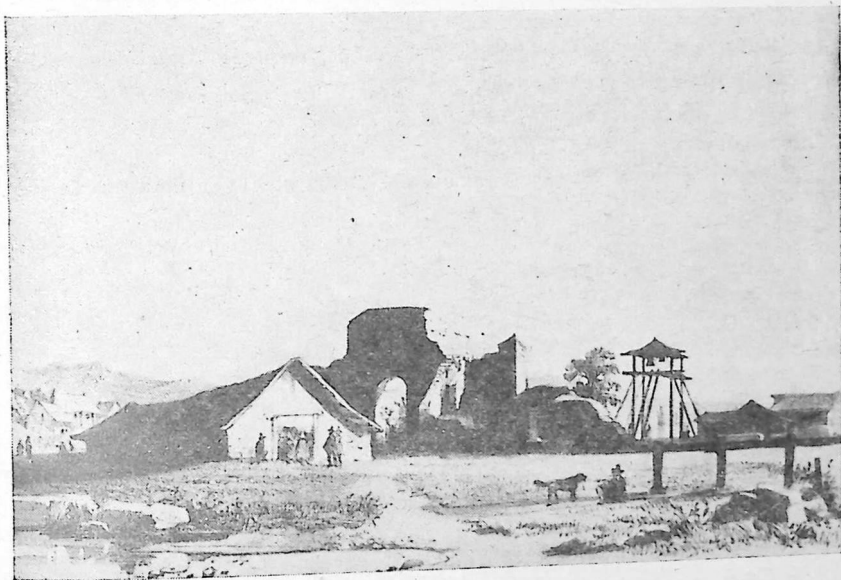


FIG. 151.—RUINAS DE UNA ANTIGUA IGLESIA DE PENCO.
(En los Viajes de Dumont D'Urville.)

sería ambiente, el Cabildo de Santiago hizo un nuevo esfuerzo en hombres y recursos, con los que el gobernador pudo quebrantar el poderío mapuche y restablecer la confianza colectiva. Tan violenta fué la mejoría, que el Cabildo metropolitano acordaba en agosto de 1659 hacer grandes fiestas para celebrar el cambio de la situación, con lidias de toros durante tres días.

Ultima genialidad
del mestizo Alejo

Las vicisitudes de la lucha se alternaban con pequeños contrastes y la llegada de nuevos refuerzos peruanos, hasta culminar en el más recio golpe con que el mestizo Alejo, en una hazaña increíble, iba a aureolar el término de su meteórica carrera de caudillo. También como Lautaro, veía Alejo disminuir sus fuerzas por el agotamiento y la inconstancia, y, juzgando que su ascendiente disminuía, decidió apoderarse de Concepción con las trescientas lanzas que le quedaban. Dió un largo rodeo, mas al ser advertido por un destacamento de 200 españoles, rehuyó el choque, situándose en una loma cercana que fué atacada torpemente cuesta arriba. Apenas los españoles habían llegado a la mitad, fatigadísimos, Alejo se lanzó sobre ellos como un alud, derrotándolos completamente. Creyó rehabilitado su prestigio y, cuando preparaba el asalto a Concepción con mejores probabilidades, dos de sus mujeres, en un colectivo ataque de celos, lo asesinaron en una borrachera (figs. 150 y 153).

La victoria de
Curanilahue pone
fin a la rebelión

Sucedía al genial mestizo, Misqui, caudillo de mucho ascendente y poco talento, que consiguió reunir unas 1.500 lanzas, con lo cual sólo lograba aumentar el desastre de las armas mapuches. Cerca del vado de Curanilahue, en el Laja, fué sorprendido por una fuerza de 600 españoles, que lograron en la batalla una de las más decisivas victorias iberas. La rebelión general quedaba así material y moralmente liquidada.

Tampoco cupo a Pórtor Casanate en suerte el reconocimiento de sus

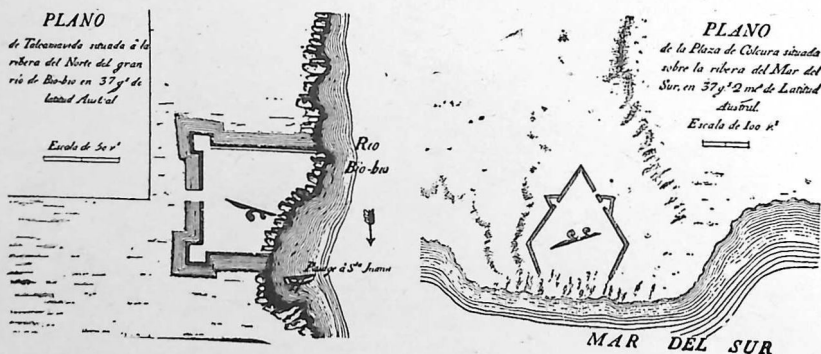


FIG. 152.—FUERTES DE TALCAMÁVIDA Y COLCURA, SEGÚN LA ED. ESPAÑOLA DE MOLINA.

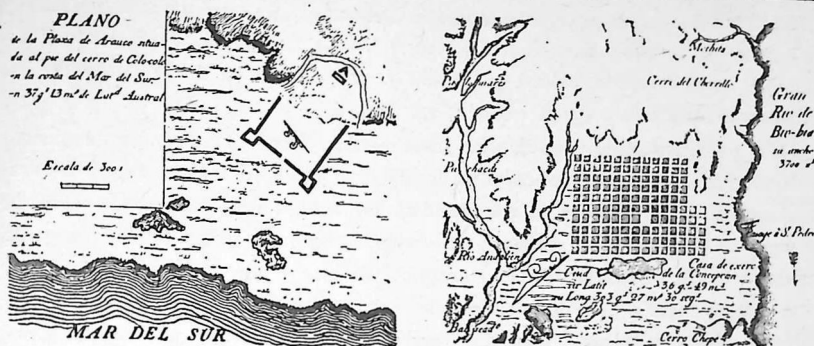


FIG. 153.—FUERTE DE ARAUCO Y PLAZA DE CONCEPCIÓN (ACTUAL PENCO), SEGÚN LA ED. ESPAÑOLA DE MOLINA.

méritos y su aportación al salvamento de la colonia. A su lecho de muerte llegaban juntas, el 27 de febrero de 1662, las solicitudes de paz de los caciques, desmoralizados por la gran derrota de Curanilahue, y la noticia de su deposición.

El virrey había nombrado como gobernador interino al primer chileno que asumía el mando del reino. El maestre de campo don Diego González Montero nació en Santiago hacia 1587 y por entonces tenía una brillante y larga hoja de servicios. Los tres meses de su interinato se fueron en infructuosas gestiones para hacerse reconocer como presidente de la Audiencia.

El primer
gobernador
chileno

Las angustias pasadas por la gravedad de la situación que Pórtor Casanate supo resolver determinaron al virrey a nombrar gobernador interino a un joven de gran prestigio, don Angel de Peredo, a quien se encargaba la pacificación de Chile. La situación ya estaba, a todas luces, dominada, no obstante lo cual el nuevo gobernador, abismado con el estado de miseria del reino, se apresuró a pedir nuevos refuerzos, de soldados traídos de España por Buenos Aires, porque los del Perú "son de tan mala calidad que no valen nada para la guerra, por ser criados en las delicias del Perú, flojos y de ningún provecho para el trabajo..."

De inmediato repobló Chillán y llevó de nuevo la vida civilizada a la comarca, "sin empeñar un solo combate y sin disparar un tiro".

Con la reiniciación de las actividades rurales y ciudadanas se hicieron los trágicos balances de la rebelión general de 1655. Según las noticias recogidas por Carvallo y Goyeneche, los indios "cautivaron más de 1.300 personas españolas. Saquearon 396 estancias. Quitaron 400.000 cabezas de ganados, vacunos, caballar, cabrío y de lana, y ascendió la pérdida de vecinos y del rey

Trágico balance